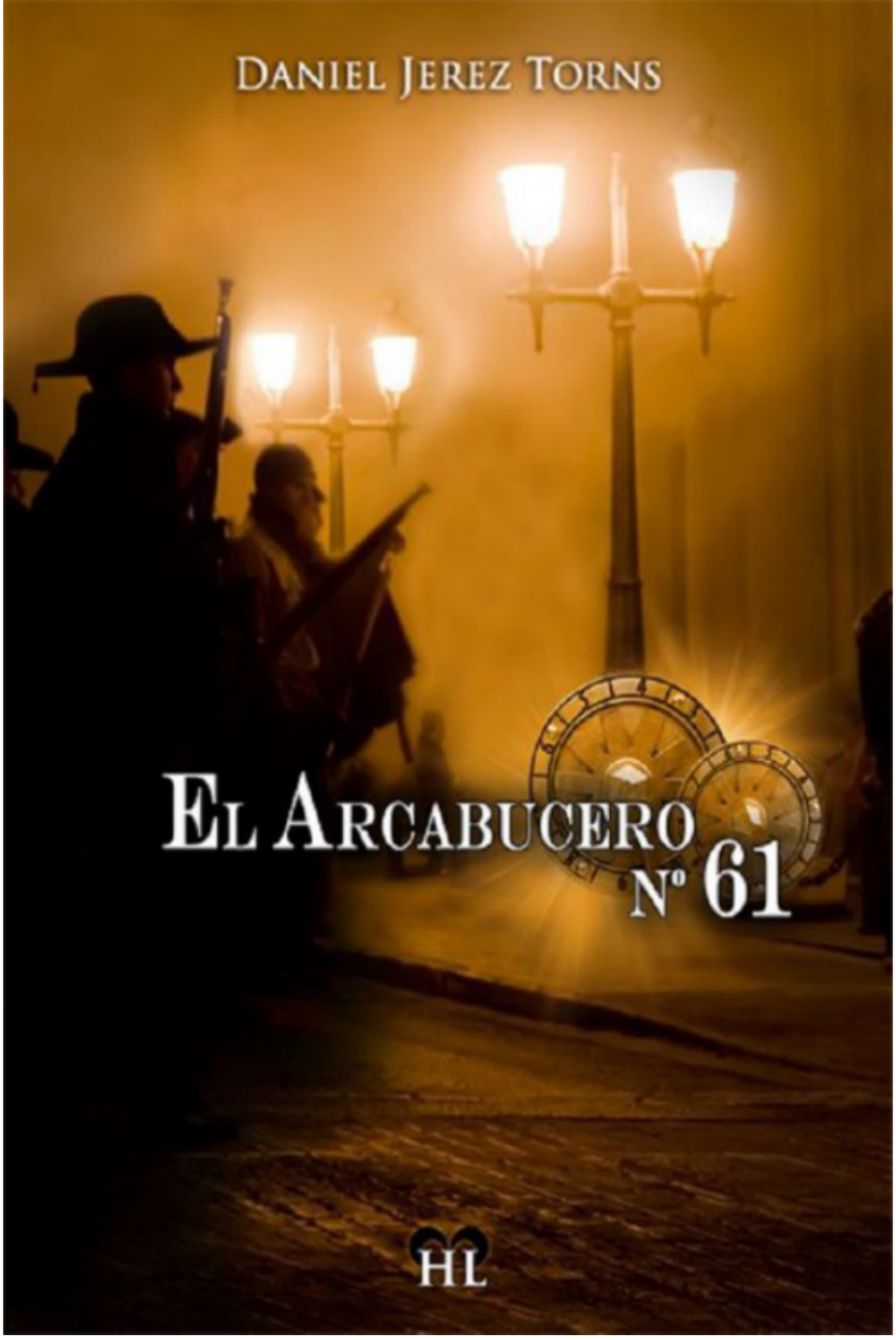

DANIEL JEREZ TORNS
EL ARCABUCERO Nº 61
HL

El 17 de julio de 1642, 61 arcabuceros de Yecla fueron enviados a Vinaroz con el fin de detener el avance de las tropas francesas. Sin embargo, uno de esos valientes milicianos tenía una misión muy distinta: recoger y custodiar un artefacto, ideado por el gran Galileo Galilei, capaz de cambiar el curso de la humanidad.

Siglos más tarde, la fascinación por la figura y el trabajo de Galileo Galilei, reunirá a un grupo de desconocidos en Facebook para compartir sus conocimientos. Valeria Soto, una brillante e intrépida profesora de física, decide ir más allá de las teorías y saber qué misterio se esconde tras la leyenda de ese arcabucero número 61 y qué relación existe entre Galileo Galilei, Blaise Pascal, Yecla y sus fiestas de La Purísima.

Pronto, entenderá que la investigación que ha iniciado de manera inocente no es ningún juego y ella y su exnovio, Adrián Barral, un aburrido técnico de riesgos laborales, que se ve envuelto en la trama de manera accidental, se convertirán en el punto de mira de un asesino sin escrúpulos.

Daniel Jerez Torns

El arcabucero nº 61

Título original: *El arcabucero nº 61*
Daniel Jerez Torns, 2013
www.danieljerez.es
Fotografía de cubierta: José Casielles
Diseño de cubierta: Dianna M. Marquès
Corrección ortográfica: Monica Jerez y Huerfanos Literarios

Ilustraciones: El nombre del ilustrador
Diseño/retoque portada: El diseñador

Editor: Huerfanos Literarios

Primera edición: Noviembre 2012
Segunda Edición: Abril 2013

Depósito Legal: M-3449-2012

ISBN: 978-84-616-0794-5

Impreso en España

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier otra forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de lo titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados pude ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.
(Art. 270 y sgts. Código Penal).

A mis padres, por el amor recibido.

A Aitana, una luz que ilumina mi vida.

A todos aquellos yeclanos que, con su esfuerzo y amor por Yecla, impulsaron la ciudad y en especial, a la memoria de Angel Palao y Luís Melero.

Prólogo

Arcetri, Florencia, julio de 1640

Por las silenciosas calles de Arcetri avanzaba una sombra, cautelosa por el miedo a que sus pisadas fueran oídas por algún habitante. La noche era tranquila, algo calurosa, pero de vez en cuando una suave ráfaga de viento permitía aligerar la carga de las altas temperaturas.

Ludovic Tessier notaba que el sudor de su espalda le pegaba la camisa al cuerpo como si fuera una segunda piel. No era el calor lo único que le ahogaba. Sentía el peso de la responsabilidad de su cometido sobre sus hombros, lo que aumentaba aún más esa sensación de opresión en el pecho.

Unas semanas antes, su superior le había llamado para notificarle que debía ir a visitar urgentemente al Maestro en su casa.

–¿Ha ocurrido algo? –preguntó asustado Ludovic.

Una mirada penetrante hizo que Ludovic se estremeciera.

–Ludovic, sabes que las preguntas no deben plantearse ahora. Tan sólo debes cumplir lo que se te ordena.

–Está bien. Le recuerdo que en noviembre me envían a Cataluña –dijo tímidamente.

–Sí, lo tengo presente. Ya hablaremos de eso más tarde.

Un mes antes, en Barcelona se había iniciado la Revolta dels Segadors, causada por un incidente ocurrido en la Calle *Ample* entre un grupo de segadores y algunos soldados castellanos.

El gérmen del conflicto tenía su origen en la cantidad de soldados castellanos que se establecieron en Cataluña para un posible ataque contra Francia en 1639. Los campesinos estaban obligados a alojarlos gratuitamente y a darles, también sin cobrar, sal, vinagre, fuego, mesa y servicio. Los tercios estaban formados por aventureros de diferentes países, de esa forma se mezclaban castellanos, napolitanos, irlandeses, valones, alemanes, etc. Se caracterizaban por ser indisciplinados y pendencieros y, por tanto, los conflictos con los campesinos que los alojaban se acentuaban a medida que pasaba el tiempo de ocupación.

El siete de junio, la disputa entre un segador y un alguacil desencadenó un motín. Los funcionarios reales fueron perseguidos, y sus casas saqueadas. El virrey, Conde de Santa Coloma, fue asesinado por los amotinados cuando intentaba huir.

La sublevación tomó por sorpresa al Conde-duque de Olivares, ya que la mayoría de sus ejércitos estaban localizados en otros frentes y no podían acudir a Cataluña. Aunque en principio no quiso intervenir, la situación fue empeorando y el odio a los tercios y a los funcionarios se generalizó contra todos los hacendados y nobles situados cerca de la Administración. Los rebeldes se apoderaron del puerto de Tortosa.

Ni siquiera la proclamación de la República Catalana por parte de Pau Claris, al frente de la *Generalitat* de Cataluña, enfrió la sublevación, que pasó a ser una revuelta de empobrecidos campesinos contra la nobleza y los ricos de las ciudades.

Ante tal situación de caos y descontrol, los gobernantes catalanes, al no poder frenar la revuelta, se aliaron con el enemigo de Felipe IV, Luis XIII y Olivares decidió preparar un ejército para recuperar Cataluña.

La Diputación Catalana solicitó ayuda a Francia y ésta aceptó enviar un contingente de soldados para el mes de noviembre.

Ludovic había recibido la notificación de su viaje hacía apenas un par de semanas y, aunque ya había estado varias veces en Barcelona, no le gustaba luchar por un pedazo de tierra que no era suyo.

Por eso, le había pedido a su mentor que intentara mediar para evitar su partida hacia la guerra.

Al oír las palabras del profesor, Ludovic se calmó. Confiaba en él.

El siguiente tema a resolver era el del Maestro.

–Pero, ¿qué le ha ocurrido? –volvió a preguntar.

Su profesor lo miró con cierto malestar. Había ciertas normas que debían ser respetadas y una de ellas era no cuestionarse las órdenes impartidas.

–Ludovic, ya te lo he dicho. No me preguntes nada.

–Lo siento –Ludovic bajó la mirada.

–Debes ir a verlo y hablar con él. Es importante que luego nos transmitas sus avances. Por el bien de la ciencia, hay ciertas cosas que no deben ser de dominio público y que debemos custodiar con sumo cuidado.

Ludovic no entendía a qué se refería su profesor; sin embargo, intuía que algo importante se estaba moviendo en las sombras, así que emprendió el viaje hacia Florencia con la inquietud por su encuentro con el Maestro y también su preocupación por su más que seguro alistamiento en el ejército para viajar hacia Cataluña en el caso de que su profesor no consiguiera mover los hilos adecuados o él fracasara en su misión.

El silencio de la noche inquietaba a Ludovic, pues sabía que su misión era seguida de cerca por sus adversarios. Consciente del peligro que corría, siempre llevaba bajo su camisa blanca un puñal de doble filo. Al fin, llegó a una casa blanca, con unas pequeñas ventanas cuadradas con marcos de piedra y un gran portón de madera. Aguardó unos minutos por si le habían seguido, pero, salvo algunos grillos, no oyó ningún sonido.

Llamó a la puerta y un criado le abrió.

–Buenas noches, le estábamos esperando.

–Buenas noches –dijo en voz baja Ludovic.

–¿Ha tenido un buen viaje? –El criado abrió la puerta y le dejó entrar.

–Sí. Ningún problema.

–El Maestro está en el patio.

El patio de la casa tenía forma cuadrada, lleno de bellas flores. Muchas de ellas eran enredaderas que subían por las blancas paredes. Tenía un pórtico con dos columnas de tipo toscano, encima del cual había un piso cubierto por una celosía de madera, soportada por cuatro columnas. Cerca de la puerta de madera, había un pozo de agua. A su lado, sentado en una silla, estaba el Maestro.

Ludovic se acercó cautelosamente, temeroso de romper algún momento de concentración del Maestro, cuya mente no dejaba de trabajar a pesar de que su salud era cada vez más delicada. Lo que aún no llegaba a entender era que tuviera tanta confianza en él. Ludovic no era nadie importante comparado con las amistades que pudiera tener el maestro.

¿Por qué le escogía a él cuando, seguramente, disponía de personas de mucha más confianza para hacer entrega de un mensaje tan importante? Su padre era recaudador de impuestos en *Rouan*, capital de la Alta Normandía. Su madre murió cuando él tenía apenas cuatro años. Su padre insistía en que siguiera su mismo oficio pero, aunque también le gustaban los números, Ludovic descubrió que lo que más le gustaba eran la Física, la Química y otras ciencias.

Gracias al sueldo de su padre, pudo ir a la Universidad de *Lille*. Es aquí donde conoció a su profesor, Renné Dubois, experto en Astronomía y Física. Renné estaba entusiasmado con la pasión que mostraba Ludovic por esas asignaturas, así que le fue introduciendo en debates que tenían lugar al finalizar las clases en la universidad y, más adelante, en pequeños comités clandestinos donde se exponían todo tipo de teorías.

Un día lluvioso, sentados en una taberna de Lille, el profesor Dubois le reveló la existencia de la Academia Nacional de los Linces.

–Cuando Federico Cesi la fundó, su objetivo era comprender todas las ciencias naturales, algo muy diferente a todas las academias italianas que existían en esa época, que eran literarias y anticuarias.

Dubois se rascaba incisivamente su barba poblada. Tenía unas pequeñas gafas redondas y una nariz bien rechoncha. El profesor miraba a un lado y a otro de la taberna, como si esperase la presencia de alguien.

–El problema es que la natura no se reduce a meros conocimientos… –El profesor hizo una pausa para arrimarse a la mesa y proseguir en un leve susurro– También encierra misterios y secretos que esperan ser desvelados.

Ludovic vio entonces un brillo en los ojos del profesor que nunca antes había observado y notó un cierto estremecimiento.

–El nombre de "Linces" fue puesto en honor a la aguda visión de dicho felino. Así, su intención es simbolizar la destreza en la observación, algo imprescindible en la ciencia. Tienes que saber que dentro de la Academia surgió un pequeño grupo para proteger ciertos conocimientos "especiales"; este grupo se hizo llamar Los Protectores de los Linces.

Renné Dubois hizo una nueva pausa y miró a su alrededor, para asegurarse de que nadie estaba pendiente de su conversación. El profesor se acercó tanto a Ludovic, que éste incluso podía notar el olor a cerveza en su aliento.

–Ludovic, yo pertenezco a este grupo, que ha ido creciendo durante los años. En 1611, el Maestro entró a formar parte de la Academia y nosotros hemos actuado en la sombra, siguiendo sus avances y sus descubrimientos. Pero tenemos un problema. La mayoría ya somos muy viejos. Necesitamos savia nueva, gente joven. De vez en cuando, escogemos a algunos novicios para iniciarlos en el grupo. Ludovic, he estado pensando que serías un buen candidato para entrar en el grupo.

–Pero… pero… ¿Está seguro?

Ludovic no podía creer lo que oía. De repente, todos los sonidos de la taberna desaparecieron. Alguien tan humilde y tan insignificante como él había sido elegido para entrar en un grupo selecto que custodiaba los conocimientos científicos.

Renné sonrió al ver el nerviosismo de Ludovic.

–Lo estoy. Sé que eres la persona adecuada para formar parte de nuestro grupo: joven, apasionado por la ciencia, humilde, honesto; y conozco bien la relación que mantienes con tus compañeros. Eres discreto y no sueles hablar de tus intimidades.

Ludovic se vio forzado a desviar la mirada y no pudo evitar ruborizarse por todos esos halagos que estaba recibiendo de su profesor.

Aquella noche fue muy larga para Ludovic. El profesor le explicó todo lo referente al grupo, a la Academia, a los principios por los cuales se regían y, sobre todo, le insistió mucho en el secretismo y el anonimato de los Protectores.

–Ludovic, nosotros no existimos ni para la Academia ni para el resto del mundo. El motivo es doble: primero, para facilitar nuestra tarea y, segundo, porque luchamos contra fuerzas opuestas que buscan apoderarse de esos conocimientos que protegemos. Recuerda, tenemos enemigos y son peligrosos.

En aquel momento, Ludovic no le dio importancia a esa última aclaración, pues su mente estaba borracha de euforia.

Al principio, el profesor Dubois le dio trabajos monótonos y pesados. Catalogar documentos, colocar los libros en los estantes de la biblioteca según su temática, restaurar portadas y encuadernaciones que se habían dañado con el paso del tiempo, etc.

Sin embargo, pasados unos ocho meses, el profesor le llevó a una reunión de los Protectores de los Linces que se celebraba en París. Nadie prestaba mucho interés al grupo, pues su nombre parecía indicar que se dedicaban a algún tipo de tareas relacionadas con la protección de esos felinos salvajes.

Hasta que tuvo lugar aquel encuentro, aquella era la tercera reunión a la que asistía en calidad de novicio y, tras moverse por varios círculos de debate, decidió quedarse en una en la que había una gran concentración de gente. No alcanzaba a oír lo que se hablaba, así que empezó a abrirse paso discretamente, hasta colocarse en primera fila. En medio del círculo, había un hombre alto, de unos cuarenta y pocos años, con el pelo corto, bien vestido. Y enfrente, estaba aquel hombre enjuto, con una barba canosa que le tapaba todo el cuello, de frente totalmente despejada, mirada cansada y nariz prominente. Tenía un aire tranquilo, bonachón. Ludovic retuvo la respiración para no molestar al Maestro Galileo Galilei. Estudiaba cada gesto que hacía, sin prestar atención a la discusión. Por ese motivo, la acción de Galileo le cogió desprevenido. El maestro se había girado y le

señalaba a él con el dedo. Había hecho una pregunta, pero no sabía cuál era. Empezó a sudar como jamás lo había hecho.

–Muchacho, ¿es que ha perdido la lengua en algún punto de la vía láctea? –Todos los presentes rieron de forma sonora–. Le preguntaba su opinión sobre el movimiento pendular. ¿Podemos aplicarlo a inventos mecánicos?

Ludovic, incapaz de elaborar una respuesta seria y científica, dijo lo primero que se le ocurrió.

–Señor, creo que el péndulo es algo mareante.

Las carcajadas no tardaron en hacerse oír, aunque el que más reía era el propio Galileo. Ludovic bajó la mirada al suelo, maldiciéndose por haber sido tan torpe.

–Me encanta. Esto es la ciencia: sentir en propias carnes aquello que la natura nos da.

Aún sin saber cómo, a partir de ese momento, nació en Galileo Galilei un sentimiento de protección y cordialidad hacia aquel joven transparente y sincero. Harto de persecuciones e intrigas, ese comentario sin malicia le había cautivado.

Fue entonces cuando Ludovic se convirtió en el mensajero preferido de Galileo. Mensajero y confidente, pues también le hacía partícipe de sus reflexiones más íntimas.

Ahora lo miraba con amor y ternura. Esa mente privilegiada que tenía que soportar que la naturaleza le privara de una de sus sentidos más preciados: la visión. Porque Galileo era, ante todo, un observador de la vida.

–¿Ludovic? ¿Eres tú? –Su voz ya no tenía la misma fuerza. Estaba agotada por la lucha.

–Sí, maestro, soy yo.

–Ven. Siéntate junto a mí.

Ludovic cogió una silla y la colocó junto a Galileo. De forma espontánea, le cogió la mano. Galileo sonrió.

–¿Cómo ha ido el viaje?

–Bien, Maestro, bien.

–¿Y tus estudios?

–Muy bien. Estoy teniendo muy buenos resultados en todas las materias.

Galileo pareció relajarse.

–Ludovic, el conocimiento es muy importante. No sólo para encontrar trabajo, sino para ser un hombre libre. Recuérdalo.

Ludovic asintió con la cabeza pero, al instante, recordó que el Maestro no podía ver y pronunció un “sí” enérgico.

De repente, el tono de voz de Galileo cambió y su semblante pareció oscurecerse.

–Ludovic, son tiempos difíciles. Supongo que para ti, más. Francia apoyará a Cataluña y batallará contra los castellanos. Destruir, el ser humano sólo destruye.

Ludovic mantuvo la mirada en las manos arrugadas del Maestro. No quería entrar en batalla. No quería morir todavía. Tenía tantas cosas por aprender.

Sus ojos fijaron su atención en el cielo oscuro, aquel cielo que tanto había observado y desnudado. Sin embargo, Galileo ya no podía ver nada.

–Dubois te habrá enviado urgentemente aquí para recoger el resultado de mis investigaciones –Galileo mostraba ahora una expresión tensa–. Hay algo que él no debe saber.

En el patio, tan sólo se oía el sonido de los grillos. Ludovic no entendía qué quería decir el Maestro.

–¿Algo que él no debe saber? No le comprendo, Maestro.

–Es algo que he descubierto, pero que debe permanecer lejos del alcance de la mayoría y eso incluye a Dubois.

–Pero él es un Protector.

–Ay, Ludovic, cierta gente sólo se protege a sí misma. No te fíes de nadie.

Aquellas palabras de Galileo dejaron aturdido a Ludovic, que veía derrumbarse la enorme admiración que sentía por su profesor. Le debía mucho. Gracias a él, ahora estaba sentado con el gran Galileo. Decidió no ceder.

–Maestro, el profesor Dubois se ha entregado al máximo para proteger todas aquellas ideas que pueden revolucionar la ciencia.

Galileo movió la cabeza negativamente de un lado a otro.

–Mi querido Ludovic, Dubois no es más que otra hiena esperando agarrar su presa. Son todos unos carroñeros. Los Protectores de los Linces saben que la ciencia puede ser el camino hacia su gran objetivo: dominar el mundo. Eso es lo único que les importa. Y harían cualquier cosa por ello. No, deja que termine. ¿Recuerdas la pregunta que te formulé en aquella convención?

–Claro, cómo no acordarme –Ludovic sonrió ante aquel encuentro casual. Lo recordaba como si fuera ayer mismo.

–Ya hace mucho tiempo que el movimiento pendular me fascina. Fue en el año 1583, cuando visité la catedral de Pisa y vi aquella lámpara de aceite ir y venir de forma oscilante. Mi mente no ha dejado nunca de pensar en el péndulo y eso es algo que sabían los Protectores. Intuían que me acercaba a algo importante y por eso me han estado vigilando y espiando.

–¡Maestro! ¡Eso no puede ser!

–Tranquilo, no te exaltes. No malgastes tu energía en enfados.

–Mis disculpas, maestro.

–No pasa nada. Como te decía, me han estado vigilando. Sabrás que los enemigos de los Protectores son los Masones.

–Sí, de ellos debemos defendernos.

–¿Solamente de ellos? Te equivocas. ¿Sabes cuál es la diferencia entre los Protectores y los Masones? Que, al menos, los Masones no esconden que desean el poder y no hay nada peor que aquel que finge. Ah, me encanta el olor de las flores en verano.

Ludovic sentía en su interior una guerra personal. ¿Debía creer al maestro y desconfiar de aquellos que le habían abierto las puertas al maravilloso mundo de las ciencias? Ludovic se levantó y se apoyó en el borde del pozo, mirando en su interior.

–Te duele oír esto, ¿verdad?

El silencio de Ludovic se prolongó durante un tiempo. Sentía tanta rabia que tenía ganas de coger por el cuello a aquel viejo y zarandearlo para que retirara esas palabras indignas sobre el profesor Dubois.

–Ludovic, no te pido que creas lo que te digo. Para eso, es necesario la propia experiencia, algo fundamental en la ciencia. Tan sólo te pido que te mantengas alerta y no te fíes de nadie. Ven, ayúdame. Iremos dentro.

Fueron despacio. Galileo iba cogido del brazo de Ludovic. Entraron en la sala principal, donde el Maestro tenía todos los artilugios que había ideado a lo largo de tantos años. Se sentaron en unas sillas de madera. Alrededor suyo, varias velas iluminaban la estancia.

–El destino hizo que nos conociéramos y me alegro. Eres puro de espíritu y te mueve el conocimiento de la ciencia y no el poder. Todo el tiempo que ha pasado desde que te conocí me ha permitido llegar a la conclusión de que eres la persona adecuada para ayudarme.

Ludovic tragó saliva ante tal cumplido. Galileo le estaba pidiendo su ayuda. A él, el hijo de un simple recaudador de impuestos.

–Maestro, creo que los Protectores son mejores que…

–No, Ludovic. No puedo fiarme de ellos. Debo pedirte que actúes por libre. Me quedan pocos años de vida y debo confiar a alguien un secreto que debe ser bien guardado.

–Maestro, no diga eso.

–Es la fuerza de la naturaleza; la muerte debe venir. Pero, no te entristezcas, seguro que otros vendrán para descubrir nuevos misterios científicos. Debes contestarme una pregunta. ¿Protegerás mi secreto a pesar de la afinidad que tengas con las personas que te pidan desvelarlo?

El calor de julio era fuerte. El ambiente era húmedo, sin apenas un soplo de aire. Ludovic se quedó mirando fijamente un telescopio que tantas veces había sido utilizado por Galileo. Ahora, pensaba con desánimo. Ya no podría posar sus ojos de Lince en él para descifrar los secretos de la bóveda celeste. Pensó en todas las luchas que había llevado a cabo el Maestro por defender la verdad y el conocimiento y decidió que no podía defraudarle.

–Puede confiar en mí.

–Me has de asegurar que no cederás ante nada ni nadie y que incluso protegerás con tu vida lo que te desvelaré.

–Lo haré –contestó de forma tajante. Aunque no alcanzaba a comprender el alcance de

esa respuesta.

Galileo inspiró profundamente, como si quisiera oler el aire de la sinceridad y el compromiso que emanaba de aquel joven sentado frente a él. Sin decir nada, se levantó y abrió un armario para extraer un pequeño baúl. Se acercó a Ludovic y se lo entregó.

–Toma, ábrelo. Quiero que coloques todo su contenido en la mesa. Traeré un poco de vino… la noche será larga.

Ludovic abrió con manos temblorosas el baúl y empezó a depositar encima de la mesa papeles con anotaciones, dibujos y varios engranajes y piezas de máquinas. Una de esas piezas le llamó la atención. Se trataba de una brújula pequeña. Sabía que el Maestro había abierto un taller hacía muchos años en el que creaba termómetros, telescopios y brújulas magnéticas. ¿Cuál sería la importancia de esa brújula? Galileo volvió con una jarra llena de vino y dos vasos.

–Bien. Empecemos. Lo que vas oír ahora tendrá grandes repercusiones para el futuro de la humanidad.

1

Ronda, 1 de noviembre, en la actualidad

El sol de las cuatro de la tarde daba en la cara oeste del puente, lo que le permitía aumentar algunos grados la temperatura del cuerpo frente al intenso frío de ese primer día de noviembre. Santiago se ajustó más el abrigo ante una fuerte ráfaga de viento. Miró la garganta que se abría ante él, con respeto y adoración. Se acercó un poco más. Observó los cien metros de profundidad que se abrían bajo sus pies. Aquel paisaje siempre le había provocado un estremecimiento en el cuerpo. Tres adolescentes pasaron junto a él, con una música estridente sonando en el teléfono móvil a un volumen bastante molesto.

–Abuelo, cuidado, no se caiga.

Los otros dos rieron, haciendo chocar las palmas de sus manos, felicitándose por su gran ocurrencia.

Santiago los miró con tristeza. Si aquel comentario era el máximo esfuerzo intelectual que podía realizar la nueva generación, el futuro se le antojaba muy negro. Admiró la gran obra del Puente Nuevo, construido en el siglo XVIII para unir la zona histórica y la moderna de Ronda, salvando el Tajo. Pensó, aliviado, que la generación que lo construyó tenía otras inquietudes más profundas.

El puente estaba hecho de piedra. En la parte superior del arco central, se encontraban unas dependencias, reconvertidas a Museo del puente, que antiguamente habían servido de prisión. Santiago se imaginaba preso allí, mirando al vacío y estudiando la manera de escaparse, ante la inmensidad de aquel precipicio.

Aquella construcción era un desafío a la naturaleza. Era como si el ser humano le dijera: “no pienses que vas a poder separarnos”.

Cada tarde, Santiago se acercaba al puente y contemplaba aquella imagen que tanto le fascinaba de su Ronda de toda la vida.

Emprendió el camino de regreso, ya que notaba el frío posarse en sus huesos y, a sus setenta y un años, aquello no era aconsejable.

Poco a poco, desanduvo el camino por la calle Virgen de la Paz. Pasó por delante de la histórica Plaza de Toros arrastrando los pies y se detuvo ante la Alameda del Tajo, como siempre hacía. Era su recorrido habitual antes de volver al asilo, ubicado un poco más arriba, en la calle Jerez, junto al majestuoso Hotel Reina Victoria. Había trabajado justamente en aquel hotel como *maître*, sirviendo, en primer lugar, a los más importantes toreros, actores y actrices de la época de mayor *glamour* de *Hollywood* y, después, a políticos de todos los colores.

El parque le transmitía tranquilidad. Lo formaban cinco avenidas ajardinadas, que desembocaban en un paseo con balcones desde donde se podía contemplar la Hoya del Tajo y la Serranía de Ronda.

Caminó por el suelo de tierra levantando un poco de polvo. Los árboles estaban completamente desnudos. Apreció que en los bancos había alguna que otra pareja de enamorados que se besaban como si el mundo les perteneciera. También había gente sola, leyendo.

Se dirigió a los balcones y contempló en silenció la Serranía. Reflexionó acerca de lo lista que era la naturaleza, puesto que se había reservado para ella las obras eternas y le

había cedido al ser humano la posibilidad de disfrutar de ellas en un breve espacio de tiempo perecedero. Santiago notaba el dolor en sus articulaciones y decidió sentarse en un banco. Miró el reloj. Todavía tenía treinta minutos de reposo antes de volver al ruido de los estornudos, los gritos de algunos residentes con problemas de oído o de cabeza y los malos olores. Lo único a lo que no conseguía habituarse era a la mezcla de olores de meados y vejez.

El asilo había sido decisión de su hijo. Al principio, se negó, como una mula que se niega a seguir tirando de un carro pesado. Pero, tras exponerle que su situación de paro, su pensión y las pocas ayudas que recibían hacían imposible mantener su piso, aceptó a regañadientes instalarse en la residencia de ancianos. Además, cabía la posibilidad que a Ángel, su hijo, le dieran un trabajo en Marbella y entonces ya no podría estar pendiente de él todo el tiempo.

Una pareja de japoneses se acercó al balcón y le pidió a un chico joven que les hiciera una foto. El japonés agarró por la cintura a la chica y ambos sonrieron a la cámara en el instante en que disparaba el flash.

Miró al cielo. Sonrió. Estaba despejado. Sería una noche magnífica para ver estrellas. Finalmente, se había salido con la suya ante la negación inicial por parte del asilo a dejarle entrar su telescopio. Todo gracias a una huelga de hambre que había durado tres días, aunque él, a escondidas, comió algún que otro pequeño bocadillo de jamón.

Desde bien jovencito, había sentido una gran pasión por las estrellas, las constelaciones y los cometas. El día de su decimocuarto aniversario, sus padres le regalaron un pequeño telescopio. Pasaba horas en vela estudiando el firmamento. Luego, con el paso de los años y gracias a sus primeros ahorros, pudo sustituirlo por otros de mayor potencia. Tenía libros y mapas celestes por toda la casa. Muchos de ellos, ahora olvidados en cajas selladas en el trastero de su hijo.

Miró de nuevo el reloj. No quería que se le pasara la apertura de la sala de ordenadores del asilo. Había aprendido el uso de las nuevas tecnologías y cómo moverse por Internet. Tras unos minutos de cursillo, su actitud cerrada se transformó rápidamente en fascinación por todo lo que podía consultar. Descubrió un nuevo mundo de información, lo que le fue especialmente útil en todo lo relacionado con los astros, tema que le fascinaba. También miraba los periódicos *on-line* y se había abierto una cuenta de correo. Lo último fue crearse un perfil en *Facebook*.

Un hombre se sentó a su derecha. Santiago no apartó la mirada del paisaje, viendo cómo el sol se iba acercando poco a poco al horizonte de la Serranía.

–Qué vistas más buenas.

–Sí.

Santiago respondió al desconocido sin mirarlo. No era el típico viejo que empieza a explicar su vida a cualquiera, al contrario, era bastante reacio a mantener conversaciones.

–Hace frío aquí, en Ronda. Abajo, en Marbella, se podía ir en manga corta.

–Ya, suele pasar.

Los japoneses se fueron. Tan sólo quedaba una pareja de amantes que se abrazaba apoyada en la barandilla.

–¿Cómo estamos de salud, Santiago?

Iba a responder de forma natural, como cuando a uno le preguntan la hora y decía las ocho de la tarde; sin embargo, su subconsciente le recordó que quien había formulado la pregunta era un desconocido, no su hijo. ¿Cómo es que aquella sombra sabía su nombre?

Giró la cabeza para mirarlo. El hombre estaba de perfil, con la vista fija en el paisaje. Parecía no importarle que el anciano lo estuviera mirando. Es más, era como si hubiera esperado aquella reacción. Tenía la piel muy blanca y muchas pecas en las mejillas.

–¿Cómo sabe mi nombre?

–No debería jugar tanto en la red, abuelo. Le haré una pregunta y, dependiendo de la respuesta que me dé, su destino correrá una suerte u otra.

Santiago miró a su alrededor buscando a alguien para pedir ayuda, pues el tono de aquel individuo no le gustaba nada pero, con el descenso del sol, el parque se había vaciado de gente.

–¿Qué quiere?

–¿Quién es el sesenta y uno?

Le habían gastado muchas bromas a lo largo de su vida, pero aquella era la que menos sentido tenía.

–¿Sesenta y uno? ¿Qué es esto?

–¿No sabe quién es el sesenta y uno?

–Ya me ha oído. No sé a qué se refiere. Ahora tengo que irme.

La mano joven, fuerte y robusta del hombre se posó encima del hombro de Santiago, presionándolo hacia abajo, por lo que este se vio obligado a sentarse de nuevo.

–Lo siento. Si no sabes qué es, no me sirves.

El hombre se deslizó en el banco para acercarse aún más a él.

Todo sucedió muy rápido. El hombre desconocido le colocó un pañuelo impregnado en éter sobre la nariz y, a los pocos segundos, Santiago tenía la cabeza apoyada en su hombro.

Salieron del parque como dos amigos que disfrutan de una noche de excesos. El misterioso personaje había pasado el brazo de Santiago por encima de sus hombros y había colocado en una de las manos del anciano una botella de vino vacía para no llamar la atención.

Se dirigieron al Hotel Reina Victoria, situado muy cerca del parque.

Al entrar, el recepcionista le miró con desconfianza.

–¿Qué desea, señor?

–Verá, he venido a ver a mi padre y ha cogido una borrachera de caballo y no quiero que mi madre lo vea así. ¿Puede darme una habitación?

–Sí, tengo alguna libre.

Tras recibir la llave, el hombre se adentró por los salones victorianos, haciendo crujir el suelo de madera a cada paso y llevando a hombros a Santiago.

Santiago abrió poco a poco los ojos. Estaba tumbado en una cama. Notaba cierto picor en la nariz y en la garganta. Solamente estaba encendida una lámpara de la mesita de noche de la habitación.

–Dime, Santiago, ¿qué sabes de la partida de los milicianos de Yecla en 1642?

La voz provenía de algún lugar de la habitación, pero su visión todavía estaba nublada. Poco a poco, se fue adaptando a la oscuridad. Entonces, vio una figura sentada en un butacón. Distinguió también el cubrecama y los detalles de la mesita de noche. Los conocía muy bien. Estaba en una habitación del Hotel Reina Victoria.

Santiago no sabía si le aturdía más aquello que le había hecho respirar aquel hombre o las preguntas que le hacía.

–¿Me ha secuestrado para hacerme un examen de Historia?

El hombre se levantó de golpe y se abalanzó sobre él, agarrándole por el cuello.

–Ahórrate las bromas para otro. Contesta. ¿Por qué fueron sesenta y un milicianos?

Intentando coger aire para respirar, Santiago respondió ahogadamente.

–Al principio se pidieron cien… pero tan solo se consiguieron… ¡no puedo respirar!

El hombre aflojó un poco la presión.

–Como decía, únicamente pudieron reclutar sesenta y uno.

–¿Qué iban a hacer?

–Pero, no entiendo qué importancia tiene esto.

–¡Contesta!

–Iban a Vinaroz para detener un posible avance de las tropas francesas.

–¿Qué sabes de Galileo?

–Lo que sabe todo el mundo.

–No te pases de listo, abuelito –Santiago sintió un escalofrío al oír el tono de voz de aquel hombre con la cara llena de pecas y unos ojos verdes penetrantes.

–Te lo preguntaré de otra forma. ¿Qué relación tiene Galileo con los milicianos?

Santiago notó que su pulso se paralizaba. Aquel individuo sabía de lo que hablaba.

–Galileo descubrió algo importante.

–¿Qué?

–No lo sé.

–¿Y los milicianos?

–Cuando los arcabuceros fueron a Vinaroz, Galileo ya había muerto, pero un ayudante suyo se encargó de proteger su secreto. Es posible que ese secreto le fuera entregado a uno de los arcabuceros.

–¿Qué objeto buscáis los Celadores?

Fue entonces, cuando Santiago comprendió lo que estaba ocurriendo. El maldito grupo de *Facebook* había puesto sobre la pista a aquel hombre.

–Algo, pero no sé el qué.

Las manos del hombre volvieron a presionar la garganta de Santiago.

–No juegues conmigo.

Santiago quiso replicar, pero no pudo articular ninguna palabra.

Poco a poco, fue perdiendo la conciencia y todo se volvió oscuro.

Aún respiraba cuando su atacante lo sacó del hotel, cargado sobre sus hombros. Aquel extraño hombre pagó la cuenta del hotel y se dirigió de nuevo al parque. Depositó el cuerpo del anciano en el mismo banco.

La mano derecha del desconocido sacó del bolsillo del abrigo un puñal y con un movimiento rápido, la mano se dirigió al estómago de Santiago y la hoja se hundió en su frágil cuerpo. Vistos desde atrás, eran dos simples figuras que miraban el firmamento.

El misterioso hombre seguía las indicaciones de su jefe. Era muy distinto encontrar un muerto en la habitación de un hotel que en un parque. La segunda opción, siempre daba pie a achacarlo a un simple atraco. Las instrucciones habían sido claras: nada de dejar posibles víctimas en espacios cerrados y menos en sus domicilios.

El hombre se levantó. Santiago se quedó en el banco.

El sol luchaba en el horizonte para no ser devorado por las montañas. La inmensidad de la Sierra abría los brazos a Santiago para acogerlo. Lentamente, notaba que su vida se escapaba, así como la sangre caliente que ya goteaba en el suelo. Aquella noche, no vería las estrellas en el cielo.

2

Viella, 25 de noviembre, en la actualidad

Poco a poco, la nieve empezaba a hacer acto de presencia en el valle. Estaba siendo un año malo para el sector hotelero en el Valle de Arán, ya que el presunto cambio climático que decían que estaba afectando a todo el Planeta provocaba que cada año se retrasara cada vez más la aparición de la nieve.

El puente de la festividad de Todos los Santos, el uno de noviembre, resultó ser todo un fracaso. Años atrás, en la misma época, las pistas de esquí ya estaban bien llenas y preparadas para hacer las delicias de los esquiadores.

Carles Novell miraba ansiosamente la caída de los copos de nieve.

–A este paso, tendremos que ofertar actividades de verano para diciembre.

Era un comentario que solía hacerle a Marta, su mujer desde hacía ya doce años.

Carles salió del despacho y se acercó a la cocina del hotel para preguntarle al cocinero jefe si ya tenía preparado el menú del día.

Al entrar, vio que varios ayudantes manipulaban lechugas sin guantes y sintió que el buen humor por ver la primera nevada se desvanecía ante la dejadez de sus trabajadores.

–¿Se puede saber qué estáis haciendo?

–Pues cortar la lechuga para preparar las ensaladas.

–¿Y no os falta nada?

Los dos ayudantes de cocina se miraron extrañados. Carles dejó que el silencio se prolongara y, al ver que no contestaban nada, soltó aire enérgicamente, dando a entender que aquello le desesperaba.

–¿No os falta nada en las manos?

Entonces, uno de los ayudantes se dio cuenta y fue a buscar los guantes.

–Os lo he dicho ya mil veces. Además, hace dos semanas hicisteis el curso de manipulación de alimentos. ¿Acaso estabais durmiendo mientras os explicaban que debíais usar guantes, gorro y no poneros pendientes ni *piercings*?

–Jefe, ha sido un momento.

–Ya. Eso dicen todos. Y quiero que cuando cortéis con el cuchillo os pongáis el guante de malla, ¿vale? No está ahí para hacer bonito.

–Pero es que es incómodo.

–Más incómodo te resultará si te cortas un dedo. Josep, ¿Tienes el menú?

El jefe de cocina dejó de remover la olla y cogió un trozo de papel manchado. Empezó a leer lo anotado.

–Vamos a ver: de primero, como siempre, las dos ensaladas, crema de verduras y almejas a la marinera.

–¿Y de segundo?

–Cordero al horno con patatas, entrecot de ternera a la parilla, rodaballo con salsa verde y bombón de lenguado con relleno de marisco.

Carles asintió, satisfecho. No se había equivocado al confiar en Josep. Lo había contratado hacía un año, ya que el anterior jefe de cocina, que llevaba ya unos diez años en el hotel, había tenido problemas con la bebida. Además, sabía que, por aquel entonces, los clientes no estaban muy satisfechos con la comida. Por su parte, Josep había

revolucionado los menús y, lo más importante, había creado un buen clima de trabajo con su equipo.

Carles subió a la primera planta y allí se encontró con la gobernanta, que le explicó que no había ninguna incidencia.

El hotel estaba situado cerca de la rotonda principal, en la entrada de Viella. Era un hotel pequeño de cuatro plantas, con ocho habitaciones en cada una, salvo la última, que tenía cuatro.

La crisis y el cambio climático estaban haciendo mella en el Valle, pues nunca habían tenido problemas de desempleo y ese año ya empezaba a haber un cierto porcentaje de parados.

La nieve seguía cayendo, cada vez con mayor fuerza y, según la predicción, esa noche podían llegar a caer unos cuatro o cinco centímetros.

Carles volvió a su despacho y llamó a Marta.

–Hola, cariño, ¿qué tal va todo?

–Bien. Estarás contento con la nieve, ¿eh?

–Sí, sí. Ya era hora. ¿Todo bien por la tienda?

–Sí. Tranquilos –Marta tenía una tienda de zapatos, situada en la calle principal – ¿Quedamos para comer?

–Sí. Te espero en el puente del río.

–De acuerdo, a la una y media nos vemos.

–Hasta luego.

Nada más colgar, recepción le comunicó que una chica joven de una agencia de viajes solicitaba su presencia. Fueron al salón y se sentaron en una mesa cercana a una ventana y pidieron un par de cafés.

–¿Cómo va todo, Carles?

–De aquella manera. Ya sabes cómo estamos por aquí.

–Bueno, ya empieza la temporada de nieve.

–Sí. Menos mal. ¿Qué me cuentas, Isabel?

–Vamos a ver. Este año hemos perdido los grupos de ingleses.

–En parte, me alegro.

Isabel se apartó el mechón de los ojos, esperando una explicación, pues hasta ahora no había tenido ninguna queja de Carles.

–No me pongas esta cara. En los últimos años, los ingleses que me has enviado me han provocado ciertos problemas, como por ejemplo, extintores usados, derrame de alcohol en el suelo de las habitaciones, ruidos por las noches y un largo etcétera.

–Vaya, no sabía esto.

–No suelo quejarme –Y era cierto que Carles no era una persona que se quejara a las agencias por su clientela.

–Bueno, este año vamos a trabajar con grupos de franceses y holandeses.

–De acuerdo.

–Hemos pactado un menú cerrado y un precio de alojamiento con el menú de cuarenta euros.

Carles tamborileó la mesa con el bolígrafo. Comprendía que el precio medio tuviera que bajar, pero también debía intentar conseguir unos números aceptables para poder pagar las nóminas y a los proveedores.

–¿Y no podemos subirlo a cincuenta?

–Carles, va ser imposible. No piensan moverse de cuarenta.

Por la ventana, se veía ahora nevar con más fuerza. El túnel de acceso aún seguía abierto, pero no tardaría mucho en cerrarse el acceso al tráfico si seguía ese ritmo de nevada.

–Está bien, dejémoslo en cuarenta.

¿Qué podía hacer sinó? La situación no era favorable para la zona. Eran tiempos en los que ya no podían colocar unos precios elevados. Aquellos tiempos ya habían acabado. Ahora, la gente reducía los días de estancia y eliminaba al máximo las comidas para que el coste fuera el mínimo posible. Además, en el Valle se había abierto en los últimos años un gran número de hoteles, lo que significaba una mayor competencia.

Una vez acabó la reunión con Isabel, envió algunos correos electrónicos y salió a comer con su mujer. Entraron en el restaurante que había en la Plaza de la Iglesia.

–Bueno, bueno. Por fin llegó la nieve. ¿Has hecho algún ritual o algo parecido?

Carles sonrió.

–No, pero estuve tentado de ponerme unas plumas en la cabeza, encender una hoguera y dar vueltas alrededor mientras cantaba una canción.

Marta no pudo reprimir una sonora carcajada. Luego, su mujer volvió a mirarle seriamente.

–Cariño, este fin de semana vendrá nuestro hijo a comer a casa.

–Buf, si sigue nevando a este ritmo no podré irme y dejar al chico de recepción solo en el hotel.

Aquella era la respuesta que temía Marta.

–¡Carles! Hace tres semanas que no vemos a Toni.

–Vale, vale.

Toni tenía un piso en Lleida, que compartía con tres compañeros de universidad. Sabía perfectamente que hacía tres semanas que no le veía, pero la posible presencia de nieve le obligaría a estar pendiente del movimiento que podía generarse en el hotel.

–¿No me fallarás, verdad? –Los ojos de Isabel le analizaban profundamente.

–No. Si hemos quedado con él, allí estaré.

–Bien. ¿Todo bien por el hotel?

–Sí, ningún problema.

Marta sabía lo mucho que estaba sufriendo su marido la crisis por la falta de reservas. Dudaba de que ese "ningún problema" fuera cierto, pero no quería hurgar en la herida.

–Me alegro. Bueno, habrá que comprar agua, café, patatas y algo de carne.

–De acuerdo, intentaré hacerlo cuando salga.

Tras la comida, Carles volvió al hotel y entró en el despacho. Al poco rato, el recepcionista le llamó por teléfono.

–Señor Novell, el cliente de la habitación 304 se queja de que tiene chinches, le falla la cadena del váter y no le funciona la televisión.

–Llama a mantenimiento.

–Es que exige hablar con el director y quiere que vea usted mismo lo que le ocurre.

–Está bien, dígale que ahora subo –Pensó que era mejor quedar bien con los pocos clientes que tenían.

Cogió el ascensor y llamó a la puerta de la habitación 304. Al abrir, se encontró unos ojos verdes y profundos que le miraban como si pudieran ver en su interior. El huésped tenía una tez muy blanca, con la cara llena de pecas. Le invitó a pasar y, una vez se cerró la puerta, Carles echó un vistazo a la habitación. Ahora que caía, no había pedido el nombre del cliente. Le llamó la atención que no había ninguna maleta ni ningún objeto personal. Normalmente, la gente dejaba la chaqueta o el ordenador portátil encima de la cama o la mesa. La habitación olía a ambientador y la cama estaba perfectamente hecha. Había algo que no le gustaba en esa escena. Quiso girarse para preguntarle cuál era el problema, pero un golpe en la pierna le impidió llevar a cabo la acción y cayó al suelo. Fue incapaz de detener el siguiente golpe, de forma que la patada le dio de lleno en la boca del estómago.

El hombre esperó a que su respiración se normalizara para cogerlo por el cuello y levantarlo.

–Contesta a una pregunta… ¿Quién es el sesenta y uno?

Carles Novell fue incapaz de encontrar una explicación razonable a aquello. Pero tenía claro que los problemas de los chinches, el lavabo y el televisor no existían. El que tenía serios problemas en la cabeza era aquel tipo. ¿Sesenta y uno? ¿Qué era eso?

–No… no sé de qué me habla.

–¿No sabes nada del sesenta y uno?

–No le entiendo… ¿de qué me habla?

–¿Seguro? Digamos que ahora te pregunto sobre los arcabuceros de Yecla.

Carles se quedó mudo. ¿Aquel hombre le había dado una patada en el estómago para hablar de unos hechos que sucedieron en 1642?

–Veo por tu expresión que empezamos a entendernos.

–¿Qué pasa con esos arcabuceros?

–Eso dímelo tú.

–Fueron enviados a Vinaroz para frenar las tropas francesas.

–Eso ya lo sé. ¿Qué misión tenía el sesenta y uno?

–¿Misión? No le entiendo. Todos tenían la misma misión.

El impacto del puño en su mandíbula le cogió por sorpresa. Carles cayó hacia atrás. Tardó un par de minutos en recuperar el sentido.

–Veamos si nos entendemos. Sesenta y uno no es número muy normal. Uno de ellos tenía otra misión.

–Lo desconozco.

–Ya. ¿Desconoces también los trabajos y avances de Galileo Galilei? Supongo que no, ya que formas parte de un grupo que se llama los Celadores.

En aquel instante, el color de la cara de Carles era más blanca que la tan deseada nieve.

–Sí, conozco sus teorías, sus inventos y sus descubrimientos.

–Bien, bien. ¿Qué vincula a Galileo con Yecla?

–Bueno, son solo teorías de niños.

–Me interesan –El hombre sacó un puñal de su chaqueta y empezó a limpiarlo con un pañuelo.

–A ver, según parece, Galileo descubrió algo...

–¿Qué?

–No se sabe.

–Sigue.

–Pues, habría querido esconder su secreto enviando algo a Yecla.

El hombre con la cara pálida llena de pecas se levantó y anduvo por la habitación.

–¿Por qué Yecla?

–No lo sé.

Los ojos verdes del hombre le atravesaron como si fuera un muñeco de papel.

–Mientes. ¿Por qué Yecla? Parece un poco absurdo que Galileo diera orden tras su muerte de enviar a Yecla, una ciudad tan lejana de *Arcetri*, su secreto.

–Es que no fue él. Su muerte aceleró los acontecimientos y, seguramente, el envío de los milicianos en el mismo año fue la solución ideal para los que ocultaban el secreto.

–Volvamos a la pregunta inicial. ¿Qué debía hacer el número sesenta y uno?

Carles notó el sudor caer por su espalda. No tenía respuesta para eso.

–No lo sé.

El hombre se acercó, colocando su cara justo enfrente de la de Carles.

–¿Cuál era su misión?

–Defender el avance de los franceses.

Los ojos le miraban con una frialdad que jamás había visto en un ser humano.

–O no lo sabes o no quieres ayudar. No hay ningún problema. Tengo más opciones donde buscar.

Carles notó que las manos de aquel hombre se cerraban sobre su cuello y como poco a poco le iba faltando el aire. Intentó luchar para deshacerse de él; sin embargo, no tardó mucho en perder la conciencia.

El hombre dejó a Carles en la habitación. No podía arriesgarse a pasear el cuerpo por el hotel, a pesar de que las órdenes habían sido claras: los cuerpos debían dejarse en la calle. Cerró la puerta y se fue.

Fuera, la nieve seguía cayendo con fuerza. Sería un buen año para los esquiadores.

3

Barcelona, 26 de noviembre, en la actualidad.

Un rayo iluminó la noche y, al cabo de treinta segundos, un trueno se hizo oír por toda la ciudad. Las primeras gotas empezaron a caer. Como venía siendo habitual, en el preciso instante en que los limpiaparabrisas de los coches se ponían en funcionamiento en la ciudad de Barcelona, el tráfico se volvía caótico.

En la esquina de la Avenida Diagonal, arteria que cruzaba de punta a punta Barcelona, con la calle Aribau, se oían las bocinas sin parar. Varios coches se habían quedado parados en el cruce e impedían avanzar a los que debían seguir por la gran Avenida.

Pau Forrell era de los que apretaba el claxon con todas sus fuerzas, como si aquella acción pudiera hacer volatilizar los coches y dejarle la vía libre de obstáculos. *Maldita lluvia*, pensó. La emisora de radio dio la señal de las ocho de la noche con la sección de las noticias. En el apartado del tráfico, informaron de que, como era habitual, las rondas de Dalt y Litoral estaban colapsadas, así como varias vías del centro. Recomendaban usar el transporte público, que no ofrecía ninguna incidencia.

Su *Iphone* sonó en el mismo instante en que el semáforo cambiaba a rojo para los conductores.

–¿Diga?

–Pau, ¿vas a venir a jugar el partido de fútbol?

–No, lo siento, Miquel. Hoy estoy bastante cansado.

–Joder, tío. Siempre estás cansado.

–Es que cuando trabajas mucho, te cansas. No como otros.

–Muy gracioso. Vale, ningún problema, pero a ver si te vienes un día, que ya no nos acordamos de tu cara.

Sentía no acudir, pues era su cita semanal con los amigos. Alquilaban durante una hora una pista de fútbol sala y daban rienda suelta a las tensiones acumuladas. Luego, tras ducharse, se tomaban una o dos cervezas y hablaban sobre el partido, el trabajo y otras cosas para desconectar de su mundo. Era cierto que últimamente no acudía a esas citas, pero la carga de trabajo estaba ahogando su vida privada.

Pau trabajaba como abogado en un pequeño bufete que llevaba temas relacionados con conflictos matrimoniales. Sólo eran seis personas trabajando y llevaban tiempo solicitando alguna persona más, pero la crisis económica había frenado el presupuesto para ampliar la plantilla. Esa misma crisis había hecho también reducir los casos de separaciones, ya que el principal problema con el que se encontraba la gente era que no conseguía vender los pisos compartidos.

–La crisis ha estabilizado el amor –Bromeaba el gerente del bufete con él.

Y, a tenor del bajo número de casos, se podría decir que así era.

Pau aparcó el coche en el aparcamiento subterráneo de la calle Mallorca con el *Passeig de Sant Joan*, cerca de su piso. Su plaza de aparcamiento estaba situada en el último sótano. Mientras iba hacia las escaleras, se detuvo un segundo con la extraña sensación de que alguien estaba observándole.

Al entrar en su casa, lo primero que hizo fue ir a la nevera y abrir una cerveza. Luego,

cogió el teléfono y marcó el número de Judith, una compañera de su anterior trabajo, una asesoría jurídica.

Quedaron para cenar al día siguiente en un italiano, situado cerca del *Passeig de Colom.*

Pau consideraba que siempre había tenido éxito con las mujeres, porque aunque no poseía un gran atractivo, tenía un carácter seguro y decidido que le había permitido entablar numerosas relaciones.

No tenía mucha hambre, así que se preparó un par de tostadas acompañadas de un poco de embutido. Encendió el ordenador y miró el correo, su perfil de *Facebook*, su *Twitter* y su blog. Internet era su pasión. Hacía tiempo que ya no se sentaba en el sofá para mirar una película u otro programa. Las noches las pasaba navegando por la red hasta bien entrada la madrugada. Le fascinaba todo lo que ésta podía ofrecerle. Tenía muy claro que los tiempos estaban cambiando y que la nueva caja tonta no era el televisor sino el monitor del ordenador.

Al meter en la basura la lata de cerveza, notó el fuerte olor que desprendía la bolsa de restos orgánicos y decidió salir a tirarla al contenedor.

La lluvia había parado, pero ahora soplaba un fuerte viento que aumentaba la sensación de frío. Había poca gente por la calle. Por mucho que intentaran convencer a Pau de que Barcelona era una ciudad con mucha vida, él seguía opinando que, según para qué, sí, sin embargo en otros asuntos, no. A diferencia de otros lugares del país, cuando finalizaba el horario laboral, todo el mundo se volvía para sus casas. No había esa costumbre de ir a tomar algo con los compañeros del trabajo o con amigos de toda la vida. A partir de las siete, la ciudad se convertía en refugio de obreros, recuperando fuerzas para el día siguiente.

Pau tiró la basura en el contenedor situado en la esquina. Volvía hacia su portal cuando una sombra se interpuso en su recorrido.

Pau le miró a los ojos.

–¿Puedo ayudarle en algo? –Intentó que su tono de voz sonase convincente y seguro.

–Sí.

–Dígame.

–¿Quién es el sesenta y uno?

Pau se quedó en silencio, intentando descifrar la pregunta de aquel desconocido. El hombre volvió a formularla, algo más inquieto.

–¿Quién es el sesenta y uno?

–¿Cómo? No le entiendo.

Bastaron esas palabras para que aquel individuo de tez blanca, con pecas en la cara y ojos verdes le diera un puñetazo en la cara a Pau, que cayó de espaldas medio aturdido. Notó que la visión se le nublaba. El hombre se acercaba y Pau consiguió incorporarse. Miró a su alrededor, pero no vio a nadie a quien solicitar ayuda. Lanzó un puñetazo al aire que el otro esquivó con tranquilidad. Al realizar ese movimiento, Pau dejó su flanco derecho libre, con lo que el hombre aprovechó para darle un golpe en las costillas que le dejó sin respiración.

Segundos después, se le volvió a acercar y le levantó la cara para darle un nuevo puñetazo en la cara que le dejó inconsciente.

Al despertar, notó un fuerte dolor en el pómulo y en el estómago, como si le clavaran diez mil agujas de golpe. Tenía las manos atadas detrás de la espalda. Una vez recuperó la visión, reconoció el lugar. Estaba en el salón de su casa.

–¿Hola?

Oyó unos pasos que se acercaban. Era el hombre de ojos verdes que le había atacado en la calle.

–¿Qué quiere? ¿Dinero?

–No. ¿Conoces Yecla?

–Sí, está en Murcia.

–¿Qué sabes de sus fiestas?

–¿Qué es esto? ¿Una broma? ¿Nos hemos peleado para saber cuándo son las fiestas de Yecla?

El hombre dio un puñetazo a la mesa del salón. Pau, que estaba sentado en el sofá con

las manos hacia atrás, se sobresaltó.

–Son durante el puente del seis al ocho de diciembre.

–¿Qué se celebra?

–La vuelta a casa sanos y salvos de los milicianos que fueron enviados a Vinaroz en 1642.

–¿Cuántos se enviaron?

Pau empezaba a perder los nervios ante aquel interrogatorio absurdo.

–Sesenta y uno.

–¡Bingo! ¿Y me quieres hacer creer que no sabes quién era el sesenta y uno? ¿Qué hacía allí?

Pau tragó saliva. ¿Qué se suponía que debía responderle a aquel lunático?

Ante el silencio de Pau, el hombre se levantó y se acercó a él, sentándose a su lado.

–A ver si lo entiendo, formas parte del grupo de los Celadores y no sabes nada del sesenta y uno.

Los Celadores. Era eso. Se había inscrito en el grupo como diversión y ahora resultaba que se encontraba en peligro por culpa de ello.

Fue incapaz de emitir ningún sonido. Tan rápido que era mentalmente en un juicio y ahora no sabía cómo salir de aquella situación.

Su captor le miraba atentamente. Intuía lo que ocurría. Pau no podría aportar nada. No sabía más que lo que él sabía. Se acercó a la oreja de Pau para hablar en un leve susurro.

–Lo siento, pero no me sirves.

Un seco golpe en la nuca lo dejó inconsciente.

El hombre cargó con el cuerpo de Pau hacia la calle. Se dirigieron hacia el contenedor donde le había abordado un rato antes.

Cuando empezó a recobrar la conciencia, al entreabrir los ojos, vio aquel rostro ante él e, hipnotizado por aquellos misteriosos ojos verdes, notó como la hoja del cuchillo se hundía en su estómago y le quitaba la vida.

4

Yecla, 26 de noviembre, en la actualidad

Alba Muñoz entró en el aula y ordenó que todo el mundo se sentara. La clase estaba algo inquieta. Era algo habitual los lunes. Alba dio varias palmadas para que le prestaran atención, pues a sus cincuenta y tres años ya no daba gritos como antes.

–¡Por favor! ¡Silencio!

Poco a poco, el ambiente se fue calmando. Era difícil dominar a chicos y chicas que se movían entre los doce y los catorce años.

Alba era profesora de Ciencias Sociales, Geografía e Historia, de segundo de ESO en el Instituto de Educación Secundaria de Yecla desde hacía veinticinco años. Parecía ayer cuando entró temerosa el primer día de clase. Aquella jornada fue un fracaso y a punto estuvo de abandonar la educación. Tan frágil se había mostrado, que los alumnos le tomaron el pelo como quisieron. Suerte tuvo de unos sabios consejos que le dio el que era director en aquella época.

–Alba, tienes que tener algo claro: nunca dudes ni muestres inseguridad ante ellos. Son como un león hambriento que, a la mínima que ven flaquear su presa, se lanzan sobre ella.

A partir de ese momento intentó dar una imagen segura y firme en sus decisiones. Efectivamente, esa actitud le valió el respeto inmediato de sus alumnos. Recordaba con cariño el apoyo incondicional que Arturo le dio en todo momento. ¡Cuánto echaba de menos a Arturo! Había muerto hacía ya dos años por un cáncer de pulmón debido a los casi dos paquetes de tabaco que fumaba diariamente.

–Bien, quiero que abráis el libro por la página ochenta y tres. Hoy os voy a explicar… A ver, Lucía, si quieres enviar un mensajito con el móvil, te esperas a que termine, ¿de acuerdo?

Todos rieron a carcajadas y a Lucía las mejillas se le pusieron bien rojas. Las nuevas tecnologías provocaban que los chicos prestaran menos atención al profesor. Alba veía cómo todos los niños y niñas tenían, ya a los diez años, un teléfono móvil.

–Esto no puede ser bueno. Se comunican más con los mensajes que hablando cara a cara –les comentaba a los demás profesores cuando tomaban todos juntos el café del mediodía.

Alba esperó a que se calmaran los ánimos y volvió a pedirles que abrieran el libro por la página indicada. Les anunció que tratarían la Guerra de Cataluña.

–Profesora, ¿acaso no seguimos en guerra?

De nuevo risas.

–Muy audaz, Roberto. Ya os he dicho muchas veces que no os creáis todo lo que os dicen los medios de comunicación.

–Sí, pero Cataluña…

–Pablo, ¿has estado tú en Cataluña?

–No

–¿Conoces la realidad de allí?

–No

–Entonces, mejor no juzgues lo que no conoces. Bien, ¿sabe alguien de qué año

estamos hablando cuando nos referimos a la Guerra de Cataluña?

La mano de Eva se alzó tímidamente. Siempre Eva, pensó Alba.

–Dime, Eva.

–Creo que es por 1600.

–Vas bien. Fue entre los años 1640 y 1652. También es conocida como la Sublevación de Cataluña, la revuelta de los catalanes o la Guerra de los Segadores. ¿Alguien puede decirme cuál es el origen del conflicto?

Esta vez, nadie levantó la mano.

–Para entender el conflicto, hemos de explicar que Francia y España estaban confrontadas en la llamada Guerra de los Treinta Años, desde 1618 a 1648. En la sociedad catalana había bastante malestar por la presencia de las tropas castellanas. Estamos hablando de un efectivo de nueve mil soldados aproximadamente. La población se vio obligada a dar alojamiento y comida de forma gratuita a los soldados y se produjeron muchos excesos y la paciencia de los campesinos se acababa.

El odio al virrey Dalmau de Queralt, a Olivares y a todo lo relacionado con la Administración virreinal creció a un ritmo acelerado, azuzado por las instituciones catalanas y una parte del clero. El virrey, Conde de Santa Coloma, antepuso su obediencia a la corona a los intereses de la nobleza y la burguesía catalanas, por lo que era profundamente odiado. Los campesinos despreciaban a la soldadesca de los tercios por las requisas de animales y los destrozos ocasionados a sus cosechas. En mayo de 1640, algunos campesinos gerundenses atacaron a los tercios que se hospedaban en sus casas. A finales de ese mes, los campesinos llegaron a Barcelona. En junio, se les unieron los segadores. Se asesinaron funcionarios y jueces reales. Uno de los muertos fue el virrey de Cataluña, el Conde de Queralt, cuyo cuerpo se encontró en la playa barcelonesa cuando intentaba huir por mar. Todo esto ocurrió durante la festividad del *Corpus Christi*, por eso se conoce a este suceso como el Corpus de Sangre. Dime, Pablo.

–Una pregunta… ¿qué es la Guerra de los Treinta Años?

–Originalmente, fue un conflicto religioso que se gestó dentro del Sacro Imperio Romano Germánico entre los partidarios de la reforma y la contrarreforma, que ya debéis saber que es, ¿cierto? –Hizo un silencio y vio que varios asentían tímidamente con la cabeza. Dudaba mucho que se acordaran de lo explicado en la lección anterior –Pues bien, poco a poco, se fueron agregando países de Europa, cuyas intenciones no tenían nada que ver con la religión. Por ejemplo, algunos veían una oportunidad para conseguir algún equilibrio político y a otros les interesaba un enfrentamiento directo con algún rival de años anteriores.

–Lo que no entiendo es qué pintaban los franceses aquí.

–Bueno, digamos que se les escapó de las manos. Pau Claris, que estaba al frente de la Generalitat de Cataluña, proclamó la República Catalana, pero la revuelta fue creciendo y la sublevación pasó a ser una revuelta de empobrecidos campesinos contra la nobleza y los ricos de las ciudades. La oligarquía catalana se encontró en medio de una auténtica revolución social entre la autoridad del rey y el radicalismo de sus súbditos más pobres. Como no podían controlar la revuelta, decidieron aliarse con el enemigo de Felipe IV, Luis XIII. Olivares veía peligrar el territorio catalán, así que envió un gran ejército y la Diputación catalana pidió a Francia apoyo armamentístico.

–Profesora Alba, ¿tiene algo que ver esto con el envío de los yeclanos?

–Exacto –Miró el reloj y vio que debía poner fin a la explicación, ya que debía reservar los últimos 10 minutos de clase para entregar los exámenes de la semana anterior y comentarlos –Bueno, eso lo explicaremos otro día, ahora voy a comentar los exámenes. Tenéis que mejorar. En general han estado flojos.

Se oyó un gran murmulló de quejas y lamentos.

Al finalizar su jornada, Alba se fue caminando hacia el centro donde hacía clases de baile. Se había apuntado con una amiga a clases de salsa y lo cierto era que le había ido muy bien para recuperar la alegría. Montse estaba siempre muy pendiente de ella y la había obligado a hacer clases de cocina, de yoga y, ahora, de salsa. Y aunque Alba se quejaba, lo cierto era que estaba encantada de poder tener una amiga como ella.

La muerte de Arturo había sido un duro golpe. Le había dejado un vacío en su interior imposible de llenar con ninguna otra persona. Arturo la entendía a la perfección y era,

además de su marido, un gran amigo. Nunca pudo quitarle ese vicio mortal que era el tabaco. No habían tenido hijos, pues a ninguno de los dos les gustaban y no se arrepintió en ningún momento. "Con los niños del colegio ya tengo suficiente", le decía Alba cuando alguna vez él le preguntaba si seguía opinando que no quería ser madre.

Aquel día, Montse estaba muy contenta.

–¿Qué te pasa? ¿Te ha tocado la lotería?

–No. ¿Sabes qué?

–No, no lo sabré hasta que me lo digas.

–Javier me va hacer abuela.

–¡Qué me dices! ¡Felicidades!

Las dos amigas se fundieron en un gran abrazo.

–Yo creo que el ser abuela es el mejor estatus, más que el de madre. Les haces carantoñas, juegas con ellos, vas de paseo, ... Pero, cuando se ponen insoportables y tienen rabietas, se los entregas a los padres.

Montse miraba con cierta lástima a Alba, mientras le exponía su opinión. Ella creía que si su amiga hubiera tenido algún hijo, ahora no se sentiría tan sola por la pérdida de Arturo. Aunque su amiga siempre le decía que tenía un amante.

–Mi marido es Arturo, pero mi amante es la Historia. Me llena de tal forma que nada ni nadie puede proporcionarme tantos momentos de felicidad. Y así era. Ella era profesora de Historia, no porque le quedara otra opción, sino porque esa era su pasión.

Empezaron la clase de salsa y Alba tuvo que soportar varios pisotones de un hombre maduro que colocaba la mano, no en el omoplato como les había indicado el profesor, sino en la cintura y, desde ahí, la iba bajando poco a poco.

Una vez acabada la clase, varios integrantes del cuso y el profesor se fueron a tomar una cerveza en el pub Actual. Alba miraba el reloj constantemente, pues pensaba en llegar lo antes posible a casa para darle de comer al gato y preparar unos apuntes de la clase de mañana.

–Perdonad, pero tengo que irme.

–¿Ya te vas, mujer? –preguntó el hombre calvo que tanto la había manoseado durante el baile.

Justo en ese momento, el camarero preguntó si tomarían otra ronda más.

–Sí, ponga otras tantas.

–La mía no, yo me voy

El camarero anotó algo en la libreta, pero se detuvo ante la insistencia del hombre calvo.

–No hombre, no. Alba se queda.

–He dicho que no, por favor.

–Está bien, está bien.

Alba se despidió de todos de mal humor y vio como Montse la seguía hasta la puerta.

–No le hagas caso. Va de gracioso.

–Va de viejo verde. Nos vemos mañana, cariño.

–Buenas noches.

Alba se fue, subiendo la calle Don Lucio, cuando tuvo la sensación de que tenía alguien detrás; sin embargo, al girarse no vio a nadie.

Giró a la izquierda por la calle de San José y abrió la puerta del portal del piso donde vivía. Justo en el instante en que cruzaba el portal, notó que alguien la empujaba hacia dentro y le colocaba una mano en la boca. Quiso gritar, pero ese individuo le estaba apretando el cuello con la otra mano.

–Voy a aflojarte el cuello y quitar la mano de la boca, pero si gritas te clavo esto.

Una daga larga y afilada se hizo visible ante sus ojos.

–¿Comprendido?

Alba asintió con la cabeza.

El hombre la giró para que estuvieran cara a cara. Alba se encontró con unos ojos verdes penetrantes, enmarcados en una cara exageradamente blanca y manchada de multitud de pecas.

–Te voy a hacer una pregunta y quiero que me contestes.

–Sí.

–¿Quién es el sesenta y uno?

–¿Qué?

–Ya me has oído.

Alba empezó a respirar aceleradamente, al no comprender qué significaba aquella pregunta.

Le contestó que no sabía a qué se refería y él le siguió preguntando durante quince minutos otras cosas.

–¿No sabes qué es el sesenta y uno y enseñas Historia a tus alumnos?

Entonces, Alba comprendió lo que le preguntaba. Sesenta y uno. Los arcabuceros enviados para frenar el avance de las tropas francesas. Justamente hoy había explicado la Guerra de Cataluña.

–Los arcabuceros –dijo casi sin aliento.

–Bien, eso está mejor.

El hombre aflojó las manos.

–Subamos al piso.

Al entrar en la casa, el hombre le ató las manos por detrás de la espalda.

–Alba, conoces muy bien la historia. No hace falta que entremos en matices, ¿verdad? Dime, ¿qué sabes de la vinculación de Galileo con Yecla?

Alba miró sorprendida a aquel hombre.

–¿Quién eres? ¿Qué quieres?

–Las preguntas las hago yo. Contesta.

Podría gritar, pero dudaba de que alguien viniera en su ayuda. Hacía un par de años, en el mismo piso se oyó una chica pedir ayuda y ningún vecino movió ni un dedo. Luego, resultó que su chico la maltrataba.

–Galileo no conocía Yecla. Que se sepa, nunca pisó esas tierras.

–Entonces, ¿por qué os hacéis llamar los Celadores?

Aquel grupo inocente de *Facebook,* que le había permitido intercambiar conocimientos y descubrir que algo de gran valor se escondía en Yecla, había sido espiado y controlado por ese matón. Pero, la presencia de ese hombre daba otro matiz a toda la información intercambiada por los miembros del grupo: el hecho de que realmente existía algo. No eran meras conjeturas.

–Los Celadores protegen el saber.

–¿Y qué saber es ése?

Aquel hombre le repugnaba de tal manera que le estaban entrando náuseas. Alba era uno de los miembros del grupo que más había aportado, sobre todo, por el hecho de vivir en la misma Yecla. Sin embargo, aún había muchos cabos sueltos en la historia de aquel misterio del cual, por lo visto, aquella chica de Barcelona sí tenía algunos datos relevantes.

–Galileo descubrió algo y lo quiso esconder.

–¿Qué era?

–No se sabe.

–Ya, pero tendrás alguna idea.

–No –Su respuesta tajante fue acompañada de una mirada desafiante hacia aquellos ojos verdes.

El hombre pareció entender el mensaje: no y aunque lo supiera, no te lo diría. El hombre se había informado bien sobre sus víctimas. Alba, una mujer de mediana edad que había perdido al marido. El tipo de persona que no tiene nada que perder a la hora de oponer resistencia.

–¿Qué debía hacer el arcabucero en Vinaroz?

–No lo sé.

–¿Con quién tenía que encontrarse?

–No lo sé.

–No eres de gran ayuda, zorrita.

Alba sintió un escalofrío al oír aquel tono de voz tan amenazador.

El hombre se le acercó, colocó sus manos sobre sus hombros y la miró fijamente a los ojos.

–Es una lástima. Seguro que sabes mejor que los otros la historia de Yecla, pero veo que tus conocimientos no tienen nada que ver con lo que me interesa.

Finalmente, se quedó en silencio y la miró intensamente.

–Lo siento, no me sirves.

La daga penetró en su estómago sin apenas tiempo para tomar conciencia de lo que ocurría.

Alba cayó al suelo sin vida.

El hombre la levantó rápidamente en brazos, impidiendo que cayera alguna gota de sangre. Tras asegurarse de que el suelo estaba limpio, cerró la puerta con las llaves de Alba y dejó el cuerpo en la entrada.

Al salir del portal, el hombre se cruzó con un vecino de la comunidad, el cual miró extrañado al personaje, pues no recordaba ningún vecino nuevo.

5

27 de noviembre, en la actualidad

Valeria intentó moverse, pero la cuerda que le ataba las manos le impedía realizar cualquier movimiento. Lo mismo le sucedía en los pies. La cabeza le daba vueltas y notaba un dolor intenso en la nuca.

Tenía los ojos vendados, así que tampoco podía ver nada. Tan sólo oscuridad.

Atada y con los ojos vendados. ¿Qué significaba todo esto? Valeria no entendía cómo había llegado a tal situación. No recordaba lo que había sucedido. Su mente intentaba recuperar algún recuerdo que diera sentido al hecho de que estuviera atada. De repente, le sobrevino un flash del momento en el que se disponía a entrar en su coche, pero acto seguido, la oscuridad la invadía de nuevo. El dolor en la nuca le daba pistas de que le habían golpeado por detrás. Pero, ¿por qué?

Recordaba que, antes de perder el conocimiento, alguien le había preguntado quién era el sesenta y uno, y ella había respondido "la clave". ¿Por qué había dicho aquello? Había sido algo mecánico. Llevaba mucho tiempo con aquella investigación en la cabeza. En cuanto oía algo relacionado con el tema, era incapaz de controlar toda la información que guardaba en su mente, por muy confidencial que fuera.

Pero había algo más. Tras el golpe inicial, recobró la conciencia. Estaba sentada en un asiento mullido. Tenía los ojos vendados. Y entonces, una voz a su izquierda rompió el silencio. Le preguntó por qué había respondido "la clave". Valeria recordaba que, en un primer instante, intentó hacerse la despistada, pero un fuerte apretón en el cuello le hizo reconsiderar su postura. Fue entonces cuando le explicó que se trataba de un arcabucero que debía recoger un objeto secreto. La voz siguió insistiendo. Parecía saber de lo que hablaba, porque le preguntó si procedía de Galileo. Podría haber respondido que sí y dejar el tema zanjado, pero fue más allá.

–El objeto procedía de *Rouan*, Francia. Galileo puso el conocimiento, pero otros le pusieron el envoltorio.

Al rememorar aquel diálogo, recordaba las últimas palabras de la voz y que ahora no conseguía comprender, antes de sumergirse de nuevo en la oscuridad de la inconsciencia.

–Bien. Creo que he encontrado a la persona adecuada.

Al intentar cambiar de posición, descubrió que estaba encima de una cama.

Prestó atención, por si podía oír algo que le permitiera saber dónde estaba. Tras un tiempo sin escuchar ningún sonido, de repente oyó algo parecido al chirriar de unas ruedas. Al cabo de un rato, no sabía determinar si pasaron cinco o veinte minutos, escuchó unas voces que se acercaban. Sintió un miedo atroz al pensar que podía ser su secuestrador. Sin embargo, las voces pasaron de largo. Dedujo que debía encontrarse cerca de la puerta de entrada del piso y, por esa razón, le llegaban los sonidos del pasillo.

Le dolía todo el cuerpo, en especial las muñecas, donde la cuerda se apretaba con fuerza, y los hombros, ya que tenía los brazos tensados hacia atrás. Sintió que todo le daba vueltas y perdía la conciencia.

Se despertó sin saber cuánto tiempo había transcurrido, pero su estómago pedía comer algo. Le invadía un sentimiento de miedo al encontrarse en esa situación. Recordaba toda la serie de noticias que había leído en los periódicos sobre secuestros, asesinatos,

violaciones y un número indefinido de atrocidades. Sin contar todas las series de televisión sobre crímenes.

–¿Hola? –La voz de Valeria se perdió en la oscuridad sin ninguna respuesta. Se mantuvo alerta a cualquier ruido que pudiera delatar que alguien se hubiera alarmado por su despertar. Sin embargo, parecía que en ese sitio solamente estaba ella.

–¿Me oye alguien? ¡Ayuda! –Valeria se dio cuenta de que su tono de voz fue aumentando al ver que nadie reaccionaba a su llamamiento.

Se esforzó por encontrar alguna explicación lógica a aquella situación pero, a cada intento, chocaba con un callejón sin salida. Descartó la opción de un secuestro por dinero, pues su familia no pertenecía a la clase alta ni ella era adinerada. Aparte de que no era ninguna celebridad ni nada por el estilo. Cada vez se confirmaba más la idea de que alguien quería hacerle daño sin otro motivo que satisfacer sus deseos de rabia y violencia. Le vino a la mente su posible violación y, de forma inmediata, su respiración se aceleró y empezó a agitarse de forma agresiva para deshacerse de las ataduras, pero todo intento fue inútil. Finalmente, cedió agotada a su destino.

Soñaba que subía a su coche y se encerraba en él. Le invadía una sensación de pánico al comprobar que éste no quería arrancar, por más que ella girara frenéticamente la llave en el contacto. Empezaba a gritar de rabia y a golpear el volante con los puños. Fuera, llovía mucho. De repente, el coche se ponía a temblar y pensaba que por fin arrancaba, pero luego se percataba de que el temblor era demasiado violento, sacudiéndola de un lado a otro del coche, chocando su cabeza contra el techo.

Se despertó de golpe, notando aún el temblor en su cuerpo. Pero acto seguido comprendió que las sacudidas se debían a que alguien la estaba zarandeando.

–¡Despierta, despierta!

Su voz era grave, muy varonil, y desprendía gran fuerza y seguridad.

–¿Quién eres? ¿Dónde estoy? ¿Por qué me has secuestrado? –Todo el tropel de preguntas que sus labios dispararon en apenas un segundo quedó cortado por una bofetada que la cogió desprevenida.

–Cállate. Te he traído agua y un poco de comida. Te voy a explicar lo que vamos a hacer. Te desataré las manos para que puedas comer, pero no hagas ni un ruido o te arrepentirás.

Tras la reacción anterior, Valeria no lo ponía en duda. Asintió con la cabeza y dejó que le desatase la cuerda. La habitación estaba en penumbras; únicamente estaba encendida una pequeña lámpara en una mesita que había cerca de la ventana, cubierta con una camiseta para atenuar aún más la luz.

Comió el huevo frito con patatas y unos trozos de beicon, sin apenas notar el sabor. Cogió el melocotón y devoró su frescura. Cuando depositó el hueso del melocotón en el plato, el hombre le habló.

–Bien, ahora voy a volver a atarte las manos y estarás calladita.

–Oye, pero ¿quién eres? ¿Y qué quieres de mí?

–Las preguntas las haré yo cuando llegue el momento.

Notó que las fuertes manos de su secuestrador realizaban un nudo con la cuerda alrededor de sus muñecas y la dejó de nuevo tirada en la cama. Valeria empezó a llorar, pensando que moriría sola, a oscuras, y que su cuerpo aparecería en algún bosque perdido. Agotada por el miedo, volvió a dormirse.

El ruido de la puerta al abrirse la despertó bruscamente. No sabía cuánto había dormido. Notó la garganta seca, pero sentía que tenía la cabeza más lúcida ahora.

El día anterior, Valeria lo tenía todo preparado para su marcha. Tenía previsto ir a Yecla para pasar allí unos quince días y estar presente en las fiestas de la Purísima. Aquel viaje debía resolver el enigma que tanto había investigado.

El trabajo le iba bien, a pesar de que estaba pasando por un mal momento. El camino no había sido sencillo. Valeria era profesora de Física Teórica en la Universidad de Barcelona, pero antes de obtener su plaza se había visto obligada a realizar trabajos no relacionados con su pasión. Pero no le importaba y no temía hacer trabajos para los cuales, en principio, no estaba muy capacitada. Le gustaba el riesgo.

Su anterior trabajo había sido como diseñadora de páginas Web para una pequeña empresa de consultoría informática, mientras por las noches preparaba su tesis de física.

Valeria había aprendido todo lo referente a la informática de forma autodidacta. Se compraba manuales y navegaba por Internet buscando ayuda para algún programa concreto. Uno de esos cursos le ofrecía prácticas en una empresa y eso le permitió darse a conocer, pues su superior quedó encantado con su trabajo. Le dijo que no podría quedarse en la empresa, pero que le buscaría otra para hacer más prácticas. Estuvo seis meses en la consultoría y le hicieron el contrato sin perder tiempo.

Como diseñadora de páginas Web, Valeria tenía en cuenta las tres etapas básicas: Primero, el diseño virtual de la información que se iba a editar. Aquí se trabajaba distribuyendo el texto, los gráficos, los vínculos a otros documentos y otros objetos multimedia que se consideraran pertinentes. Antes de empezar, Valeria siempre elaboraba un bosquejo o prediseño sobre el papel. Lo segundo era la estructura y relación jerárquica de las páginas del sitio Web, una vez que se tenía ese boceto pasaba a configurar la página. La importancia de la estructura radicaba en que los visitantes no siempre entraban por la página inicial. Y, por último, estaba el centrar el esfuerzo en el posicionamiento en buscadores, que consistía en optimizar la estructura del contenido para mejorar la posición en que aparece la página en determinadas búsquedas.

El mundo de la informática y, en especial, de Internet le fascinaban.

Sin embargo, su esfuerzo tuvo premio. Finalmente, pudo dejar aquel trabajo, obteniendo plaza como profesora de la Universidad de Barcelona de Física Teórica, siendo ésta una rama de la física que elabora teorías y modelos usando el lenguaje matemático, con el fin de explicar y comprender fenómenos físicos. Todo amante de la ciencia tiene su gurú particular y, en su caso, se trataba de Galileo Galilei. Ése era el motivo de su viaje a Yecla. Pero ahora se encontraba atada, con los ojos tapados y sin saber qué estaba ocurriendo. ¿O sí? Todo había empezado por su intento de dar un impulso a su carrera.

La situación de Valeria era estable, en comparación con otros compañeros de su promoción de la Universidad, aunque empezaba a ser cuestionada por el rector del Departamento de Física. Su asignatura, Relatividad General, había ofrecido los peores resultados académicos de los últimos años. Valeria no entendía qué estaba sucediendo. Tenía conocimientos, sentía la Física y amaba la docencia, ¿qué fallaba? Parecía que conseguía transmitir todo eso a sus alumnos. Sabía que si las cosas no mejoraban, perdería esa asignatura. Entonces, tomó la decisión que cambiaría su vida. Tenía que buscar algo nuevo, diferente. Para ello, pensó que lo primero sería empezar una nueva vía de investigación. Elaboraría una nueva tesis.

Tras muchas cavilaciones, tomó la decisión de estudiar al autor que más admiraba: Galileo Galilei. Sin embargo, tenía que resolver otra cuestión: ¿qué obra redactada por el científico renacentista iba a analizar? Siempre le había atraído uno de sus primeros escritos, *De Motu*, obra en la que teorizaba sobre el movimiento de los cuerpos, influenciada por la Ley de empuje, de Arquímedes.

A medida que estudiaba la obra de Galileo, entendió que se hacía imprescindible profundizar también en la Ley de Arquímedes.

Estudiando dicha ley, se vio empujada a analizar los vasos comunicantes de Blaise Pascal. Éste demostró que el apoyo que se ejerce sobre un *mol* de un líquido, se transmite íntegramente y con la misma intensidad en todas las direcciones. Valeria empezó a interesarse por la vida de aquel matemático, físico, filósofo y escritor.

Empezó a frecuentar varias bibliotecas para leer su obra y se sintió muy atraída por un hecho oscuro en la vida de Blaise. Un día marcó para siempre la vida de este físico. Fue el 23 de noviembre de 1654. Aquel día, guiaba un carruaje por un puente cuando algo asustó a los cuatro caballos que tiraban de él. Los animales cabalgaron desbocados y perdió el control del carruaje, que saltó al abismo, dirección al Sena. Por suerte, los tirantes se rompieron a tiempo y se salvó de morir ahogado. Blaise lo interpretó como una señal divina. Esa misma noche, mortificado por el insomnio, una constante en las noches del científico, según pudo leer, el techo de su dormitorio se rasgó, la habitación se llenó de fuego y Pascal se halló cara a cara frente a Dios. Su visión duró tres horas, tras las cuales tomó la pluma y describió con pulso tembloroso la visión mística que había vivido. Fue a partir de esa noche que renunció a la ciencia y a sus impuros placeres. Pascal tenía treinta y un años.

Aquel escrito fue conocido como *El Memorial de Pascal.* Blaise lo envolvió en un

pergamino con sumo cuidado y lo cosió en secreto bajo el forro de su jubón. Lo llevó oculto de aquella forma el resto de su vida. Ya no pensó más en los números. Ayunos y flagelaciones ocuparon su día a día.

Valeria leyó algunas de las obras de este periodo tan místico y tenebroso de Pascal, para quien Dios era una divinidad geométrica, una inconmensurable esfera cuyo centro está en todas partes y cuyo radio es infinito.

Murió a los treinta y nueve años. Leyó en una de sus biografías que falleció padeciendo terribles dolores, aferrado al viático mientras susurraba "Dios, no me abandones, Dios, no me abandones". Tras su muerte, un criado encontró entre las ropas de su señor el misterioso documento.

Valeria no encontraba en ningún lugar el contenido del documento. Su mente no paraba de darle vueltas a aquella alucinación de Pascal, en la que, según él, había estado conversando tres horas con Dios. ¿Qué le habría dicho? ¿Le habría revelado algún secreto o, por el contrario, regañado por algo? Era tal su obsesión por el oculto pergamino que cada noche soñaba con él.

Finalmente, descubrió que los documentos estaban en la Biblioteca Nacional de París. Por lo visto, en 1726, una sobrina de Pascal llevó los documentos al Oratorio de Clermont–Ferrand, entre ellos, *El Memorial de Pascal*. Fueron agrupados en cuarenta y un volúmenes. Ya en 1790, pasaron a la Biblioteca Real. En esa transición, el pergamino de la Memoria se perdió y, actualmente, únicamente se conservaba una copia.

Valeria viajó a París y sin más distracciones, fue directamente a la Biblioteca Nacional. Al fin, pudo leer la Memoria.

El año de gracia 1654,

Lunes 23 de de noviembre, día de san Clemente, Papa y mártir, y otros en el martirologio.

Vigilia de san Crisógeno, mártir, y otros.

Desde cerca de las diez y media de la noche hasta cerca de la una y media.

FUEGO

«Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob»

no de los filósofos y de los sabios.

Certeza [alegría], certeza, sentimiento [visión], alegría, paz.

Dios de Jesucristo.

Deum meum et Deum vestrum.

Tu Dios será mi Dios.

Olvido del mundo y de todo, fuera de Dios.

No se encuentra sino por las vías enseñadas en el Evangelio.

Grandeza del alma humana.

Padre justo, el mundo no te ha conocido pero yo te he conocido.

Alegría, alegría, alegría [y] llantos de alegría.

Yo no me he separado.

Dereliquierunt me fontem aquae vitae.

¿Dios mío, me abandonaréis?

Que no esté separado de vos eternamente.

«Ésta es la vida eterna, que te conozcan a ti, único verdadero Dios y al que has enviado»

Jesucristo

JESUCRISTO

Yo me he separado de Él, le he huido, renunciado, crucificado.

Que nunca sea separado de Él.

No se conserva sino por las vías enseñadas en el Evangelio

RENUNCIACIÓN TOTAL Y SUAVE

Sumisión total a Jesucristo y a mi director.

Eternamente en alegría por un día de ejercicio en la tierra

Non obliviscar sermones tuos.

Amen.

Valeria levantó la mirada algo decepcionada. Era incapaz de entender nada. Giró la

hoja para ver si había algo más anotado y encontró unas extrañas frases.

Ella puede desplazar una dimensión entera. Nosotros pusimos todo el poder en sus ruedas. Galileo, el grande, está orgulloso.

De Rouan a Yecla, los vasos comunicantes.

¿Qué significaba todo aquello? ¿Qué era lo que podía desplazar una dimensión? Lo más misterioso era esa referencia a Rouan, donde vivió junto a su padre. ¿Y la otra ciudad? ¿Yecla? ¿Dónde estaba? ¿Por qué eran vasos comunicantes? ¿Y qué pintaba Galileo en todo eso?

Valeria recordaba aquello como si hubiese ocurrido hacía mucho tiempo. Era el origen de su andadura para descubrir un gran secreto.

Su secuestrador abrió un grifo y luego le oyó encender interruptores. Notó que sus manos deshacían el nudo de la cuerda y le sacaban la venda de los ojos. Valeria entrecerró los ojos para evitar que la potente luz la lastimara.

Poco a poco, fue habituándose y vio la figura que tenía ante ella.

Debía tener unos treinta y tantos años, era bastante alto, con el pelo corto y moreno. Sus ojos verdes no transmitían ningún tipo de sentimiento, ni emoción. Tenía una tez muy blanca y pecas esparcidas por la cara.

–La puerta está cerrada, no intentes nada. Te he traído agua, un bocadillo de tortilla y una manzana. Voy al lavabo un momento.

Valeria echó una ojeada a su alrededor y entonces comprendió dónde estaba. Era la habitación de un hotel. El hombre había dejado la puerta entreabierta, así que podía oír cómo el agua de la bañera empezaba a caer. Empezó a silbar una canción que Valeria desconocía.

Miró a su alrededor en busca de una salida. Desestimó probar con la puerta, pues no creía que fuera tan tonto como para no cerrarla. Lo que le interesaba era encontrar una pista de dónde estaba. En todos los hoteles había algún rastro o el logo de su grupo empresarial. Valeria buscó en las sábanas, bolígrafos, papeles; sin embargo, su secuestrador había retirado todo con esmero. No quedaba nada que pudiera identificar de qué hotel se trataba.

Oyó que el grifo de la ducha se cerraba, así que no le quedaba mucho tiempo para probar cualquier cosa. Se sentía abatida. Se sentó en la cama y, al mirar al frente, vio un *netbook* encendido encima del taburete para dejar la maleta. Su corazón empezó a palpitar con rapidez, consciente de que tenía en sus manos la posibilidad de comunicarse. ¿Qué medio usar? ¿El correo electrónico? ¿La Web de un periódico? Todo aquello estaba muy bien, pero no conseguiría mucha difusión. Al final se decidió por un recurso que le llevaría poco tiempo y tendría mayor repercusión. Se acercó y tecleo en el explorador el nombre de la mayor red social: *Facebook*. Introdujo su nombre de usuario y contraseña y, acto seguido, le dio a "actualizar estado". El sonido del agua había cesado en el lavabo. *"No voy a tener suficiente tiempo",* pensó. Sus dedos temblaban, mientras el ruido de la cadena del váter se oía en el lavabo.

Tras escribir la frase, cerró la sesión y, con rapidez, borró el historial del navegador. Deseaba que alguno de sus amigos viera el mensaje y se preocupara. Únicamente había escrito tres palabras.

Estoy secuestrada. Ayudadme.

6

Lille, julio 1640

Ludovic regresó a Lille, donde le esperaba Renné Dubois para que le contara aquello en lo que estaba trabajando Galileo.

Habían quedado en verse en el despacho del profesor en la universidad. Ludovic notaba sus manos sudorosas y su respiración acelerada. Tenía que relajarse si quería cumplir la promesa que le había hecho al Maestro o, de lo contrario, lo echaría todo a perder. Al llamar a la puerta, la voz de Renné desde el interior le indicó que entrara.

El profesor estaba sentado en su silla de madera, ante su imponente escritorio repleto de papeles.

–Hola, Ludovic. ¿Qué tal tu viaje?

–Un poco pesado. Tuvimos bastante mala mar y el barco se movía como si lo sacudieran.

Renné asintió y se levantó para acercarse a la ventana.

–Bueno, vayamos a lo que nos interesa. ¿Qué te explicó el Maestro?

Ludovic tragó saliva, consciente de que aquel momento podía marcar su credibilidad o no.

–El Maestro está estudiando qué utilidades pueden tener los efectos del péndulo para ciertos artilugios de guerra.

Renné lo observó en silencio, analizando aquel chico delgado y con el pelo revuelto que tenía sentado enfrente. Sabía, por los informes de sus espías, que ciertamente Galileo estaba trabajando en algo relacionado con el péndulo, de forma que el chico no mentía, aunque también sabía que no se había encontrado nada relacionado con armas en sus anotaciones. ¿Le estaría ocultando algo? Renné tenía un sexto sentido para detectar cuando alguien le decía verdades a medias. Abrió un armario y extrajo una botella de vino y dos vasos, que depositó encima de la mesa.

–Bien, Ludovic, has hecho un buen trabajo. ¿No te comentó nada más, ni te dio ningún documento?

–No, profesor. Sólo me dijo que, debido a la ceguera, sus avances eran muy lentos.

Ludovic tragó saliva.

–Espero que la confianza que he depositado en ti durante estos años me sea devuelta con tu colaboración y tu sinceridad más absoluta.

–Sí, profesor.

–¿No hay nada más que quieras decirme, Ludovic?

Dejó en la mesa el vaso de vino, al que había dado un par de sorbos. Debía vigilar no dejarse llenar de alcohol o de lo contrario su lengua correría más que una liebre espantada por el sonido de unos disparos. Negó con la cabeza.

–De acuerdo. Bebe más vino, te lo mereces. Bueno, quiero que sepas que ya he interferido tu posible reclutamiento para ir a Cataluña a combatir. Ya no tendrás que viajar.

–Gracias, profesor.

El profesor Renné se colocó detrás de Ludovic, posando ambas manos sobre sus hombros. Sintió que apretaban ligeramente su carne.

–Sabes, Ludovic, el ser humano es muy desagradecido. Si acoges en tu casa a un perro abandonado y hambriento, se convertirá en tu amigo más fiel. Pero el hombre, no. Le das una mano y luego te da la espalda. Espero que recuerdes todo lo que he hecho por ti, Ludovic.

Procuró mantener la calma, aunque sus tripas se removían de tal forma que pensó que iba a vomitar en cualquier momento. Sí, había captado el mensaje. Pero también supo en aquel mismo instante que había entrado a formar parte de un juego peligroso.

Ludovic salió de la universidad y se dirigió a su piso compartido con otros tres estudiantes, François, Paul y Pierre. Formaban una mezcla de personalidades y aspectos físicos que creaba un equilibrio de amistad difícil de encontrar en otros grupos. François era alto, rubio, de ojos verdes. Su talante festivo y atrevido le convertía en el deseo de todas las muchachas y el alma de la fiesta en todas las tabernas que frecuentaban. Por su parte, Paul era un tanto obeso y malhumorado. Nunca veía el lado positivo de las cosas. Y Pierre, con su pelo largo, sus pequeñas gafas y su colección de sombreros, siempre estaba reflexionando sobre temas filosóficos.

Los tres estaban, en aquel piso pequeño de cuatro habitaciones que pagaban sus padres, discutiendo sobre la necesidad de que Francia tuviera que acudir en ayuda de Cataluña.

–¿No veis que es una oportunidad única para debilitar la corona Española? –La fuerza con la que François transmitía sus palabras siempre producía la sensación de estar escuchando una gran verdad universal.

–Y también una oportunidad única para que nuestro país se hunda más económicamente y nos suban los impuestos –Paul siempre le otorgaba a sus discusiones ese aire pesimista.

–Tonterías, Paul.

–Claro, como el señorito tiene a su papá que le paga todo y más.

–Paul, Paul –François usó un tono de voz parecido al que pudiera dirigirle a un niño pequeño–. Tu problema es que no eres capaz de ver que un conflicto, a largo plazo, puede proporcionar beneficios.

–A lo mejor es porque me centro más en el problema actual y no en sueños de futuro.

Ludovic no quiso intervenir en aquella discusión y se dirigió a su cuarto. Se estiró en su cama, intentando tranquilizar su ánimo. La conversación con Renné había ido bien, pero sentía un inquietante escalofrío por haberle ocultado el descubrimiento de Galileo. Además, desde que salió de la universidad tuvo la sensación de que le seguían. Al adentrase por algunos callejones adoquinados con mala iluminación, le pareció oír algunos pasos tras él. Deseaba pensar que era una simple coincidencia, pero la actitud del profesor en la entrevista había sido algo inquisitiva.

¿Estaba haciendo lo correcto? ¿Era cierto aquello que le había revelado Galileo? ¿Sospechaba algo el profesor? Su mente no cesaba de bombardearle con esas preguntas.

–¿Te encuentras bien, Ludovic?

Se sobresaltó, pues no había oído la puerta abrirse. En el umbral estaba Pierre, que se había cansado de la discusión.

–Sí, me duele un poco la cabeza.

–Seguro que estás cansado con tanto viaje. Tengo la solución.

Pierre salió y dando unas palmadas reclamó la atención de todos para anunciar que saldrían de inmediato a beber algunas cervezas en la taberna.

Ludovic se negó al principio pero, tras reflexionar unos minutos, pensó que podía ser buena idea para despejar su mente. Antes de salir, cogió la caja que le entregó Galileo. Estuvo pensando en cuál sería el mejor lugar para esconderla y se decidió por el magnífico escritorio que compartían todos en el salón. Lo había comprado el padre de François, sin escatimar gastos, para que su hijo tuviera el mejor lugar de estudio. El escritorio se sostenía gracias a dos bloques de cajones a cada lado. En la parte central, tenía un espacio vacío para poder colocar las piernas al sentarse. Enfrente, disponía de multitud de pequeñas estanterías y pequeños cajones para guardar papeles. El gran descubrimiento fue que en el tercer cajón del lado izquierdo había un doble fondo bastante amplio. Esperó hasta que sus amigos estuvieron ya todos abajo esperándole para colocar la caja en el espacio oculto. Encajaba perfectamente.

Estuvieron bebiendo durante toda la noche. Cantaron, rieron e incluso se pelearon en una taberna con el novio de una chica a la que François abordó. Volvían todos dando tumbos por la calle.

–François, deberías frenar tus impulsos carnales. Algún día te darán un disgusto.

–Y placer, también.

Todos irrumpieron a carcajadas. Pierre se tocaba la mejilla donde había recibido el puñetazo.

–El principal problema es que tus calenturas nos ponen a todos en aprietos.

–¿Y qué haríais sin mí? Aburriros.

Subieron las escaleras. Al llegar al rellano, Paul se detuvo en seco ante la puerta del piso.

–¿Qué ocurre? ¿Quieres abrir la puerta de una vez? –le dijo Ludovic a Paul, sintiendo que todas sus preocupaciones se habían diluido con el alcohol.

–El problema es que ya está abierta.

La puerta había sido forzada pero, ante la imposibilidad de abrirla, le habían dado una patada, provocando que quedara astillada en la zona de la cerradura. Entraron todos poco a poco, encendiendo velas a medida que avanzaban. La luz oscilante de la llama permitía ver el alcance del allanamiento. Estaba todo revuelto.

–Nos han robado –dijo Paul.

Por el suelo de todo el piso había papeles, ropa, cajones, jarrones rotos. Todo había sido revuelto.

–Voy a refrescarme la cara y nos ponemos manos a la obra para limpiar.

–¿Y no deberíamos llamar a la guardia?

–No. Si mi padre sabe que tenemos problemas me hará regresar sin miramientos –Por un instante, toda la simpatía y alegría de François se volatilizaron –Recogeremos y miraremos si falta algo. Cuando sepamos lo que nos han robado, decidiremos.

Todos aceptaron la propuesta y tardaron unas dos horas en recoger todo y volver a restaurar cierto orden en todo el piso. Tras realizar el recuento de todas sus pertenencias, se dieron cuenta de que no faltaba nada. Paul era el que se mostraba más preocupado.

–Es extraño. Creo que buscaban algo en concreto.

–¡No digas tonterías! ¿Qué quieres que busquen en el piso de unos simples e inocentes estudiantes?

–No lo sé, François, pero no me negarás que es raro.

–Pues no habrán encontrado nada de valor y ya está.

Ludovic se mantenía en silencio. Tenía la mirada puesta en el escritorio, cuyos cajones habían sacado y esparcido su contenido por la habitación. Notaba que le afloraban los nervios que, junto a los efectos del alcohol, provocaron que su estómago empezara a removerse. Tuvo que salir corriendo hacia el lavabo y vomitar.

Las primeras luces del alba comenzaban a filtrarse por las ventanas y fue François quien decidió irse a dormir para descansar. Los demás siguieron su ejemplo. Ludovic se quedó en el salón y esperó a que todos se hubieran ido para buscar en el doble fondo del escritorio, con el corazón palpitando con fuerza. En cuanto sus dedos tocaron la caja, su respiración se normalizó y sintió que la habitación dejaba de dar vueltas.

No le cabía ninguna duda de que quien había entrado en el piso buscaba la caja de Galileo y seguramente sería un enviado del profesor. La situación se estaba volviendo peligrosa. Hoy habían entrado en el piso, pero ¿qué llegarían a hacer en un futuro para conseguir lo que buscaban? Sabía del poder que tenían los Protectores y de su inmunidad para llevar a cabo ciertas acciones con tal de defender el conocimiento.

Sentado en el suelo, abrazando la caja, tomó la decisión de huir. Pero tendría que hacerlo bien, pues lo más seguro es que le estuvieran espiando. Poco a poco, fue elaborando un plan. Regresaría a Rouan, con la excusa de que su padre le necesitaba y, desde allí, intentaría alistarse en el ejército que tanto había esquivado para ir a Cataluña. Una vez en territorio catalán, procuraría esconderse. Tragó saliva, notando el sabor amargo del peligro. Pero debía hacerlo. Se lo había prometido al maestro.

7

Barcelona, 28 de noviembre, en la actualidad

Todos los trabajadores estaban sentados en las sillas del comedor, esperando que empezara de una vez aquel suplicio. El grupo estaba formado por camareros, cocineros y auxiliares de limpieza.

Adrián Barral colocó la pizarra delante de ellos y comprobó que el rotulador negro funcionara correctamente.

–¿Lo tienes todo?

Carlos era el responsable del comedor y, desde el principio, había puesto mucho interés en que todos sus empleados hicieran el curso, aunque, como bien le dijo Adrián, no era cuestión de que les gustara o no, es que era obligatorio hacerlo.

–Sí. ¿Puedes hacerme el favor de repartir los manuales?

–Sí, claro.

Carlos fue entregando los manuales y Adrián vio las típicas expresiones de mofa por los dibujos y, luego, de escaso interés por su contenido.

Lo de siempre, pensó.

–Bien, vamos a empezar.

–Eso, eso. Que tengo que hacer unas lentejas para ya mismo.

Todos rieron, salvo Adrián. Suspiró para sí mismo. Las mismas bromas, los mismos comentarios, las mismas miradas y los mismos roles. Era curioso como estos se repetían, fueran de donde fueran los grupos.

En todas las formaciones se encontraba un gracioso, un sindicalista, un apagado, un interesado, un gruñón. Siempre los mismos perfiles.

A Adrián le gustaba su trabajo, pero reconocía que esa faceta de la formación le desgastaba y que se estaba convirtiendo, con el pasar de los años, en su tarea más pesada.

–Pues bien, mi nombre es Adrián Barral y soy el técnico de prevención de riesgos laborales de *Zocaro*. Lo que voy a daros es una charla sobre los riesgos existentes en vuestro puesto de trabajo. Empezaré por una pequeña pincelada sobre la ley de prevención del año 1995 y luego os definiré qué es un accidente de trabajo. Finalmente, detallaré cuáles son vuestros riesgos y qué debéis hacer para evitarlos y, muy importante, qué debemos hacer, repito, qué debemos hacer ante un fuego.

Adrián utilizaba en sus formaciones una técnica que le había explicado un amigo suyo para enfatizar algo de un mensaje hablado. Según le dijo, cuando uno deseaba hacer hincapié en algo que se iba a exponer, había que repetir las palabras previas a la última palabra. Luego estaba la mirada. Uno debía hacer un barrido a toda la clase, nunca centrarse en una única persona. Todos debían sentir que lo que se explicaba iba dirigido a todos y a cada uno de ellos y eso se conseguía con la mirada.

–Os he dado un manual donde viene explicado todo…

–Pues entonces, ya hemos acabado, ¿no? Dime dónde tengo que firmar, jefe.

De nuevo, todos estallaron en risas; incluso los dos pakistaníes que no entendían nada de castellano se reían.

–Ya, bueno, seguiremos, porque hay cosas que se deben explicar.

–Joder.

–Bien, lo que os está protegiendo vuestra salud en el trabajo es la Ley de Prevención de Riesgos Laborales que se publicó en 1995. En la ley, se detalla cuáles son vuestros derechos y obligaciones en materia de seguridad y salud en el trabajo.

Al cabo de una hora, Adrián ya había finalizado su cursillo y se decidía a examinar las condiciones de la cocina. Hacía una semana que la empresa había sido adjudicada para realizar el servicio de restauración del hospital. *Zocaro* llevaba ya catorce años dentro del difícil mundo de la restauración y colectividades. Su principal tarea consistía en dar comida a empresas, colegios y universidades, hospitales y clínicas, residencias de la tercera edad y, por último, locales con restaurantes propios. En los últimos años, había ampliado el mercado al añadir el catering de banquetes de boda y de actos institucionales. Pero, su gran éxito había sido colocarse en el mercado de las estaciones de servicio durante el último año, lo que llevó a situarla entre las cinco empresas del sector más importantes de España.

Como técnico de prevención de riesgos laborales, Adrián se encargaba de realizar la evaluación de las instalaciones, así como la formación del personal en prevención de riesgos.

Al entrar en la cocina, el jefe le dio un gorro de papel, una bata y unos cubres para los zapatos.

–Lo siento, son las normas de calidad de alimentos.

Con un simple vistazo, vio que el suelo tenía muchas baldosas partidas e incluso la rejilla del desagüe cerca de los fogones tenía varias varillas rotas, con lo que facilitaba un fácil tropiezo.

Vio que había guante de malla para la tarea de cortar y guante térmico para coger las cosas del horno. Aquello no se veía con mucha facilidad.

Las máquinas seguían las normas de forma correcta. Lo más importante era que todas tuvieran en su etiqueta el marcado CE. Sin embargo, una de las máquinas presentaba un problema. El corta-fiambres no disponía de la protección de metacrilato para evitar la proyección de partículas sólidas a los ojos. Y eso sí era habitual, pensó Adrián. Pero lo habitual era que faltase, porque los cocineros lo quitaban para estar más cómodos y luego se perdía.

Las cámaras frigoríficas estaban bien y las de congelación tenían en buen estado el sistema de apertura interior y tenían también la alarma acústica por si se quedaba alguien encerrado. Lo que faltaba era el hacha tipo bombero. Era algo que nunca compartía con la norma, pues Adrián no pensaba que, por ejemplo, una mujer de mediana edad, auxiliar de cocina, que se quedara encerrada en la cámara de congelación, pudiera salir de allí dando hachazos a la puerta con una temperatura bajo cero.

Los extintores tenían bien su fecha de revisión y estaban bien señalizados, aunque uno de ellos estaba a más de un metro setenta de altura, que es el tope que ponía la normativa.

–¿Y por qué no se puede poner más alto? –le preguntaban a menudo los responsables, ya que así podían colocar más estanterías.

–Imagínate que tienes a un *hobbit* en la cocina y necesita apagar un fuego.

–Ya, te entiendo.

Así de sencillo, pensaba Adrián.

Una vez finalizó su inspección, Adrián llegó a la conclusión de que todo era correcto, pero había que mejorar algunas cosas.

Nada más sentarse en su puesto de trabajo, Adrián vio que tenía dieciocho correos electrónicos por abrir.

–¿Cómo ha ido en el colegio?

Iker Gómez llevaba en la mano un vaso de plástico de café de la máquina.

–Iker, este café te va dejar el estómago agujereado.

–Bah, así me inmunizo.

–No sé como puedes… Está asqueroso.

–Ya. Bueno, ¿qué tal?

–Bien, podríamos decir que falla lo de siempre, pero bien.

–Creo que el jefe te buscaba.

–¿Sabes para qué era?

–No

–¿Está en su despacho?

–Sí. Nos vemos.

Adrián llamó a la puerta del despacho de Álvaro, el cual le dijo que pasara. Estaba sentado tras su ordenador portátil con la cara tensa y preocupada. Adrián temió que pasara algo grave, pero pronto dejó escapar todo el aire al oír la voz de su jefe.

–Oye, ¿sabes cómo se hace para que, en Excel, la celda cambie de color de forma automática según el valor que dé el resultado?

–Creo que es "formato condicional".

–¡Es verdad! –Álvaro apartó el portátil y miró fijamente a Adrián –¿Qué tal ha ido en el nuevo centro?

–Bien. Hay que arreglar algunas cosas.

–Bueno, me mandas el informe de las deficiencias. Oye, te buscaba para saber cómo vamos de reconocimientos médicos este año.

Adrián se rascó su cabello rizado y dejó escapar un silbido.

–Jefe, la empresa que tenemos contratada es una chapuza. No hay manera de que planifiquen las visitas y además no aceptan enviar unidad móvil si no es que haya treinta trabajadores en el centro, cosa que raramente alcanzamos.

Muchas empresas contrataban servicios de prevención ajenos para cubrir la disciplina de vigilancia de la salud, de la cual una parte importante eran los reconocimientos médicos que se ofrecían a los trabajadores. Cada empresa ponía su límite mínimo de personas, según el cual aceptaba enviar una unidad móvil para realizar los reconocimientos médicos. El problema era que en algunos casos exigían un número elevado de trabajadores para no tener que asumir el coste de enviar la unidad.

–Miraremos de cambiar de empresa el año que viene. Hazme una comparativa de precios y veremos cuál es la mejor.

Adrián salió del despacho más tranquilo. Álvaro era un jefe cercano y Adrián estaba bastante satisfecho del trato que recibía por su parte. Sobre todo, valoraba su capacidad de escucha y comprensión. Por otra parte, ya se había llevado alguna reprimenda por su trabajo y ya había podido comprobar que, cuando tocaba dar algún toque de atención, Álvaro podía ser un jefe muy severo.

Adrián volvió a su puesto de trabajo para realizar los informes hasta la hora de comer, momento en el que se fue con Iker al bar más cercano. Tenían las oficinas en un edificio situado en la confluencia de la avenida Diagonal con la calle Aribau.

Pidieron una ensalada para compartir y, de segundo, Adrián pidió unas salchichas con tomate e Iker una sepia con patatas.

Mientras comían, Iker le volvió a plantear su gran dilema sobre la prevención de riesgos laborales. Llevaba ya tiempo sopesando la posibilidad de dedicarse a otra cosa, ya que, según él, la prevención de riesgos laborales era un cajón de sastre para incluir muchos temas que no tenían nada que ver. Además, Iker opinaba que cuando las cosas se hacían bien en materia de prevención, nadie se acordaba de ti, pero si salían mal, todo el mundo recordaba tu nombre.

–¿No has visto que cada vez van a exigir más responsabilidades a los técnicos de prevención?

–No sé, Iker, yo creo que somos necesarios.

–¿Necesarios? Pero si la mayoría de las veces no nos hacen caso.

–No siempre.

–Por favor, Adrián. Siempre con la cantinela esa de que cuesta dinero.

Adrián apuraba ya su café, mientras Iker mordisqueaba su tarta de limón.

–Yo creo que, sin la prevención, habría los mismos accidentes.

–Pues yo creo que no. Gracias a nuestros avisos se toma conciencia de ciertas deficiencias y se toman medidas que evitan esos accidentes.

–No lo veo tan claro. A ti, porque te apasiona esto, pero solamente hacemos ríos de tinta en papel para que queden archivados y nadie los lee.

–No comparto tu visión. Es importante dejar plasmado aquello que puede evitar una herida e incluso salvar una vida.

–Papeles y más papeles, eso es lo que hacemos.

–Lo siento, Iker, pero no comparto tu opinión. Cualquier cosa es poca para intentar

eliminar los riesgos.

–Ya, el tema es que tú ves riesgos por todas partes.

Adrián se ponía cada vez más nervioso ante la insistencia de Iker de no valorar el papel que realizaban en el trabajo.

Era cierto que, a menudo, los riesgos detectados en los lugares de trabajo caían en el olvido, pero siempre era útil saber qué podría provocar un accidente para mejorar.

A Adrián, trabajar de técnico de prevención no le vino por vocación, sino de rebote, como casi todos sus estudios.

Pertenecía a la generación cuyo programa educativo estaba compuesto por las siglas EGB, BUP y COU. Consiguió buenas notas, pero no lo suficiente como para conseguir una media alta en la valoración global. Esto condicionó su preparación para los exámenes de selectividad, los cuales afrontó con muchos nervios, consciente de que necesitaba obtener muy buenas calificaciones para tener plaza en las carreras que había seleccionado. Durante aquellos años, no tenía claro a qué se dedicaría, así que puso lo que mejor le sonaba como nombre: Periodismo, Comunicación Audiovisual, Publicidad.

El resultado de la selectividad fue bueno, pero no lo suficiente como para acceder a ninguno de los estudios que había solicitado. Adrián se vio entonces fuera de los estudios universitarios. Llegó a casa de sus padres abatido, incapaz de articular palabra. Se sentía como un fracasado al que la sociedad señalaría con el dedo por no entrar en el selecto mundo de la universidad.

Sus padres intentaron animarle, pero era como echar agua a una inundación. Su madre se acercó y le preguntó, tímidamente, si ningún profesor podría echarle una mano. Fue entonces cuando vio la luz. Días antes de la prueba de selectividad, su profesor de Historia, el Señor Gómez, les dio los últimos consejos y también su número de teléfono para cualquier problema que tuvieran, ya sea durante o después de la prueba.

El Señor Gómez atendió muy amablemente a la madre de Adrián, el cual seguía hundido en un silencio destructivo.

–Su hijo es un buen alumno y no veo justo que se quede sin entrar en la universidad. Vamos a ver, conozco a una persona que podría hacernos un favor y modificar la hoja de su solicitud de carreras. Lo primero que tiene que hacer Adrián es anotar en esa solicitud alguna carrera en la que la nota de admisión sea más baja que la que obtuvo él en los exámenes de Selectividad.

–¡Oh, Señor Gómez, por favor, le estaríamos tan agradecidos!

–No se preocupe, Adrián irá a la universidad.

Y ciertamente, pudo ir a la universidad gracias a la modificación de aquella lista. Los estudios a los que accedió fueron Relaciones Laborales. Luego, ante la escasez de trabajo, se inscribió en un postgrado de Prevención de Riesgos Laborales. Una vez aprobó el postgrado, su experiencia profesional fue ampliándose exponencialmente. En España, la prevención de riesgos laborales estaba en auge y las ofertas de trabajo llovían a diario. Antes de *Zocaro*, ya había trabajado como técnico de prevención en seis empresas diferentes.

Por eso, a parte de que era una disciplina que le gustaba, se sentía en deuda con la prevención de riesgos por brindarle la oportunidad de crecer profesionalmente. Pero, también reconocía que ese sector le ofrecía un contexto ideal a su inseguridad y temor a lo desconocido. Era como intentar colocar un manto de seguridad en la realidad que le envolvía y así hacerle más segura la vida. Para Adrián, los riesgos estaban por todas partes y ciertas actitudes de la gente era lo que normalmente aumentaba la probabilidad de sufrir accidentes. Por eso se sentía tan bien en su profesión, capaz de controlar, catalogar y corregir los riesgos. Se veía como un domador que, a fuerza de látigo, mantenía a raya a las fieras, aunque sabía que, al mínimo descuido, un león podía alargar su zarpa y destrozarle el brazo.

A las seis de la tarde, la oscuridad ya cubría todo el cielo de Barcelona. Un ligero viento soplaba por la ciudad aumentando sutilmente la sensación de frío, ya que el otoño estaba resultando sorprendentemente cálido. Debía ser consecuencia del famoso cambio climático, pensaba Adrián. Y es que en los últimos años, los inviernos en Barcelona no eran

tan duros como los recordaba en su infancia.

Al llegar a casa, se preparó un *Nespresso Indriya*, uno de los más intensos de la marca.

Se sentó en el sofá y encendió la *Playstation* para jugar a *Call of Duty*. Adrián era un amante de los videojuegos y era consciente de que se gastaba una gran cantidad de dinero al mes en juegos. Había sopesado la posibilidad de descargárselos, pero le gustaba tener en sus manos toda la caja, las instrucciones y el original.

Algunas veces se sentía culpable por ello, pero no tenía otros vicios, ya que no fumaba y tampoco era amante del alcohol. Adrián se decía a sí mismo que para algo trabajaba. Además, vivía solo y no tenía que darle explicaciones a nadie acerca de en qué se gastaba el dinero.

Se calentó una pizza congelada, al tiempo que encendía el ordenador. Miró por encima las noticias de varios diarios online y luego consultó su correo personal. Aborrecía la cantidad de correos electrónicos de publicidad que recibía a diario. A parte de la publicidad, sólo tenía un mail de su hermano, que le enviaba las últimas fotos de su viaje a Praga. Las más numerosas eran las del famoso reloj y el puente.

Su navegación por Internet se vio interrumpida por el timbre del teléfono. Le llamaba Víctor Puig, un compañero suyo de la universidad con el que continuaba teniendo una buena relación. Quedaron para verse el fin de semana siguiente para tomar algo e ir al cine para ver alguna película de miedo, genero que le encantaba a Víctor, pero que no podía disfrutar, ya que su mujer las detestaba.

Cuando colgó, volvió a sumergirse en el ordenador y entró en su perfil de *Facebook*. Era increíble el modo en que esa red social, nacida en el año 2004, había cambiado los hábitos de comunicación y, en apenas seis años, ya era usada por unos 800 millones de usuarios.

Vio varios vídeos graciosos, algunos de música y luego leyó lo que varios amigos suyos habían escrito. No era muy activo en *Facebook*, ya que mantenía una relación de amor–odio con dicha herramienta, pues consideraba que fomentaba el chismorreo y la curiosidad, que, por otra parte, era exactamente lo que él hacía. Si tuviera que definirse en un perfil de usuario, diría que era *voyeur*, ya que se limitaba a mirar lo que otros hacían, pero no aportaba nada.

En aquel instante, tuvo el deseo de saber qué hacía Valeria. De vez en cuando, entraba su perfil y leía qué era de su vida. Mucha gente mantenía tan actualizado su muro de la red social que era difícil diferenciar su vida real de la virtual.

Valeria Soto seguía siendo alguien importante en los pensamientos de Adrián. Fueron novios durante dos años, mientras estudiaban en la universidad; luego rompieron pero, tras varios años separados, volvieron a retomar la relación, que acabó definitivamente hacía apenas cuatro meses. Para Adrián, había sido el amor de su vida y continuaba sintiendo que la amaba como el primer día. No podía evitar entrar en su perfil y seguirle el rastro. Se decía a sí mismo que no hacía nada malo. No le escribía nada. Tan sólo se informaba.

Tecleó en la barra de búsqueda "Valeria Soto" y le dio a *enter*.

Su corazón latió más rápido al ver ese *piercing* en la nariz, esa mirada viva e inquieta y esa sonrisa dulce. La foto era bastante actual.

Movió el cursor hasta el apartado de fotografías para torturarse con más imágenes de Valeria, pero se detuvo al instante tras procesar una frase que había leído en su muro.

Era una simple frase. Escueta, directa, pero inquietante.

¿Era una broma?

Podía ser. *Facebook* daba pie a eso y a mucho más. Y, por la forma de ser de Valeria, era algo factible, ya que, a diferencia de él, ella era bastante decidida, divertida, impetuosa y atrevida.

La frase destacaba en su perfil y había desencadenado una ristra de comentarios jocosos de multitud de amigos suyos. No seas alarmista Adrián, te crees todo lo que lees, se dijo.

Pero allí estaba la frase, como un faro que reclama la atención del marinero extraviado para indicarle que hay peligro a su alrededor.

Estoy secuestrada. Ayudadme

Los comentarios iban de lo absurdo a lo demencial; por ejemplo, le preguntaban si

había sido abducida por extraterrestres verdes o si estaba secuestrada por *Papa Nöel*. Había veinte comentarios.

Adrián se rascó los ojos y, al ver lo tarde que era, decidió apagar el ordenador e irse a dormir.

8

Al día siguiente, Adrián elaboró los certificados de la formación del día anterior y empezó a escribir la evaluación de riesgos. Era la parte más pesada. Las tareas administrativas eran lo que más aborrecía y no podía negar que en su trabajo era algo muy cotidiano, ya que lo que más se solicitaba durante las inspecciones era justamente ver la documentación relativa al departamento. Montañas de papeles se amontonaban en los archivos.

El trabajo de campo era lo que daba sentido a la profesión y también lo que mayor satisfacción aportaba a los técnicos. Visitar los centros, ver deficiencias, investigar el lugar de un accidente, llevar a cabo la formación y realizar mediciones de ruido, temperatura, iluminación o de agentes químicos. Aquello era lo que realmente motivaba y no teclear el ordenador, opinaba Adrián.

A las doce del mediodía tuvo que ausentarse del trabajo para ir a Inspección de Trabajo, situado en Travesera de Gracia, para presentar la evaluación de riesgos, la formación y los certificados de aptitud de los reconocimientos médicos de un centro de trabajo. Le acompañó el responsable del local en cuestión; esta vez se trataba del comedor de un hospital. A la una, ya estaban fuera. La inspección había sido favorable y se cerraba el expediente.

Mientras volvía al trabajo en metro, su cabeza le dio vueltas a la frase que leyó la noche anterior en el ordenador y que no le había abandonado durante toda la mañana.

Aquella frase escrita en el muro de *Facebook* de Valeria le intranquilizaba.

¿Estaría sacando las cosas de lugar? ¿Se había vuelto un paranoico que ve peligros por todos lados? Nunca había sido una persona decidida ni emprendedora, pero tampoco temerosa. Le sorprendía su propia actitud, pero notaba que una sensación extraña iba creciendo poco a poco en su interior. No sabía cómo explicarlo, pero aquella frase parecía haberse instalado en su cerebro y había cobrado vida por sí sola.

Es posible que simplemente fuera ese sentimiento de amor frustrado que continuaba latiendo en su corazón el que provocase que estuviera dándole tanta importancia a esa frase. Adrián era consciente que no conseguía eliminar de su vida lo que sentía por Valeria. No ayudaba tampoco el hecho de que no era el típico hombre que tuviera facilidad a la hora de entablar relaciones, al contrario, su timidez y su carácter reservado le llevaban a ser poco amante de las relaciones fugaces.

¿Qué había fallado entre ellos dos? No había habido grandes disputas, salvo las típicas de cualquier pareja. Se entendían bien. La única discrepancia era la forma de ser de cada uno y, en concreto, la de decidirse a afrontar riesgos. Valeria era un arrojo de valentía y de decisión, mientras que Adrián mantenía una actitud de vacilación y de temor. Valeria era aventurera, viajera; él sedentario y casero. Aquello acabó por enfriar su amor, pues no dudaba que ella estuviera enamorada de él y, por supuesto, tenía la certeza de que jamás le había engañado con otro, tal como le insinuó Iker.

Una vez en la calle, Adrián accedió a la agenda de su teléfono móvil y buscó el nombre de Valeria. Mantuvo un par de minutos el número en pantalla sin decidirse a marcar el botón de llamada y, como siempre, dudoso e indeciso, apagó el teléfono. No seas tonto, se decía.

Adrián comió bastante rápido para poder adelantar trabajo. Aprovechando que la oficina estaba vacía, entró de nuevo en su página de *Facebook* para asegurarse de un detalle. Fue al perfil de Valeria y comprobó que antes del 30 de noviembre mantenía una actividad frenética, escribiendo mensajes, colgando fotos o vídeos, dejando comentarios en el muro de otros perfiles. Sin embargo, una vez escrito el comentario de que la tenían secuestrada, la actividad cesó.

Adrián sintió que su inquietud aumentaba. La razón le exigía que mantuviera los pies en el suelo y no se dejara llevar por argumentos de novela negra pero, por otra parte, su intuición le guiaba los pasos para que siguiera el rastro de aquella frase.

Decidido a cerrar el asunto, marcó el número de teléfono de Valeria. Apareció en seguida una operadora informándole de que el número marcado estaba fuera de cobertura o apagado.

Buscó en la agenda de contactos el nombre de Natalia Tovar, sin saber muy bien si había borrado o no el número. Natalia era una buena amiga de Valeria. A Adrián le caía muy mal, ya que siempre había opinado que era una mala influencia para ella. Natalia tenía una melena rubia hipnotizadora y un cuerpo exuberante. Valeria y Natalia eran como la noche y el día: Valeria era inquieta, ávida de conocimientos, adoraba indagar misterios y plantearse preguntas; en cambio, Natalia no mostraba mucho interés en discutir sobre el sentido de la vida, aunque sí sobre el desarrollo de alguna que otra serie de televisión. Natalia era una adicta a las series y a los reality–shows. Adrián se preguntaba cómo podía ser que su relación se rompiera por diferencias de carácter y Valeria fuera capaz de mantener una amistad con alguien tan distinto a ella.

Se maldijo al ver que no tenía el teléfono memorizado. Se le ocurrió mirar por la T del apellido y aliviado vio que allí aparecía Tovar, Natalia.

Marcó el número y tras tres tonos oyó la voz chillona de Natalia.

–¿Diga?

–Natalia, soy Adrián.

–¿Adrián? Anda, ¿qué se te ha perdido?

–Nada. ¿Todo bien?

–Sí, sí. ¿Qué querías?

En aquel instante, Iker regresaba de comer y al verlo se dirigió hacia él.

–Oye, me preguntaba si sabías algo de Valeria; es que la llamo y no contesta.

Iker movió negativamente la cabeza, dando a entender que debía olvidar el tema de Valeria de una vez.

–Mmm, pues ahora que lo dices, me dijo que el día 1 me llamaría y ayer no me llamó. No sé, ya sabes cómo es.

–Sí. Pues nada, que vaya todo bien.

–Muy bien. Un beso.

Estaba a punto de colgar cuando oyó la voz de Natalia gritar su nombre.

–¡Adrián! ¡Adrián!

–¿Sí?

–Ahora recuerdo que me comentó algo de que iría en coche a un lugar de Murcia, pero no recuerdo dónde.

–Gracias.

Al colgar, vio la expresión de desaprobación de Iker que, con la mirada, le estaba diciendo "tío, como siempre, caemos en las redes de unas piernas bonitas".

–Adrián, deja ya…

–No es lo que parece.

–Ya. Entiendo que aún sientas algo por ella, pero te ha dejado.

Adrián se levantó y se dirigió al lavabo para estar a solas.

¿Estaba exagerando las cosas? ¿Su imaginación le estaba jugando una mala pasada? "*La gente no para de hacerse la graciosa por Facebook, déjalo*", pensaba. ¿No estaría actuando bajo el deseo de querer verla y utilizaba la excusa de un sencillo comentario en Internet?

Su madre le sirvió un plato más de lentejas estofadas en el plato. Adrián no podía negarse a tal placer. Si había algo en este mundo a lo que era incapaz de ofrecer resistencia era, precisamente, la comida de su madre. Tenía ese sabor único e inimitable en todos sus platos. Aún intentando imitarlos, con la receta escrita a mano por su propia

madre, nunca conseguía obtener ese sabor peculiar.

–No sé dónde iremos a parar. Este mundo es cada vez más agresivo.

Adrián se percató de que su madre miraba la televisión al realizar el comentario. Vio que estaban dando la noticia de una mujer que habían encontrado muerta en el portal de su casa en Yecla.

–Seguro que es otro caso de violencia doméstica.

–Shhh. A ver qué dicen.

El periodista comentó que la mujer era viuda y que vivía sola. La habían matado con un puñal o algo parecido. Un vecino que entró en el edificio se encontró el cuerpo en el suelo, aún con vida, pero no pudieron hacer nada en la ambulancia por salvarla. Por lo visto, la policía tenía la descripción de un sospechoso. El vecino se cruzó con alguien que salía del portal y afirma que no era nadie del vecindario.

–Seguro que será la pareja.

–Mamá. Ya has oído; no mantenía ninguna relación.

–Ya. La mantendría en secreto.

Adrián prefirió no seguir discutiendo el asunto con su madre, pues era consciente de que el tema le afectaba mucho. Hacía tres años que vivía sola tras sufrir malos tratos de su padre. Se había enfrentado en numerosas ocasiones a él, pero su madre siempre le decía que no quería combatir la violencia con violencia. Finalmente, accedió a solicitar el divorcio y un juez dictaminó orden de alejamiento. No habían vuelto a saber nada más de él y eso les tranquilizaba.

La siguiente noticia volvía a mencionar otro homicidio en Viella. El director de un hotel había sido asesinado. Habían hallado su cadáver en una habitación del propio hotel.

–Cambia de canal, mamá. Prefiero oír cosas más agradables.

–Dime, hijo, ¿no tienes ninguna novia? –preguntó su madre al tiempo que apretaba el mando a distancia para cambiar de cadena.

–Otra vez no, mamá.

–Tendrías que hacer algo con aquella chica.

–¿Valeria?

–Sí.

–Eso se acabó.

Su madre dejó de hablar del tema al ver la expresión apenada de su hijo. Como madre, intuía que en el corazón de Adrián aquello no había finalizado.

–¿Cómo va el trabajo?

–Bien. No me puedo quejar.

–Eso está bien. Este fin de semana celebramos el cumpleaños de tu tía, ¿vendrás?

–Ya he quedado.

–¿Con quién?

–Mamá...

–Vale, vale.

Después de cenar estuvieron hablando en el sofá de todo un poco y a las once de la noche se despidió de su madre. Una vez en el metro, consultó el correo en el *Iphone*. Luego abrió su perfil de *Facebook* y vio, sorprendido, que Valeria había escrito un nuevo comentario en su muro. Una sola palabra: ayuda.

9

La prostituta lo miró de forma amenazadora. Mascaba chicle como si fuera un trozo de bistec demasiado hecho. Tenía las trenzas recogidas en una cola. Llevaba unos pantalones rosas de lycra y una camiseta estrecha que marcaba exageradamente sus pechos. Samuel guardó silencio, esperando la respuesta. Sus compañeras le miraban con curiosidad y rechazo al mismo tiempo.

–No sé, mi *amol*, yo no vi mucho, era de noche, tú sabes.

Samuel se estaba impacientando ante aquella chusma venida de los barrios más bajos de sus países. En este caso, se trataba de un grupo de ecuatorianas que se habían instalado en el barrio y que ejercían la prostitución de noche.

–No me jodas, no eres cubana, así que no me hables como tal.

–No te sulfures, mi *amol*.

–Bueno, ¿me vas decir de una vez qué viste?

Salomé, o así se había presentado, seguía manteniendo una postura desafiante hacia el inspector Samuel Ponce.

–Yo veo muchas cosas por la noche y poco se distingue.

–Dicen que el tío pasó por donde tú estabas.

–¿Quién lo dice? ¿Esas de allí? –Salomé señaló a tres ecuatorianas vestidas como si fuera pleno mes de agosto –Con tal de joderte la clientela, son capaces de todo.

Samuel cogió del codo a Salomé y la llevó al portal más cercano.

–Mira, zorra, no estoy para perder el tiempo. Dime qué cojones viste o busco a tu chulo y le digo que te estas quedando con parte de la pasta.

La chica le miraba con menos arrogancia. Dudaba de si sería capaz de tal cosa, pero cualquier duda se desvaneció al notar la mano en su cuello y sentir que se cerraba sin dejarle pasar el aire.

–Estoy perdiendo la paciencia y te aseguro que esto no será nada comparado con lo que te hará tu chulo. ¿Cómo se llama? Ah, sí, El Pato. ¿Lo voy a buscar?

Salomé movió negativamente la cabeza, al tiempo que luchaba por conseguir algo de aire. Samuel apartó la mano y la prostituta se puso las manos en el cuello a la vez que realizaba inspiraciones profundas.

–Maldito cabrón.

–¿Y bien?

–Se cruzó un tío… al girar la esquina… –Hablaba de forma entrecortada, intentando recuperar el ritmo normal de la respiración– Le dije si quería diversión…

–¿Qué te dijo?

–Nada. Me miró… no sé… como con asco.

–¿Cómo era?

–Alto, más que tú. Su piel era muy blanca y tenía los ojos verdes.

–¿Algo más?

–Oye, fueron tan sólo unos segundos, ¿qué quieres que te diga? ¿El tamaño de su polla?

El inspector cerró la libreta y se apartó de la prostituta. Le habían encargado la investigación del homicidio de Pau Forrell. Una pareja que volvía de cenar encontró el cuerpo en el suelo, rodeado de un gran charco de sangre. Enseguida dieron el aviso a la policía y acudieron al lugar del crimen.

A Pau Forrell le mataron de una cuchillada en el estómago. Era un abogado de un pequeño bufete de seis trabajadores. Su especialidad eran los conflictos matrimoniales y las sospechas iban encaminadas hacia esa parte de su clientela. Samuel había solicitado los informes de los últimos casos en los que hubiera trabajado Pau Forrell y en los que se destacara cierta violencia o agresividad por parte del marido.

Sabían que la última llamada que realizó Pau fue a las 20:05 a una amiga suya llamada Judith. Se citaron para cenar el día siguiente. Anteriormente, un amigo, Miquel, le llamó para saber si iría a jugar a fútbol. Pau se negó, aludiendo cansancio, según les había dicho el propio Miquel, que aún no se creía que Pau estuviera muerto.

Todo indicaba que salió a tirar la basura y, en ese instante, su agresor le asaltó. El forense le confirmó que antes había habido cierta lucha, ya que Pau tenía un golpe en la cara y otro en el tórax.

–¿Qué opinas? –le preguntó Alonso una vez subió en el coche.

–No sé. Creo que algún marido cabreado le quiso dar una lección y se le fue de las manos.

–Puede ser. Ya sabes que con este tema hay muchas tías que se aprovechan y dejan en bolas al tío.

–También hay mucho cabrón que no sabe tratar a una mujer a la que se supone que ama.

Hubo un silencio incómodo en el coche durante una parte del trayecto. Si algo había que distanciaba a Alonso y a Samuel era su visión de la mujer. El machismo de Alonso sacaba de quicio a Samuel, el cual podía tener unos métodos un tanto toscos, pero no soportaba ver el trato denigrante que sufrían muchas mujeres a manos, no sólo de hombres cualquiera, sino de sus propios maridos, personas en las que depositaron su amor y su confianza.

Para romper la tensión, Alonso le preguntó si tenían más datos del grupo de chinos que falsificaban tarjetas de crédito.

–Sí, han efectuado más movimientos bancarios y creo que en breve nos van a dar la orden para entrar en el restaurante.

Habían vigilado el restaurante chino durante tres meses y habían observado que el personal que estaba registrado no correspondía con la cantidad de chinos que entraban. Sospechaban que el local tendría en la parte de abajo un sótano desde el cual llevarían a cabo acciones como falsificar tarjetas o copiar discos de música y películas.

El teléfono móvil de Samuel sonó. Le llamaban de la comisaría. El agente encargado de analizar los casos del abogado, le informó que Pau tuvo muchos problemas con uno de los divorcios. El marido le amenazó con darle una paliza en el bufete. La policía ya tenía una denuncia de malos tratos por parte de su mujer y Pau iba a conseguir que ella se quedara con la casa, la custodia de los hijos, el coche y hasta el cepillo de dientes.

–¿Cómo se llama?

–Vicente García Morales. Ahora está en su trabajo. Es camarero de un bar de las Ramblas.

–Vayamos.

Vicente abrió el cajón del poso de café y dio varios golpes hasta que el depósito quedó limpio. Colocó de nuevo una carga y lo ajustó a la máquina para hacer dos cafés.

–Gracias. Dígame, Señor García, ¿cuándo fue la última vez que vio al Señor Pau Forrell?

La fisonomía de Vicente era la de un marinero curtido en batallas y peleas de callejones oscuros. Su rostro, ya de por sí duro, se tensó aún más. Sin embargo, no tenía los ojos verdes ni la piel blanca, tal como describió la prostituta.

–A ese hijo de puta no lo quiero ver ni por la calle.

–Tenemos entendido que le amenazó.

–Pero, ¿esto qué es? Pensaba que les había enviado mi mujer. Oiga, no le he hecho nada a ella.

–¿Le amenazó o no? –Esta vez fue Alonso que intervino tras dar un sorbo al café.

–Pues sí. Me quitaron todo y está claro que aquel granuja le sorbió el seso a esa zorra.

Samuel notó que los músculos de su cuello se agarrotaban.

–"Esa zorra" es su mujer y tengo entendido que usted le pegó varias veces.

Vicente desvió la mirada por el local.

–Señor García –Samuel enfatizó irónicamente la palabra "señor"– ¿dónde estaba la noche del 26 de noviembre?

–Pues limpiando el local y cerrando.

–¿A qué hora cerró?

–A la una. ¿Por qué?

–Señor García, el veintiséis de noviembre asesinaron a Pau Forrell.

Vicente se quedó con la boca abierta, consciente de que las sospechas se centraban en él.

–Oigan, les juro que no le he visto más. Yo estaba en el local, limpiando.

–Pudo ausentarse un momento, coger el metro, matarlo y volver.

–Pueden… pueden preguntarles a mis compañeros. Se lo juro.

–Sí, igual que juró amar, cuidar y atender a su mujer en el altar. Volveremos a hablar.

Samuel salió del local con el ánimo alterado, igual que siempre que trataba con individuos como Vicente, que creían poder maltratar impunemente a quien quisieran. Por el contrario, intuía que, por muy primitivo que fuera Vicente, no era el asesino de Pau. Aunque era cierto que el arma usada era un arma blanca y que Vicente trabajaba en un bar y, por tanto, tenía fácil acceso a varios cuchillos, no le creía capaz de matar a un abogado. De pegar a una mujer sí, pero de matar a un abogado, no. Es lo que tiene cuando te sientes inferior, que descargas tu furia hacia la persona más frágil, pensó Samuel.

Le preguntó a Alonso qué pensaba.

–Yo creo que su coartada es sólida. Además, no se parece en nada a la descripción que facilitó la puta.

–Sí, también lo creo. Aunque no hay que descartar nada. Es posible que él no fuera el autor material, pero que se lo encargara a algún matón.

–¿Un matón? ¿Ves a este tipo capaz de contratar un matón?

–Te recuerdo que trabaja en las Ramblas, el lugar idóneo para hacer amistades de mal ver. Aquí se mueven prostitutas, chulos, ladrones, rufianes, matones y todas las especies que malviven en la escala más baja de la sociedad. No le sería difícil encontrar a alguien dispuesto a matar por unos pocos euros o a cambio de otro favor. Volvamos a la comisaría.

10

Cuando Samuel les dijo a sus padres que iba a hacer las pruebas de ingreso en los *Mossos d'Esquadra*, la reacción fue dispar. Su madre se levantó en silencio y se encerró en la cocina. Su padre cogió el mando de la televisión, ignorando la presencia de su hijo. Al día siguiente, nadie comentó nada. Samuel tuvo la extraña sensación de que aquello nunca había ocurrido, cuando una mañana su padre se dirigió a él.

–Samuel, ¿estás seguro de querer ser *Mosso d'Esquadra*?

–Sí, papá. No tengo dudas.

Aquella fue la única conversación que tuvo con sus padres sobre su nueva carrera. Su padre quería que fuera abogado como él, pero Samuel odiaba los libros y el estudio.

Nunca más volvieron a hablar. Samuel aprobó las pruebas y no recibió ninguna felicitación de sus padres. Sin embargo, a él le daba igual. Se sentía satisfecho y feliz. Siempre había tenido claro que en la vida quería hacer lo que él había escogido. Si cometía un error, que fuera por sus propias decisiones y no por los consejos de otros.

Como agente, empezó patrullando por las calles a las peores horas, las que nadie quería, las nocturnas. Barcelona de noche es muy atractiva, pero también muy destructiva. A las refriegas entre bandas latinas, los proxenetas, los carteristas y los traficantes había que sumarles los turistas adolescentes atraídos por el alcohol y la juerga.

Peleas, alborotos y destrozos en la vía pública eran la rutina nocturna de ciertas zonas de Barcelona.

Estando de servicio, tan sólo tuvo que desenfundar su arma dos veces. Una de ellas, para reducir a dos ladrones en el metro que se resistieron; pero, en cuanto vieron el arma, se tiraron al suelo. Aquello le supuso un expediente por uso indebido del arma.

La otra ocurrió en un edificio del *Eixample* de Barcelona. Les avisaron porque se oían gritos y amenazas a una mujer en un piso. Era pleno mes de agosto, con un calor sofocante y pegajoso. Había tanta humedad que la frente se llenaba de sudor por el mero gesto de parpadear. Les abrió la puerta un hombre con el torso desnudo, enseñando una barriga prominente, pero unos brazos musculosos, llenos de tatuajes.

–¿Qué coño quieren?

–Señor, hemos recibido un aviso de gritos. ¿Podemos ver a su mujer?

–No.

–Señor, queremos ver a su mujer.

–Esa zorra se queda en la cocina, que es donde debe estar.

Entonces, el agente que iba con él elevó la voz.

–¡Señora, haga el favor de salir!

El hombre hizo la intención de cerrar la puerta, pero Samuel bloqueó la puerta y ambos agentes dieron un paso al frente.

–¡Salgan de mi casa! ¡Desgraciados! ¡Salgan!

–Cálmese, señor, solamente queremos hablar con su mujer.

La visión sólo duró un instante, pero fue suficiente para que todos sus mecanismos agresivos se activaran. Por el marco de la puerta que daba acceso al distribuidor, se asomó la cara de la mujer. Tenía un ojo morado, de la nariz le salía un pequeño hilo de sangre, el pelo alborotado y una mirada de quien cree que todo en esta vida está perdido.

Samuel dio un paso al frente y el hombre colocó una mano en su brazo. Aquello fue suficiente para desatar toda su furia. Dobló su brazo, con intención de reducirlo, pero el

hombre era fuerte. Se deshizo de Samuel. Cuando recuperó su posición, se enfrentó a los agentes y Samuel desenfundó la pistola y le apuntó a la cara. Todo quedó entre su compañero y él, ya que el otro estuvo a punto de hacer lo mismo.

Jamás olvidó esa mirada. Nunca supo qué ocurrió y tampoco quería saberlo. En aquellos ojos estaban la desesperanza, el desengaño, el miedo, la soledad y la indefensión. ¿Qué derecho tenía un hombre a maltratar de esa forma a una mujer? Era una pregunta que se repetía una y otra vez, sin obtener respuesta.

El problema era que los casos de agresiones a mujeres se repetían cada vez más. ¿Qué le estaba pasando a la sociedad?

En dos años, le ascendieron a cabo. Luego, todo fue muy rápido. En apenas seis años, pasó a ser sargento, subinspector e inspector.

Con un sueldo ya decente y una carrera asegurada, Samuel le pidió matrimonio a Eva. De aquello ya hacía quince años.

Antes de casarse, Samuel entró en casa de Eva mientras se colocaba el vestido de novia.

–¿Qué haces aquí? ¡Sal de aquí! ¡No puedes verme!

–Eva, quiero hablar contigo.

Ella temió que Samuel hubiera cambiado de decisión en el último momento. Su expresión seria no anunciaba buenas noticias. Se sentaron en la cama.

–Eva, quiero que me prometas que si en algún momento crees que te estoy faltando al respeto de alguna forma, sea cual sea, me lo harás saber y que, si eso sucede, no tendrás la menor duda en cortar la relación. Tu dignidad como persona es mucho más importante que cualquier otra cosa –Miraba atentamente a Eva, pero a quien veía era a una mujer asustada que asomaba la cabeza por el marco de la puerta.

Desde aquel día, Eva supo que su marido era la persona que el destino había reservado para ella. Y él supo que ella era la mujer de su vida. Tenían dos niñas preciosas.

Por otro lado, el día que conoció al inspector Alonso, supo de inmediato que tenían muy poco en común. Tenía puntos de vista muy distintos respecto a las personas. Era buen profesional, pero su actitud machista y retrógrada le sacaba de quicio.

Cuando en casa le contaba a Eva los comentarios de Alonso, ella siempre le decía que no le hiciera caso.

En el mismo instante en que supo a qué se dedicaba Pau Forrell, quiso llevar el caso personalmente. Opinaba que un abogado que trabajase en casos matrimoniales era parte fundamental de aquel proceso cívico y pacífico que debe ser una separación. Ante todo, respeto, siempre se decía Samuel cuando se imaginaba en un caso hipotético de separación con Eva.

¿Qué le depararía aquel caso?

11

Por tercera vez, apretó el botón del interfono. Nadie respondió. Adrián no sabía muy bien qué diría si contestaba Valeria. "¿Qué haces aquí? Nada, es que vi tus mensajes en *Facebook* y pensé que te había pasado algo. ¿Eres tonto o te falta poco? Todo el mundo dice chorradas en *Facebook* y tú te las crees."

Una cuarta llamada y silencio.

Su dedo se mantuvo quieto ante el siguiente botón. Pensaba en llamar al vecino para preguntarle si sabía algo de Valeria, pero temía hacer el ridículo.

Dio media vuelta y anduvo por la acera pensando que debía quitársela de la cabeza de una vez por todas y no usar excusas absurdas para encontrarse con ella.

Iba a cruzar la calle, cuando se detuvo de repente al ver algo familiar. Era el coche de Valeria. Un *Volkswagen Golf Sport* color rojo. Del retrovisor, colgaba ese odioso muñeco de *Homer Simpson*. Aquello no cuadraba con lo que le había dicho Natalia de que se había ido a Murcia en su coche. Algo no iba bien.

Se acercó y comprobó que el coche estaba cerrado. No vio ningún golpe ni ningún objeto dentro. "A lo mejor alquiló uno". Sin embargo, parecía poco probable.

Adrián se apartó del coche y se decidía a irse, cuando algo de debajo del vehículo le llamó la atención. Se agachó y estiró de la prenda. Reconoció de inmediato la bufanda azul marino de Valeria. Al desplegarla, cayó algo al suelo. Un pendiente.

¿Su bufanda y un pendiente bajo el coche? Pudo arrancarse el pendiente sin querer al sacarse la bufanda. Podía suceder. No obstante, eso no explicaba qué hacían ambos objetos en el suelo. Aquello no le gustaba y, sumado a las dos frases leídas en Facebook, tuvo la certeza de que algo le había ocurrido. Decidió ir a la policía para denunciar su desaparición.

La entrada de la comisaría de *Plaça Catalunya*, situada junto a la estación de tren, estaba llena de turistas que denunciaban todo tipo de robos: bolsos, cámaras fotográficas, carteras, etc. Adrián no conseguía que nadie le prestara atención. El tiempo que estuvo esperando le permitió reflexionar sobre lo ocurrido. Podría ser que el coche no arrancase y Valeria saliera corriendo para ver qué otra opción tenía. Justo al salir del coche, se le habría caído al suelo la bufanda en la que se habría quedado enganchado el pendiente. Luego, una vez en casa, habría llamado a una compañía de alquiler de coches y, una vez confirmado que disponían de un coche libre, se habría dirigido hacia allí. Todos esos pensamientos le hicieron tomar conciencia de que posiblemente estaría exagerando los hechos. Decidido como estaba a salir de allí, dio media vuelta bruscamente, lo que provocó que chocara con un hombre bastante fuerte, con poco pelo y barba.

–¿Le puedo ayudar en algo?

Adrián miró al hombre con el que había chocado y a su compañero, que le miraba atentamente.

–Bueno… verá, yo venía… quería denunciar una desaparición.

–¿De quién?

–De una chica.

–¿Es su novia? –El inspector Samuel usó el término novia, ya que pudo apreciar con rapidez que en los dedos de la mano no llevaba ninguna alianza.

–No… bueno, ex-novia.

Samuel y Alonso se miraron. Conocían algunos casos que habían empezado igual y

luego, el chico acababa confesando que había asesinado a la chica y que había ocultado su cuerpo en la montaña.

–Venga por aquí, por favor.

Entraron en una sala destinada a reuniones. Samuel y Alonso se sentaron enfrente de Adrián.

–¿Qué ha ocurrido?

–No lo sé muy bien. Y tampoco es seguro que haya desaparecido.

–¿Había quedado con ella?

–No. Verá, todo empezó por un mensaje que vi en su *Facebook*.

La expresión de incredulidad del inspector Ponce debió alertar a Adrián que detuvo su relato al momento.

–¿Qué ocurre?

–Verá, señor, no quisiera parecer maleducado, pero basarse en un comentario de *Facebook* parece una prueba poco fiable –Alonso quiso utilizar un tono de lo más amigable, para no ofender a Adrián.

Adrián se sonrojó, pues sabía que estaba haciendo el ridículo y que lo mejor era irse de allí cuanto antes. Pero ya había cruzado la línea.

–Lo sé, lo sé. Verán, el veintisiete de noviembre escribió "Estoy secuestrada. Ayudadme." Valeria no es de las que escribe estas cosas. Y ayer por la noche, volvió a escribir en su muro. Tan sólo ponía "ayuda". No me contesta al teléfono y una amiga suya me dijo que quería irse en su coche a Murcia, pero hoy, al ir a su piso para ver si estaba, he visto su coche aparcado y debajo del coche he encontrado esto.

Adrián depositó sobre la mesa la bufanda y el pendiente.

–Deduzco que son de ella.

–Sí.

–A ver, empecemos por el principio. ¿Cómo se llaman usted y la chica?

–Mi nombre es Adrián Barral y ella se llama Valeria Soto.

–¿A qué se dedica usted? –le preguntó Alonso, que se encargaba de anotar en una libreta lo que pudiera ser de interés.

–Soy técnico de prevención de riesgos laborales de una empresa de restauración.

–¿Y ella?

–Es profesora de la Universidad de Física Teórica.

–¿De qué Universidad? –preguntó Alonso

–La UB

–Dijo que Valeria era su ex-novia. ¿Cuándo cortaron? –Samuel miraba atentamente a Adrián.

–Nos conocimos en la universidad... bueno, cada uno en sus estudios, yo en Relaciones Laborales y ella en Física. Ya sabe. Una fiesta de unos amigos en común, nos conocimos y estuvimos dos años saliendo juntos. Cortamos y luego volvimos a probar. Hace cuatro meses que lo dejamos.

–¿Por qué motivo?

A Adrián, aquello le parecía ofensivo. Tener que explicar a unos desconocidos el motivo por el cual ya no podía estar con Valeria le resultaba absurdo.

–¿A qué viene esto?

–Por favor, señor Barral, entienda que debemos hacernos una idea global del contexto –La voz calmada de Samuel tranquilizó a Adrián, que no deseaba enfrentarse a la autoridad.

–Perdonen. Verá, cortó ella. Dijo que éramos muy diferentes y que no encajábamos.

–¿Discutieron, se insultaron o algo más… agresivo?

–No, no. Fue todo muy calmado. Quedamos en un bar y, tras decirme todo eso, pues cada uno se fue a su casa.

–¿Usted lo acepta?

–Sí, pero aún la quiero.

–Valeria Soto. Explíqueme algo más de ella –A Samuel le bastó ese interrogatorio para descartar a Adrián como posible culpable de maltrato u homicidio. No había nada de teatralidad ni exageraciones. Era un relato coherente y pausado.

–Tiene treinta y un años. Es una chica aventurera, muy lanzada. Inquieta y exigente.

Es morena y siempre lleva el pelo recogido en una coleta. Tiene un *piercing* en la nariz. Y, como ya le he dicho, trabaja en la universidad como profesora.

–¿Ha tenido otros trabajos?

–Sí, trabajó un tiempo como diseñadora de páginas Web.

Samuel se sorprendió. ¿Una diseñadora Web que acaba siendo profesora de Física Teórica? Eso sí que era dar un giro a su vida.

Al ver la expresión de extrañeza en los dos agentes, Adrián dio más detalles al respecto.

–Valeria es una apasionada de la física, pero también de la informática. Mientras no obtuvo la plaza, para tener un sueldo, se dedicó al tema de las páginas Web. Verán, esa osadía y valentía que les he comentado de su carácter es lo que le permite afrontar cualquier situación, por muy desfavorable que parezca.

Consciente de que se desviaban del tema principal, Samuel redirigió el interrogatorio.

–¿El coche?

–Un *Volkswagen Golf Sport* rojo. Les daré la dirección de donde está.

–Sí, por favor. También su número de teléfono y su domicilio. ¿Tenía algún tipo de problema con su familia, drogas, un novio actual?

–No, creo que no, aunque últimamente tampoco hablaba mucho con ella. Mejor será que hablen con Natalia, una amiga suya.

Alonso le tomó todos los datos necesarios y Samuel le acompaño a la puerta.

–Señor Barral, investigaremos qué ha pasado. Está claro que el hallazgo de la bufanda y el pendiente bajo el coche es bastante sospechoso.

–Gracias, Inspector…

–Ponce, Inspector Ponce.

Adrián ya subía los peldaños de la escalera cuando lo llamó Samuel.

–Señor Barral, usted está convencido de que le ha ocurrido algo, ¿verdad?

–Sí. No sé explicarle por qué, pero sí.

Samuel asintió y tras estrecharle la mano, dejó que se fuera, cabizbajo.

12

–¿Qué quieres hacer con esto?

Samuel leía las anotaciones hechas por Alonso. Si se hacían cargo del caso, se verían un poco desbordados, ya que estaban investigando el homicidio de Pau y el caso de los chinos, y los recortes debido a la crisis estaban llegando a todos los estamentos. La reducción de personal en las comisarías, sobre todo administrativo, era una realidad. Sin embargo, le había caído bien Adrián.

–Lo llevaremos nosotros. Llamaremos a sus padres y pediremos las llaves de su casa.

Alonso no escondió su malestar, consciente de la sobrecarga de trabajo que aquello suponía.

–Samuel, esa tía se habrá ido con otro y estarán follando como conejos.

–Bueno, primero habrá que descartar que le haya ocurrido algo, ¿no crees?

–Está bien.

Alonso desvió la mirada e intentó no mostrar su reticencia a investigar la huida de una *niñata* a quien, por muy profesora de universidad que fuera, le gustaba vivir la vida.

Al salir del despacho, un agente de los *Mossos d'Esquadra* le llamó a gritos.

–¡Inspector! ¡Inspector! El Sargento Salva quiere verle. Está en la recepción.

El sargento estaba rodeado de una multitud de agentes con casco y escopeta.

–¿Qué ocurre?

–Inspector Ponce, póngase en marcha, vamos a por los chinos.

En apenas treinta minutos una tropa de cinco furgonetas de *Mossos d'Esquadra* y seis coches se detuvieron enfrente del restaurante chino, situado en la calle Calabria. Todos los agentes bajaron y se prepararon para el asalto. No había salida de emergencia, así que únicamente se podía salir por la entrada principal. El sargento dio algunas instrucciones y, a su señal, empezó el baile.

Los agentes entraron dando voces y gritando que todo el mundo se tirara al suelo con las manos en la cabeza. Samuel y Alonso siguieron al segundo grupo que entró en la cocina. Los cinco chinos que cocinaban se asustaron y no dudaron en obedecer las órdenes recibidas. El inspector Ponce miraba atentamente el suelo para detectar cualquier indicio de alguna apertura.

–Nada, Sargento –gritó un agente que recorrió toda la cocina.

A la derecha de Samuel, había tres puertas de metal que correspondían a las cámaras frigoríficas. Abrió la primera. Estaba llena de comida y había cajas esparcidas por el suelo.

–Bueno, podríamos detenerles por incumplimiento de normas sanitarias relativas a la alimentación.

–¿Qué?

–Las cajas. No se pueden dejar las cajas de alimentos en contacto con el suelo.

Al sargento no parecía contentarle el argumento. Se acercó a uno de los cocineros.

–¿Dónde está el resto de chinos?

El hombre puso cara de no entender nada.

–Maldita sea.

Mientras, Samuel abrió la puerta del medio. Se trataba de una cámara de congelación, al igual que la siguiente. En ésta, había bastante pescado. Cerró la puerta, pero se detuvo pensativo. El termómetro de fuera marcaba menos cinco grados, no obstante, en el interior de cámara no hacía tanto frío.

–Sargento, venga.

El Sargento Salva se acercó y entró en la cámara.

–¿Qué ocurre?

–Fuera pone que estamos a menos cinco y creo que aquí no hace tanto frío.

El sargento entendió al instante el mensaje. La cámara tenía dos metros de ancho y unos cuatro de profundidad, con estanterías a ambos lados. El sargento y Samuel miraron las paredes con atención.

–Aquí, inspector. Esta pared tiene una ranura.

Retiraron la estantería y, efectivamente, se apreciaba una ranura que iba del techo al suelo. Llamaron a todos los agentes y se prepararon para actuar. Con la ayuda de una palanca abrieron la puerta oculta y, ante ellos, apareció una escalera de unos quince peldaños que descendía a un pasillo oscuro. Al final del pasillo, había otra puerta de madera que se abrió con facilidad al darle una patada.

El grupo de agentes entró apuntando a diestro y siniestro. En la sala, había una treintena de chinos trabajando en mesas repletas de ordenadores, tarjetas de crédito, *cds*, *dvds* y todo tipo de aparatos.

La operación había sido un éxito. Detuvieron a todos los trabajadores, aunque ahora venía lo más difícil. Descubrir al cabecilla. Por costumbre, nunca se hallaba en los lugares de trabajo.

Una vez en el exterior, Samuel respiró aliviado de poder salir de aquel sótano y recibir el sol en su cara. Todavía hacía calor en Barcelona para ser noviembre. El mero hecho de imaginarse trabajando en aquel antro durante diez, once o doce horas seguidas, le provocaba sudores y escalofríos.

Alonso se acercó a él sonriendo, satisfecho de cómo se había resuelto el caso.

–¿Vamos a comer algo?

–Sí, pero que no sea en un restaurante chino.

Samuel sonrió por el comentario de Alonso y, tras hablar con el sargento y comprobar que estaba todo bien atado, se fueron a un bar. Se sentaron en la barra y Samuel pidió un bocadillo de lomo con queso y Alonso uno de tortilla francesa.

–Seguro que en todos los restaurantes chinos encontraríamos cosas raras. Tendríamos que hacer registros en todos más a menudo.

Otra de las cosas que no le gustaba de su compañero Alonso era su facilidad para generalizar. Era una persona que solía usar bastantes tópicos.

–No podemos asegurar eso, Alonso. Esto ha sido un caso aislado y punto. Seguramente, el resto de locales son legales y los lleva gente honrada y trabajadora.

–Ya, pero ya sabes cómo son estos chinos.

Samuel lo miró con expresión de sorpresa como queriendo decirle que no sabía de qué le estaba hablando.

–Pues no. ¿Cómo son “estos chinos”?

–Joder, Samuel. Son explotadores, timadores, liantes y mafiosos.

–Vaya, sí que los conoces bien. Y así son todos, ¿verdad?

–La mayoría.

–¿Y en qué te basas para afirmar esto?

–Joder, ¿no te basta con lo de hoy?

–Pues no. Lo de hoy es un local –Samuel recalcó lo de “uno” levantando el dedo índice–, nada más. También hay españoles explotadores y timadores. No comparto tu opinión. ¿O ya no te acuerdas del mes pasado, de los dos españoles que detuvimos por engañar a los grupos del IMSERSO con viajes que no existían?

Samuel dio un mordisco a su bocadillo y, al ver que Alonso no respondía, le miró. Alonso prestaba atención al televisor que estaba colgado en una esquina del bar. Samuel se giró rápidamente para ver lo que le llamaba tanto la atención a su compañero. El periodista explicaba detalles del homicidio en Yecla, en el que una mujer fue hallada muerta, acuchillada en el estómago.

–Hemos podido saber que un vecino se cruzó con una persona que salía del portal justo antes de entrar y encontrarse el cuerpo. Por lo visto, la policía ya tiene una primera descripción del sospechoso: es un hombre alto, de piel muy blanca, ojos verdes y con la cara repleta de pecas. La mujer era viuda y no mantenía ninguna relación con ningún hombre. De momento, la policía mantiene abierta cualquier hipótesis.

Samuel y Alonso se miraron fijamente, uno con la boca abierta y el otro, con el

bocadillo a medio camino de la boca.

–Samuel, ¿esa no es la descripción que nos dio la prostituta?

–Sí.

–No lo entiendo.

–Estamos hablando de la misma noche, el veintiséis de noviembre. En marcha. Hay que investigar el tema.

Una vez en el coche, Alonso le preguntó qué hacían con el caso de la chica desaparecida.

–De momento, puede esperar. Se lo pasaremos a la brigada de desaparecidos.

13

Ya había oscurecido. Poco a poco, los días se acortaban, sin embargo, en Barcelona continuaba haciendo calor y era normal ver todavía gente en camiseta de manga corta por las calles. Algunas nubes cubrían el cielo nocturno.

Adrián mordía nervioso la punta del bolígrafo. A pesar del cansancio, estaba frente a su ordenador intentando obtener alguna pista.

Tras salir de la comisaría, había tenido que desplazarse para investigar un accidente en el que un trabajador se había cortado con un mueble de la cocina. El caso era que el mueble estaba roto y tenía una parte cortante. Después, se dirigió a otro centro para dar una nueva formación en prevención de riesgos laborales.

No había ninguna entrada nueva en el perfil de Valeria en *Facebook*, salvo los comentarios bromistas respondiendo a su último comentario en el que pedía ayuda. Entró en el apartado de sus fotos, pero no había gran cosa salvo instantáneas de cenas de grupo y de algunos viajes realizados a Berlín, París y Nueva York. Vio, en una de las fotos, con la Torre Eiffel de fondo, a Valeria abrazada a un chico al que Adrián no conocía. Una oleada de celos invadió su corazón. Céntrate, céntrate, pensó.

Decidió analizar sus anteriores escritos, pero no había nada que le llamara la atención. Había escrito bastante durante la época de los indignados, mostrándose a favor del movimiento y colgando multitud de noticias y fotos del desalojo de la *Plaça de Catalunya*.

¿Qué esperaba encontrar? Adrián no sabía muy bien qué buscaba. Pensaba que si había usado la red social para comunicarse, algo podía encontrar en ella que pudiera darle algún indicio de lo que estaba sucediendo.

La otra gran pregunta que se hacía era si debía llamar a los padres de Valeria. Cabía la posibilidad de que ellos sí tuvieran noticias de ella y, por tanto, todo lo demás habría sido producto de su imaginación. Pero, por el contrario, si no era así, su llamada podría preocuparles sin motivo alguno.

La entrevista con los dos policías le había tranquilizado, ya que los vio bastante interesados en el caso, aunque al principio sintió que sospechaban de él. Suponía que se debía a la multitud de casos de violencia doméstica que se daban en la actualidad. Le gustó el Inspector Ponce; no podía decir lo mismo del otro. ¿Investigarían el caso? ¿Le darían la importancia que se merecía? Si realmente estaba secuestrada, el tiempo corría en su contra. Y si había sido secuestrada, ¿cómo es que nadie había llamado a su familia para pedir un rescate o lo que fuera? Había oído hacía días que en España se estaban dando casos de secuestros exprés, al igual que en Sudamérica. Lo único que no encajaba en este caso era que Valeria no era una empresaria ni provenía de una familia pudiente o conocida.

Con mano temblorosa, decidió llamar a los padres de Valeria. Al oír el primer tono, colgó.

–¿Qué estoy haciendo? –dijo en voz alta en el salón de su casa, con el portátil encendido y con el perfil de *Facebook* de Valeria en la pantalla.

La imagen de la bufanda tirada bajo el coche le hizo reaccionar y marcó de nuevo el número. La voz familiar de su madre respondió.

–¿Quién es?

–Señora Teresa, soy Adrián, el amigo de Valeria –Decir la palabra amigo le recordó de forma dolorosa su relación actual con Valeria.

–¡Adrián! Sí, sí. Ya te recuerdo. ¡Cuánto tiempo! ¿Qué tal?

–Bien, todo bien. ¿Y ustedes?

–Bien, hijo. Bueno, con los achaques típicos de nuestra edad, pero bien. Valeria no está aquí.

–Ah. Pensé que sí, como no me coge el teléfono de su casa.

–No, no. Se fue de viaje a ese sitio al que ha estado yendo últimamente.

–¿A dónde?

–Espera –Adrián oyó cómo le preguntaba a gritos a su marido el nombre del lugar donde solía ir Valeria. Al cabo de pocos segundos, se volvió a oír ruido en el teléfono– ¿Adrián?

–Sí, estoy aquí.

–Me dice mi marido que es Yecla.

–¿Yecla?

–Sí.

–Vale. Y… bueno… ¿les ha llamado?

–No, hoy se lo comentaba a Juan, se fue el día dos y no ha dicho nada, pero a veces tarda un poco en llamar.

–Gracias. Cuando hable con ella, ya le recordaré que les llame. Cuídense.

Tras colgar, tuvo la clara sensación de que algo ocurría. Valeria podía ser todo lo aventurera que quisiera, pero adoraba a sus padres y los cuidaba muchísimo. Siempre había sido muy atenta con ellos y solía llamarlos muy a menudo. El hecho de que no hubiese llamado confirmaba sus sospechas.

¿Yecla? ¿Dónde estaba esa población? Introdujo el término en Google Maps. Yecla apareció en seguida. Pertenecía a la Región de Murcia, cerca de Alicante. A su alrededor, aparecían nombres de poblaciones como Caudete, Jumilla y Villena. ¿Qué se le había perdido a Valeria allí? No recordaba que tuviera ningún amigo allí ni que alguna vez hubiera mencionado algo relativo a Yecla.

Volvió a centrarse en su perfil de *Facebook*. En el menú de la izquierda, arriba, había la opción de entrar en información del usuario. Lo primero que apareció en pantalla fueron sus referencias de Formación y empleo. El apartado de filosofía estaba en blanco. Luego, venía toda una serie de categorías relacionadas con sus gustos musicales, de lectura, películas y deportes. Se paró en la sección que ponía "Actividades e intereses". Aquí estaba la lista de todas las páginas que le interesaban a Valeria y de las cuales recibía actualizaciones. El número de páginas que seguía, sumaban doscientas once. Cogió el bolígrafo y empezó a apuntar en una hoja las que más destacaban, pero se detuvo al oír el teléfono.

–¿Sí?

–Soy la madre de Valeria.

–Hola. ¿Qué ocurre?

–Mira, es que me he quedado un poco preocupada cuando me has preguntado si Valeria nos había llamado y he llamado a la persona de contacto que nos dio y me ha dicho que no sabe nada de ella desde el veinticinco de noviembre.

–Ah. ¿Qué le dijo?

–Que al día siguiente estaría en Yecla, pero no fue. He llamado a su casa y a su móvil y no me lo coge.

–Ya, bueno, ya sabe lo aventurera que es Valeria. Seguro que habrá quedado a medio camino con otros amigos.

–A lo mejor sí.

–No se preocupe. Seguro que llama mañana.

–Bueno, si sabes algo llámame.

A la madre de Valeria le tembló un poco la voz al despedirse. Adrián respiró hondo para calmarse pues, tras la conversación, también él sintió una gran inquietud. De repente, cayó en la cuenta de que la madre le había mencionado algo de un contacto. Volvió a llamar y le preguntó sobre esa persona. Según le explicó, se llamaba Roberto Gómez y siempre quedaba con él cuando iba allí.

–Valeria me dio su teléfono por si quería contactar con ella.

Aquello fue un golpe bajo para Adrián; una manera brutal de enterarse de que Valeria tenía una relación con alguien. Anotó el número de teléfono que le dio Teresa.

Tras media hora de anotar títulos de páginas, el resultado era una mezcla de temas un tanto caótica: Muyinteresante, *Hard Rock Café* Barcelona, pcactual, vinosdeyecla.com, Yecla NO es Murcia, RAC 1, *Kind of blue*, *Kurt Wallander*, Harry Potter, Kom&Kom –centros de Kompras, El Monte Arabí, Los Celadores de los astros, Revista Historia y Vida, Historia, Canal de Historia, History, Ayuntamiento de Yecla, Pascalina, Blaise Pascal, los Linces, Democracia Real, Galileo Galilei, Vinaroz, Hoteles, Hoteles de España, Misterios y enigmas.

Por lo que veía, Valeria sentía cierta atracción por Yecla. ¿Quién era ese Roberto Gómez y de qué lo conocía? Eran las nueve y media de la noche. Decidió llamarle para salir de dudas.

Una vez ronca contestó de inmediato.

–Hola, no nos conocemos, me llamó Adrián Barral y soy amigo de Valeria. Me ha dado tu teléfono su madre. Quería saber si sabes algo de ella.

–Pues no. Ya le he dicho a su madre que tendría que haber venido el día dos y no sé nada. ¿Ocurre algo?

–No, no. Oye… –Adrián dudó en formular la pregunta, más por temor a la respuesta que por ofender– ¿Puedo hacerte una pregunta directa?

–Bueno, prueba. Perdona la voz, pero tengo un resfriado que no veas.

–¿De qué conoces a Valeria?

–Pues acudió a mí para obtener más detalles de la historia de Yecla. Yo soy historiador y estaba muy interesada en el pasado de la ciudad para elaborar algo de una tesis para su carrera.

–Ya. Oye, estaba pensando que a lo mejor se ha hospedado en algún hotel y que todavía no ha contactado contigo –Adrián comentó esa posibilidad para, según la respuesta que le diera ese Roberto Gómez, llegar a alguna conclusión acerca de la relación que ambos mantenían.

–Bueno, ya lo había pensado y llamé al hotel en el que suele alojarse, el Hotel Avenida, pero nada.

Adrián sonrió para sus adentros.

–Vale. Bueno, nada, perdona por molestarte... ¡Oye, oye! Por cierto, ¿te dijo de qué iba su tesis?

–No, pero deduzco que era algo relacionado con la partida de las tropas a Vinaroz.

–¿A Vinaroz?

–Sí, es un hecho trascendental para Yecla que marcó luego la festividad de Purísima.

Se despidieron amablemente. Roberto invitó a Adrián a ir a conocer Yecla y este último le comentó que a lo mejor se iba allí unos días a visitarla.

Adrián miró la lista de páginas. Una palabra llamó su atención: Vinaroz. Roberto Gómez le había comentado que Valeria se interesaba por un hecho histórico ocurrido en Yecla relacionado con Vinaroz. ¿En qué estaría metida? ¿Por qué había mentido Valeria a Roberto diciéndole que tenía que hacer una tesis, cuando ya hacía un tiempo que la había acabado y ya era profesora de universidad? ¿Qué había pasado en Yecla que le interesase tanto como para mentir y seguir tantas páginas de *Facebook* en relación a esa población?

Las preguntas se acumulaban y no sabía en qué terreno se movía. ¿Qué debía hacer? Él no era como Valeria. Su carácter era más calmado, dubitativo y poco amante de los riesgos. Notó que la tensión se focalizaba en su cabeza y un fuerte dolor le obstruía el razonamiento. Se tumbó en el sofá tras tomarse una aspirina. A los pocos minutos, se quedó dormido.

14

Rouan, 9 de enero de 1642

Unos pocos centímetros de nieve se amontonaban por la calles de *Rouan*. Un chico con ropa vieja avanzaba sigilosamente por los portales. Nadie le prestaba atención pero él, por precaución, se movía entre las sombras. Su capacidad de esconderse era innata. Nacido en la pobreza, siempre supo realizar movimientos silenciosos para obtener un trozo de pan o una manzana. Sin embargo, desde hace unos meses, ya no se movía a cambio de comida, sino de información.

Su señor no era mucho más mayor que él, pero su mirada transmitía madurez y responsabilidad, sin embargo, también reflejaba cierto temor. Sus hombros caídos parecían transmitir literalmente el peso de alguna pesada carga que debía soportar. Le había contratado para formar parte de una cadena de comunicación, totalmente secreta, entre *Rouan* y *Arcetri*. Desconocía dónde estaba ese lugar, ya que él únicamente se encargaba de ir a París para transmitir algún mensaje o recibirlo. Había averiguado que eran cuatro las personas que formaban dicha línea comunicativa. ¿Qué eran esos mensajes? Ni lo sabía ni quería saberlo. Era de la opinión de que cuanto menos supiera, menor sería el peligro al que estaría expuesto ya que, de algo estaba convencido, se movía por terrenos conflictivos. La mirada en los ojos de su señor así se lo hacía saber.

Avanzaba con rapidez ya que, al entregarle el sobre, su enlace, acercándose al oído, le había susurrado: “vuela como los ángeles, el señor ha de saberlo cuanto antes”. Decidió detenerse tan sólo un instante para comer. Al entrar en *Rouan*, tuvo la sensación de que alguien le seguía, por lo que decidió dar un rodeo.

Ludovic estaba garabateando unos dibujos en unas hojas cuando llamaron a la puerta. El chico entró sin esperar su permiso.

–¡Dios mío, Pierre, estás horroroso!

Ludovic le acercó una silla frente al fuego de la chimenea. Pierre seguía sin poder hablar, puesto que continuaba teniendo la respiración acelerada por el esfuerzo al correr. Estiró los brazos y las piernas para recibir el calor del fuego. Poco a poco, fue notando un cosquilleo en sus extremidades, indicativo de que iba recuperando la sensibilidad.

–¿Has comido algo?

Pierre negó con la cabeza.

Ludovic le sirvió un tazón de caldo y un poco de pan. Pierre devoró en pocos segundos los alimentos. Con las manos temblorosas, extrajo el sobre y se lo tendió a Ludovic.

Al coger el sobre, tuvo el presentimiento de que todo iba a cambiar. Sus dedos sintieron la fuerza del mensaje y entendió que su contenido probablemente iba a acelerar todo el proceso. Rompió el sello y extrajo un papel en blanco. Lo acercó al fuego de una vela y, poco a poco, la tinta invisible fue perdiendo su cualidad mostrando letra a letra el texto que ocultaba.

Las manos de Ludovic temblaron tanto que a punto estuvieron de tirar al suelo la vela. Pierre vio como el color de la cara de su amo desaparecía. No sabía qué mensaje contenía

el papel, pero estaba claro que no eran buenas noticias.

–Señor, ¿se encuentra bien?

Ludovic no respondió; estaba totalmente absorto en sus pensamientos. Era como si un ángel le hubiera cogido por los brazos y elevado hacia el cielo, y estuviera viendo toda la escena desde arriba, como si le fuera del todo ajena. Todo se acelera, pensó. Pero no era sólo la estupefacción por el contenido de la noticia lo que le atenazaba, sino también el miedo. Sintió la presión de ser buscado, perseguido, espiado. Durante dos años, había conseguido vivir con cierta tranquilidad en *Rouan*. Sabía muy bien que el profesor Dubois lo tenía bajo vigilancia desde que había vuelto de la Guerra de Cataluña.

Lo que ha de suceder, sucederá. El Maestro citó a Virgilio para darle a entender a Ludovic que el destino le llevaría donde debía estar. Y eso fue lo que él pensó al entablar relación con otra mente inquieta, inteligente y astuta. Étienne Pascal había sido nombrado Comisario Real y Jefe de la Recaudación de Impuestos en Normandía. Físicamente, estaba instalado en *Rouan*. Era el jefe del padre de Ludovic, con el que además mantenía una buena amistad. Él acompañaba muy a menudo a su padre a casa de Étienne. Esas visitas hicieron que Ludovic y Blaise Pascal se fueran conociendo mejor e intercambiaran ideas, inquietudes y dilemas científicos. Él comprendió enseguida que el destino le había llevado allí para hacer algo más que proteger la caja del Maestro.

No sabía cuánto tiempo había estado en silencio, encerrado en sus pensamientos, cuando se percató de que Pierre le estaba mirando con cierto temor.

–Jacques, vete. Espérame en la Catedral de *Notre–Dame*.

Pierre no quiso preguntar qué ocurría, de forma que se marchó sin decir más que “sí, señor”.

Ludovic metió en una bolsa varios papeles y salió a las calles empedradas de *Rouan*, bañadas por la negra oscuridad de la noche. Eran horas en que las sombras cobran vida y los temores se agitan. Notaba la boca seca. En ese instante, deseaba con todas sus fuerzas un buen vaso de vino para apurarlo de golpe. Se quedó inmóvil al oír unos pasos lejanos que parecieron detenerse al mismo tiempo. Aguardó unos segundos y reemprendió el paso con más velocidad esta vez.

Llamó a la puerta con demasiada ansia. Los golpes debieron asustar a los habitantes del domicilio, pero el temor fue aún mayor al ver la expresión desencajada de Ludovic.

–¿Qué ocurre Ludovic? ¿Está bien tu padre?

–Sí… –Ludovic jadeaba recuperando el aliento– Necesito ver a Blaise, señor Pascal.

–Pasa. Está en su cuarto.

La temperatura en el salón era muy agradable gracias al fuego de una gran chimenea. Estaba tan poseído por el miedo y la tristeza que Ludovic no se había percatado del frío que hacía fuera. En una mesa, con varios candelabros encendidos, estaba trabajando Blaise. Multitud de papeles con dibujos, anotaciones y números estaban esparcidos por la zona de trabajo, así como toda una diversidad de artilugios y mecanismos que Ludovic era incapaz de entender. Tan sólo reconocía y comprendía esa brújula que estaba en el baúl y cuyo funcionamiento le había explicado el Maestro.

Al ver la expresión de su amigo, Blaise dejó lo que estaba haciendo y le ofreció una silla.

–El Maestro... murió ayer.

Ludovic sintió que le sobrevenían de golpe la pena y la soledad. Poco a poco, le invadió un llanto que se convirtió en pocos segundos en un río de lágrimas. Blaise también estaba compungido porque, aunque no conocía personalmente a Galileo, había mantenido cierta correspondencia con él, gracias a su amigo Ludovic.

–¿Y ahora, qué?

–Debemos poner fin al proyecto y yo tengo que huir. Sin el Maestro de por medio, no tendrán miramientos en ir a por mí.

–A lo mejor no…

–Sí, amigo. El Maestro fue burlando al profesor con proyectos esquivos, pero ellos sabían que algo más se escondía en sus descubrimientos. Sabían que, paralelamente a sus estudios públicos, de algún modo tenía que estar transmitiendo y guardando sus trabajos secretos. ¿Y qué mejor guardián que ese ingenuo e inseguro pupilo al que tenía en tanta

consideración?

Ambos amigos guardaron un largo y triste silencio.

–Dame una semana.

–Bien. Date prisa.

A las pocas semanas, conoció al comerciante de lana Fabriccio. Fue una reunión intensa y fructífera para la causa. Aquel hombre demostró tener capacidad de organización y templanza para afrontar los problemas. Ludovic le confirmó que todo estaba listo y, entonces, él le expuso la manera de sacar de allí el secreto. A partir de ese momento, entendió que los hilos que mueven los acontecimientos pueden acabar en un nudo. 1642 iba a convertirse en un año de sucesos clave para aquellos que se habían erigido como los protectores de la verdad.

15

Las voces le llegaban algo difusas. Le dolía la cabeza y tenía náuseas. Oyó una voz familiar, la de su secuestrado, pero había alguien más. Quería incorporarse, pero su cuerpo sólo quería descansar. Notaba que sus brazos y piernas se negaban a obedecer cualquier orden. Estaba estirada en la cama. Las voces parecían venir de muy lejos, aunque sabía que estaban en la misma sala. ¿Qué le pasaba? Valeria luchaba por mover algún músculo. Entreabrió los ojos, pero parecía como si todo estuviera envuelto de una espesa niebla. Volvió a cerrar los ojos y se dejó arrastrar por el sueño.

Las dos personas miraron a Valeria moverse.

–¿Le has dado suficiente dosis?

–Sí. No se despertará hasta dentro de unas cuantas horas.

El hombre se sentó en la silla del escritorio, depositando la gabardina negra encima de la cama. Vestía de forma impecable, habitual en él, con un traje gris de *Giorgio Armani* tallado a medida, camisa blanca y una corbata lila. Sus cincuenta años recién cumplidos no se dejaban entrever en su piel, bien cuidada por cremas y bronceados. Cogió el botellín de whisky que había sacado del mini-bar de la habitación y le dio un sorbo.

–Dime, Augusto, ¿cómo se comporta nuestra amiga?

–De momento, bien. Come lo que le traigo y no da problemas.

–Ningún problema, ¿no?

–Correcto, señor.

El hombre se incorporó de la silla para coger el mando del televisor y encenderlo. Subió el volumen. De repente, se giró hacia Augusto, el cual le miraba con sus ojos verdes y le dio una bofetada que le hizo trastabillar hacia atrás.

–¡Ningún problema! ¡Idiota! ¡Vigila tu ordenador! La chica logró escribir un comentario en su perfil de *Facebook* diciendo que estaba secuestrada y pidiendo ayuda.

Augusto se tocaba la mejilla, aturdido, no tanto por el golpe, sino por la información que le estaba dando su jefe. ¿Había escrito en *Facebook*? ¿Cómo era posible?

–No sé cómo pudo hacerlo.

–¿No? ¿Dejaste en algún momento el ordenador sin vigilancia y conectado?

En la habitación, solamente se oía el griterío de un programa de prensa rosa y la respiración de Valeria, estirada en la cama. Tras reflexionar unos segundos, Augusto recordó el momento de ducharse.

–Sí. Ahora recuerdo que al ducharme lo dejé encendido.

–¡Imbécil! ¿Crees que esto es un juego? ¿Acaso no te pago lo suficiente como para que evites cometer estos errores infantiles?

Augusto mantuvo la compostura mirando fijamente a los ojos a su jefe.

–Está bien. Que no vuelva a ocurrir. Tu hermano está siendo más eficaz, al menos.

–Borraré lo que ha escrito.

–No, déjalo; aún llamaría más la atención. La gente no le ha dado importancia. En lugar de creérselo, ha hecho bromas sobre el tema. Es lo que tiene la comunicación hoy en día; en la distancia, pierde su valor y su significado.

Viendo que su jefe volvía a beber del botellín, Augusto se relajó.

–¿Has podido sacarle alguna información?

–No, pero sabe cosas. Mis preguntas no parecían serle extrañas y guardó silencio.

–El silencio dice más que las palabras. ¿Seguro que es la persona que buscamos?

Augusto afirmó con la cabeza. Él era un simple peón, un matón. Su jefe era el intelectual y, además, nadie mejor que él como experto en comunicación.

–¿Y el hotel?

–Fue un antiguo convento.

–¿Cómo lo sabes?

–En su bolso llevaba unos papeles con anotaciones. En uno de ellos tenía escrito esto.

El hombre cogió la hoja que le entregaba Augusto. "Se escondió en un convento/ monasterio. Debió dejar algo anotado. Es un hotel"

–Bien. ¿Puede ser éste?

–No lo sé. Por las noches, recorro el hotel, pero de momento no he encontrado nada.

El hombre apuró el botellín de whisky, recogió la gabardina y una vez en la puerta, se detuvo.

–Estás haciendo un buen trabajo. Apriétala más. Se acercan las fiestas. No vuelvas a cometer errores. Tu hermano te lleva ventaja en eficacia.

Augusto entró en el lavabo y se miró en el espejo. El reflejo le devolvía la imagen de un rostro asustado. Sus pecas y sus ojos verdes eran el perfecto contraste con su piel blanca. Respiró hondo. Abrió el grifo y se mojó la cara. No podía cometer errores de este tipo. Sintió una fuerte ira hacia la chica por haber sido tan rápida y poner en peligro la misión. ¿Apretarla? Y tanto que le apretaría las tuercas a esa zorra.

No podía evitar oír en su mente la referencia a su hermano. ¿Más eficaz? Ya le demostraría quién era más eficaz. Reconocía que, de los dos, su hermano poseía esa sangre fría que tan sólo poseen los artistas en este sector. El hielo podía ser frío, su hermano era todo el Polo Norte y Sur juntos. No podía permitir que le ningunearan con respecto a su hermano.

Aún faltaban dos meses para las fiestas, pero todavía tenían que descubrir varias claves. Se acercó a la chica y, al ver que dormía, salió de la habitación.

En el salón, había una mujer mayor leyendo un libro. Dos hombres mayores jugaban en la mesa de billar que estaba junto a la ventana desde la cual se veían las montañas. Bajó por la escalera a la planta baja. El recepcionista le saludó con una sonrisa. Justo a la derecha de la entrada, había un acceso a la barra y una zona de lectura. Augusto se detuvo frente a las estanterías. La estancia tenía dos sillones, una mesa y una biblioteca llena de libros. La luz del atardecer se filtraba por la ventana. Sintió que su furia se calmaba al estar rodeado de aquel ambiente tranquilo. Paredes de piedra y vigas de madera le transmitían al espectador una sensación de calidez y recogimiento. Augusto se acercó a los estantes y los sacudió. Nada. Miró cada uno de los estantes, buscando algún indicio de abertura por algún lado. Encendió el mechero y lo acercó a los libros, pero la llama no se movió. No había corrientes de aire ocultas.

Miró por la ventana para asegurarse de que nadie lo miraba. En el exterior, tan sólo se veían árboles y más árboles.

El Hotel *Sant Marçal* se encontraba en pleno parque natural del *Montseny*, junto a la carretera que va de *Sant Celoni* a *Viladrau*, más allá de Santa Fe. Llegar hasta él era un regalo para la vista, pues el viajero disfrutaba de un paisaje montañoso lleno de encinares, alcornocales, pinares y robredales. Una carretera sinuosa, con curvas cerradas, te va guiando en ascenso hacia la montaña, hasta que aparece un camino en un lateral para llegar al hotel, un antiguo monasterio reconvertido en hospedaje. Augusto había podido documentarse sobre el edificio y había descubierto que los orígenes se remontaban a una iglesia del año 1053. En 1066 se consagró la iglesia y se fundó la abadía. Por lo visto, a partir del siglo XIV entró en decadencia y únicamente quedaban un par de monjes en el lugar. Augusto pensaba que habría sido un buen escondite para cualquiera que estuviera huyendo de algo o de alguien. Un sitio medio abandonado, con poca afluencia de gente, sin vida.

Regresó a la habitación. Valeria continuaba durmiendo. Era hora de darle la cena pero, antes, la interrogaría.

16

Mientras abría la puerta, sintió el peso de la mala conciencia. No le gustaba el hecho de haber tendido que mentir a los padres de Valeria, pero no veía otra forma de conseguir las llaves y no alarmarles. Pensaba, además, que así les ahorraba una angustia innecesaria si luego resultaba que no había pasado nada. Adrián se había presentado en casa de los padres, comunicándoles que había hablado con Roberto Gómez de Yecla y que le había confirmado que, finalmente, Valeria había llegado, pero que estaba tan exhausta que se había quedado descansando en el hotel.

–Por lo visto, se ha dejado unos papeles que necesita y quiere que se los envíe por correo. ¿Me podrían dejar una copia de las llaves de su casa?

La madre de Valeria, ya con el rostro más relajado, le había entregado las llaves.

Y ahora, allí estaba él, con la mentira a cuestas, entrando en casa de Valeria.

Todo estaba como él lo recordaba. Nada más entrar, se accedía a un pequeño recibidor que, al cruzar la puerta, conducía a un gran salón y a la derecha estaba la cocina. Siguiendo todo recto, una puerta daba acceso a un estrecho pasillo, desde el cual se accedía a dos habitaciones en la parte izquierda y a un lavabo y a la habitación de matrimonio en la parte derecha.

Adrián vio que el salón estaba ordenado, al igual que la cocina. Abrió la nevera. Había poca comida, en previsión de su ausencia durante unos días. Sintió cierta añoranza al recordar cómo se habían besado en aquel sofá no hacía tanto tiempo. Se adentró en el piso y fue directamente a la habitación de matrimonio donde estaba su dormitorio. Al igual que el salón, estaba todo bien recogido y ordenado. De las dos habitaciones pequeñas, una era un trastero y la otra un estudio. Entró en este último. Al abrir la puerta, Adrián tomó conciencia del peligro que podía estar corriendo Valeria. El orden de la casa se contraponía con la imagen del estudio. Estaba todo revuelto, papeles por el suelo, cajones abiertos y tirados, discos de ordenador esparcidos por toda la estancia. Aquello no era desorden, sino el resultado de un pequeño tornado concentrado en esa habitación. O eso, o alguien había estado removiéndolo todo en busca de algo.

Ahora sí que estaba convencido de que Valeria estaba en peligro. Notó que el corazón se aceleraba y le temblaban las piernas. Se sentó en la silla del escritorio y apoyó los codos en la mesa. En ese momento, el ordenador se encendió, solicitando el nombre de usuario y contraseña para empezar la sesión. Por lo visto, la persona que había destrozado el estudio había intentado acceder al ordenador, pero, incapaz de entrar, lo había dejado encendido y, al cabo del rato de no usarse, se había quedado en estado de reposo. Al moverse el ratón, el ordenador había vuelto a encenderse.

La puerta no estaba forzada, es más, estaba cerrada con llave, por tanto esa persona debió entrar con las llaves de Valeria. Seguramente, las obtuvo tras atacarla cerca del coche. *"¿Qué buscaba?",* se preguntaba Adrián mirando el ordenador.

Tenía miedo, no podía negarlo. Miedo por Valeria y por él. Adrián no era el tipo de persona amante de los riesgos, las aventuras y las trifulcas. Seguramente, con los papeles invertidos, Valeria se hubiese sentido cómoda en su rol de investigadora, pero no Adrián. ¿Qué querían? ¿Por qué los secuestradores no se habían puesto en contacto con nadie?

Valeria había usado siempre el mismo nombre de usuario y contraseña y esperaba que no los hubiese cambiado. Tecleó como usuario Alejandro, su personaje histórico más querido, y Teresa como contraseña, el nombre de su madre.

La sesión se inició.

–Y, ¿qué busco yo? –dijo en voz alta Adrián– Joder, Valeria, ¿dónde te has metido?

Abrió la opción de búsqueda de archivos o carpetas. Sus dedos tamborileaban sobre el tecleado en busca de un texto que escribir. Probó suerte con lo último que sabía de Valeria, su interés por Yecla.

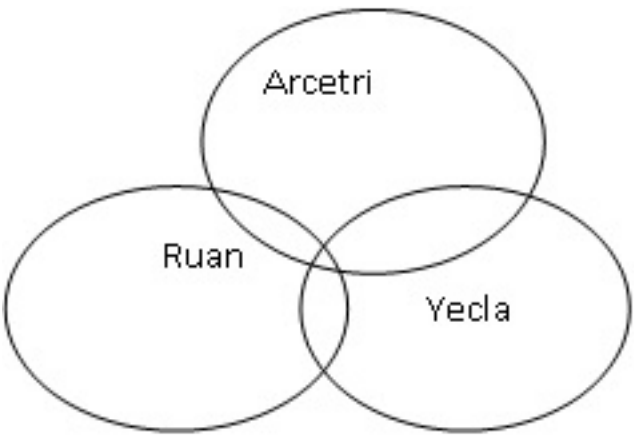
Al cabo de cinco minutos, la búsqueda finalizó. Tenía ante sí él cuarenta y cinco resultados de archivos o carpetas con el nombre de Yecla.

Muchos documentos eran referencias históricas al pasado de la población. Otros, tan sólo descripciones de lugares y costumbres. Encontró muchos archivos que se centraban en la celebración de Inmaculada Concepción, que, por lo que pudo leer, se festejaba en diciembre.

Probó con otra búsqueda: Vinaroz. El resultado también era numeroso, con quince documentos.

Buscó en un armario del estudio donde sabía que tenía material de ordenador y encontró un lápiz de memoria de cuatro gigas. Copió los archivos en la memoria USB. Una vez lo tuvo todo, cerró el ordenador.

Antes de irse, bebió un vaso de agua. Mientras limpiaba el vaso, sin saber por qué, se le ocurrió mirar en la basura. ¿Qué estas haciendo, Adrián? ¿Te crees el detective *Wallander*? Había una bolsa de galletas, un tetrabrik de leche, pañuelos de papel y varias hojas de DINA4 arrugadas en una pelota. Uno de los papeles le llamó la atención. Tenía dibujado tres círculos que se cruzaban, compartiendo un área. En cada uno de los tres círculos había escrita una palabra.



Adrián entendía cada vez menos la situación. ¿Qué eran Arcetri y Rouan? Sabía que Yecla era una población. ¿Podrían ser las otras palabras otras dos poblaciones? Pero, ¿Qué tendrían en común para estar juntas? Se guardó el papel y salió del piso.

Desconocía en qué andaba metida Valeria, pero aquello empezaba a resultar demasiado grande. Lo malo era que empezaba a tener extrañas sensaciones sobre sombras escondidas en portales. ¿Eran imaginaciones suyas o el hombre de la cazadora marrón llevaba ya tiempo siguiéndole? Se paró en una parada de autobús haciendo ver que miraba las líneas que había. De reojo, vio que el hombre pasaba de largo. Aguardó unos minutos, antes de reemprender el camino. No tardó mucho en volver a ver al hombre de la cazadora en el reflejo de un escaparate de la calle Balmes.

En aquel instante, comprendió qué era el miedo. ¿Sería aquella persona la misma que tenía atrapada a Valeria? Podía llamar a la policía con el móvil, pero a lo mejor al verle hablar por teléfono sospecharía algo y se ocultaría. Mientras aún se planteaba qué hacer, se agachó para abrocharse los zapatos. En ese intervalo de tiempo, el hombre llegó a su altura. Al cabo de unas horas, Adrián todavía se preguntaba por qué había reaccionado de aquella manera y cómo había tomado esa decisión. Él, que jamás se metía en líos. Lo que hizo sorprendió tanto a Adrián como al hombre de la cazadora. Justo cuando estaba a su lado, Adrián se incorporó y, cogiéndolo por el cuello, lo empujó hacia el portal más

cercano.

–¿Dónde está Valeria? ¿Dónde?

El hombre actuó con rapidez. Lo cogió una mano y se la dobló. Le hizo girar sobre sí mismo, torciéndole el brazo tras la espalda. Ahora era Adrián el que estaba atrapado.

–¿Qué coño estás haciendo y quién eres tú?

–¡Suéltame!

–¿Quién eres? ¿Qué hacías en casa de esa chica?

–Su madre me dejó sus llaves.

Adrián luchaba por librarse del agarrón, pero le era imposible.

–Bien, voy a soltarte y vas a girarte poco a poco. Soy policía, ¿quién eres tú?

–¿Policía?

–Sí.

El hombre le enseñó la placa. Para Adrián, aquello no era garantía de nada, pues desconocía cómo era una placa original.

–Soy Adrián Barral. Yo soy la persona que denunció al Inspector Ponce la desaparición de Valeria. Pensaba que llevaría él el caso.

–No puede porque el caso que llevaba se ha complicado. Enséñame tu DNI.

El policía analizó con atención el carné de identidad. El nombre correspondía con el de la persona que había en el informe de Samuel.

–¿Qué hacías en casa de la chica?

Se asombró de la capacidad que tenía el cerebro para, en cuestión de segundos, poder elaborar historias totalmente creíbles. Sin embargo, de todas ellas, la que menos problemas le traería era la verdadera. Le explicó que se sentía inquieto y había pedido las llaves a los padres para entrar en casa de Valeria.

–¿Para qué?

–No sé. Para ver si encontraba alguna pista o indicio de dónde está.

–¿Y mentiste a sus padres?

–Sí. Lo siento mucho, pero no quería que se preocuparan.

–Muy bien, será mejor que dejes las investigaciones para los profesionales, no vaya ser que te metas en un lío. ¿Vale?

Se sentía como un niño pequeño que ha querido hacer un pastel y su madre le regaña diciéndole que deje a los adultos los temas de la cocina.

–¿Tiene alguna información que nos sirva?

–Tan sólo que Valeria quería ir a Yecla, pero que no apareció por allá.

–¿Nada más?

–No.

–Bien. Váyase a casa y no se haga más el héroe.

¿Por qué no había dicho la verdad? ¿Por qué no le había contado al policía que tenía más datos, documentos del ordenador y que había que investigar qué eran Rouan y Arcetri? ¿Acaso esperaba resolver él el caso?

Pensó que tampoco es que estuviera metiéndose en peligro, sino que simplemente estaba buscando información y ya está. Luego, cuando tuviera claro qué pasaba, se la entregaría al inspector Ponce. Se decía a sí mismo que a la mínima que detectara peligros, dejaría de meter la nariz. No era persona de asumir riesgos, es más, los combatía a diario en su profesión.

17

Yecla, 16 de julio de 1642

Un viento seco y caluroso se levantó por la noche, moviendo con fuerza los pocos árboles plantados en el terreno.

Una figura montada a caballo se acercaba a la venta Las Quebradas con determinación. Paco Puche desmontó y entró por la cuadra, tal como era costumbre. Llevaba su uniforme cotidiano. Su ropilla larga, la gorra y la sortija. Había dudado mucho acerca de si debía ir de incógnito o mostrarse tal cual y, al final, decidió que era mejor que le vieran y que pensaran que acudía para alguna visita rutinaria.

Paco Puche era médico, algo poco frecuente en Yecla. Como tal, podía prescribir polvos o tabletas purgantes. Hacía ya diez años que trabajaba como médico de la región y era sumamente conocido por todos por su talante serio y su aire misterioso. Y es que, a parte de la medicina, a Paco Puche le fascinaba todo lo relacionado con la Astronomía y era un apasionado de uno de los puntos más fascinantes de la península, el Monte Arabí, cerca de Yecla.

Se rascó su barba poblada, rasgo distintivo de los médicos. Al entrar en la cuadra, un olor nauseabundo a suciedad, comida y estiércol le golpeó en el estómago y le dejó sin respiración durante unos segundos.

Las tres ventas que existían en Yecla tenían muy mala reputación, tanto por las personas que las frecuentaban como por las condiciones higiénicas que allí había. Se trataba de la Venta del Pulpillo, la Venta Nueva y la Venta Las Quebradas. Al ser lugares que ofrecían alojamiento a los viajeros, estaban ubicadas en las afueras de la villa.

La cuadra estaba llena de mulas y arrieros que descansaban en el suelo. Subió por las escaleras estrechas y accedió al piso superior. Había media docena de hombres sentados en diversas mesas de madera y un par de mujeres sirviendo. El salón está formado por mesas de madera mugrientas y bancos desgastados. Un hombre barrigudo, sucio y apestoso sacaba platos de la cocina, de la que no paraba de emanar un espeso humo negro que se veía desde los senderos que llevaban a Yecla, ya sea desde Jumilla o Villena. El hombre gordo era el dueño de la venta; Don Ramón, como lo conocían todos.

Don Ramón estaba sacando varios platos de estofado cuando vio al Doctor Puche allí de pie. Rápidamente, se limpió las manos con un trapo y fue a recibirle.

–Buenas noches, Doctor Puche

–Buenas noches, Don Ramón

–¿Todo bien, Doctor?

–Sí, vengo a ver un paciente que está hospedado aquí.

–Aja, dígame su nombre.

–Eliseo León.

–Sí, está en la habitación 3, en la planta de arriba –Don Ramón extendió el brazo señalándole una escalera estrecha.

–¿Va bien el negocio, Don Ramón?

–Sí, no nos podemos quejar.

–¿Cómo va esa tos?

–Bueno, de vez en cuando, sale. Ya sabe que este humo ahoga, pero qué le voy a

hacer.

–Hazte infusiones de los polvos que te di –le dijo ya enfilando la escalera.

El piso superior no mostraba mejor aspecto en limpieza que el inferior. El doctor dio tres golpes en la puerta de la habitación marcada con el número tres y esperó la respuesta. Al cabo de unos segundos, oyó que alguien preguntaba quién era y él se identificó como el doctor Puche. La puerta se entreabrió y se cerró con fuerza una vez hubo entrado.

La habitación era una pequeña estancia con las paredes blancas, cubiertas de mil cuadritos de devoción mal hechos. El mobiliario consistía únicamente en un armario, una mesa que también servía de escritorio, una silla y una cama sin cortinas y con colcha de algodón con flecos.

Eliseo estaba sentado en la cama. Tenía la cara llena de cicatrices y una barba mal cuidada. Su aspecto descuidado y sucio encajaba perfectamente con el ambiente de la venta.

–Le he dejado libre la silla.

–Gracias.

El doctor Puche tomó asiento y sacó una bolsa de cuero del tamaño de una col y la depositó encima de la mesa.

–Bien, Eliseo, todas estas monedas serán para ti.

–Bien.

–Quiero que entiendas una cosa. La tarea que llevarás a cabo es de suma importancia y requiere la máxima discreción.

–Doctor, estoy acostumbrado a actuar en las sombras.

–Ya, pero esto es muy delicado. Piensa que en tus manos tendrás…

–De acuerdo, de acuerdo. Me ha quedado claro que es algo de alto secreto. ¿Puede explicarme de una vez que en qué consiste el trabajo?

El doctor Puche arrugó la nariz, descontento con la actitud práctica y desinteresada del mercenario, pero posiblemente era mejor así, alguien a quien sólo le importaba lo que tenía que hacer y cómo, sin preguntar cuáles eran los motivos ocultos de la tarea encomendada.

–Como sabes, mañana se enviarán definitivamente los hombres disponibles hacia Vinaroz. Tendrás que incluirte en el grupo e ir hacia allí…

–Creo que ya han cerrado el grupo, doctor, según he podido oír por aquí.

Paco Puche no pudo reprimir las carcajadas.

–Me parece, Eliseo, que van un poco necesitados de gente. De todas formas, sí que es cierto que querían números redondos y contigo incluido, el número de milicianos va a ser un tanto extraño. Pero no hay nada que no se pueda arreglar con unas cuantas monedas.

–¿Cuántos son?

–Sesenta.

Eliseo sonrió, mostrando algunos espacios vacíos en su encía donde antes debía haber dientes.

–Así que seré el sesenta y uno.

Desde principios de año, el ejército francés se encontraba bien situado en todo el territorio catalán, siendo más un ejército de ocupación que una fuerza armada con intención de enfrentarse al ejército español.

El diez de abril, el corregidor Don Antonio José de Lugo ordenó que se aprestasen las milicias populares de Yecla para la segunda mitad del año. El destacamento de hombres que debía partir hacia la campaña contra los franceses sumaría cien milicianos. Sin embargo, lo que al principio pareció una idea patriótica, resultó ser un dolor de cabeza para la ciudad, ya que los reclutas reunidos solamente pensaban en escapar.

La tensión aumentó y el corregidor veía peligrar su compromiso de dotar las tropas españolas de un grupo de apoyo para retener a los franceses. Ante la impotencia de alcanzar la cifra prometida, el Consejo ordenó prender a todos los familiares de aquellos que habían desertado y así conseguir que estos se entregasen u obligar a los padres a que suplieran a sus hijos desertores.

A pesar de las presiones, el reclutamiento resultó ser un fracaso y, el treinta de junio, el consejo decidió quejarse formalmente, puesto que no iba a ser posible reunir cien

personas y por tanto solicitaba bajar el número de milicianos a setenta hombres.

Ese mismo día, se nombró a Martín S. Zaplana capitán de estas milicias. El capitán decidió dar un impulso al estancamiento del reclutamiento actuando con mano dura. Zaplana reunió a los regidores para comunicarles las órdenes.

–Me han informado de que tenemos problemas para reunir hombres y esto deshonra Yecla ante el Rey. Quiero que salgan a buscar a cualquier hombre capaz de portar un arcabuz.

–Capitán, ya lo hicimos hace un par de meses y la gente desertó.

–¡Nadie desertará mientras esté yo al mando! –Su voz grave resonó en toda la sala, creando miradas cabizbajas entre los regidores –Conseguiremos setenta hombres, voluntariamente o a la fuerza.

–Capitán, el pueblo ya está suficientemente tenso con los impuestos como para ir de malas maneras con esto.

El capitán Zaplana dio un puñetazo en la mesa, provocando la caída de varios documentos y la jarra de agua. El regidor tragó saliva, consciente de que enfurecer al capitán no era nada bueno y podría tener consecuencias graves.

–Señores, están en juego el honor y la lealtad de Yecla hacia nuestro Rey, ¿lo han entendido? –Todos asintieron con la cabeza–. Bien, esta misma noche saldrán por las calles de la villa y apresarán a cualquier joven que vean deambular y, de este modo, conseguiremos enviar una milicia numerosa.

Aquella noche, los regidores se convirtieron en cazadores de milicianos, moviéndose por las oscuras calles de Yecla, en busca de jóvenes que pudieran formar parte del contingente a enviar a Cataluña. Hubo varios incidentes cuando algunos chicos que iban en grupo se opusieron a los regidores.

Pasaron tres días y los regidores se reunieron de nuevo con el capitán Zaplana. Todos se miraban los zapatos, nadie osaba mirarle a los ojos. El regidor García fue el encargado de transmitir el mensaje.

–Capitán, temo anunciarle que no llegamos ni siquiera a setenta –Tragó saliva y se limpió el sudor de la frente–. La gente se opone con mucha fuerza.

El capitán Zaplana empezó a caminar de un lado a otro de la sala, con las manos cruzadas tras la espalda. Todos esperaban un nuevo estallido de furia; sin embargo, habló con calma, en un tono bajo.

–Bien, bien. Saldréis de nuevo por las calles para reclutar más gente. Quiero que venga el pregonero. Hacedlo llamar.

El pregonero llamó a la puerta tímidamente sin recibir respuesta. Volvió a golpear con más fuerza, tras lo cual una voz firme le ordenó que entrara. La figura que le esperaba de pie absorbía toda la atención de la sala, haciendo imposible fijarse en nada más.

–Siéntate, pregonero.

Había una silla de madera preparada. Se sentó y notó que la pierna izquierda le temblaba sin parar. Le habían comunicado que un capitán quería verlo y temía que hubiera hecho algo que no debía y lo expulsaran de la villa. Como era habitual en Yecla, ningún pregonero podía ser natural del lugar, ya que era un trabajo que era considerado denigrante. Su función era pregonar las noticias por las calles e ir por las noches con una campanilla pidiendo por las almas. Siendo forastero, si cometiese cualquier error grave, podría ser expulsado sin ningún problema.

–Bien, quiero que salgas a pregonar un mensaje.

–Lo que usted ordene, capitán.

–Quiero que notifiques que todo el mundo debe reunirse en la plaza, de lo contrario será declarado traidor al rey.

Gregorio se mantuvo en silencio, esperando que dijera algo más.

–¿No has entendido algo, pregonero?

–Sí, sí. Perdone mi capitán, pensaba que me iba a comentar algo más.

–Ya he terminado. Sal y haz tu trabajo.

Gregorio acabó aquella jornada con la voz totalmente afónica. Había estado tarde y noche emitiendo el comunicado que le había transmitido el Capitán Zaplana. Sospechaba

que la plaza sería un hervidero de personas, ya que la amenaza de traidor al rey era algo muy serio.

Nadie le preguntó más cosas sobre el mensaje ni le pidió más aclaraciones y eso le extrañó. A medida que pasaba por las calles, la gente se asomaba para oír mejor lo que pregonaba, pero luego volvían a entrar en sus casas.

Decidió que se acercaría a la plaza para ver cuál sería el motivo del llamamiento. A medida que se acercaba, empezó a intuir que algo no funcionaba, pues reinaba un gran silencio. Al llegar, comprobó que su mensaje no había producido el efecto deseado, puesto que nadie había acudido a la convocatoria. Aquello le hizo temer por su cargo, ya que podrían utilizarlo a él como cabeza de turco del fracaso.

En medio de la plaza, estaba el capitán dando gritos y órdenes a sus hombres. Gregorio se retiró disimuladamente y se perdió por las oscuras calles de Yecla.

El 3 de julio, las milicias debían estar en Almansa, pero todavía no se había enviado ni un voluntario. Se consiguió una demora de seis días para ofrecer algún tipo de propuesta y el 9 de julio se realizó un primer recuento. Tan sólo había disponibles veinte y cuatro hombres.

El carácter del Capitán Zaplana era cada día más hosco ante el nerviosismo por no poder cumplir con sus obligaciones para con el rey. Y las noticias no mejoraron cuando los regidores le comunicaron que en la cárcel había dieciocho desertores.

El otro gran problema que había que solucionar era el tema económico, pues en las arcas municipales no había dinero para pagar el transporte de las milicias. La solución de subir impuestos no era viable, ya que lo único que conseguirían sería un rechazo definitivo hacia la causa. Uno de los regidores propuso obligar a ciertas personalidades de Yecla a subvencionar por la fuerza la tropa. El Capitán Zaplana meditó la idea y le pareció que podría ser una buena alternativa.

–¿Habéis pensado en alguien?

–Sí, mi capitán. Está el acaudalado Matías Viveros.

–Bien. Que os acompañen mis hombres. Si hay que usar la fuerza, se usará.

Como era de prever, la visita a la casa de Matías Viveros no fue nada amigable e incluso se llegó a disparar al aire algún que otro tiro de arcabuz. El resultado fue que se le embargaron varias sacas de dinero.

El dinero para la tropa aumentó con otra decisión tomada el 16 de julio, día en que se celebró un juicio contra treinta y siete desertores que no estaban presentes. Fueron condenados, en su ausencia, a muerte en la horca y confiscados todos sus bienes.

El envío de los milicianos se haría al día siguiente y, finalmente, se llegó a un acuerdo de sesenta hombres. El capitán Zaplana se sentía más o menos satisfecho pues, del número inicial de cien, había conseguido aglutinar al menos un número superior a la mitad de lo propuesto. Ése era su objetivo. Siempre decía que su meta era no bajar de cincuenta hombres.

El Doctor Puche salió de la venta Las Quebradas, satisfecho de poder contar con aquel mercenario. Las consignas eran bien claras. Debía sumarse al contingente y viajar a Vinaroz. Allí, esperaría el encuentro con un soldado francés que le entregaría un paquete que debería proteger con su vida y traerlo de vuelta a Yecla. Una tarea sencilla.

El doctor regresó por el camino del pinoso y se dirigió a la Iglesia de El Salvador. Allí le aguardaba el Padre Muñoz–Castro.

–Buenas noches, padre.

–Buenas noches, doctor. ¿Cómo está el paciente?

–Bien, muy bien. Se recuperará bien. Está dispuesto a seguir nuestro tratamiento.

–Ésas son buenas noticias. Su salud mejorará. ¿Ye le ha notificado que debe cuidar bien de su salud?

–Sí, padre.

A pesar de que en la iglesia no había nadie que pudiera oírles, preferían hablar en código, pues nunca se sabía quién podía estar acechando en las sombras.

–¿Necesitamos más lana para este invierno, padre?

–Sí, vamos escasos. Habrá que realizar un nuevo pedido.

–De acuerdo, ya hablaré con Fabriccio.

El doctor salió de la iglesia mirando a un lado y a otro de la calle. Un perro delgado, casi transparente, pasó caminando poco a poco. No se movía nada más. Cuando ya llevaba unos metros, se giró y miró la impresionante torre que se elevaba por encima de todos los edificios, con la aguja sosteniendo una gran bola de hierro.

Se adentró por las calles silenciosas, pendiente siempre de que nadie le siguiera. Se detuvo en una pequeña casa. Llamó con tres golpes cortos, temeroso de llamar la atención de los vecinos.

Un hombre con la espalda encorvada abrió la puerta.

–Doctor, no le esperaba a estas horas.

–¿Puedo entrar un momento, Fabriccio? Vengo a ver cómo tiene la herida.

–Sí claro. Entre, entre.

El Doctor Puche accedió a una sala amplia, desde la cual se veía una escalera que subía al piso superior donde estaba la vivienda.

–¿Desea subir?

–No. Fabriccio, nuestro hombre se sumará a los milicianos y viajará a Vinaroz para recibir el paquete. Tendrías que ir a Italia y comunicar la situación.

–De acuerdo, mañana mismo iré a buscar un nuevo pedido de lana.

La lana era uno de los productos que más se comercializaba en Yecla. Los otros tres eran la sal, el pescado salado y la nieve. Ya hacía tiempo que Fabriccio hacía negocios en Yecla y por ello se había asentado en la villa; y es que la lana era un producto exclusivo para comerciantes extranjeros, en especial, italianos.

Pero, Fabriccio no era un comerciante cualquiera. Formaba parte del círculo de personas apasionadas por la Astronomía. Era natural de Arcetri y eso le permitió entablar amistad con Galileo Galilei. Él sabía que Galileo había descubierto algo importante y el científico temía por su vida. Por lo visto, había transmitido sus conocimientos a un chico francés, Ludovic, para que guardara el secreto y pudiera realizar algún avance. Fabriccio compartió su afición por la Astronomía y los misterios de las estrellas con el doctor y el cura de Yecla durante sus viajes comerciales. Así, crearon un grupo cerrado llamado los Celadores de los Astros. Y, poco a poco, fueron asimilando los conocimientos y avances del maestro Galileo.

Fabriccio era consciente de que un gran peligro se cernía sobre el secreto de Galileo y empezó a mover todos los hilos para poner a resguardo aquello que custodiaba Ludovic.

Gracias a su negocio, mantenía viajes constantes entre *Rouan, Arcetri* y Yecla, coordinando una posible salida del objeto. En uno de esos viajes a *Rouan*, se reunió con Ludovic, al cual le habían dado un permiso para volver a casa durante un tiempo para visitar a su padre. Ludovic le informó de que volvería a la Guerra de Cataluña y que ya tenía lista la maquinaria. Le expresó su deseo de deshacerse de ella, pues sabía que, desde la muerte del Maestro, le estaban espiando las veinticuatro horas del día. Fabriccio ya conocía los planes del Capitán Zaplana de enviar milicianos, así que empezó a idear un plan en su cabeza.

–Deberás ir a Vinaroz y allí harás entrega del paquete a uno de nuestros hombres.

–¿Será seguro?

–Sí.

–¿Y luego?

–Luego, nuestro hombre volverá a Yecla, nos dará el objeto y nosotros lo guardaremos. Nadie pensará que puede estar aquí.

–No sé si es buena idea.

–Sí. Además, hay otro elemento que lo sustenta.

Ludovic esperó a que continuara.

–Resulta que hay un lugar propicio para que pueda funcionar el descubrimiento del Maestro.

–¿En Yecla?

–Sí. Bueno, está a pocos kilómetros, pero es un monte en el que el experimento podría funcionar.

–Pues que así sea. Iré a Vinaroz.

El 17 de julio de 1642, el capitán Zaplana solicitó a los regidores pasar revista y

preparar los víveres y materiales para el viaje. El capitán iba vestido con sus mejores galas militares.

Al llegar a la plaza, vio cómo iban proveyendo todos los carruajes con todo lo necesario. Supervisó personalmente la pólvora y los arcabuces. Una vez comprobó que todo estaba bien, se dirigió a ver a los milicianos.

Estaban todos de pie, formados en seis filas de diez hombres, salvo en la última fila, que eran once.

–¿Sesenta y uno? ¿No acordamos sesenta?

–Sí, capitán.

–¿Por qué sesenta y uno?

–Bueno, son los que hay.

–No, eran sesenta.

El regidor no sabía dónde mirar.

–Capitán… esta mañana hemos contado y el resultado nos ha dado sesenta y uno.

–¡Acordamos sesenta! Un número redondo. Escúcheme, los números que se barajaron fueron cien, setenta y luego sesenta. En ningún momento se dijo ciento uno, ni setenta y uno, ni sesenta y ocho. ¡Esto nos traerá mala suerte!

–¿Le decimos a uno que se quede, capitán?

–¡No! –El capitán se le acercó al oído y bajando la voz, pero con un tono de rabia, le espetó– ¿Quiere que se mofen de nosotros? Después de todo lo que hemos removido, ¿ahora quiere deshacerse de un miliciano? Si son sesenta y uno, irán sesenta y uno, pero no me gusta este número.

El capitán se giró y se dirigió a los sesenta y un milicianos.

–Señores, van a formar parte de una tropa de élite que irá a defender un puesto estratégico de suma importancia. Las tropas francesas avanzan por nuestro territorio y hemos de ponerles freno. Han depositado en nosotros la confianza para que nos encarguemos de la ardua tarea de poner un límite a su avance. Es posible que perdamos hombres, que alguno vuelva malherido, pero no debemos flaquear. El rey confía en nosotros. Señores, cojan los arcabuces y prepárense para partir.

Eliseo León miró al fondo de la plaza y vio al doctor Puche que le miraba y asentía con la cabeza. Su filtración había sido un éxito. Dos noches antes, había sobornado a los guardias para que dejaran entrar a Eliseo en las milicias.

Por su parte, Eliseo estaba satisfecho con la operación. Se había embolsado una buena cantidad de reales únicamente por recibir un paquete y traerlo de vuelta a Yecla. Para él, un mercenario de experiencia, aquello era un juego de niños. Lo único que le preocupaba era el hecho de entrar en combate contra los franceses.

El Padre Muñoz–Castro bendijo a todos los milicianos.

Al cabo de pocos minutos, con el capitán Zaplana en cabeza, la comitiva de sesenta y un hombres armados con arcabuces marcharon hacia Vinaroz para luchar contra los franceses.

18

–Quisiera hablar con la persona encargada del caso del homicidio de la mujer hallada en el portal –Samuel había llamado a la comisaría de Yecla para obtener más detalles del caso.

–Un momento, Inspector Ponce.

Samuel empezó a dar golpes con el bolígrafo encima de la mesa. Alonso aguardaba sentado enfrente de él leyendo el periódico.

–Inspectora Puche, ¿con quién hablo? –Samuel apreció una voz de mujer firme, segura de sí misma.

–Hola, buenos días. Soy el inspector Ponce de los *Mossos d'Esquadra* en Barcelona. ¿Lleva usted el caso de la maestra apuñalada?

–Sí, ¿por qué?

–Verá, hemos oído por las noticias la descripción del asesino que facilitó un testigo y resulta que la misma descripción coincide con otro caso de asesinato ocurrido aquí, en Barcelona, la misma noche.

Un prolongado silencio inquietó a Samuel, pensando que se había cortado la línea.

–Eso es imposible.

–Pues así es. Necesitaríamos ver el informe de la investigación. Yo le hago llegar la copia de la nuestra, ¿le parece bien?

–De acuerdo.

Al cabo de pocos minutos, llegó escaneado el informe por correo electrónico. La hora de la muerte, según la autopsia, eran las once de la noche, casi la misma hora que el caso del abogado. La profundidad de las heridas ocasionadas por el cuchillo era idéntica, con lo que todo indicaba que había sido con la misma arma blanca. El Inspector Ponce no llegaba a entender cómo podía ser que dos asesinatos, en poblaciones tan distantes como Yecla y Barcelona, fueran perpetrados por la misma persona, el mismo día, a la misma hora.

–¿Qué piensas?

Samuel estaba tan absorto en sus pensamientos que se había olvidado de la presencia de Alonso en su despacho.

–Ha de haber una explicación para esto. Incluiremos la descripción del tipo este en la INTERPOL, para que todas las agencias de seguridad estén al corriente.

Al salir de la comisaría, situada en la *Plaça Catalunya*, tuvieron que sortear una inmensa multitud de turistas alemanes. El tiempo era bastante agradable, aunque había algunas nubes grises. Samuel y Alonso se dirigieron al domicilio de los padres de Pau Forrell, el abogado asesinado.

El piso estaba situado en la zona de Barcelona llamada Tres Torres, por encima de Vía Augusta. Se trataba de una zona de gente acomodada, donde uno podía encontrarse con imponentes mansiones. Allí, los bloques de apartamentos seguían manteniendo la figura del portero.

La casa era una ostentación de cuadros, vajilla y muebles de anticuario; a cual más horroroso, pensó Samuel. Los padres los recibieron vestidos de manera impecable. La madre, bien maquillada, enjoyada y con una figura esbelta, vestía un traje sobrio y elegante. El padre, con expresión reservada, llevaba un traje carísimo, con camisa blanca y corbata negra.

Se sentaron en el salón, donde se filtraba la poca luz que entraba por el balcón.

–¿Quieren un café?

–No, gracias.

–¿Tienen ya algún sospechoso? –La voz del padre era neutra, sin transmitir emoción alguna. Samuel dedujo que había sido un padre severo y estricto que había guiado la carrera de su hijo.

–Tenemos una descripción –Alonso se mantenía en silencio. Así lo habían acordado– ¿Había tenido su hijo problemas últimamente?

–¿Qué son problemas para usted, inspector? –A Samuel, el tono del padre le incomodaba cada vez más.

–Amenazas, peleas, llamadas extrañas. Su hijo trabajaba con casos matrimoniales y esto genera muchas tensiones. Contemplamos la posibilidad de que fuera algún cliente.

El padre soltó un bufido, a modo de burla.

–¿Es lo único que han hecho estos días?

–¡Francesc! Por favor, ¿por qué no traes algo para beber?

Tras desaparecer del salón, la madre pidió disculpas por la actitud de su marido.

–Entiendan que estamos viviendo unos momentos difíciles.

Alonso y Samuel asintieron a la vez.

–Pau era un chico muy trabajador y amaba su trabajo. Sí, es cierto que ha tenido que vivir ciertas situaciones embarazosas pero, que nosotros sepamos, nunca tuvo problemas serios.

–¿Jugaba, se drogaba?

–No, no. Nada de eso. Pero no entiendo que me pregunte esto.

–Verá, Señora Forrell, el asesinato de su hijo ha sido por cuestiones personales, ya que no le robaron ni la cartera ni el reloj.

La madre de Pau Forrell se quedó pensativa. Aquella información pareció dolerle más que el propio hecho de que su hijo estuviera muerto. En más de una ocasión, el Inspector Ponce se había encontrado con este tipo de reacción. Una cosa es pensar que la muerte de tu hijo o marido ha sido fortuita, estar en el lugar inadecuado y en el momento inadecuado, como decía Samuel. Y otra muy diferente, en cambio, era dar a entender a los familiares que la víctima estaba metida en algún asunto turbio.

–Pau no tenía problemas con nadie, se lo aseguro.

–Está bien –Samuel miró a Alonso y este asintió–. Señora Forrell, una pregunta más. ¿Su hijo tenía alguna relación con Yecla?

–¿Yecla? ¿Dónde está eso?

–En Murcia.

La voz del padre les sorprendió a todos. Entró en el salón con una bandeja con vasos y una jarra llena de agua.

–Conozco el lugar porque unos amigos nuestros se han comprado varios muebles allí. Hay una importante industria del mueble.

–¿Murcia? –La madre de Pau parecía hablar para sí misma–. Pues me suena que Pau me comentara algo de Murcia. Creo que mencionó algo de un grupo de gente de esa zona que había conocido en Internet.

Alonso fue incapaz de inhibir la pregunta que le asaltó en ese momento.

–¿Grupos virtuales?

–Sí. Mi hijo era muy aficionado a todo eso de Internet. Decía que estaba conociendo a gente muy maja y que se lo pasaba muy bien. ¿Cómo se llamaba eso en lo que entraba él? –La madre se dirigió a su marido.

El hombre frunció el ceño intentando recordar el término.

–¡*Facebook*! Eso es, *Facebook*.

Una casualidad podía darse, pero dos, ya era algo inusual. Que la descripción del autor del asesinato coincidiese con otro acontecido en Yecla podía ser casualidad, pero que la víctima tuviera alguna relación con Murcia, aquello proporcionaba un vínculo más que probable que unía los dos hechos.

En cuanto salieron del piso, se dirigieron sin demora a casa de Pau Forrell. Cortaron la cinta de la policía que había delante de la puerta y entraron. En el salón, encima del sofá, había un portátil. Se lo llevaron a la comisaría. El encargado de temas informáticos les comunicó que le llevaría un tiempo poder acceder al contendido del portátil.

Al dirigirse hacia su despacho, un policía les interrumpió el paso.

–Inspector Ponce.

–Sí

–Quería comunicarle que ayer descubrí a Adrián Barral saliendo del domicilio de Valeria.

–¿Y cómo entró?

–Por lo visto, fue a visitar a los padres de la chica y les pidió las llaves. Buscaba alguna pista que le dijera dónde está la chica.

–Bien, no le quiten ojo de encima a este chico.

Sobre su mesa, tenía una nota de aviso para que llamase al Inspector Clos, de Viella. Estuvo un cuarto de hora hablando con el inspector, mientras Alonso le miraba atentamente. Samuel iba anotando cosas en una hoja. Tras colgar, dejó escapar un largo soplido.

–¿Qué ocurre?

–Por lo visto, nuestro asesino también coincide con la descripción de otro asesinato. Un director de un hotel en Viella. Un empleado del hotel lo vio moverse de forma extraña, como si temiera ser visto.

–Esto no me gusta.

–No. Parece que estemos buscando un fantasma.

19

Uno de los grandes problemas que tenían los técnicos de prevención en el sector de la hostelería eran las lesiones provocadas por sobreesfuerzos. La espalda, el hombro y la muñeca eran las partes del cuerpo susceptibles de sufrir más lesiones. Adrián tenía ante sí tres accidentes en diferentes centros por problemas músculo-esqueléticos. La dificultad radicaba en saber atajar esas dolencias, ya que a menudo era difícil delimitar la línea que marcaba los tirones o luxaciones provocados por el trabajo o los acumulados por las personas durante años, o incluso, los que eran causados por tareas fuera del trabajo.

Adrián se pasó la mano por la frente ante la imposibilidad de centrarse en elaborar informes de dichos accidentes. Su mente daba vueltas y más vueltas a las palabras escritas en el papel encontrado en el piso de Valeria. No había tenido tiempo de buscarlos por Internet en casa, ya que se quedó sin conexión durante todo el día. La oficina estaba bastante tranquila. Miró a su alrededor para asegurarse de que nadie le observaba. Entró en Internet y escribió en *Google* "Arcetri". La primera entrada correspondía a la famosa Web de *Wikipedia*. La página estaba en inglés, pero un nombre destacaba entre todo el texto: Galileo Galilei. Adrián descubrió que Arcetri era la región de Florencia donde Galileo tenía una villa. El científico murió en dicha localidad.

Abrió una nueva pestaña de *Google*. Esta vez, escribió "Rouan". De nuevo, la primera entrada pertenecía a *Wikipedia*, pero esta vez, en español. También se refería a un lugar. Estaba situado en Francia, al noroeste, en la región de la Alta Normandía. Leyó con rapidez el texto sin que le llamase la atención ningún detalle. Volvió hacia atrás, leyendo los resultados que le había dado la búsqueda en *Google*. De repente, leyó algo que le interesó. Pertenecía, según parecía, al texto de alguna biografía de un personaje, ya que mencionaba que se instaló en Rouan cuando su padre fue nombrado Comisario Real. Al acceder al contenido, descubrió que se refería a la vida de Blaise Pascal, matemático, físico, filósofo y escritor durante el renacimiento. ¿De qué le era familiar aquel nombre? Sabía, por sus estudios del Master de Prevención, que existía el teorema de Pascal, pero recordaba haber leído recientemente ese nombre.

–¿Dónde lo he visto antes? –Lo dijo en voz alta, sin ser consciente de ello.

Iker, que estaba cerca, se acercó.

–¿Qué murmuras?

Adrián se sobresaltó de tal manera que cerró de inmediato el explorador e hizo ver que ordenaba papeles de la mesa.

–Tío, ¿qué pasa? ¿Estabas mirando una *peli* porno o qué?

Una sonrisa forzada se dibujó en los labios de Adrián. Iker empezó una conversación sobre fútbol, tema que le interesaba bien poco a Adrián.

Una vez se fue Iker, volvió a concentrarse en aquel personaje llamado Blaise Pascal. Abrió su libreta Molinskine negra, que se cerraba con una cinta vertical. Encontró la hoja donde había anotado las páginas a las que Valeria estaba suscrita. Allí estaba. Blaise Pascal. Y también Galileo Galilei. ¿Qué tenían en común esas tres regiones, Rouan, Arcetri y Yecla? Sin olvidarse de Vinaroz ¿Y Galileo Galilei y Blaise Pascal? Pero lo que más le inquietaba, ¿por qué seguía todas aquellas conexiones Valeria? ¿Por qué le interesaban?

Adrián temía por Valeria. Cada vez veía más claro que se había introducido en aguas turbulentas. Aquello parecía el guión de alguna película de aventuras de *Hollywood.* Y en toda película hay unos malos muy malos que son capaces de cualquier cosa, pensó. Al

realizar ese pensamiento, una voz interior le apremiaba para que fuera a la comisaría y explicara todo lo que sabía. ¿Acaso quería ser el héroe de la película? ¿Él, que era incapaz de recriminarle a la viejecita que se colaba a empujones en la cola del supermercado? Se decía a sí mismo que tampoco se estaba poniendo en peligro, pues no tenía contacto con nadie. Sólo investigaba datos y papeles.

De algo no cabía duda: Yecla tenía la llave al misterio de lo que buscaba Valeria. Lo que significaba que Yecla también le llevaría hasta Valeria.

Meditó unos minutos sobre lo que debía hacer. Nunca se sabe con certeza qué será lo correcto. Únicamente, el tiempo nos indicará si nuestras acciones acaban siendo buenas o malas.

Respiró hondo y se fue al despacho de Álvaro, que estaba atendiendo una llamada. Con un gesto de la mano le indicó que se sentara en la silla. Nada más colgar, Adrián le expuso que se sentía cansado y necesitaba unos días de vacaciones.

–¿Ocurre algo?

–No, no. Tan sólo un poco de tensión.

–¿Seguro?

–Sí, jefe, sí.

–No sé, no sé. Tengo malas experiencias con este tipo de solicitudes. Desde enfermedades graves que el trabajador no quería decirme hasta cambios de trabajo.

–No. Solamente necesito un descanso. Ya sabe que las últimas inspecciones del último mes me pusieron muy nervioso.

Y era cierto. Las inspecciones cada vez se centraban más en la responsabilidad del técnico de prevención en los accidentes laborales, por muy bien que se hicieran las cosas.

–Está bien. ¿Vas a algún sitio?

–Sí, tengo amigos en Yecla, Murcia.

–¡Hombre! Yecla. Allí compramos los muebles del dormitorio mi mujer y yo. Buen vino, también.

–Sí.

Adrián salió del despacho convencido de que había hecho lo correcto, pero también de que se adentraba en puentes colgantes de poca estabilidad.

Lo más difícil fue esquivar las preguntas de Iker, que veía en su petición, tan inmediata, de vacaciones, alguna relación con Valeria.

–Adrián, deja de pensar en ella.

–Estoy bien.

–¿Es por ella que te vas?

Incapaz de mentir a Iker, pensó que si seguía aquel argumento tampoco estaba lejos de la realidad. Con la mirada esquiva, le confirmó que así era, que tenía que cambiar de aires, que quería aclarar un poco sus ideas.

Iker suspiró. Pareció complacido por la respuesta y le dijo que no dudase en llamarlo para cualquier cosa que necesitase.

Adrián dedicó toda la tarde a preparar el viaje. Ye tenía la maleta bien llena, a falta del neceser y el portátil. Estaba tan nervioso por el viaje que tuvo que tomarse un *paracetamol* para calmar un fuerte dolor de cabeza. Llamó a su madre para informarle de que se tomaba una semana de vacaciones. Ella se alegró mucho de que se tomara un respiro. Tras comunicarle dónde estaría, colgó para conectarse a Internet. Calculó la ruta de viaje. Casi cinco horas de trayecto. Adrián soltó un silbido. Tendría que tomárselo con calma.

Miró de nuevo el perfil de *Facebook* de Valeria y no vio ninguna anotación más. Eso le inquietaba, pues no sabía si sería indicativo de que algo malo le había sucedido. ¿Dónde me estoy metiendo?, pensaba angustiado.

Colocó la memoria externa en la ranura y analizó un poco los archivos que había copiado del ordenador de Valeria. Leyó varios documentos biográficos de Galileo Galilei. No sabía de dónde le venía la errónea idea de que había muerto en la hoguera, condenado por la iglesia y resultaba que su muerte había sido mucho más pacífica y tranquila que eso. Murió de viejo, una noche de enero, en su residencia de Arcetri.

Obvió todos los documentos relacionados con la física, pues era un tema que a Adrián le parecía sumamente aburrido. Vio algunos títulos de archivos en PDF con títulos muy

sugerentes. *El poder de los agujeros negros. La mente pensante del universo. Cuando te acerques a un agujero negro, sal corriendo.*

Otros documentos que llamaron su atención fueron todos los referentes a Yecla. Unos, centrados en su historia, otros, en la fiesta de la Inmaculada Concepción. Pudo leer muchas referencias a un tal Capitán Martín Soriano Zaplana.

Sin embargo, había toda una serie de archivos que parecían no tener ningún tipo de relación entre ellos. Unos se referían al origen e historia de las máquinas creadas durante el Renacimiento y, en concreto, se hacía especial mención a la creación de la calculadora. Otros eran un catálogo de hoteles de España. Menciones a conventos, monasterios y hoteles rehabilitados pasaban por sus ojos al pasar páginas.

Dentro de aquel cajón de sastre, le sorprendió una tesis sobre el tiempo y su forma de medirlo a lo largo de la historia de la humanidad. Tenía unas trescientas páginas, así que decidió mirarlo en otro momento.

Le llamó la atención un documento en formato de imagen JPG titulado *Las cartas del 61 revelan el escondite*. Eran cuatro fotografías, de mala calidad, movidas, que mostraban un gran álbum abierto sobre una mesa. Valeria había querido fotografiar el contenido de unas cartas que estaban en un cuaderno. Amplió la imagen. Tres de ellas se veían bien, pero en la última no se identificaba ninguna palabra. Se hacía difícil leer el contenido.

Leyó las cartas.

> Apreciado Doctor Puche,
>
> Los acontecimientos que han tenido lugar este mes nos llevan a tomar la drástica decisión de finalizar de inmediato nuestra labor.
>
> Solicitamos que se apresuren a encontrar la forma de traer el pedido a Yecla. Le recuerdo que estamos en guerra y que hay que pagar un peaje en las aduanas de los puertos de montaña para pasar mercancía.
>
> Mi intención es ir a Cataluña para combatir con las tropas castellanas y liberar el pueblo catalán de su opresión.
>
> Confiamos en su buen hacer para resolver la situación.
>
> Ludovic, febrero 1642

La siguiente carta estaba fechada meses después.

> A los celadores.
>
> Espero que el paquete llegue a su destino. Escribo estas líneas agazapado en la oscuridad de una celda, sin más luz que una tenue vela y mi cuerpo absorbiendo la humedad de las paredes. Tras irme de Vinaroz, emprendí el camino de vuelta al lugar donde estaban mis tropas, cuando noté que me seguían. Al detenerme en una posada, tres hombres me asaltaron, pero gracias al tumulto que se creó en el local pude escapar.
>
> Ahora, solo y temeroso por mi vida, me he refugiado en la ciudad donde cada calle tiene un convento o un monasterio. Estoy escondido en uno de ellos, que me ha acogido misericordiosamente.
>
> La información está a buen recaudo. Sustenta el pilar del centro y observa el ir y venir de todos. Está sobre él y en él.
>
> Mi vida corre peligro, por eso pongo mi destino en manos de los astros que tanto me han guiado. A veces, me atrevo a salir un momento al exterior para recibir los rayos del sol y oler la brisa marina, pero rápidamente he de ocultar mi sombra entre los muros de la oración.
>
> Con toda mi fe puesta en el mensajero, deseo que el resultado sea la suma y resta de nuestras buenas y malas acciones.
>
> Que Dios nos proteja.
>
> Ludovic, noviembre 1642

La tercera y última carta legible mostraba un texto muy escueto.

> Francia se posiciona de nuestro lado. Los 61 han vuelto. Miremos el sol y tengamos fe. Doy gracias a la Inmaculada Concepción por protegernos a todos. Es por ello que debéis hacerle entrega de mi donación a la Virgen para limpiar mi alma manchada. El Cardenal Richelieu ha muerto. No sé qué futuro le espera a Francia tras su ausencia.
>
> No podré estar mucho tiempo más en el convento, ya que me han dicho que ciertas personas preguntan por la presencia de un extraño delincuente que habla francés.
>
> Me despido de vosotros, sin saber dónde descansará mi atormentada alma.
>
> Ludovic, diciembre 1642

¿Quién era ese Ludovic? Y lo más inquietante, ¿por qué parecía estar perseguido y temer por su vida? Aún más misteriosa era esa indicación de que había ocultado algo en el convento. Empezaba a sospechar que Valeria andaba buscando aquello oculto, fuera lo que fuera. ¿En qué ciudad se hallaba escondido? Mencionaba una ciudad llena de conventos y monasterios. ¿Por qué Valeria había puesto el título *Las cartas del 61*? El número se mencionaba en la última carta, pero parecía hablar de un grupo de personas.

Adrián tenía demasiadas preguntas por responder.

En una de las fotografías, Valeria había introducido un cuadro con texto *Biblioteca de Yecla, Archivo Correspondencia del Siglo XVII*.

Adrián anotó en su cuaderno Moleskine todo lo que podía ser de interés:

> Galileo Galilei
> Yecla
> Fiesta Inmaculada Concepción
> Agujeros negros
> ¿Calculadora?
> ¿Vinaroz?
> ¿Celadores?
> Hoteles
> Monasterios o convento
> ¿el Tiempo?
> 61
>
> Biblioteca de Yecla: Archivo Correspondencia del Siglo XVII.

Guardó todo y se estiró en la cama, notando todavía un leve dolor de cabeza. Debía descansar para el largo viaje y lo que este le deparaba.

20

Miraba en el ordenador las gráficas de los movimientos de sus negocios en bolsa. Todo parecía haberse torcido de forma inexplicable. Aquellas malditas revoluciones estaban dinamitando, uno a uno, los pilares de su economía. Y aunque su contable de mayor confianza le asegurase que su fortuna era aún de lo más holgada, era consciente de que el dinero también era vulnerable al contagio.

Un billete con un virus había que ponerlo en cuarentena o, de lo contrario, pasaría el virus a otros billetes y el tema se convertiría en una plaga, infectando todos los billetes. La mierda atrae a las moscas, pensaba Zoe Vega. Pero, ¿cómo era posible que su analista no hubiera previsto aquel movimiento? La primavera árabe había reventado el precio del barril de petróleo.

Víctor tragó saliva con cuidado de no hacer ruido. Estaba sentado frente a Zoe. Entre ellos se interponía una mesa de tipo colonial cuyo precio únicamente conocía él, no sólo porque fuera su contable, sino porque se había encargado personalmente de buscarla. Miraba discretamente a Zoe; esas arrugas apretadas de su frente, desmejoraban su piel morena y bien cuidada. A pesar de tener ya cincuenta años, se conservaba bien.

–Eso es porque no me he dejado atrapar por ninguna mujer –le solía decir a quien alabase su físico–. Cada arruga y desgaste de la piel, son los roces de día a día con esa misma mujer.

Zoe Vega cambiaba con la misma facilidad de amante que de negocios. Pero ahora no eran precisamente las mujeres lo que le preocupaba.

–Dime, Víctor, ¿puede ir a peor?

Era consciente de que mentir supondría su perdición. Zoe Vega era un hombre que afrontaba la vida con decisión y riesgo y lo único que pedía a su gente de confianza era que fuera de frente con los asuntos que le eran de vital importancia.

–Sí, señor. La primavera árabe y, especialmente, la situación en Libia, le están haciendo perder muchas acciones.

Zoe dio un puñetazo en la mesa que provocó en Víctor una punzada de temor por ese mueble que tanto le había costado encontrar y que había sido del agrado de su jefe.

–Mierda, mierda y más mierda. ¿Para qué coño quieren una democracia? ¿Se creen que entonces sus gobernantes les dejaran de robar y engañar? –Emitió una fuerte carcajada–. Que miren nuestro país tan "democrático" y verán lo transparente que es.

Víctor se movió inquieto en la silla. Estar delante de los ataques de ira de Zoe Vega era algo arriesgado; la piedra en el charco te podía salpicar. Víctor pensó que era mejor jugar la carta de "quitémonos la venda de los ojos". Confiaba en que aquello funcionara para que Zoe le viera con buenos ojos. O podía acabar con él.

–Señor, si me permite. Tiene pérdidas en sus empresas de petróleo, de material militar, farmacéuticas y de medios de comunicación. En esta última, aún consigue mantenerse estable, pero la información es muy rápida gracias a Internet y las exclusivas son difíciles de conseguir. Su situación es mala, pero se aguanta. Sin embargo, si no se deshace del ancla, el barco se hunde.

Zoe mantuvo el silencio, mirando la pantalla del ordenador. Víctor miraba el telescopio que tenía encima de la mesa. Una réplica del que había inventado Galileo Galilei. De repente, la voz tranquila y suave de Zoe sorprendió a Víctor.

–Gracias por ir al grano y sin tapujos. Pero lucharé.

Víctor no replicó. Al ver que Zoe se levantaba para servirse un vaso de whisky, entendió que tenía que irse, pues su jefe solía beber en solitario para reflexionar.

–Señor, si no quiere nada más de mí...

–No, puedes irte.

Una vez fuera del despacho, Víctor dejó ir todo el aire y se limpió el sudor de la frente. Notaba todavía su pulso acelerado.

La vida nunca había sido fácil para Zoe, pero había sabido moverse por las altas esferas para abrirse camino en los negocios. Era conocido como el "devorador de noticias". Aunque ese mote ya no se sustentaba tanto con las nuevas tecnologías. Era dueño de *Comuz*, la más importante plataforma audiovisual de España, que integraba televisión, radio y prensa. El gran empuje de Internet había dañado sus beneficios.

–Ahora todo el mundo es un maldito periodista –solía decir.

Tampoco le había ayudado mucho la famosa guerra de los derechos televisivos por los partidos de fútbol. El problema no era que todo el mundo quisiera su parte del pastel, sino que muchos deseaban todo el pastel para sí mismos.

Amante de las inversiones, movió el dinero para crear empresas relacionadas con el petróleo, las armas y el mundo farmacéutico. Los beneficios crecían sin parar. La venta masiva de armas en algún lugar del planeta, le permitía avanzarse a noticias de conflictos bélicos que otros aún ni soñaban.

Volvió a servirse otro vaso. Notaba ya el alcohol flotando en su cabeza y decidió que sería la última. Debía cenar todavía con aquella zorrita de veinte y pocos años y cumplir en la cama.

¿Qué pasos debía dar? ¿Dejar de jugar al *Monopoly* y centrarse en la prensa, o arriesgarse?

La chica debía hablar de una vez. La situación económica de Zoe dependía de ello. Pero no era solo eso. Veía la posibilidad de aspirar a controlar el orden mundial.

La vida ofrecía nuevas oportunidades, de eso estaba convencido Zoe. Todo se inició gracias a aquella presentación del libro de Eric Lekker sobre los misterios esotéricos durante el III *Reich*. Una vez finalizó la conferencia, un socio suyo le presentó al autor y estuvieron hablando. Zoe quedó impresionado sobre una historia de lo más singular relativa a un artilugio creado por Galileo Galilei que *Himmler* en persona se encargó de buscar. Gracias al escritor, supo los detalles más importantes de dicho misterio.

–Todo indica que el aparato está escondido en España.

–¿España? ¿Por qué? –El interés de Zoe iba en aumento.

–Digamos que fue como una cadena de montaje. Galileo lo ideó, fomentó las bases, otro lo creó, lo materializó y puede que otra persona lo escondiera. Y todo ello en lugares diferentes. Existen pruebas de un triángulo comunicativo entre *Arcetri*, en Florencia; *Rouan*, en Francia y Yecla, en Murcia.

–¿Yecla? Vaya, ahí me he comprado la mesa del despacho. ¿Y es allí dónde se supone que está oculto el objeto?

–Puede ser. También se habla de Barcelona. Dicha población aparece también como elemento clave. Y *Himmler* lo sabía.

–¿La visita que hizo a Montserrat?

–Exacto.

Zoe tragó saliva. La pregunta que iba a formular era la que le estaba martilleando desde el principio, pero para no parecer demasiado impulsivo se la había guardado.

–¿Y qué hace ese objeto?

Eric Lekker sonrió.

–Señor, creo que deberíamos hablar en privado. ¿Conoce bien el tema de las dimensiones?

El propietario del mayor grupo audiovisual cogió amablemente del brazo a su interlocutor y lo llevó a una zona más discreta, haciendo una señal a un camarero para que les sirviera más cava.

Tras una hora de conversación, apartados de todo el público, Zoe entendió que su destino era cambiar la historia. Es más, la historia sería suya.

Llamó al número de teléfono con cierta inquietud.

–Augusto.

–¿Ha hablado la chica?

–No.

–Apriétala.

21

Vinaroz, 1 de octubre de 1642

El carro, tirado por un caballo famélico, se detuvo ante la ermita de San Sebastián. Un hombre alto, con la expresión dura de quien ha visto lo mejor y lo peor de la vida, se acercaba con paso firme con espada en el cinto y arcabuz en el hombro. El joven que conducía el carro temblaba de arriba abajo. El hombre se detuvo ante el caballo. Le acarició el hocico y, como si el animal sintiera la fuerza de la autoridad del individuo, agachó la cabeza. El joven tragó saliva.

–¿El capitán Martín Soriano Zaplana?

–Sí.

–Traigo lo acordado.

El capitán rodeó el carro y levantó la lona que cubría el material. Manzanas, naranjas, lechugas, conejos sin despellejar, gallinas muertas y vino.

A la señal del capitán, varios milicianos salieron de las sombras y se acercaron al carro. En apenas un minuto, todo el material había sido trasladado al interior de la ermita.

–Vuelve al pueblo, muchacho. Ten cuidado.

Eliseo, que llevaba dos jarras de vino, oyó el comentario del capitán y no pudo reprimir una leve sonrisa. ¿Peligro? El único peligro al que se habían enfrentado hasta ahora era el calor al que se habían visto sometidos durante el mes de agosto. Los sesenta y un milicianos se habían ubicado en las caballerizas destinadas a los peregrinos.

Eliseo reconocía que el lugar era idóneo para controlar los movimientos de las tropas francesas. La ermita estaba situada en una pequeña colina, a poca distancia de Vinaroz. Desde lo alto, se tenía una inmejorable perspectiva de los alrededores.

La situación parecía haberse calmado entre las tropas españolas y francesas, tras el posicionamiento de Cataluña. En 1641, el gobierno catalán proclamó la República Independiente bajo la protección de Francia. Luis XIII de Borbón pasó a ser nombrado conde de Barcelona y soberano de Cataluña, sometiéndose al gobierno de Francia. Durante ese año, un ejército franco–catalán defendió Barcelona con gran éxito, provocando la retirada del ejército de Felipe IV. Cataluña se convirtió en el campo de batalla de la guerra entre Francia y España. Pasaron los meses y los catalanes se dieron cuenta de que sus ansias de evitar formar parte del estado español les hicieron sufragar el pago de otro ejército distinto y ceder su administración a un poder extranjero, el francés. Francia apretaba a los catalanes por su propio interés, ya que suponía un importante enclave estratégico para sus objetivos: atacar Valencia y Aragón. Hacía escasamente un mes que *Perpignan* había capitulado y fue ocupada por los franceses, poco más tarde, cayó también la ciudad de Salces.

El gran temor era el posible avance de las tropas francesas por tierras Valencia. Desde el puesto de la ermita, podrían ver claramente cualquier acercamiento, aunque Eliseo dudaba mucho que llegasen a hacer frente al poderoso ejército francés.

Los milicianos intentaban distraerse lo mejor posible, pero la falta de acción, el calor y la ausencia de comida crearon ciertas situaciones de tensión que el capitán Martín Soriano Zaplana siempre conseguía calmar.

El calor de agosto provocó que de la zanca que habían hecho próxima a la ermita para

hacer sus necesidades emanará un hedor insoportable que se filtraba por las gruesas paredes de la edificación.

Cada mañana, realizaban la limpieza de sus arcabuces, por orden expresa del mismo capitán. Ellos, viendo lo inútil de esa acción a medida que pasaban las semanas, lo interiorizaron como una acción cotidiana más. El capitán siempre les decía con voz grave la misma frase.

–No se sabe nunca cuándo los necesitaremos.

Luego, se comprobaba la pólvora. Se pasaba un informe de lo observado durante la noche y se hacía una ronda de reconocimiento del terreno.

Eliseo estaba convencido de que los franceses, o bien tenían otras cosas mejores que hacer, o bien habían empezado a atacar por Aragón, pero no creía que tuviera que cargar nunca su arcabuz.

Tras guardar todo el material en el almacén, uno de los milicianos se encargó de elaborar un caldo de verduras. Con el permiso del capitán, se descorcharon las jarras de vino y los yeclanos disfrutaron de la sensación de euforia causada por el alcohol. No bebieron mucho, pues aquella noche tenían permiso para ir a Vinaroz y "así poder calmar vuestros otros apetitos", tal como dijo el capitán.

Los hombres necesitaban del contacto con las mujeres y eso lo sabía bien Zaplana; para mantener el equilibrio mental de su tropa, debía permitir a sus hombres que satisficieran sus necesidades carnales.

Los milicianos bajaron la colina cantando canciones. Se sentían bien. El temor de un enfrentamiento se evaporaba cada día. Eran conscientes de que la guerra no se libraba allí, en Vinaroz. Aunque el capitán Zaplana se esforzaba por mantenerlos alerta dándoles noticias de batallas, realizando ejercicios de combate y dando órdenes de todo tipo.

Descendían por un camino de tierra rodeado de pinares y pequeños arbustos. Un fuerte viento movió las ramas bruscamente. Los hombres se cubrían con la capa, pero se ansias de contacto con cuerpos femeninos les impedían sentir el frío que se colaba entre la ropa. Eliseo prestaba atención a los sonidos. De repente, se oyó un ulular a lo lejos. Aquella era la señal.

–Oíd chicos, id bajando que yo tengo que cagar.

–¡Será posible! Está bien, cuidado con las serpientes.

Todos dejaron escapar una sonora carcajada.

–¡Date prisa, Eliseo, o tendrás que conformarte con algún jovenzuelo!

De nuevo, escuchó las risas que se perdían ya en la oscuridad del camino.

Eliseo se adentró entre los pinares. El ulular se repetía de vez en cuando. Se iba acercando a un lugar apartado del camino donde había un gran pedrusco, junto a un tronco caído de un pinar. Sentada en el pedrusco, había una sombra. Eliseo tocó con su mano el puñal que escondía bajo la camisa y luego se palpó el muslo donde descansaba la pequeña daga de emergencia. Se acercó con cautela.

–¿Eliseo?

La voz tenía un acento extraño. No conseguía identificar a qué lugar pertenecía. No contestó. Las instrucciones eran bien claras; tan sólo respondería a la señal convenida. La sombra se levantó. Las nubes tapaban la luna, con lo que no podía ver con claridad detalles de la figura.

–¿Cuál es la mayor sabiduría? –preguntó aquella sombra con acento raro.

Al oír la pregunta, su cuerpo se relajó, pero mantuvo la mano en el puñal.

–Conocerse a uno mismo.

–¿Te ha visto alguien?

–Tranquilo, están demasiado excitados para acordarse de mí.

El hombre volvió a sentarse. Eliseo se acercó a la sombra, ya más tranquilo. Tras dar el santo y seña, ahora ya sabía que no era ninguna trampa. Sin embargo, nada más estar a dos palmos de distancia, Eliseo extrajo el puñal, apuntando a la figura que ahora se había quitado el sombrero.

–Baja el puñal, Eliseo.

–¿Qué es esto? ¿Una broma?

Eliseo miró a su alrededor por si veía salir una tropa de franceses de entre los matorrales, pero nada pasó. Nadie le había dicho que su contacto sería un francés.

Ludovic se mantenía expectante. No quería realizar ningún movimiento brusco que pusiera en guardia a aquel mercenario acostumbrado a lanzar el puñal a la mínima

amenaza. Se sentía cansado por el viaje y agotado por la tensión de tener que avanzar a escondidas de cualquier mirada.

–Soy Ludovic.

–Eres francés.

–Sí y estoy en el ejército. En principio, tenía una persona que iba a traerte el objeto, pero descubrí que era un traidor y tuve que… despedirlo. Así que decidí no confiar en nadie y traerlo yo mismo.

Ludovic aún sentía un escalofrío al recordar el incidente con el mensajero. Fabriccio le puso sobre aviso de que Los Protectores de los Linces estaban expandiendo sus tentáculos para cogerle y que tuviese cuidado con el mensajero. Una noche hizo ver que se iba del campamento, pero se mantuvo escondido. El mensajero entró en su tienda y rebuscó en sus pertenencias. Invadido por la furia, sacó su cuchillo y le rebanó el cuello. Nadie se extrañó cuando Ludovic anunció que había cogido a un espía español en su tienda. Fue entonces cuando se ganó el respeto de la tropa y pudo solicitar el permiso para ausentarse unos días.

–No temas. Soy de fiar. El problema es si tú lo eres.

Eliseo hinchó su pecho como un pavo real cuando quiere intimidar a su adversario.

–Me pagan por un trabajo y yo cumplo. El dinero es la mayor confianza.

–Bien, eso me vale.

El sonido de unos pasos les hizo callarse y agacharse. Los pasos procedían del camino que llevaba a Vinaroz. Algún miliciano debía volver a la ermita tras haber disfrutado de un poco de sexo. Los pasos se alejaron y volvió el silencio de la noche.

Ludovic puso en el suelo una bolsa negra de tela. Sus manos temblaban.

–Eliseo, esto es lo que debes llevar de regreso a Yecla y dárselo a Fabriccio o al Doctor Puche. Cuídalo como a tu vida.

–Eso dependerá de vosotros. ¿Qué ocurre si entro en batalla?

–No temas. No pasará nada.

–¿Estás seguro?

–Sí.

Eliseo se agachó y cogió la bolsa. Contenía un objeto rectangular, algo grande y pesado. Ambos hombres se miraron a los ojos; uno, sondeando la honradez del hombre en el que depositaba un gran poder y el otro, el grado de cordura del soldado que había puesto en peligro su vida, viajando por territorio hostil, para darle una caja.

En aquel instante de silencio, Eliseo se dio cuenta de que algo cambió en la expresión de Ludovic. Su mirada ya no mostraba una actitud alerta. Transmitía tristeza y cansancio. De repente, habló en un tono bajo, pausado.

–Ya sé que lo haces por dinero, Eliseo, pero quiero agradecerte tu ayuda en la misión. Tú sólo eres una pieza en este gran tablero y no eres consciente de lo que tienes en tus manos. Y, aunque desconozcas el fin de tu misión, quiero que sepas que te consideramos un miembro del círculo de los Celadores de los Astros.

No sabía si era debido al largo rato que estaba allí de pie, al frío de esa noche, o a las palabras misteriosas de aquel francés, pero Eliseo sintió un tremendo escalofrío en su cuerpo. Él, que a tantos peligros, peleas, escaramuzas y batallas se había enfrentado, ahora sentía en su paladar aquel gusto amargo del miedo.

–Debes ir con cuidado. Hay gente que mataría por esto. Es posible que te sigan.

–Pues entonces degustarán el sabor del hierro de mi daga.

Una sensación de confianza invadió a Ludovic. Tenía la intuición de que aquel hombre llevaría a buen puerto el barco. Volvió a ponerse el sombrero y se ajustó la capa. Se despidió de él, no sin antes darle un mensaje que debía transmitir al Doctor Puche.

–Dile que hay un código. Ellos, que guarden el objeto y yo me ocuparé del salvaguardar el código. Otra cosa más. Escucha bien lo que te voy a explicar. Es muy importante que sepas transmitirlo literalmente. De ello depende el éxito de todo.

Eliseo asintió, dispuesto a memorizar el mensaje.

22

A las doce y media del mediodía, Adrián Barral llegaba a Yecla. Había salido a las siete, haciendo una parada a las diez para comer un bocadillo y beber un café en una estación de servicio. El trayecto hasta Valencia fue rápido, ya que le era familiar por constantes viajes a la zona por motivos de trabajo. Al dejar atrás Valencia, siguió por la autopista hasta que empalmó con la A–35, la carretera de Almansa. Atrás quedaba el paisaje marítimo de la autopista. Ahora, la montaña y los campos acompañaron a Adrián durante el tramo final. Al llegar a Almansa, se desvió por una comarcal que le llevaría directamente a Yecla. Fue el trayecto más pesado, ya que además de ser una carretera de dos carriles, uno para cada sentido, llevaba a cuestas una carga considerable de cansancio. Al llegar a una rotonda, bajó por la Avenida de Córdoba, que le llevó ya hacia el centro de la localidad.

La primera impresión que tuvo Adrián fue la de llegar a un pueblo tranquilo, pequeño y con pocos recursos. Calles estrechas le iban llevando al punto indicado en el navegador, el Hotel Avenida. Acostumbrado a la estructura ordenada del *Eixample* de Barcelona, aquella mezcla de callejuelas le desconcertaba.

El Hotel Avenida estaba situado cerca del Parque de la Constitución. Se trataba de un edificio antiguo, con pocos aires de modernización. La habitación no ofrecía grandes lujos; dos camas individuales separadas por una mesita de noche, dos butacones, una mesa de madera y un suelo de terrazo. Los elementos decorativos eran escasos; un jarrón sin flor aquí y un cuadro de la Anunciación allá.

Adrián salió del hotel para dar una vuelta. El tiempo allí era más frío que en Barcelona, pero sin esa humedad que atravesaba la ropa hasta calar las articulaciones. Un cielo gris aumentaba la sensación de frío. Adrián se percató de que las calles estrechas eran las que tenían una pendiente ascendente. Estaba claro que la ciudad se asentaba sobre alguna montaña. Por el contrario, las calles perpendiculares a la montaña eran las amplias.

Pudo apreciar que en los balcones había unas banderas de color azul claro con un dibujo de algo parecido a una virgen. Llamó al teléfono de Roberto Gómez y, tras comunicarle que ya estaba en Yecla, acordaron encontrarse enfrente de la iglesia nueva. Adrián preguntó a una mujer mayor sobre la ubicación de dicha edificación. A medida que se acercaba, se dio cuenta de que estaba muy cerca del hotel.

Avanzó por la calle de España, pendiente de ver la iglesia, cuando de repente, en el lado derecho, desaparecieron los edificios. La acera se abría en una pequeña explanada que daba acceso al templo. Adrián levanto la vista hacia el edificio, que desde donde estaba tenía forma de L. El santuario se prolongaba paralelo a la calle de España. Desconocía de qué época era, pero se veía antiguo, con pocas ornamentaciones en el exterior. Adrián no era muy conocedor de arquitectura, pero habría dicho que se asemejaba al estilo románico. Para él, el gótico iba asociado a portales complicados, con agujas largas, contrafuertes, gárgolas y el románico se le antojaba un estilo más sencillo, mucho menos recargado.

Estaba admirando la iglesia cuando una voz le sorprendió.

–¿Adrián Barral?

–Sí.

–Eras el único que estaba mirando la parte superior de la iglesia con cara de turista, así que supuse que eras tú –dijo Roberto al ver la expresión de sorpresa de Adrián.

Adrián quedó sorprendido por el aspecto de Roberto. Al decirle que era historiador, se había creado la imagen de alguien con gafas de pasta, peinado con la raya a un lado, jersey de cuello alto y la cara llena de granos. Por el contrario, lo que tenía delante se parecía más a un rockero que a un historiador. Pelo largo, cazadora y camiseta negras, con el nombre de *Metallica* estampado en el pecho.

Al ver su sorpresa, Roberto supo de inmediato qué pasaba por la cabeza de Adrián.

–A parte de historiador, soy músico. Toco la guitarra y canto en un grupo de música. ¿A qué te dedicas tú?

–Soy técnico de prevención de riesgos laborales.

–Vaya, qué interesante. Procuras que la gente no se haga daño.

–Sí, se puede resumir en eso. Eliminamos o reducimos el riesgo, tal como dice la ley.

–Ya, la ley. Un amigo mío estaba metido en esto y me dijo que había demasiada legislación en prevención para tan poca conciencia.

–Sí, es posible, pero es necesaria.

–El riesgo –Roberto guardó silencio un momento–. Sin embargo, a veces es necesario asumir riesgos.

–No comparto esa opinión. Hay que actuar con sensatez y sin exponerte a peligros.

–Ya, pero la vida es un riesgo constante. No habríamos avanzado si alguien no se hubiera decidido a experimentar con el fuego. ¿No crees?

–Pero no estamos en la prehistoria.

Roberto sonrió. Decidió cambiar de tema para relajar la tensión que, en cuestión de minutos, se había creado entre ambos.

–¿Has visto algo de Yecla?

Aliviado por dejar al margen el tema de la prevención, Adrián le comentó que tan sólo había caminado unas cuantas calles.

–Vamos.

Avanzaron por la calle y se detuvieron ante la fachada de la iglesia que daba a la Plaza de España. Roberto le indicó que mirase hacia arriba. Adrián vio entonces, tras la fachada, una cúpula de lo más llamativa. Tenía unas líneas que alternaban el color blanco y azul en forma de espiral.

–Chula, ¿verdad?

–Es original. ¿Es de algún estilo en concreto?

–Está inspirada en la del Pabellón Botánico del Bosque de Bolonia en París.

Subieron por una calle peatonal que les llevó a una plaza con una farola justo en el medio y en cuya base había varias fuentes. La plaza estaba flanqueada por edificios, salvo en su parte superior, en la que una calle la cortaba transversalmente.

–Esto es la Plaza Mayor. Este edificio de tu derecha es el Ayuntamiento. Ven, tomemos algo.

Se trataba de un edificio de dos plantas con dos balcones en el piso superior. En medio de ambos balcones, se distinguía un escudo imperial, en relieve, de Carlos V con el águila bicéfala. Justo encima, se encontraba el escudo de Yecla, en el que se podía leer “Muy Noble, Muy Leal y Fidelísima villa de Yecla”. Su fachada, labrada en piedra de sillería, transmitía sobriedad y austeridad. En el piso inferior, había un pórtico de doble arco adjunto, apoyado en columnas. En la esquina que daba a la calle Epitafio Ibáñez, se podía apreciar un altorrelieve que representaba a Hércules y, a su izquierda, un bar con unas mesas exteriores bajo unas arcadas que resguardaban del frío. El camarero les trajo dos cervezas.

–¿Qué son esas banderas en los balcones?

Roberto miró hacia un balcón que señalaba Adrián.

–Ah, es por las Fiestas de la Virgen. Se diseñaron para el veinticinco aniversario de la coronación de la Virgen que tuvo lugar en el año 1979. Si te fijas, abajo pone 1954–1979.

Tras un pequeño silencio, Adrián creyó que ya era hora de abordar lo que realmente importaba.

–¿Sabes algo de Valeria?

–No. Y empiezo a inquietarme.

–Roberto, ¿en qué andaba metida Valeria?

Roberto detuvo la jarra a medio camino de la mesa a su boca, mirando atentamente a Adrián.

–¿A qué te refieres con “estar metida”?

–Me dijiste que tu relación con ella fue de consulta para su tesis.

–Cierto.

–Verás, he encontrado documentos suyos que indican que parecía estar estudiando algo importante.

–No lo sé. Ya te dije por teléfono que no me explicaba mucho. Preguntar, sí que preguntaba.

Adrián guardó silencio, reflexionando sobre ese secretismo de Valeria.

–Vamos, continuemos caminando.

Al levantarse, Adrián le preguntó por los otros edificios que formaban aquella plaza.

–Este edificio de aquí –Señaló el que formaba ángulo recto con el ayuntamiento–, es la Casa de los Alarcos. Es del siglo XVI y alberga dependencias administrativas. Detrás, tienes la Lonja y la torre del reloj.

–¿Y aquella estatua?

Enfrente del edificio de la torre del reloj había una estatua de un hombre con un gorro y un traje aguantando con las dos manos una especie de escopeta.

–Se trata de un monumento a los arcabuceros de Yecla. Ha creado bastante polémica.

Adrián miró con ceño fruncido la estatua sin acabar de entender qué polémica podía haber generado aquella estatua. Parecía estar hecha de bronce y vestía lo que parecía ser el uniforme de algún tipo de categoría señorial. Al ver la expresión de extrañeza de Adrián, Roberto le aclaró que el problema se debía más al coste que había supuesto la creación de dicha escultura.

–Como siempre, el dinero es lo que dispara las alarmas y más en estos tiempos de escasez.

Desanduvieron el camino hecho anteriormente. Adrián se iba percatando de que en Yecla las edificaciones tenían mucha historia. Las calles emanaban cierto aire de antigüedad y en ellas se alternaban pisos de nueva obra con otros de aire centenario, que mostraban su vejez con grietas y fachadas desgastadas, pero al mismo tiempo una robustez que ningún terremoto podría derrumbar.

Al llegar enfrente de la Basílica de la Purísima, Roberto se detuvo y sorprendió a Adrián con una pregunta.

–¿Eres religioso?

Hacía tiempo que nadie le preguntaba eso. Desconocía por completo cuál era el nivel de creencia en Yecla, pero en Barcelona no era una pregunta que se hiciera con mucha asiduidad.

–¿Te refieres a si creo en Dios?

–Sí.

–Bueno, a veces sí y otras no.

–Vaya, ¿eso cómo es?

–Me cuesta creer que todo el Universo se creara porque sí. Alguien debió colocar las bases para que luego, por circunstancias físico–químicas, naciera la Tierra. Creo en una fuerza que nos creó, que nos guía y que nos acogerá al final de todo.

–Pero…

–Pero a veces no sé si esta fuerza es un Dios o simple energía. Cuando veo la maldad del ser humano, me cuesta aceptar que, si realmente hay un Dios, no pueda hacer nada para reconducirnos.

Roberto asintió. Satisfecho con la respuesta, le señaló la Basílica y le invitó a entrar en ella.

–Esta es la iglesia nueva. Sí, no pongas esa cara. Resulta que hay una iglesia vieja y esta es la nueva.

–¿Dónde está la vieja?

–Más arriba de la plaza Mayor. Mañana, si quieres, la vemos.

Nada más entrar, Adrián sintió que los nervios por descubrir dónde estaba Valiera se diluían un poco. Siempre había tenido esa sensación de calma y paz en los edificios religiosos, aunque no era muy partícipe de todo lo que suponía la celebración de las misas. Mientras Adrián admiraba los detalles de la iglesia, Roberto le iba explicando su historia. Según le dijo, fue construida en dos fases. Era de estilo neoclásico, lo que le daba un aire más antiguo. Su planta era de cruz latina, de tres naves, separadas por arcos de medio punto con cúpula semiesférica sobre el crucero y capillas en los contrafuertes.

–La cúpula exterior que antes te indiqué es lo más llamativo. Está construida con teja

vidriada azul y blanca.

Avanzaron por la nave hasta situarse delante del altar construido en mármol. El retablo mostraba la escena de la multiplicación de los panes y los peces. Todo el suelo del templo estaba compuesto de baldosas de mármol que se alternaban simétricamente en ajedrezado gris y blanco. Un fuerte olor a cera quemada provenía de las velas encendidas. En voz baja, Adrián le preguntó sobre la antigüedad de la edificación.

–El diseño es de 1769.

–Anda, pensaba que era más antigua.

–No. Piensa que ya había otra iglesia, pero se quedó pequeña, ya que Yecla iba creciendo con fuerza. Las piedras para edificar la nueva se traían del Monte Arabí, pero por falta de dinero se pararon las obras. Luego, vinieron la Guerra de Independencia, las desamortizaciones, las Guerras Carlistas y las epidemias de cólera, que hundieron aún más a Yecla. La obra quedó abandonada a su suerte, hasta que en 1846, el pueblo se unió para recuperar su sueño. Los campesinos prestaron sus yuntas y carros, los ricos cedieron la madera de sus pinares y los carpinteros trabajaron gratis en la obra.

–Vaya, tendríamos que tomar ejemplo de esa actitud.

–Sí, seguramente nos iría mejor en muchas cosas.

–¿Y se acabó?

Siguieron caminando, avanzado ante las capillas.

–Sí, bueno, faltaban algunos detalles cuando fue consagrada en 1868, pero estaba prácticamente finalizada. El siguiente problema vino en 1936, con la Guerra Civil. La iglesia quedó devastada. Imagínate, el retablo mayor ardió y la convirtieron en un mercado.

–Joder.

–Sí. Pero en 1940, de nuevo gracias a la fuerza y al tesón, todos los yeclanos se unieron para reconstruirla. A través de loterías, rifas, impuestos sobre el vino y ventas de bulas eclesiásticas se sufragaron las obras de reparación.

–Vaya. Es realmente una iglesia del pueblo.

–Sí. Creo que este edificio simboliza mejor que ninguna otra cosa el carácter luchador y devoto del pueblo yeclano.

Salieron al exterior por la misma puerta. Un frío intenso se había ido instalando a medida que avanzaba el día. Al ver que Adrián se frotaba las manos, Roberto sonrió.

–Hace más frío que en Barcelona, ¿eh?

–Sí. La verdad es que sí.

Bordearon la iglesia, pasando por delante de lo que sería la fachada principal. Bajaron por la calle peatonal San Francisco. Justo al inicio del Parque de la Constitución, se detuvieron ante un carrito que vendía palomitas de maíz.

–Bueno, Adrián, ha sido un placer acompañarte en esta visita, pero debo irme.

–Muchas gracias, Roberto.

–Siento no serte de ayuda con Valeria, pero a lo mejor ha hecho alguna escapada a otro sitio y se lo está pasando de lo lindo.

–No sé. Cuando venía aquí, ¿solamente quedaba contigo?

Roberto se quedó en silencio, reflexionando sobre la respuesta. Aquellos segundos de espera se hicieron muy largos para Adrián, pues si le contestaba que no, su búsqueda se vería muy limitada, pero, por el contrario, si Valeria estaba en contacto con más gente en Yecla, la posibilidad de obtener más información aumentaría.

–Ahora que lo dices, a veces mencionaba que tenía que verse con una profesora del instituto.

–¿Te dijo algo más sobre esa persona?

–Sólo sé el nombre. Alba. La primera vez, la acompañé yo. Es ése que está donde acaba el parque.

Roberto señaló en dirección contraria de donde habían venido. Adrián asintió. Tras estrecharse la mano, se despidieron. Adrián ya estaba a medio camino del hotel, cuando oyó que Roberto le llamaba.

–¡Adrián, Adrián! –Llegó a su altura respirando aceleradamente por la carrera. –Recuerdo también que se citaba a menudo con alguien de la Escuadra de los Celadores.

Adrián frunció el ceño.

–¿Qué es una escuadra?

–Tienes que quedarte para las fiestas. Es el grupo de arcabuceros que salen por las

Fiestas de la Virgen. Tienen locales de reunión. La que te digo está en la calle del Hospital.

Adrián cogió el trozo de papel con la dirección anotada que Roberto le tendía. Le comentó que desconocía el nombre de la persona, pero que era alguien mayor, ya que un día comentó que esa persona le recordaba a su abuelo.

Se sentó en el salón del hotel, situado en la planta baja, a la derecha de la entrada, y pidió una ensalada y un bistec con patatas. Mientras comía, reflexionó sobre su situación. Estaba en un lugar desconocido, fiándose de un extraño, buscando a una ex novia a la que creía secuestrada tras leer un comentario suyo en *Facebook*. No podía creer que él estuviera haciendo todo aquello.

¿Dónde estaría ahora mismo? ¿Por qué tanto secretismo? Opinaba que Valeria había ido demasiado lejos en su actitud aventurera. La otra duda que le asaltaba era si se merecía que él se preocupase por sus locuras. ¿Acaso ella no le había hecho daño al dejar la relación?

Una vez acabó de comer, se fue a la habitación para descansar. Durmió treinta minutos de siesta y salió de nuevo. Decidió acercarse al instituto.

Se abrochó bien la chaqueta. Cruzó el Parque de la Constitución y se detuvo de inmediato al ver las personas que estaban a punto de entrar en el instituto. Por lo visto, el Inspector Ponce iba sobre la misma pista que él.

Observó que el inspector y su ayudante entraban en el edificio acompañados de una mujer.

Decidió alejarse y probar suerte en la Biblioteca, ya que recordaba que faltaba una carta por leer de las cuatro que había fotografiado Valeria.

La Biblioteca estaba ubicada en la casa municipal de cultura, en la calle España, una calle muy estrecha. Justo enfrente del edificio había un paseo construido sobre el solar de una antigua vivienda y que comunicaba con la calle de arriba. Se trataba de un edificio de tres plantas, con una gran puerta de madera. Sobre la puerta había dos grandes escudos en relieve y, junto a estos, dos pequeños balcones.

Se acercó a la mujer con cara de aburrimiento que había en el mostrador y le comunicó que quería ver el archivo *Correspondencias del siglo XVII*. La mujer, le miró un largo rato y cogió el teléfono. Tras intercambiar algunas palabras con su interlocutor, colgó y le sonrió.

–Ahora le atenderán. Vendrá el director.

No tuvo que esperar mucho. Adrián esperaba ver un viejecito con gafas, bastón y ropa antigua. Por el contrario, delante de él había un hombre de unos cincuenta y tantos años, de espalda bien ancha y cara risueña.

–Hola, mi nombre es Elías León.

–Encantado. Yo soy Adrián Barral.

–Me dice Angustias que pregunta sobre las *Correspondencias del siglo XVII.*

–Así es.

–Acompáñeme, Sr. Barral. Tenemos que ir al sótano.

Adrián aprovechó, mientras bajaban las escaleras de piedra, para mencionarle que el edificio parecía muy viejo por fuera.

–Sí. El edificio original es era de finales del siglo XVIII y era conocido como Casa Palacio de los Ortega. En 1983 se rehabilitó como Casa Municipal de Cultura. Aquí es. El depósito del Archivo Histórico Municipal.

Al bajar, a mano izquierda, quedaba el Museo Arqueológico Municipal y a la derecha, oficinas y el despacho de Elías. Al lado del despacho, se encontraba el Archivo. La estancia tenía, a ambos lados de las paredes, unos armarios con vitrinas cerradas con llave. Elías se detuvo enfrente de un armario y, antes de abrir la puerta, miró seriamente a Adrián.

–Dígame, ¿Qué busca?

Aquello cogió por sorpresa a Adrián, que no pensaba que tuviera que dar explicaciones sobre su petición. Pensó en inventarse una historia sobre una tesis o un estudio sobre un libro, pero la inquietud de caer en una espiral de mentiras le provocaba sudoraciones. Poco amante del riesgo, aquello suponía jugar a faroles y era algo que él nunca había dominado. Por algo, Valeria siempre le decía que era una persona de todo predecible. Podía ser bueno o malo, pero era cierto. Tal era su nerviosismo que su boca fue más rápida que su conciencia.

–Busco unas cartas enviadas por un tal Ludovic.

–Vaya, al menos usted es sincero. El otro me miró de mala gana. Tanto, que sentí algo de miedo. Esos ojos verdes taladraban, ¿sabe?

–¿Qué otro?

–Verá, por eso le he acompañado yo personalmente. Con usted, ya son tres las personas que me han pedido ver este archivo en los últimos meses.

Adrián guardó silencio, esperando a que Elías continuase.

–La primera fue una chica joven –Adrián tuvo claro que se refería a Valeria– y la segunda, un hombre alto, con esos ojos verdes de los que le hablaba antes, la piel muy blanca y pecas en la cara.

–¿Y aquel hombre le pidió lo mismo?

–Sí.

Adrián sospechaba que aquella persona podía ser el secuestrador de Valeria. Mientras, Elías abrió el armario y extrajo un volumen que depositó encima de una mesa que había en la estancia.

–Espero que le sea de utilidad.

Los documentos estaban ordenados por la fecha; aquello le facilitaba la búsqueda. El álbum contenía una serie de hojas plastificadas, en cuyo interior estaban los papeles rotos, amarillentos, quemados o incompletos. Encontró los que estaban fechados en el año 1642. Había muchas cartas referentes al polémico reclutamiento del capitán Martín Soriano Zaplana para enviar tropas a Vinaroz. Aquello permitió a Adrián entender que Yecla había participado en alguna guerra. Debía informarse bien, pues parecía ser parte importante de la historia. Tras pasar varios documentos, al fin encontró el nombre de Ludovic en la firma de una de ellas. Se trataba de la segunda que había leído, donde exponía su misterioso escondite. Cuatro páginas más adelante estaba la tercera. Finalmente, tras doce cartas, estaba la cuarta.

Apreciados amigos,

Mi miedo crece cada día más, se expande con cada respiración. Veo sombras que se mueven a mi espalda, oigo voces amenazantes y siento la mirada atacante de asesinos. Sin embargo, siento una gran paz al recibir vuestras noticias de que mi ofrenda a la Virgen ha llegado a Yecla y está a buen recaudo.

Todo debe seguir como está.

Debo pediros un nuevo esfuerzo. Tendréis que añadir un detalle a la ofrenda.

Yo sumo, vosotros restáis y los astros os escucharán.

Debéis oír las instrucciones de nuestro hombre. Él os detallará cómo obrar y cómo marcar la ofrenda. Se deja a vuestra elección el bordado que queráis añadirle.

Ya no estoy donde me ocultaba ni duermo donde comía. Intentaré buscar cobijo en algún lugar seguro. Espero volver a escribiros, pues significará que aún respiro y pienso.

Que Aión nos proteja.

Ludovic, enero 1643

Adrián releyó la carta una segunda vez. Ludovic parecía estar en peligro y el hecho de no haber más cartas, parecía confirmar los malos presagios. ¿A qué se refería con eso de “yo sumo, vosotros restáis”? ¿Qué era esa ofrenda? Lo que más le sorprendió era la frase final, que Aión nos proteja. ¿Qué era Aión?

Adrián se levantó y se dirigió al despacho de Elías para despedirse y agradecerle su ayuda.

–¿Ha encontrado lo que buscaba?

–Sí, pero me ha creado más dudas.

–Es lo que tiene el conocimiento; cada puerta cierra una duda, pero abre una nueva incógnita.

Por un momento, pensó que aquel director podría saber algo más, ya que al oír la palabra “incógnita” le hizo pensar en misterios, enigmas y antiguos perseguidores con capucha.

–Aquella chica.

–¿Sí?

–Parecía muy… ¿cómo decirlo?... muy nerviosa cuando leyó los documentos. Me intrigó mucho y eché una ojeada. No vi nada extraño en los escritos. Referencias a una ofrenda a la Virgen. Sin embargo, con el paso del tiempo, cuando tuve algún momento de pausa, busqué en otros archivos. Verá, usted me ha transmitido mejor impresión que el tipo anterior.

Adrián tragó algo parecido a saliva, aunque bien pudiera haber sido aceite hirviendo. Elías se dirigió a otro armario, cogió una llave que introdujo en la cerradura y extrajo un volumen pesado.

–Aquí tenemos una serie de archivos del siglo XIX.

Empezó a pasar hojas plastificadas a tal velocidad que Adrián era incapaz de ver ningún detalle. De pronto, se detuvo. Colocó el archivo enfrente de Adrián.

Se trataba de una hoja desgastada, amarillenta, con una punta quemada.

–Es un documento hallado en una casa que se derribó cerca de la iglesia vieja. Había varios muebles antiguos y de entre uno de ellos, se descubrió esto.

> La ofrenda sigue en su sitio. La vejez soporta la bola de la experiencia, la culpa y los errores ante la mirada de ella.
>
> La suma se dejó igual. A La resta se le sumaron la cifra de tres números.
>
> Su muerte marca el número.
>
> Cada letra nos ilumina.
>
> Cuando ella da vueltas, nos despedimos de nuestras emociones.
>
> Y tantas veces alabó al señor nuestro encuentro, que su número queda grabado.
>
> P.D.: Entre Gabaón y Ajalón viven nuestras esperanzas.
>
> Jerónimo León, 08 de enero de 1842

Por un momento pensó que la coincidencia del nombre no tenía porqué relacionarse con los otros documentos, pero esa referencia a la ofrenda y a sumar y restar, hicieron cambiar de opinión a Adrián. No entendía nada de lo que estaba escrito. Parecía no tener mucho sentido. ¿Su muerte? ¿De quién? ¿Quién da vueltas? Fue Elías quién le devolvió a la realidad.

–Creo que esto se ajusta más a un mensaje en clave que a una simple anotación.

–¿Usted cree?

Pero también lo creía Adrián.

23

El trayecto se les hizo muy largo. Pararon en Valencia para comer un bocadillo pero, sin perder más tiempo volvieron a emprender el viaje a toda prisa. Su condición de policías y el hecho de que estuvieran de servicio, les permitió conducir muy por encima de los límites de velocidad. El Inspector Ponce vio durante el trayecto todos los flashes de los radares que se activaron a su paso.

Llegaron a Yecla en apenas tres horas y media. El Inspector Ponce ya conocía la localidad, ya que había ido a sus famosas Fiestas de la Virgen que se iban a celebrar en pocos días. Pudo apreciar que en los balcones de las casas estaban ya colgadas esas banderas azules con la imagen de la Virgen. El inspector tenía un grato recuerdo de los días que pasó en Yecla y, sobre todo, de su gente. Se hospedó en casa de un amigo y conoció a todas sus amistades. Era gente abierta, sincera, con sentido del humor y que abría sus brazos a desconocidos. Si algo le impresionó de los yeclanos fue su capacidad de trabajo y de emprender negocios. En el grupo, había personas que eran diez años más jóvenes que él y ya eran empresarios de fábricas de muebles y de otros negocios, como el vino.

Aparcaron el coche cerca del Parque de la Constitución. La Inspectora Puche les esperaba frente a la fachada de la Iglesia Nueva.

–Vaya, la tía tiene buena pinta.

El comentario de Alonso rompió la sensación de calma que invadía a Samuel. Obvió contestarle. En lugar de ello, le señaló la parte de arriba de la iglesia. Alonso levantó la vista y quedó sorprendido por aquella cúpula con rayas blancas y azules en espiral. Ciertamente, la Inspectora Puche era una mujer atractiva. Melena negra como el cuero, piel blanca, ojos penetrantes y un cuerpo esbelto.

–Admirando la cúpula, ¿eh?

La inspectora sonreía, orgullosa de que los forasteros apreciaran la hermosa arquitectura de aquella obra que tanto esfuerzo y lucha había supuesto para el pueblo de Yecla.

–¿Inspectora Puche?

–Sí. Usted es el Inspector Ponce.

–Éste es mi ayudante, el Inspector Gallo.

Hay primeras impresiones que luego, con el tiempo, se confirman. Al estrechar la mano de ambos hombres, la Inspectora Puche supo en seguida que se iba a llevar mejor con Samuel que con Alonso.

–¿Quieren ir a la comisaria o vamos al instituto?

–No. Vayamos directamente al instituto. Ya leímos el informe. ¿Hay alguna novedad?

–No. El vecino vio salir al sospechoso del portal y luego, al entrar, se encontró a la mujer en el suelo. El arma homicida es un cuchillo o una daga. No tenía enemigos. Su marido había muerto de cáncer. No se le conocía relación alguna con ningún hombre. Aquella noche, había ido a clase de baile con una amiga. Fueron a tomar algo a un bar que hay cerca de aquí y, una vez se fue del local, ya nadie más la vio.

Samuel asintió satisfecho por la descripción sencilla y directa de los hechos. Una mujer práctica, pensó.

Mientras bajaban por el parque en dirección al instituto, el inspector Ponce le preguntó sobre el sospechoso.

–El retrato robot que hemos elaborado, no coincide con nadie de aquí. Hemos hecho circular el dibujo, pero a nadie le resulta familiar.

–Inspector, una pregunta.

–Dígame.

–¿Tiene alguna idea de cómo un mismo hombre pudo cometer dos asesinatos en el mismo momento y en distintos lugares?

Alonso tosió ligeramente, ya que era algo sobre lo que habían discutido durante el trayecto. Según Alonso, o bien la prostituta o bien el testigo de Yecla mentían. Para Samuel, se trataba de dos asesinos que se disfrazaban de la misma forma y usaban el mismo maquillaje y lentillas.

–No, todavía no tengo ninguna idea al respecto.

El director del colegio les esperaba en la puerta, seguramente avisado de su visita por la inspectora. Les hizo pasar a su despacho.

–Perdonen el desorden. Tomen esas sillas plegables que hay detrás de la puerta.

La Inspectora Puche pensó que debía estar acostumbrado a recibir grupos de dos, tres o cuatro alumnos que hubiesen hecho alguna travesura y por ello se habría provisto de sillas plegables para que todos los visitantes estuvieran sentados.

El director era un hombre cincuentón, con poco pelo y gafas montadas a medio camino de la nariz.

–Señor Gutiérrez, estos son los inspectores Ponce y Gallo. Quieren hacerle algunas preguntas sobre la muerte de Alba.

Al mencionar aquel hecho, el rostro del director se cubrió de una oscura sombra de pesadumbre.

–Señor Gutiérrez, lamento mucho la pérdida de su empleada. Por favor, acepte nuestras condolencias.

–Gracias, inspector. Alba era muy querida por todos nosotros. Era una mujer alegre y fuerte que había sufrido mucho en los últimos años la enfermedad de su marido.

–¿Qué materia impartía en la escuela?

–Historia. Era una gran amante de la historia.

–¿Había tenido algún problema con algún profesor?

–No, nada de eso. Aquí todos nos llevamos bien.

–¿Y con el alumnado?

–No, no. Era muy apreciada por los chiquillos.

–¿Explicó algún momento si estaba siendo acosada o amenazada por alguien?

–No.

Samuel y Alonso se miraron. Ambos pensaban lo mismo. Una persona normal, una vida normal, un entorno normal. Pero una muerte fuera de lo normal.

–Supongo que la Inspectora Puche le enseñó el retrato robot.

–Sí, así es, y puedo decirles que no hemos visto a nadie así cerca del instituto.

El Inspector Ponce se levantó, movimiento que imitaron Alonso y la Inspectora Puche. Le dio las gracias por su colaboración y se despidió. Una vez fuera, le transmitió a la inspectora su deseo de hablar con la amiga de la profesora.

Mientras caminaban por las calles estrechas de Yecla, la Inspectora Puche le preguntó si le había sido útil la conversación con el director.

–Lo digo porque ha ido bastante rápido.

–Bueno, inspectora, cuando alguien no puede decirte más cosas es mejor no alargar el interrogatorio.

–Eso es cierto. Sin embargo, esperaba más preguntas –Al ver la expresión seria de los inspectores, ella quiso matizar sus palabras–. No me malinterpreten. No estoy criticando su forma de actuar. Cada inspector tiene su propio manual. Pero entiendan que aquí no suceden muchos homicidios de este tipo.

–No se preocupe, inspectora. Considero que el director ya nos ha dicho todo lo que sabía. Sospecho que las pistas estarán en otro lugar.

Entraron en una tienda de calzados. Había una chica joven, de unos veinte años, mascando chicle, y una mujer entrada ya en los cuarenta. Los tres policías se presentaron a Montse. Al oír el nombre de su amiga Alba, ésta rompió a llorar desconsoladamente.

–Perdonen. Lo siento –decía mientras se limpiaba las lágrimas y se sonaba–. Aún no me hago a la idea.

–Montse, sabemos que es un momento difícil, pero necesitamos su ayuda.

–¿Ustedes no son de aquí?

Los dos policías se miraron, como si les hubieran descubierto robando unos caramelos en el colmado.

–No. Somos de Barcelona.

–¿Y por qué están ustedes investigando el caso de Alba?

Samuel suspiró. Lo que menos le apetecía era tener que dar explicaciones a Montse, y menos aún cuando todavía no se había filtrado en la prensa que el retrato robot del asesino de Yecla coincidía con el de Barcelona. Como se quedó en silencio, quien contestó fue Alonso, y fue un gran error.

–Oiga, quien hace las preguntas aquí somos nosotros.

Mal; empezamos mal, pensó Samuel. A partir de ese momento, Montse adoptó una postura distante y defensiva.

–¿Le comentó Alba si tenía algún problema con alguien?

–No.

–Tengo entendido que no tenía ninguna relación amorosa.

–Pues no. Quería mucho a su marido. No sé qué mujeres conocerán ustedes, pero aquí no nos buscamos de inmediato un amante cuando se muere nuestro marido.

–Ya. ¿Le es familiar el rostro de este dibujo?

Montse mantuvo la mirada fija en los ojos de Samuel, sin ni siquiera echarle un vistazo a la hoja que este le enseñaba.

–Ya me han mostrado el dibujo y ya dije que no lo había visto nunca. ¿Algo más?

"No podemos perder a la amiga de una víctima, alguien que nos puede proporcionar información muy valiosa, solo por la estupidez de Alonso", pensó. Samuel era consciente de que tenía que ganarse de nuevo la confianza de Montse y decidió apostar fuerte diciéndole una verdad a medias.

–Verá, resulta que el sospechoso fue visto días después en Barcelona, involucrado en un altercado. Por eso estamos aquí, para echar una mano a la policía de Yecla.

Un silencio incómodo se instaló entre los presentes. La Inspectora Puche tragó saliva, mirando unas botas de mujer. Alonso no levantó la mirada de la libreta en la que anotaba los comentarios de la entrevista. Una leve caída de los hombros le indicó a Samuel que había conseguido derrumbar las murallas de defensa de Montse.

–¿Mantuvo algún tipo de contacto con alguien fuera de lo común?

–No –De repente, Montse abrió los ojos –Espere. Me comentó algo de una chica.

–¿Una chica? –La voz de la Inspectora Puche transmitía sorpresa por aquel nuevo dato y a la vez enfado por serle revelado a un policía de fuera y no a ella cuando la interrogó en su momento.

–Sí. Decía que había conocido a una chica muy maja. Según me dijo era otra apasionada de la historia.

–¿Dónde vive?

–No, no. Era de fuera, porque me decía "este fin de semana viene la chica y hemos quedado".

–¿Le dijo el nombre?

–Uy, creo que no.

Aunque eran buenas noticias, el ambiente no mejoró mucho por la falta de información. Una chica de fuera y sin nombre. Si hicieran un casting se presentarían miles, pensó Samuel. Sin embargo, mientras los tres inspectores estaban sumidos en sus pensamientos, Montse habló para aportar un dato importante.

–Sí, recuerdo que la conoció en Internet. En ese sitio tan famoso.

–¿*Facebook*? –dijo tímidamente la Inspectora Puche.

–Sí, eso. No sé más.

Se despidieron de Montse, no sin antes darle las gracias por su ayuda y prometerle que atraparían al asesino de su amiga.

Alonso se frotó las manos debido al intenso frío que hacía en Yecla.

–Supongo que inspeccionaron la casa de Alba –Alonso habló en un tono chulesco. Este tono del que viene de la ciudad y viene a dar lecciones a los de pueblo, con ansias de demostrar lo listos y modernos que son los de la urbe.

La Inspectora Puche se percató del mensaje. Ella no era la típica que se dejara

impresionar ni por un tío que viniera de la "todopoderosa" Barcelona ni por un Sherlock Holmes de Londres. Además, estaba convencida de que ella había visto más mundo que aquel saco de prejuicios. Así, con la sangre hirviendo en sus venas, no pudo reprimir cierta ironía en su respuesta.

–No, no. Aquí no tenemos costumbre de analizar las pertenencias de las víctimas. Es más, hemos alquilado el piso de la mujer a un grupo de estudiantes.

Samuel tuvo que girarse para ocultar una sonrisa. Alonso, consciente de que volvía a enturbiar el ambiente, se calló. La inspectora aprovechó para confirmarles que en el piso de Alba había un ordenador de mesa. Llamó a comisaría para solicitar que el técnico informático fuera a la vivienda. Los tres se dirigieron al piso y así pudieron ver el lugar del crimen.

El cuerpo fue hallado junto a los buzones, que quedaban a la izquierda de la escalera y enfrente del ascensor. El Inspector Ponce se giró para mirar la puerta.

–No es un lugar para nada oculto. Cualquiera que entrara podía haberlos visto forcejear.

La inspectora asintió. Era un detalle en el que no se había fijado.

–Sabía a qué hora debía actuar y cuál era la actividad del bloque. Sabía que, aún estando a la vista de todo el mundo, nadie les molestaría.

Justo en aquel instante entraba un policía joven, con gafas y media melena. Se presentó como el Agente Sáenz, experto en informática.

El piso no tenía nada de llamativo. Muchas fotos del marido por todos lados. El matrimonio no había tenido hijos, así que faltaban esas típicas fotos de familia. Mientras Alonso y Samuel miraban el salón y la habitación, el informático trabajaba con el ordenador, ubicado en una habitación que hacía de estudio.

En el salón, había una gran librería llena de libros. La mayoría, de historia. Había un libro fuera de lugar, tumbado en el estante; como si alguien hubiera consultado algo, para luego dejarlo tirado. "La guerra de los treinta años. La guerra de Cataluña." El Inspector Ponce lo ojeó. Había varias páginas marcadas. Leyó un fragmento que hacía referencia al esfuerzo realizado por las poblaciones de España para combatir a los franceses que estaban en Cataluña, entre ellas Yecla.

–Ya está.

El agente informático había conseguido acceder a la sesión de Alba.

Alonso, Samuel y la Inspectora Puche estaban situados tras el informático. Los tres mirando la pantalla.

–¿Puedes mirar los últimos archivos?

El agente no dijo nada; por el contrario, sus dedos comenzaron a bailar a toda velocidad. Aquel sutil aire de superioridad de los informáticos alteraba al Inspector Ponce.

–Aquí tienen. Varios archivos de exámenes. Una hoja de Excel de gastos de la casa, documentos sobre lecciones.

–Y uno de Galileo Galilei.

–Sí

–¿En que carpeta está?

–Está dentro de una que lleva el nombre de "Investigación". Será algo de su clase.

–A ver, entra.

Dentro de dicha carpeta, había una serie de documentos con títulos dispares: Galileo Galilei, Los Linces, Blaise Pascale, Historia de Yecla, Yecla en el siglo XVII, Los orígenes de la Fiesta de la Virgen.

–Parece que estuviera haciendo una tesis. ¿Podemos acceder a su perfil de *Facebook*?

Aquella acción requirió más de quince minutos de un constante golpeteo en el teclado. Los tres miraban en silencio, temerosos de romper la concentración de aquel agente. Al fin, tenían ante ellos el perfil de Alba en la red social. Tenía ciento doce amigos.

–Bien, eliminemos a los hombres y las mujeres mayores residentes en Yecla.

Empezaban a marearse al mirar la velocidad con que el agente entraba en un perfil, miraba su información y volvía atrás. En pocos minutos, el resultado fue de cuatro mujeres. Dos de Madrid, una de Valencia y otra de Sevilla.

–Localícenlas para interrogarlas.

El Inspector Ponce se sentía mejor. Ya anochecía y se despidieron de la inspectora.

–Gracias por su colaboración, inspectora. ¿Conoce algún lugar para quedarnos a

dormir?

–Aquí cerca está el Hotel Avenida. Pueden hospedarse allí.

–¿Y para cenar?

–Encontrarán muchos bares abiertos, no tendrán problema.

–Bien, perfecto.

–Hasta mañana, que descansen.

Vieron como la inspectora se alejaba y luego se dirigieron al Hotel que les había indicado. Reservaron una habitación con dos camas separadas. Luego, buscaron un lugar para comer algo.

–Esta gente de pueblo ha de crecer un poco.

–¿A qué te refieres?

–Joder, van atrasados. Sólo hace falta ver el pueblo: pequeño, antiguo y rancio.

Samuel notó cómo la sangre le hervía por sus venas.

–Ya. A lo mejor el atrasado eres tú, Alonso. Mira que llegas a tener prejuicios.

–No son prejuicios. Es la realidad. Pero oye, no hay nada malo en ser de pueblo.

–Alonso, la verdad, me sorprendes. Podrías tratar de salir de tu encuadre de urbanita de vez en cuando.

Alonso tragó un trozo de jamón ibérico, dio un sorbo a su cerveza y contestó a Samuel.

–Para mí hay dos tipos de personas: los que se adaptan a los tiempos modernos y los que siguen anclados en el pasado. Y cuanto más te alejas de las grandes ciudades, más posibilidades hay de que te encuentres con este segundo tipo de gente.

–Pues mira, tú eres de la gran ciudad y me parece estar oyendo a alguien de la Edad Media. ¡Por favor! Tienes que viajar más, Alonso, se te abrirá más la mente.

A partir de ese momento, la cena prosiguió en silencio.

24

La temperatura bajaba con rapidez en la montaña. La imagen de los árboles desnudos creaba mayor sensación de frialdad. Augusto empezaba a inquietarse, tanto por maldito tiempo y soledad del lugar como por su desliz con el portátil. Ya había recorrido de arriba abajo el hotel y no había encontrado ningún indicio de que allí pudiera haber algo oculto. No tenía ningún pasadizo ni trampilla secreta y daba la impresión de que bajo sus cimientos no había ningún sótano escondido.

Lleno de furia, zarandeó a Valeria para que despertara. Al abrir los ojos, vio la expresión de su secuestrador y se asustó. Tenía frío y hambre, pues últimamente no la había tratado del todo bien.

–Despierta, zorra.

Aquella expresión la puso en alerta, ya que en ningún momento de su secuestro la había insultado de esa manera, como escupiéndole las palabras con odio. Algo había cambiado.

–Bien. Sé que entraste en mi ordenador y escribiste en tu maldito *Facebook*. La próxima vez, te cortaré una mano y así no podrás teclear nada. ¿Me has entendido, maldita puta?

Por primera vez desde que descubrió que estaba secuestrada, sintió un miedo atroz. No era sólo por las palabras usadas; eran el tono y la cara desencajada de aquel hombre. Valeria entendió que no debía enojarle, así que se mantuvo en silencio y asintió con la cabeza.

–Quiero que me digas en qué hotel tenemos que buscar.

–No lo sé.

Con la rapidez de un gato, Augusto se abalanzó sobre Valeria y, sin que ella se diera cuenta del movimiento, levantó la mano y la abofeteó con una fuerza brutal en la mejilla. Valeria sintió que toda la habitación le daba vueltas. Un calor intenso invadió su cara.

–No me jodas y responde.

–Te juro que no lo sé.

Augusto agarró la garganta de Valeria. Notaba que la mano empezaba a apretar cada vez más y que el aire escaseaba en sus pulmones. Él acercó su cara hasta la suya, tan cerca que podía oler su aliento a tabaco.

–No estoy para juegos. Si no me sirves, te mataré. Pero antes, me divertiré contigo.

Valeria notó su lengua caliente y babosa lamiéndole la mejilla. De repente, su mano se aflojó y pudo recuperar oxígeno. Él se apartó para ir a buscar una serie de papeles que lanzó sobre la cama. En ellos aparecían toda una serie de fichas de hoteles impresas, mapas de Cataluña con recorridos señalizados y anotaciones hechas a mano.

Valeria entendió que era mejor colaborar si quería seguir con vida.

Aún con la mano frotándose el cuello dolorido, analizó los documentos esparcidos. Se dio cuenta de que, fuera quien fuera el que estuviera detrás de todo esto, había seguido el mismo camino que ella. ¿Era eso posible? Entonces, un escalofrío le recorrió todo su cuerpo al pensar que, seguramente, debían llevar tiempo vigilándola, espiándola e, incluso, pinchando su teléfono o entrando en su ordenador mediante algún virus. Encontró un documento que le confirmó dichas sospechas, ya que era uno de los que ella había elaborado.

Leyendo los papeles, se olvidó por un momento de que estaba secuestrada y tuvo la

sensación de estar sentada en la silla de su estudio, con una taza de café al lado y una manta por encima.

Sabía, por las cartas que había leído en la biblioteca de Yecla, que Ludovic, tras hacer entrega del paquete, tuvo problemas a su regreso a Cataluña para reunirse con las tropas francesas. Ludovic debía ir a *Perpignan* pero no llegó, ya que le atacaron. Consiguió escapar de sus perseguidores y tuvo que esconderse. En las cartas, no mencionaba el lugar con claridad. Consciente de que podrían ser leídas por cualquiera, usó un lenguaje simbólico. Dedujo que la ciudad debía de ser Barcelona. Mencionaba que se había ocultado en la ciudad de los conventos, para entrar en uno de ellos. Valeria sabía que Barcelona era famosa por albergar multitud de conventos y monasterios. Aquél era el motivo de que la famosa Rambla recibiera distintos nombres en diversos tramos del paseo; en recuerdo de los conventos que se habían erigido allí. En total eran cuarenta y dos monasterios y conventos los que había en la Barcelona del siglo XVII. Estaban el convento de *Sant Francesc*, en la actual Plaza de Medinacelli, de San Matías, de *Sant Antoni Abat*, de Jesús María, de la Trinitat, de la *Mare de Déu de Bonsuccés*, de la *Mare de Déu de la Bonanova*, de Santa Mónica, de Santa Madrona, de Sant Bonaventura y así un largo etcétera. Además, en una de las cartas mencionaba que respiraba un aire marino, por tanto, todo parecía indicar que se encontraba en una ciudad costera.

En el lugar en el que se encontraban hacía demasiado frío para estar en la ciudad de Barcelona, además de que todo era muy rústico.

–¿Dónde estamos?

–Eso no es asunto tuyo.

–Pues creo que sí. Si quieres que te ayude, debo saber dónde estamos para decirte si vas bien o no.

–En el *Montseny*.

–¿En el *Montseny*? –Su sorpresa se tradujo en un grito que hizo que su secuestrador se pusiera en alerta, levantando el cuchillo que tenía en la mano. –Perdón. Pero, ¿por qué aquí?

–En tus archivos decías que había algún lugar que había sido un monasterio o convento y que ahora era un hotel. Creímos que éste era un buen lugar: el Hotel *Sant Marçal*.

Algo en la frase hizo saltar la alarma de Valeria. “Creímos”. Había más gente implicada en aquella búsqueda y aquel desgraciado tan sólo era un peón, un ejecutor.

–Has dicho “creímos”. ¿Quiénes sois?

Augusto calló, enfadado consigo mismo por aquel desliz. Un nuevo error. Tenía que cambiar de tema y volver al tema principal.

–¿No es éste el lugar?

–No –Viendo que aquella apreciación había puesto nervioso al secuestrador, decidió no continuar presionando –Está demasiado perdido. Habla de la ciudad de los conventos y ciertamente se refiere a Barcelona, pero a la ciudad.

– ¿Y cómo sabes que se trata de un hotel?

–Lo sé y punto.

Valeria apartó la mirada del hombre para darle el mensaje de que con esa información a él le bastaba, no le era necesario saber de dónde procedía.

Los Celadores de los Astros prosiguieron su estirpe y durante generaciones mantuvieron la misión de preservar el descubrimiento de Galileo. Estos guardianes vivían en Yecla. Cuando Valeria se empapó de toda la historia de Yecla, costumbres, tradiciones y curiosidades, descubrió que una de las escuadras de las fiestas llevaba por nombre la escuadra de los Celadores. Enseguida entendió que aquella escuadra mantenía algún tipo de relación con aquel grupo de 1642 que custodió un extraño objeto. Cuando acudió al local de la escuadra, ubicado en los bajos de una casa muy antigua cuyo piso superior estaba ahora tapiado y tenía una tela verde para evitar el derrumbamiento de alguna parte de la cornisa o de los balcones que estaban en muy mal estado, nadie le prestó demasiada atención. Había un grupo de chicos ensayando con sus instrumentos, tocando la trompeta y los tambores. Quería hablar con alguien que supiera el porqué del nombre, pero todos se encogieron de hombros. Decidida, dijo que buscaba a Ludovic. No obtuvo respuesta, así que dio media vuelta y se fue. Pero antes de llegar a la puerta, la voz de un viejo la

detuvo.

–Perdone, jovencita, yo sé dónde está Ludovic, lo que pasa es que no está aquí ahora.

El viejo se apoyaba en un bastón. Iba bien vestido. La espalda algo encorvada. Le faltaban varios dientes y tenía una calva reluciente con algunos pelillos por los costados. El viejo la miraba fijamente. De repente, se giró y avanzó lentamente entre el grupo de jóvenes que ensayaban. Valeria lo siguió. Subieron una escalera situada al final del local que llevaba al piso de arriba.

–Pensaba que estaba abandonado. Desde fuera lo parece.

–Y así es, querida, así es.

Extrajo unas llaves del bolsillo y abrió la puerta. Un fuerte olor a humedad, papeles podridos y aire viciado les golpeó en la cara. Estaba todo en penumbra. El viejo cogió una linterna que había encima de un mueble que debía tener cien o más años. En una salita, había un armario con muchos cajones. El viejo abrió uno y saco una carpeta con papeles. Se sentaron en unas sillas que bien podrían ser del siglo XVII, como todo lo que había allí dentro. Un intenso frío invadía todo aquel espacio.

–Soy Álvaro Zaplana. No, no pongas esa cara, no soy descendiente del Capitán Zaplana. Veo que para ser alguien de fuera, conoces bien la historia de Yecla.

Valeria asintió, pero sin decir nada. Prefería que fuera él quien hablase.

–Verás, cuando se compró el local de la casa, en principio, era para usarlo como almacén y así fue durante un tiempo. Luego, el propietario se unió a varios amigos para crear una escuadra y él ofreció su local como sede. Buscaron nombres y nombres pero no daban con el adecuado. Ya sabes que aquí están la Escuadra del Capitán Zaplana, la de Arabí, la de la Purísima, la de Vinaroz, la de la Virgen del Castillo, la de la Alborada y muchas otras que me dejo. Cuando se dedicaron a mirar todo lo que había en la casa, descubrieron estos documentos.

Eran papeles amarillentos y desgastados. Con bordes rotos o comidos por algún insecto. En uno de ellos, había una serie de nombres y fechas y, al lado, una anotación que siempre era la misma: bien. Encima de aquella curiosa lista rezaba el título “Inventario de los Celadores”.

–Al ver este nombre, decidieron que la escuadra se llamaría “de los Celadores”.

–¿Qué es esta lista?

–Creo que era una distribución de tareas. Si te fijas, las anotaciones son mensuales. Y hay nombres que se repiten al cabo de tres o cuatro meses. Como si tuvieran que hacer una auditoría de algo y anotaran luego que todo estaba correcto.

Valeria notó que el vello de los brazos se le erizaba. Pero había algo más.

–¿Qué sabe de Ludovic?

–No gran cosa. Me sonaba el nombre por este escrito.

Señaló unas pocas líneas con una caligrafía bien marcada y bella, aunque con la tinta ya algo desgastada.

Acudiré yo mismo al lugar convenido. El contacto no ha sido de fiar. No temáis por su integridad, Francia no atacará por el sur. Ludovic.

–¿Sabes quién es ese Ludovic? –El viejo la miraba con gran intriga. Se le notaba en la voz cierta emoción por poder participar, en los últimos años de su vida, en alguna misteriosa aventura.

Valeria quiso premiar la colaboración de Álvaro con cierta información. Le explicó que se trataba de un soldado francés que llevaba algo para un miliciano de Vinaroz. Éste debía traerlo a Yecla.

–¿Un miliciano de Vinaroz? ¿Te refieres a los arcabuceros que volvieron sanos y salvos?

–Sí. El arcabucero sesenta y uno.

–¿Qué tiene de especial ese número?

–No contaban con ese “uno”. Fue un infiltrado con una misión secreta.

La piel pálida de Álvaro pareció recobrar de golpe todo el brillo perdido de la vejez.

–Y dime, ese soldado francés, ¿qué traía para ese miliciano?

–Es lo que no sé –Aquélla era una verdad a medias.

Álvaro Zaplana, complacido por esta aquella declaración, extrajo otro papel y se lo dio. Valeria recordaba aquel momento con gran emoción. Se trataba de otra hoja de

inventario y finalizaba con una fecha y una anotación.

Marzo, 1843. Bien. Será difícil que alguien lo encuentre. Ahora, sobre sus cimientos hay un hotel.

El viejo sonreía, satisfecho de haber sido de ayuda en algo que a él se le escapaba de las manos.

Valeria se concentró de nuevo en sus propios documentos, usurpados de su ordenador. La rabia de sentirse robada le invadió, pero decidió calmarse y centrarse de nuevo en la investigación.

Al cabo de dos horas de leer y anotar datos, tuvo la certeza de que sabía el lugar.

–Ya lo sé.

Augusto llamó a través de su móvil.

–Señor, nos vamos.

25

La luz de la chimenea iluminaba el salón de forma intermitente. La llama se movía, oscilante. Cogió el mando y redujo la velocidad del movimiento. Aquella chimenea electrónica había sido un capricho de Diana. Estuvo cuatro años con ella, disfrutando de su cuerpo cuando se le antojaba y, a cambio, satisfacía todos sus caprichos de niña mimada.

Ahora, quien estaba tumbada en la cama era Vanesa. Otra veinteañera que abría sus piernas con facilidad con tal de envolverse de regalos y lujos.

Zoe miró el cuerpo desnudo de la chica. No podía negar que esta vez había escogido bien. Sus pechos grandes contrarrestaban con un cuerpo delgado y esbelto. Todo su cuerpo olía a deseo, pasión y sexo. Mientras la miraba, se sirvió un nuevo vaso de licor. Vanesa oyó el ruido de los cubitos de hielo al chocar con el vaso y se incorporó, apartando su cabellera morena a un lado.

–Mmm, ¿por qué no vienes aquí y jugamos otro rato?

A pesar de la edad que tenía, Zoe podía vanagloriarse de mantener el ritmo sexual de cualquier jovencita que se le pusiera enfrente.

Vanesa lo miró lascivamente, colocando su dedo índice en la boca y moviéndolo de arriba a bajo. Notó que su miembro empezaba a reclamar acción, así que dejó el vaso y se encaminó hacia la cama.

Al tumbarse junto a Vanesa, ella le colocó un pecho sobre sus labios para que él lo lamiera.

El momento quedó interrumpido por el timbre del teléfono móvil. Se trataba de la melodía que había asociado a Augusto. Se incorporó con rapidez, apartando a Vanesa, para coger el teléfono que estaba en el salón. Ella puso morritos de enfado, aunque era más para disimular que otra cosa, pues estaba acostumbrada a que Zoe atendiera sus negocios en los momentos más íntimos.

–¿Qué ocurre?

–Señor, nos vamos

–¿Has encontrado algo?

–No. Sabe el lugar concreto.

De repente, Zoe notó que la saliva se convertía en una espesa masa de pizza y se acumulaba en su garganta sin poder bajar. El pulso de aceleró. ¿Podía ser que se estuvieran acercando? Anotó las indicaciones que le dio Augusto en una hoja.

–¿Cómo lo harás?

–Como las otras veces. La dormiré y la colocaré en la silla de ruedas. Diré que es mi mujer, que tuvo un accidente y ya está. Nadie pregunta nunca nada.

–Está bien. Pero tápale la cara. Es posible que a estas alturas hayan notificado su desaparición y hayan difundido su descripción.

Al colgar, tuvo que sentarse en el sofá para calmar su excitación. Todo iba bien.

El teléfono sonó de nuevo con otra melodía diferente.

–¿Diga?

–Zoe, soy Fernando.

Fernando era el redactor del periódico La Vida, propiedad de Zoe.

–Te llamo para hacerte una consulta. Tenemos el retrato robot del asesino de Pau Forrell que nos ha pasado nuestro confidente en la policía y quería saber si quieres que lo publiquemos en primera página para mañana, sin consultar a la poli.

La vida es caprichosa, pensó Zoe. La vida es una constante balanza de la que no puedes huir. Siempre existe un equilibrio entre cosas buenas y malas, vientos favorables y desfavorables, alegrías y penas. Hacía apenas un minuto que Zoe sentía que el destino le marcaba el camino para convertirse en el hombre más importante del mundo; sin embargo, ahora, la balanza se inclinaba para colocarle obstáculos en ese camino.

Él ya sabía quién era el asesino de Pau Forrell, no necesitaba ningún retrato robot. Lo importante era saber qué tenía la policía y cómo lo había conseguido.

–Mándame la foto por fax y quiero que me informéis de todo lo que sabe la policía.

A los pocos minutos, el aparato que tenía en el estudio empezó a emitir un zumbido y en su bandeja apareció una hoja con un dibujo.

Sin duda, la descripción era buena.

Había estado tan concentrado en los números de sus cuentas que no había prestado atención a las noticias que circulaban por sus medios.

Llamó de nuevo a Fernando para exigirle que le detallara qué se sabía del caso.

–Pues verás, resulta que sospechan que se trata de un asesino en serie ya que hay testigos que dan la misma descripción en otros dos homicidios en Viella y Yecla.

–Vaya.

–Sí, esto puede ser una buena noticia. Están investigando qué nexo común une a las tres víctimas, pero de momento no tienen nada claro.

–Mira, Fernando, para no pillarnos los dedos, vamos a esperar a que la policía nos confirme la historia.

–Pero tenemos…

–Fernando, Fernando, tranquilo. Es mejor esperar y tener toda la información que dar una a medias y que luego los otros medios nos avancen con detalles nuevos.

Aquella actitud sorprendía a Fernando, tan acostumbrado como estaba al apetito voraz de Zoe por publicar cualquier noticia que pudiera ser relevante, sin importarle su veracidad. Su falta de remordimientos y escrúpulos le había valido miles de denuncias por violar los derechos de intimidad.

–Esperaremos. Sigue en contacto con la policía y me informas. Adiós.

Su puño cerrado fue a golpear la pared. Sintió un intenso dolor en los nudillos.

Marcó rápidamente el número de Augusto.

–La policía tiene tu descripción. Ya puedes espabilar y disfrazarte un poco. ¿Me has entendido?

–Sí.

–No quiero más fallos.

Volvió al dormitorio donde le esperaba, aún desnuda, Vanesa. Le dijo que se vistiera. Necesitaba estar solo. Vanesa podía ser una niñata que vendía su cuerpo por colgarse bonitas joyas, pero era lo suficientemente lista como para no replicar ni preguntar nada cuando se le pedía que se fuera.

Una vez solo, volvió a coger el teléfono.

–Dime.

–La chica sabe el lugar.

–Mmm. Interesante.

–¿Puede ser que allí esté el otro?

–No. Ya te dije que a España solo viajó uno. Allí, Ludovic ocultó algo importante para su funcionamiento.

Zoe reflexionaba sobre aquello. Eso significaba que todavía debían encontrar el aparato en sí.

Eric Lekker esperaba paciente al otro lado de la línea. Desde que Zoe le explicó el extraño descubrimiento de Galileo, habían mantenido contacto hasta que este último le expuso su intención de encontrar aquel artilugio. Eric le pidió participar de los beneficios que pudiera obtener de su uso.

–¿Estás seguro de que sólo existe uno?

–Sí. En Francia se quedó el otro. La ocupación alemana en territorio francés permitió a los germanos buscar a sus anchas. Finalmente, lo encontraron, pero desapareció.

–Esa historia… ¿hay pruebas?

Eric suspiró. Sabía que lo que iba a decir iba a hacer tambalear su credibilidad, pero no podía omitir la realidad.

–Lo cierto es que no. Este relato se diluye en la niebla de la leyenda. La existencia de

otro aparato es tan sólo una especulación. El relato no es nada concreto, ya que se asegura que Hitler lo tuvo en sus manos y que lo usó.

–¿Lo usó?

–Eso se dice. Incluso se habla de una fecha concreta. El 30 de abril de 1945.

No era necesario tener una Licenciatura en Historia para saber qué ocurrió esa fecha.

–El día que murió Hitler.

–Sí, pero no hay más prueba que las palabras recogidas de testigos. Nada de restos ni esqueletos.

–¿Qué insinúas?

–Nada. Sólo doy los datos tal como son. En cuanto a lo demás, que cada uno recree la realidad que mejor le convenga. Lo que ocurre es que debemos tener en cuenta que eso son únicamente conjeturas, pues para que la máquina funcionase se necesitaba un artilugio concreto.

Zoe le detalló los descubrimientos de la policía sobre los asesinatos.

–Esto pone en peligro la misión.

–No temas. Con dinero se callan bocas.

La palabra “peligro” no tenía cabida en el desarrollo de la acción para Zoe.

26

Adrián tenía mucho trabajo que hacer. En su mente se cruzaba una serie de datos que no conseguía unir de forma coherente.

Recordaba aquel dibujo hallado en el papel de la basura de casa de Valeria, donde aparecían los nombres *Arcetri*, *Rouan* y Yecla.

Abrió su libreta negra *Moleskine* y leyó la última lista de dudas:

Galileo Galilei
Yecla
Fiesta Inmaculada Concepción
Agujero negro
¿Calculadora?
¿Vinaroz?
¿Celadores?
Hoteles
Monasterios o convento
¿El Tiempo?
61

Por lo descubierto en *Wikipedia*, *Arcetri* era la población de Galileo Galilei. Por otra parte, en Rouan vivió Blaise Pascal. Yecla era la ciudad desde la cual se envió, en 1642, una tropa a Vinaroz. Desconocía el motivo y eso era algo que debía aclarar.

¿Por qué había referencias a la máquina de la calculadora en los archivos de Valeria? Estaba en su habitación del hotel con el portátil encendido. La conexión era lenta, pero probó suerte con la búsqueda de la palabra "calculadora". Había toda una serie de páginas web que simulaban calculadoras científicas. Aquello no era lo que buscaba. Introdujo "historia de la calculadora". No le hizo falta leer mucho para sentir que una pieza del puzzle había encajado, aunque desconocía qué figura era la que estaba construyendo. Según aquel escrito, la primera calculadora inventada fue la Pascalina, de Blaise Pascal. Aquello coincidía con la presencia de Rouan. ¿Dónde había leído con anterioridad la palabra Pascalina? Ahora mismo no recordaba, tenía la mente demasiado ocupada intentando atar cabos. Lo más sorprendente era que el año de creación era 1642.

Sentía que se acercaba a algo, pero no sabía a qué. Y lo más importante, podía estar más cerca de encontrar a Valeria. No le importaba qué relación podrían haber tenido Galileo Galilei y Blaise Pascal, tan sólo quería encontrar a Valeria. Lo demás, lo dejaba en manos de Indiana Jones con su sombrero y su látigo en mano. Él era un simple técnico de prevención de riesgos laborales que se dedicaba a valorar el riesgo en el trabajo y proponer medidas para corregir o para prevenir. Y esa valoración del riesgo había mellado en su carácter, ya de por sí tranquilo y rutinario.

Lo más útil que había aprendido en su trabajo era que el riesgo es la probabilidad de que pase algo y sus consecuencias. Siempre repetía que la clave era reducir dicha probabilidad. Cuanto menor es la exposición, menor es el peligro. Por eso, cuando sus amigos le decían de ir a esquiar, Adrián veía un alta probabilidad de que pasase algo.

Las cartas que había leído de aquel hombre llamado Ludovic indicaban que se había escondido en algún sitio. ¿Era posible que el secuestrador estuviese usando a Valeria para

descubrir aquel lugar? Parecía poco creíble, pero debía pensar que así era.

Decidió centrarse en identificar aquel escondite. En las cartas, mencionaba que huía de Vinaroz. Había ido allí para entregarle la ofrenda a alguien que, a su vez, la llevaría a Yecla. ¿Dónde? El nombre era francés. Decidió llamar a Roberto.

–Hola, Adrián. ¿Sabes algo de Valeria?

–No, no sé nada.

–Hay que llamar a la policía –dijo en un tono muy serio Roberto.

–Ya lo hice en Barcelona. Oye, ¿contra quién luchaba la gente que se fue de Yecla en 1642?

–Se fueron a Vinaroz para contener a los franceses. Fue durante la Guerra de Cataluña y se temía que los franceses avanzasen por Valencia.

–Es decir, que estaban asentados en Cataluña.

–Sí, así es. ¿Por qué?

–Ya te lo explicaré. Gracias.

Al colgar, cogió un mapa de carreteras y lo extendió encima de la cama. Marcó con un rotulador Vinaroz. Situado entre Benicarló y el Parque Natural del Delta del Ebro. El tal Ludovic podría haber remontado la costa y llegado a Tarragona. Con un bolígrafo marcaba la línea que unía dichos puntos. Analizando el mapa, Adrián pensó que podría haber hecho con tranquilidad el mismo recorrido de la autopista hasta llegar a Girona.

–Pero sin pagar peajes –dijo en voz alta.

Había un elemento descriptivo en las cartas que confirmaba dicho avance y era la mención en una de ellas del intenso olor a mar. Debía tratarse, por tanto, de una ciudad costera. La otra clave era saber qué ciudad de la costa tenía tal multitud de conventos y monasterios. Escribió “conventos y monasterios en Cataluña” en el Google.

El resultado no fue el esperado, pues mencionaba los conventos y monasterios actuales y estaba claro que no era una buena referencia, ya que su número era muy bajo. Acotó la búsqueda añadiendo “siglo XVII”. La primera entrada era una página web con una lista de monasterios muy detallada. En el menú de la izquierda, había la opción de escoger el índice geográfico. Un mapa de Cataluña apareció en pantalla, con la posibilidad de seleccionar la zona que uno quisiera. Escogió El Delta del Ebro, por proximidad. El resultado fue de doce monasterios en Tortosa. El siguiente fue Tarragona; once conventos. A continuación, consultó la comarca del *Barcelonès*. La lista se concentraba en Barcelona ciudad. No le cupo la menor duda de que se trataba del lugar donde se había escondido Ludovic. Tuvo que mover el cursor y desplazar la barra del explorador para seguir leyendo los nombres de monasterios. Cogió una hoja e hizo dos columnas; en una, anotaría el nombre y, al lado, observaciones que pudieran ser de interés.

Al cabo de una hora de estar leyendo en el portátil, accediendo a la información de todos y cada uno de los monasterios, anotando, volviendo atrás y siguiendo el mismo proceso a cada vez, tenía los ojos como si alguien se los estuviera apretando.

Contó el listado. Cuarenta y dos conventos en Barcelona. Estaba del todo seguro; Ludovic se había refugiado allí.

Según había averiguado, seis de ellos estaban ubicados extramuros. Su razonamiento le llevó a descartarlos, ya que Ludovic debía de haber entrado en la ciudad para esconderse mejor de sus perseguidores. Después, estaba el detalle del olor a mar. Barcelona debía tener una mezcla de olores fuertes en aquella época; suciedad, excrementos, comida y polvo. El hecho de que pudiera identificar con claridad dicho aroma significaba que el edificio estaba cerca del mar. Encontró un mapa de Barcelona en formato JPG. Gracias al programa Paint, de Windows, marcó con un círculo los lugares donde había conventos y que él consideraba que por proximidad podrían haber recibido la magnífica fragancia marina. El resultado fueron dieciocho conventos.

Monasterio de Santa Anna, convento de la Trinitat, convento de *Sant Francesc*, convento de *Sant Bonaventura*, monasterio de *Sant Antoni* y Santa Clara, monasterio de *Santa Elisabet*, convento de la *Merçè*, convento de Sant Pere Nolasc, convento de Santa Caterina, convento de *Sant Angel*, convento de *Sant Agustí* de Barcelona, convento de Sant Maria Magdalena, monasterio de *Santes Reliquies*, convento de Santa Madrona, convento de *Sant Josep*, convento de Santa Mónica, convento de la *Mare de Déu de la Bonanova* y convento de la *Mare de Déu de Bonsuccés*.

Por la información que había reunido, doce de estos conventos habían sido derruidos. En su lugar, en la actualidad, se levantaban otros edificios. Y de los seis restantes, se

conservaban partes de los antiguos monasterios. Era el caso del monasterio de *Santa Anna*, situado detrás del actual *Hard Rock Café* y del que únicamente quedaba la iglesia. El convento de la *Merçè*, situado junto al Paseo de Colón, se convirtió con el tiempo en cuartel, casino militar y sede la Capitanía General. Se conservaban la entrada y ciertos elementos interiores.

El convento de *Sant Angel*, ubicado justo en la esquina de la actual calle *Nou de la Rambla*, era ahora edificio de la Guardia Urbana y había mantenido el claustro. Más abajo de las Ramblas, estaba la sede de *Arts Santa Mònica*, antiguo convento de Santa Mónica.

Sin embargo, así como las murallas de la ciudad sobrevivían en los sótanos de ciertos edificios, tiendas o garajes subterráneos, otros ocultaban en el interior de sus cimientos antiguas piedras de lo que antaño fueron.

Adrián estiró todo el cuerpo dolorido por mantener la posición curvada ante el portátil. Se frotó los ojos para deshacerse del picor que tenía. Necesitaba aire fresco.

Eran las diez de la noche. Pensó que las calles estarían vacías. Se trataba de esa absurda idea de los de ciudad de que la vida nocturna solamente existe en las grandes metrópolis. Sin embargo, nada más lejos de la realidad. Fue una grata sorpresa encontrar multitud de personas paseando. Los bares y restaurantes estaban llenos. El frío dejaba bien claro que en aquel lugar sí que era diciembre.

Llamó a Roberto. Aceptó reunirse con él para comer algo. Quedaron frente a la Iglesia Nueva.

Roberto le preguntó si deseaba comer ya o prefería caminar un poco antes.

–Mejor caminemos, necesito que me dé el aire.

Anduvieron por calles estrechas, en pendiente, que obligaban a arrimarse a la pared al pasar algún coche. A medida que pasaban los días, eran más los balcones que colocaban el banderín de la Virgen. Faltaban cuatro días para el inicio de las fiestas, el seis de diciembre. Al ver que Adrián observaba las colgaduras, Roberto le preguntó si se quedaría para las fiestas. Adrián tenía en mente el enigma del convento de Barcelona, consciente que desde la lejanía no podría resolverlo.

–Creo que regresaré mañana a Barcelona.

–Bueno, mañana tan sólo hay el pregón de las fiestas. El cinco de diciembre es cuando empiezan las actividades

Adrián calló, pues no sabía en qué lío estaría metido el cinco de diciembre.

–¿Sigues sin saber nada de Valeria?

–No.

–Adrián, me preocupa mucho lo que le haya podido ocurrir, así que te agradecería que me dijeras lo que sabes.

No sabía si era el frío que invadía Yecla o la vergüenza de verse sorprendido en una mentira lo que le provocó un cierto escalofrío. Estaba claro que Roberto había ayudado a Valeria a obtener información y que ahora estaba dispuesto a serle de ayuda a él. Por eso, pensó que se merecía saber algo más de todo lo que estaba ocurriendo.

–Veras, Roberto, Valeria no fue sincera contigo.

–Ya me lo suponía. No tenía mucha pinta de ser alguien que tuviera que hacer una tesis.

–Bueno, sí que había hecho una, pero ya hace tiempo. La verdad es que no sé muy bien qué estaba haciendo. Creo que estaba buscando algo.

–¿Algo?

Caminaban por la calle Hospital cuando llegaron a un punto donde esta se ensanchaba, permitiendo el giro de los coches hacia la derecha en una leve pendiente. En medio del cruce, había erigida una cruz de piedra.

–Valeria seguía una extraña pista que enlaza Rouan, Arcetri y Yecla.

–Arcetri, la villa de Galileo Galilei.

–Sí.

–No pongas esa cara. Te recuerdo que soy historiador.

Adrián asintió. Roberto señaló un bar que había justo enfrente de la cruz de piedra. Entraron y cenaron algunas tapas. Adrián le pidió a Roberto que le relatase aquel acontecimiento histórico de Yecla que iba vinculado a las fiestas de la Inmaculada.

–Pues, curiosamente, todo se origina por algo ocurrido en tu tierra. Verás, mientras en

Europa estaban en pleno conflicto de la llamada Guerra de los Treinta Años, en 1640 se iniciaba vuestra Guerra dels Segadors. Los campesinos catalanes se sublevaron ante el abuso por la ocupación del ejército castellano. No te explicaré muchos detalles para no marearte, pero las revueltas acabaron en un baño de sangre y proclamando la República Catalana. Todo ello cogió por sorpresa al Virrey Olivares, que quiso restablecer el orden enviando tropas a Cataluña. La única salida que vieron los catalanes fue la de aliarse con el máximo enemigo de Felipe IV, Luis XIII. Richelieu se animó al ver una gran oportunidad de debilitar la corona castellana y ordenó el envío de tropas francesas a territorio catalán, facilitado todo ello por la apertura de los puertos para los navíos franceses.

–Vaya.

–Sí, lo que ocurre es que luego os salió rana el tema, ya que los catalanes se sometieron al rey francés y se encontraron con la misma opresión de la que se quejaban con el reino castellano. Pero bueno, volvamos a los hechos. Estamos en 1642 y el temor de Felipe IV es que Francia, asentada en Cataluña, decidiese avanzar por el sur o por el oeste, hacia Aragón. Felipe hizo un llamamiento para enviar tropas a puntos estratégicos para frenar el posible ataque. En abril de ese año, se hizo el llamamiento a las milicias populares de Yecla. No resultó tan fácil como parecía pues nadie deseaba inscribirse. Tras duros meses de reclutamiento, el 17 de julio de 1642 partieron sesenta y un yeclanos hacia Vinaroz.

–¿Era un enclave importante?

–Bueno, está cerca del Delta del Ebro. Cualquier avance de tropas francesas sería bien visible desde allí. Además, desde el lugar en el que estaban tenían una visión perfecta. Estuvieron en la ermita de San Sebastián, situada en una pequeña colina. ¿Otra *cervecica*?

Adrián sonrió al tiempo que asentía. No era la primera vez que oía añadir esta terminación a algún término. Por ejemplo, la recepcionista del hotel le dijo “un momentico que se lo miro” mientras consultaba las horas de visita de la biblioteca.

–¿Y qué tiene que ver todo esto con las fiestas?

–Resulta que estuvieron seis meses allí oteando el horizonte sin que nada ocurriera. Finalmente, en diciembre regresaron a Yecla sin haber usado ni un gramo de pólvora. Para dar gracias de ello, al llegar aquí, subieron al Ermitorio del Castillo, disparando los arcabuces y orando en acción de gracias a su Señora de la Encarnación.

–¿Por qué sesenta y un milicianos? ¿No te parece una cifra extraña?

–Sí, es curioso. Se desconoce por qué acabó siendo este número, ya que hay constancia de que siempre se pedían números redondos; cien, setenta y sesenta. No se sabe por qué se añadió uno más.

Adrián pinchaba con desgana una patata brava, pensando que todo aquello era muy interesante, pero ¿cómo encajaba la historia con Galileo Galilei y Blaise Pascal? Lo que sí coincidía era el año de la creación de la calculadora y del envío de tropas a Vinaroz, 1642. Además, se añadía el hecho de que volvía a aparecer el número 61. Sesenta y uno era el número de milicianos enviados a Vinaroz, pero también el número con el que se había titulado el grupo de cartas que Valeria había fotografiado. Por otra parte, en unos de esos documentos se mencionaba que los “61 habían vuelto”. Sin saber por qué, intuía que aquel número había sido importante para el desarrollo de los acontecimientos.

Nadie envía sesenta y un “algo”, se dijo.

–Roberto, ¿hizo algo Galileo Galilei en 1642?

–Sí. Morir.

El trozo de pan con jamón ibérico que Adrián se llevaba a la boca, se quedó a medio camino. No podía ser una mera coincidencia que 1642 concentrará esos tres hechos: la invención de la calculadora, la muerte de Galileo Galilei y el envío de milicianos a Vinaroz. Adrián comprendió que en aquel triángulo de relaciones se escondía el secreto.

Sin embargo, aquello no resolvía su gran preocupación. ¿Dónde estaba Valeria?

Viendo la expresión ausente de Adrián, Roberto le invitó a tomar alguna copa con su grupo de amigos. Aceptó a regañadientes, pero luego no lamentó haberlo hecho, ya que fue una gran ocasión para relajar la mente.

El local era un sitio con poca luz, de estilo rústico. A la izquierda, había una larga barra y en la parte del final, colgada del techo, una maqueta de una vía del tren. El local se llamaba Café Actual y, por lo visto, era uno de los lugares más concurridos de Yecla.

Adrián disfrutó de la noche. Su opinión respecto a la gente de Yecla mejoraba día a día: amables, abiertos y siempre con ganas de reír.

A las dos de la madrugada se retiró, alegando que seguramente al día siguiente tendría que conducir.

–¿Al final, regresas?

–Sí, tengo que resolver algunos asuntos. Intentaré estar aquí el cinco.

–Eso espero. Aún no te he enseñado la Iglesia Vieja, el castillo y no has comido el gazpacho de aquí.

Adrián arqueó las cejas lo más alto posible, lo que provocó una gran carcajada de Roberto.

–Siempre ocurre lo mismo con los de fuera. No es el gazpacho andaluz. Es otro. Tú ven y lo pruebas. ¡Ah, y las *gachasmigas*!

Se despidió con la promesa de regresar, aunque no lo tenía muy claro.

Al entrar en la habitación, le reconfortó el calor de la calefacción. Se sentó en la cama, sintiendo el alcohol dándole vueltas en la cabeza. A su lado, estaba la libreta de *Moleskine* abierta. Vio la lista que había anotado sobre temas a tratar. De repente, fue como si una espesa niebla hubiera estado envolviéndole y, tras una fuerte ráfaga de viento, se hubiera disipado, dejando una sola palabra visible en toda la página.

Hoteles.

Todo lo demás, se había difuminado. Recordaba que, en los archivos que copió del ordenador de Valeria, había varios documentos referentes a hoteles, hostales y paradores. Incluso, se había hecho seguidora de un grupo en *Facebook* de Hoteles.

Encendió el ordenador y buscó entre los archivos, hasta que dio con uno que le interesaba. Al abrir, vio que se trataba de un catálogo de hoteles que habían sido restaurados, con fotos e indicaciones de los servicios. Todos ellos habían sido antiguos conventos y monasterios.

¿Acaso aquel lugar en Barcelona, ocupado antaño por un convento, era ahora un hotel? Parecía que Valeria había averiguado algo más.

Hizo la consulta en Internet de hoteles en Barcelona que hubiesen sido antes un convento. No necesitó mucha investigación, pues varias referencias de mayoristas mencionaban el Hotel Oriente. Su ubicación lo convertía en el candidato ideal a ser el escondrijo de Ludovic. Situado en Las Ramblas, junto al Liceo, cerca del puerto.

Accedió a varios lugares, recabando un poco de información aquí y otro poco allá, para acabar recopilando los siguientes datos: El convento de *Sant Bonaventura*, donde también se enseñaba teología y filosofía, se fundó en 1628. La iglesia se consagró en 1634 y al año siguiente, entraba en funcionamiento. El recinto se amplió en 1799. Entre 1810 y 1814 sus miembros fueron expulsados del convento, pero regresaron más tarde, aunque volvieron sufrir el mismo destino en 1821, quedando abandonado. En 1823 se derribó. Un año después, se reedificó, pero en 1834 se volvió a abandonar por imperativo de la corona. En 1842 se estableció en su lugar la fonda Oriente, para luego convertirse en el Hotel Oriente.

Según leyó, en sus cimientos se hallaban las antiguas estructuras del convento.

Se le erizó todo el vello del cuerpo y notó que el alcohol se removía en su estómago. Fue corriendo al lavabo y vomitó. Sentado en el suelo, apoyando la frente en la pared, era consciente de que debía dar un paso más. Ya no sólo se trataba de leer documentos, mirar páginas de Internet o de hablar con historiadores. Debía ir al lugar.

–¿Dónde me he metido?

27

Pequeños montoncitos de nieve luchaban por mantenerse enteros. Mientras bajaban el último tramo de la carretera, vieron todo el alcance del valle, con los edificios con tejados de pizarra y su estructura de piedra. El Inspector Ponce estiró la espalda. Seiscientos cincuenta quilómetros después, habían llegado a Viella, partiendo de Yecla. Cinco horas de viaje junto a Alonso no sólo le habían dejado el cuerpo dolorido, sino también los nervios alterados. Había tenido que soportar los continuos comentarios despectivos sobre Yecla.

Habían llevado la sirena puesta durante todo el tramo de la A–7 y habían superado los ciento sesenta quilómetros por hora e incluso, en algún momento, llegaron a los doscientos. Al llegar a Tarragona, habían reducido el ritmo, al tener que desviarse por la A–27. Una vez incorporados a la AP–2, habían vuelto a hacer volar el automóvil. Durante el trayecto, se habían intercambiado varias veces la conducción para descansar. El tramo más pesado había sido la carretera nacional N–230, debido a los camiones de suministros o conductores inseguros que debían adelantar por el carril de sentido contrario, algo que nunca le gustaba al inspector Ponce. Ya desde pequeño, cuando su padre hacía los adelantamientos por la nacional, se tapaba los ojos como si con ello pudiera evitar un choque frontal.

La comisaría de Viella estaba situada en la misma N–230, dirección Francia, una vez pasada la rotonda principal.

–Vaya chulada de comisaría, ¿no?

–¿Lo preguntas o lo afirmas?

Alonso no contestó. Samuel lamentaba ser tan arisco, pero oír burlas hacia "los pueblerinos de Yecla" y los comentarios machistas hacia la Inspectora Puche, no facilitaban precisamente una buena relación entre ambos inspectores.

El edificio de la comisaría estaba justo enfrente de un original cartel indicando que la población en la que se entraba era Viella. Las letras habían sido podadas de un seto. Se trataba de un edificio moderno, en cuya fachada habían mantenido el aire rústico, con estilo de mampostería.

Al entrar, pidieron por el inspector Clos, que fue quien les había informado de que la descripción del sospecho del asesinato de Barcelona coincidía con la facilitada por un empleado del hotel donde habían asesinado al director del mismo.

–Hola, ¿inspectores Ponce y Alonso?

Samuel Ponce era de la opinión de que las primeras impresiones eran importantes. Así como la Inspectora Puche le había transmitido seriedad y pragmatismo, el Inspector Clos le transmitió una sensación de bondad y proximidad. Alto, de espaldas anchas, pelo blanco y voz grave, tenía unos ojos medio entornados que transmitían un constante aire risueño.

Entraron en una sala de reuniones. Les trajeron unos vasos de plástico con café, de esos de máquinas de *vending*.

–¿De dónde me ha dicho que vienen?

–De Yecla, está en Murcia.

–¡*Collons*!

–Sí, está lejos.

–No sé por qué, pero me suena de algo el nombre de esa localidad.

–Pues no sé, es un pueblo normal –A Samuel no le gustó en absoluto el tono despectivo usado por su compañero.

–Yo lo he oído antes... sí, creo recordar que hay buen vino por allí.

Alonso y Samuel lo miraban en silencio.

–Ah, y muebles, eso es. Alguien me recomendó ir allí si tenía que comprar muebles, pero nunca lo hice.

El café doble hizo entrar en calor a Samuel, al tiempo que notaba que su cabeza se despejaba un poco. Eran las once de la mañana. Hacía apenas cinco horas que habían salido de Yecla, envueltos en una profunda oscuridad, viendo a la gente salir de sus portales para ir a trabajar, y ahora estaban en la montaña.

–Bueno, supongo que quieren ir al grano. No han hecho mil quilómetros para perder el tiempo. Veamos –El inspector Clos abrió una carpeta. Extrajo papeles y fotos que deslizó encima de la mesa para que Samuel y Alonso los pudieran ver–. La víctima se llamaba Carles Novell, director de un hotel de aquí mismo. El veinticinco de noviembre trabajó con normalidad. Al mediodía quedó con su mujer, Clara, para comer. Al volver, la recepcionista le comunicó que el cliente de la habitación 304 se quejaba de que tenía chinches, le fallaba la cadena del váter y no le funcionaba el televisor. Subió él personalmente.

–¿Subió él?

–Sí, es un hotel pequeño. Y aquí en la montaña el trato es más cercano. No como en la ciudad, donde nadie conoce al director de un hotel.

–Ya.

–Bueno, pues subió y ya no se supo nada de él.

–¿A qué hora fue eso?

–A las cuatro y cuarto. La autopsia sitúa la hora de la muerte entre las cuatro y las cinco.

Samuel miró la foto del director tirado en el suelo. La moqueta de la habitación empapada de sangre. "*Las malditas moquetas*" –pensó. No soportaba las moquetas en los hoteles. Eran un nido de porquería.

–El forense confirma que la muerte fue causada por un cuchillo o puñal.

–¿El testigo?

–Se trata de una camarera de pisos.

Alonso, que se había mantenido en silencio, preguntó qué era una camarera de pisos.

–Son las personas que limpian las habitaciones. Esa mujer dice que el día anterior vio a un hombre alto, con la piel blanca, pecas y ojos verdes que miraba la escalera de emergencia. Por lo visto, ella le preguntó si buscaba algo y el hombre se fue sin contestarle.

–¿Por qué le llamó la atención?

–La mirada. Dice que la mirada que le lanzó le dio miedo.

Samuel asintió. Conocía perfectamente esa sensación. En muchas detenciones había recibido la mirada desafiante del culpable. Cuando se trataba de personas frías y sin escrúpulos, los ojos de esas personas tenían una energía diferente a los del resto de la gente.

Los informes que leyeron venían a decir lo mismo que les había narrado el Inspector Clos. De allí no sacarían nada nuevo.

–Tenemos que hablar con la mujer.

–Está bien. Me lo imaginaba, por eso ya la había puesto sobre aviso de que a lo mejor le haríamos una visita.

Marta tenía los ojos rojos e hinchados de tanto llorar. Estaba sentada en el sofá de casa, con los hombros encogidos, como resguardándose de un fuerte viento o soportando un gran peso. Samuel y Alonso la miraron con cierto temor a que se descompusiera por la tristeza.

–No logro entender por qué.

El ruido de la lavadora se oía de fondo. Ese ruido de centrifugado que da la sensación de que el aparato saldrá volando de un momento a otro.

–Carles era muy querido por todos.

–¿No le dijo nunca que tuviera algún problema con alguien?

–No. Se llevaba bien con todos.

–¿Alguna amenaza?

–Era muy querido por todos.

Samuel se dio cuenta que tenía que cambiar la dinámica de las preguntas, pues Marta estaba cayendo en un trance robótico.

–Señora Novell, ¿recuerda algún comportamiento sospechoso de su marido?

Aquello pareció despertar el interés de Marta, que apretó los labios en una fina línea.

–¿A qué se refiere?

–No sé, cambio de hábitos, nuevas aficiones, nuevas amistades.

–No. Tenía dos aficiones: ir en bicicleta y las estrellas.

–¿Las estrellas?

–Sí, le gustaba mucho mirar las estrellas por la noche. Además, aquí en el valle hay una buena visibilidad.

Al mirar a su compañero, Samuel entendió que la conversación no aportaría nada nuevo. El Inspector Clos, intuyendo que el interrogatorio finalizaba, se levantó. Alonso y Samuel le imitaron.

–Aquella tarde, nevó.

La voz de Marta cogió por sorpresa a todos, tanto por la repentina interrupción del silencio como por el contenido del mensaje.

–¿Cómo dice? –preguntó Alonso.

–Estaba siendo una temporada mala por falta de nieve. Sabe, aquí en invierno, si no nieva, los hoteles no se llenan. Se quejaba de la falta de nieve. Y la tarde que lo mataron, nevó.

Clara miraba un punto lejano del comedor. Samuel siguió la mirada. Junto a la ventana, había una pequeña mesa con ruedas con un teclado y una pantalla encima. La torre estaba en el suelo. De repente, tuvo una premonición. Son esos momentos en los que Samuel disfrutaba de su oficio. Era como si dos ruedas de un engranaje al fin encajaran y giraran al unísono.

Recordó a la profesora de Yecla, Alba Muñoz, y su afición por *Facebook* y su extraña relación con una chica conocida por Internet.

–Señora Novell, ¿le gustaba a su marido la informática?

–Bueno, era un aficionado.

–¿Usaba mucho internet?

La sonrisa de Marta era de esas dulces que se esbozan al recordar con cariño un momento concreto.

–¡Ay, y tanto! “Me he enganchado, Clara”, me decía. Me parecía increíble que a su edad mantuviera contactos a través de ese chisme.

–¿Contactos?

–Sí. No piensen mal, ¿eh? Mi marido me fue siempre fiel.

Los tres negaron al mismo tiempo, como si un director de orquestra con una varita les indicara el momento.

–No, no. No es nada de eso. Si incluso me enseñó un día qué era lo que le entretenía hasta tan tarde. Era eso de *Facebook*. Decía que había conocido a gente muy maja.

Samuel sintió que se le aceleraba el pulso. Tuvo que reprimir un grito de exclamación. Dejó el abrigo de nuevo en la silla.

–¿A quién había conocido?

–No lo sé. Me nombraba gente del grupo. Muchas veces me decía que por Internet había muchas cosas interesantes sobre las estrellas.

–¿Era un grupo de aficionados a la astronomía?

–Puede ser. La verdad inspector, no me enteraba mucho. Me hablaba de estrellas, enigmas y misterios por resolver. Como si investigara algo.

Samuel llevaba unos minutos sentado, justo desde que Marta empezó a hablar de Internet. Alonso y el Inspector Clos se habían mantenido de pie. Ahora, al oír la ultima frase, los dos inspectores tomaron asiento de nuevo.

–¿Qué quiere decir con eso de investigar?

La mujer arqueó las cejas y curvó la boca hacia abajo.

–Lo siento inspector, creo que nunca le presté la atención suficiente. Recuerdo que un día me dijo “me siento como Indiana Jones en busca del arca perdida”.

Samuel anotaba tan rápido como podía en su libreta. Tenía en la punta de la lengua la

siguiente pregunta que luchaba por salir de forma impaciente.

–Señora Novell, ¿le comentó su marido algo de una mujer? Y no me refiero en los términos de amante, si no alguien con quien compartiera conocimientos.

–No. Siempre me hablaba del grupo.

–¿Realizó algún tipo de viaje en los últimos tiempos? –Samuel reconoció que la pregunta formulada por Alonso era buena.

–Bueno, de vez en cuando iba a Barcelona, pero ya está.

Samuel miró a Alonso y al Inspector Clos para dar a entender que aquello era suficiente. Los dos captaron el mensaje. El Inspector Clos le dio las gracias por su ayuda y le transmitió sus condolencias. Samuel cerró la libreta, pensativo. Tenía una última pregunta, pero se la reservaba para descorcharla en el momento preciso de irse, como cuando uno se acuerda de repente de que se ha dejado encendida la calefacción antes de salir de casa.

Marta acompañó a los tres inspectores hasta la puerta, caminando poco a poco, arrastrando los pies, con la espalda encorvada. La casa se le hacía grande y silenciosa.

–Inspectores, espero que descubran al asesino y puedan preguntarle por qué lo hizo.

La puerta se cerraba, cuando Samuel se giró bruscamente.

–Señora Novell, señora Novell.

La cara triste apareció de nuevo en el portal.

–¿Se ha dejado algo?

–No, no. Es que me he acordado de una cosa. ¿Le dice algo la población de Yecla?

Para Samuel fue fácil saber, sin necesidad de hablar, que aquella palabra le era bien conocida. Había expresiones que no podían fingirse. Y aquella palidez, los ojos tan abiertos como se lo permitían las cavidades oculares y el sudor frío no eran fingidos.

–Carles se compró un par de libros sobre Yecla. Nunca hemos estado allí. Me extrañó mucho. Uno era sobre la historia de Yecla y el otro, de fotos de monumentos. ¿Qué relación tiene con Carles?

–No lo sé todavía, pero es una pista. Gracias, señora Novell, ha sido de una gran ayuda.

A la una y media estaban de nuevo los tres inspectores en la sala de reunión de la comisaría. El Inspector Clos llamaba al juez para solicitar una orden para llevarse el ordenador de la víctima. Alonso llamaba a Barcelona para notificar los últimos avances, mientras que Samuel anotaba en la libreta las fechas.

25 de noviembre –Viella –Carles Novell –Director Hotel –52 años
26 de noviembre –Yecla –Alba Muñoz –Profesora –53 años
26 de noviembre –Barcelona –Pau Forrell –Abogado –34 años

Samuel golpeaba con el bolígrafo la libreta. Los tres habían muerto de la misma forma, apuñalados. Los testigos coincidían con la misma descripción. El problema radicaba en los asesinatos del veintiséis de noviembre. Se habían cometido a la misma hora, pero con quinientos quilómetros de distancia el uno del otro. Dejó de lado ese enigma y se centró en el posible nexo común.

–Samuel –Alonso se sentó a su lado–. Me dicen que han analizado el portátil de Pau Forrell y han encontrado un par de archivos que son interesantes: uno es sobre los estudios de las estrellas que hizo Galileo Galilei.

–Vaya, otro con las estrellas.

–Sí. Y el otro archivo…

Samuel miró a los ojos de Alonso al oír que este se detenía.

–Se trata de un análisis antropológico de la fiesta de la Virgen de Yecla.

–Joder.

La cabeza de Samuel iba más rápido que su razonamiento. Tres personas. Afición por las estrellas. Yecla. Asesinados de la misma manera. Uso de Internet y, en especial, de *Facebook*. Una chica misteriosa. ¿Qué tenían en común el director de un hotel, una profesora y un abogado?

De repente, el teléfono de Alonso emitió de forma estridente la melodía de Paquito el Chocolatero. Hacía tiempo que le había dicho que quitara aquello, pero no había forma. La expresión de su compañero se volvía cada vez más seria. Incluso creyó ver ciertas gotas de

sudor en su frente.

–¿Qué ocurre? –le preguntó una vez colgó.

–Me han llamado de la comisaría de Ronda.

–¿Dónde está eso?

–En Málaga. Por lo visto, nuestro gran jefe envío una circular con la descripción de los asesinatos a todas las comisarías del estado. Retrato robot, detalle de las muertes y otros datos. Resulta que la longitud y la forma de las heridas de nuestras víctimas coinciden con la de un homicidio cometido en Ronda el uno de noviembre.

Samuel se apretó el puente de la nariz con los dedos pulgar e índice. Luego sopló.

–¿Qué más datos hay sobre ese caso?

–Santiago Muñoz, jubilado, setenta y un años. Vivía en un asilo. Lo hallaron muerto en un banco de un parque. Algunos dicen que vieron a su lado un hombre sentado, pero nada más.

–Consígueme ahora mismo el número del asilo.

–¿Del asilo?

–Sí, ya has oído bien.

Mientras tanto, añadió otra fila a sus anotaciones.

1 de noviembre –Ronda –Santiago Muñoz –Jubilado –71 años
25 de noviembre –Viella –Carles Novell –Director Hotel –52 años
26 de noviembre –Yecla –Alba Muñoz –Profesora –53 años
26 de noviembre –Barcelona –Pau Forrell –Abogado –34 años

Por mucho que lo miraba, aquello no tenía sentido. No se apreciaba ninguna relación. Ni de profesiones ni de lugares. Y mucho menos de edades, tan dispares entre ellas como sus localidades.

Alonso tardó cinco minutos escasos en darle el teléfono del asilo. Lástima que sea tan cerrado y machista, porque el tío es bueno, pensó.

El Inspector Ponce se identificó y pidió hablar con el director del centro. Tras unos segundos de oír una música de espera, le atendió una voz masculina con acento andaluz.

–Me han dicho que quiere saber más cosas sobre Santiago.

–Así es. ¿Tenía algún familiar?

–Un hijo. Vive en Marbella. Vino a recoger todas sus cosas.

–¿Tenía algún vínculo con la población de Yecla?

Un silencio en la otra línea daba a entender que el director estaba pensando.

–No. Y no recuerdo oírle mencionar dicho lugar.

–Bien. ¿Se llevaba bien con los otros ancianos?

–Residente, nosotros les llamamos residentes.

–Pues eso –A Samuel le pareció intrascendental que a estas alturas, hablando de un asesinato, se pusiera a corregirle y a usar eufemismos.

–No. La verdad es que tampoco se relacionaba mucho con los demás. Era un hombre tranquilo, amante de sus paseos cotidianos y de las estrellas.

–¿Las estrellas?

–Sí. No vea el problema que tuvimos con su telescopio. Se lo prohibimos tajantemente, pero se puso a hacer una huelga de hambre y tuvimos que ceder.

–Vaya. Ha sido de gran ayuda.

–Inspector. Otra cosa. A lo mejor no tiene importancia, pero bueno. Verá, le cogió el gusto a la informática.

De repente, a Samuel le dio la sensación que toda la sala de reunión daba vueltas y más vueltas. Tuvo que inspirar fuerte para centrarse.

–¿Informática?

–Sí, siempre hacía uso del ordenador que hay en el aula de informática. Se apuntaba a cursos y todo.

–Supongo que esos ordenadores están conectados a Internet.

–Sí, claro. Tienen acceso a todo.

El Inspector Clos había salido de la sala para atender otros asuntos. Alonso quedó sorprendido por las coincidencias a medida que Samuel le relataba lo recopilado hasta ese momento. Caminaba dando vueltas por la sala y pensando en voz alta.

–Tenemos dos cosas que les unen a todos: las estrellas y *Facebook*. Respecto al

abogado de Barcelona, no lo sabemos con seguridad, pero supongamos que así es. ¿Qué dijo la mujer del director? ¿Algo de un grupo? ¿De qué va eso?

–Pues no lo sé. Ahora mismo llamo al informático de Yecla.

Alonso se apartó para hablar por el móvil, mientras Samuel salía de la sala para preguntar dónde podía comprar bocadillos. La recepcionista le dijo que no se preocupara, que él le dijera de qué los quería. Uno de tortilla y el otro de lomo y queso.

Les dio tiempo de comerse los bocadillos y de tomar un café, antes de recibir la llamada del informático.

–Inspector Ponce, pregunte en la comisaria si tienen algún ordenador con *Skype* y cámara para poder hacer ahora mismo una videoconferencia.

En pocos minutos, estaban los dos delante de un ordenador portátil mirando la imagen que les transmitía el agente informático desde Yecla. Su cámara enfocaba la pantalla de su ordenador, de manera que pudieran ver lo que él hacía.

–Verá, en *Facebook*, a parte de los perfiles, existen páginas personales y grupos. Las páginas personales las suelen crear empresas o personajes públicos y permiten añadir aplicaciones como encuestas o promociones. Por otra parte, los grupos los crean usuarios sobre temas diversos y se apunta la gente que quiere.

–Bien, le sigo.

–La profesora Alba Muñoz no estaba agregada a muchos grupos. Tan sólo a seis. Tres de recetas de cocina, uno de la ciudad de Yecla, otro sobre el colegio en el que daba clase y el último, con un extraño título: Los Celadores.

–¿Qué coño es eso?

La pantalla recibió una sacudida. En la pantalla vieron una mano que ajustaba bien el enfoque.

–Perdón, sin querer le he dado un golpe. No lo sé. Miren, voy a entrar.

En la pantalla, vieron cómo se movía el cursor hasta el nombre del grupo. Se abrió una página. En el extremo superior izquierdo, había una imagen como logo del grupo. Se trataba de un dibujo de Galileo Galilei. Samuel frunció el ceño. ¿Dónde había oído hacía poco el nombre del renacentista? Miró su bloc de notas. El archivo encontrado en el ordenado de Pau Forrell.

–Como veis, el grupo solamente consta de ocho miembros –El cursor realizó movimientos circulares alrededor del número ocho.

–¿Se puede saber quiénes son esos ocho?

–No directamente, pero sí a través de los comentarios que dejaron. Miren.

El cursor arrastró hacia abajo la barra lateral. Señaló un comentario acerca de que faltaban solamente dos meses para las fiestas de la Virgen de Yecla, realizado por el controlador del grupo. Debajo, la primera respuesta pertenecía a la propia Alba Muñoz.

¡Qué poquito! ¡Qué ganas tengo de las fiestas y de investigar!

A continuación, Samuel notó que el estómago se le encogía. El siguiente comentario era de Santiago Muñoz, el jubilado asesinado en Ronda.

> Yo no podré ir. Estoy demasiado viejecito, pero vosotros, sí. Espero vuestros resultados.

Sin embargo, las sorpresas no finalizaban aquí. Como si estuviese sentado en una montaña rusa en la que tras cada bajada venía una subida aún mayor, sentía que una sensación de vértigo invadía su mente.

Supongo que nos llevaras a comer gachasmigas, ¿eh, Alba?

Tras este comentario, había dos anotaciones de dos personas que desconocían.
Una tal Maribel Asensio.

Hay que buscar. Las estrellas nos guían. Galileo está esperando.

La otra tenía como nombre J.L. Marín.

Yo lo siento, pero yo me quedaré en Sevilla.

A este comentario respondía Alba Muñoz.

> ¡No! Vaya, ¡qué lástima!, con las ganas que tenía de conocerte, José Luís. Cuídate.

Cerraba las contestaciones un nuevo personaje.

> Chicos, chicos. Dejaros de gachasmigas y lamentos. Hay que encontrar el objeto.

Se llamaba Valeria Soto. ¿Dónde había oído ese nombre? Samuel estaba convencido de que alguien le había nombrado esa chica pero no conseguía situarlo. No recordaba que fuera ninguno de los entrevistados. Por la expresión concentrada de Alonso, dedujo que le ocurría lo mismo. Sin embargo, lo importante es que habían encontrado el nexo común entre las víctimas. Faltaba Pau Forrell. Así se lo comunicó al agente y éste buscó un nuevo comentario. Esta vez aparecía su nombre.

Las cuatro víctimas pertenecían a un mismo grupo de *Facebook* con un dibujo de Galileo Galilei.

–¿Qué significa esto, Samuel? –Alonso parecía estar en el mismo estado de shock que el Inspector Ponce–. Todos aparecen aquí.

–Sí. ¿Un asesino en serie que escoge sus víctimas de un grupo concreto de *Facebook*? Podría ser, pero la pregunta es ¿por qué este grupo? ¿Qué tiene de especial?

–Nos falta un miembro. Fíjate, además de las cuatro víctimas, está ese J.L. Marín, Maribel y Valeria Soto –Hizo una pausa–. Por cierto, este nombre me suena la hostia.

–Sí, a mí también –Samuel bebió un largo trago para humedecer su boca seca–. Tienes razón, falta un miembro. Estos suman siete. ¿Puedes buscar en los comentarios si aparece alguien más? –Esta vez se dirigió al agente informático que estaba en Yecla.

Tras realizar una búsqueda rápida, vieron que el octavo miembro no aparecía en ningún momento.

–Bien. Pues tenemos un misterioso miembro que no aparece. ¡Maldita sea! ¿De qué me suena esa tal Valeria? –Samuel se dio un golpe en la frente con la palma de la mano.

Alonso miraba la ventana. Fuera se veía la montaña un poco nevada. No parecía estar presente en la sala.

– ¿En qué piensas, Alonso?

Éste se giró lentamente, con los ojos bien abiertos.

–¿No se llamaba así la chica desaparecida?

Samuel no sabía a quién se refería su compañero. Era como si le preguntara el nombre del presidente de Tasmania. De repente, como el flash de una cámara, su mente se iluminó. Le vino el recuerdo de un chico en la comisaria de Barcelona. Ese chico diciendo que su ex novia había desaparecido y había dejado escrito en su perfil de *Facebook* que estaba secuestrada. Con las manos temblorosas, marcó el número de su comisaria y solicitó hablar con el encargado del caso de la chica desaparecida.

–Joan, ¿cómo se llamaba la chica?

–Valeria Soto.

–¡Joder! ¡Joder!

–¿Qué pasa?

–Deja el caso, ahora es nuestro. Forma parte de los homicidios que estamos investigando. ¿Cuál era el nombre del chico?

–Adrián Barral.

–¿Habéis averiguado algo más?

–No. Los padres de la chica están muy preocupados. Ahora ya tienen claro que ha desaparecido. Han colgado papeles por el barrio con su foto. No sabemos más.

–Es la chica –dijo Samuel a Alonso cuando colgó–. Vamos volando a Barcelona.

Alonso le pidió ir por el *Port de la Bonaigua*, para hacer una parada en *Sort*.

–Así compro un número de la lotería.

Samuel lo miró algo sorprendido, ya que tenían entre manos un asunto urgente que resolver y así se lo comunicó. Alonso le contestó que con la sirena activada en el coche no

tendrían problemas de tiempo. Finalmente, accedió y el Inspector Ponce se lamentó, ya que tuvo que soportar un viaje lleno de curvas hasta llegar a *Sort*. Allí se detuvieron un momento para que Alonso comprara un número de la lotería de Navidad en la famosa administración de lotería de la *Bruixa d'Or*. Se trataba de la administración más famosa de España, donde se generaban largas colas en las fechas cercanas al sorteo.

Samuel sentía admiración por su propietario, Xavier Gabriel, un hombre hecho a sí mismo y dueño de su destino.

–¿Quieres uno?

–No, no me gusta el juego

–¿Qué juego ni qué narices? Es para la Lotería de Navidad.

–Pues eso es un juego.

–Venga, hombre.

–Está bien, está bien. Pero cómprame uno diferente al tuyo.

Gracias a sus placas de policía, no les llevó más de cinco minutos comprar el número, a pesar de la gran cantidad de gente que había. Samuel compró un número acabado en 61.

28

Cuando abrió la puerta de su casa, tuvo la sensación de que llevaba meses fuera de la misma. El buzón de correo estaba lleno de cartas del banco, de recibos, una de la comunidad de vecinos informándole de la próxima reunión de la junta y multitud de panfletos de propaganda.

Abrió las ventanas para ventilar todas las habitaciones y metió toda su ropa en la lavadora. Se dio una ducha. Luego se preparó un café. Colocó encima de la mesa todos los documentos que había ido generando a través de sus investigaciones. Miró todos los papeles sin centrar la atención en nada concreto.

¿No sería mejor llamar a la policía? El siguiente paso podía ser peligroso. Probabilidad y consecuencias. Eso era el riesgo. El riesgo de cortarse por quitar voluntariamente el protector de la máquina de cortar fiambre. El riesgo de caerse por subirse en una escalera de mano con escalones en mal estado. El riesgo de quemarse la mano por usar productos químicos sin guantes. A eso se exponían los trabajadores que, aun sabiendo ciertos riesgos, realizaban la tarea sin tomar las debidas precauciones. Y ahora él no era menos que ellos. Sabía que se exponía a cierto peligro, pero aún así estaba dispuesto a dar el siguiente paso.

¿Qué era todo eso de Galileo Galilei, Yecla y la calculadora? ¿En qué extraño juego se había metido Valeria? ¿Acaso estaba involucrada en un antiguo misterio de los Templarios, los *Iluminati* o los mayas? Las aventuras debían dejarse para las películas y las novelas, donde los protagonistas siempre eran guapos, atléticos, fuertes y audaces. Y lo más importante, siempre acababa bien todo. Porque eso era lo más importante. ¿Estaría bien Valeria?

Sacudió la cabeza como para apartar ese pensamiento.

Tenía que centrarse en elaborar su plan. Accedió a Internet en su portátil. Entró en una página del Gobierno de la *Generalitat de Catalunya* y copió ciertos logos. Luego, elaboró una hoja con varios apartados a rellenar y pegó los logos en la cabecera.

Llamó a su madre para decirle que ya había llegado y que estaba bien. Le tranquilizó oír su voz y hablar de temas banales como fútbol, política y el tiempo.

En Barcelona, la temperatura era más elevada que en Yecla, sin embargo, la humedad provocaba esa sensación de que el frío se agarraba a la ropa y el contacto con los tejanos le provocaba un escalofrío.

Las luces de Navidad ya estaban encendidas, en un afán de despertar esa necesidad consumista en la población.

Adrián se colocó los auriculares para despejar su mente. Llevaba en la mano una carpeta con las hojas que había impreso. Caminaba concentrado, ausente. No se percató de las dos figuras que le seguían desde que había salido del portal y ahora estaban justo detrás de él en el vagón del metro.

Se bajó en la parada de Liceo. Al salir a las Ramblas, le abordó un pakistaní para venderle paquetes de tabaco y latas de cerveza. Adrián negó con la cabeza. Cuando llegó ante el edificio, se quedó quieto. Las piernas le temblaban. El edificio del Hotel Oriente se levantaba en cuatro plantas, justo al lado del Teatro del *Liceu*. Adrián se mantenía allí quieto, como si fuera una estatua más de las Ramblas. Respiró hondo y se dirigió al hotel.

Los policías informaron en todo momento a Samuel sobre los pasos que iba dando Adrián. Una vez identificado su domicilio, habían colocado dos agentes para vigilarlo.

Mientras conducían por la AP–2 le llamaron para indicarle que había llegado a su casa al mediodía. Había bajado del coche con una maleta. Ahora le informaban de que había salido de casa con una carpeta en la mano. Su pie reaccionó al momento, apretando el acelerador. Vio la señal del *Bruc* en la autovía, por tanto, hizo el cálculo mental de que estaban a cuarenta quilómetros aproximadamente.

Eran las seis de la tarde. Tenía la esperanza de llegar en media hora o menos, si no había ningún atasco.

–Maldita sea. El tío ese entró en casa de Valeria. Seguro que fue para buscar algo.

–Sigo sin ver qué relación tiene todo esto –Alonso abrió un poco la ventanilla para que entrara el aire fresco en el coche.

Samuel intentó expresar de forma esquemática todo el lío que tenía en la cabeza.

–Hay alguien que busca algo. Encuentra un grupo de gente en Internet que puede saber algo. Descubre dónde viven. Les saca información y los mata.

–¿Por qué se queda con la chica?

–A lo mejor es la que sabe algo. Los otros desconocen de qué se trata y por eso se deshace de ellos. No les sirve. En cambio la chica sabe algo.

–¿Y el chico?

–Aparece por casualidad. El destino quiso que leyera el comentario de la chica en *Facebook* y se ha añadido a la historia.

Los dos quedaron en silencio reflexionando sobre lo expuesto. Parecía ser un argumento lógico. Únicamente había un enigma que resolver y eran los dos homicidios de Yecla y Barcelona que se habían perpetrado a la misma hora y, según parecía, por la misma persona.

El cuentaquilómetros señalaba ciento ochenta. El siguiente cartel de población era Martorell. Samuel alargó la mano para coger el teléfono móvil que sonaba en aquel momento.

–¡Cuidado!

El grito de Alonso actuó como un resorte. Antes de mirar hacia delante, Samuel ya había girado el volante hacia la izquierda, al carril de vía rápida. La suerte quiso que, justo en ese momento, no hubiera ningún coche o de lo contrario habrían chocado lateralmente. Al mirar, vio que el objeto que había esquivado era el tráiler de un camión. Con rapidez, tuvo que contrarrestar el giro con otro volantazo hacia la derecha para equilibrar el sentido. El coche no llegó a esquivar del todo la mediana, provocando un leve choque con el lateral. De repente, Samuel perdió el control del coche y se vio lanzado hacia el camión que justamente había querido esquivar. Realizó varias sacudidas con el volante hasta que la trayectoria se estabilizó.

Una vez pasado el susto, respondió a teléfono.

–Estamos delante del Hotel Oriente, al final de las Ramblas.

–¿Qué hace?

–Está fuera, mirando el edificio. Espera, ahora avanza. Está entrando en el hotel.

–Vale. Que uno vigile la entrada y mirad si hay alguna salida de emergencia para tener todas las opciones controladas.

Por suerte, esta vez en la ronda litoral no había el típico colapso, pero la afluencia de coches no le permitía ir a más de ochenta quilómetros por hora.

Dejaron el coche enfrente del hotel, en los sitios reservados para los taxis. Encontraron a uno de los agentes sentado en el vestíbulo, leyendo un periódico.

–¿Alguna novedad?

–No. Ha pedido hablar con la directora del hotel y, luego, le hemos visto subir las escaleras.

–¿Para qué?

–No lo sé. Víctor está vigilando la salida de emergencia. Está en la calle Unión. El agente alargó el brazo y señaló en dirección donde estaba el Liceo.

Samuel ordenó al agente que se quedará en el salón. Se acercaron a la recepción y pidieron hablar con la directora. A la derecha de la recepción, se encontraba la escalera principal. Por ella bajó una mujer joven, esbelta. Llevaba el cabello recogido en un moño.

–Soy Olga ¿En que puedo ayudarles?

–Somos los inspectores Ponce y Alonso. Ha tenido recientemente la visita de un chico joven. ¿Qué le ha dicho?

–Me dijo que era un inspector de prevención de riesgos de la Generalitat y venía a

hacer una inspección del hotel. ¿Ocurre algo? –Olga pensó que, en aquellos momentos de crisis, un altercado era la peor publicidad para el hotel.

Samuel intentó tranquilizar a Olga diciéndole que no sucedía nada, que tan sólo querían hablar con el chico. La directora subió las escaleras y se detuvo en el descansillo, donde estaba su despacho.

–Si suben la escalera, en esta primera planta verán el salón y las habitaciones. A partir de la segunda planta, todo son habitaciones.

–Está bien. Quédese en su despacho –Samuel se giró hacia Alonso–. Vamos.

Augusto entró en el hotel el día anterior empujando una silla de ruedas con Valeria sentada en ella. Le había administrado suficiente ketamina como para que permaneciera dormida durante varias horas. Reservó habitación a nombre de Antonio Gómez. No le hicieron pregunta alguna sobre la persona que iba con él. Él ya tenía preparada la historia de su mujer paralítica por un accidente de coche. Le dieron una habitación para minusválidos. Era muy amplia. Dejó a Valeria tirada en la cama y se fue a cenar algo.

A la mañana siguiente, tras desayunar, realizó una inspección del hotel. Cuatro plantas, una azotea y una planta sótano. El edificio tenía forma de cuadrado, con una zona acoplada rectangular por la que se accedía por ambos extremos.

Por la tarde, despertó a Valeria que comió algo de lo que le trajo.

–Bien, zorra, ahora iremos a dar una vuelta. Cualquier movimiento raro y te clavo el puñal.

Valeria comía el bocadillo de chorizo que le había traído aquel individuo tan frío y violento. Sentía que la cabeza le daba vueltas. Sabía que debía obedecer, pero, al mismo tiempo, buscar una salida. Le seguiría el juego porque también le interesaba encontrar lo que buscaban.

Al salir, apreció que el sol ya se había puesto. Estaban en la primera planta. En el centro había un salón en forma de cuadrado cubierto con una cúpula en forma de pirámide. El hombre la llevaba cogida de la mano. Bajaron la escalera y entraron por una puerta pequeña de madera. Por lo visto, el hotel estaba de reformas, pues allí se encontraron una pequeña cocina provisional.

Pasaron por un laberinto de salas. Finalmente, accedieron a una zona abandonada. Estaban claramente bajo tierra. Se trataba de un salón antiguo, con cuatro columnas centrales y arcadas en los laterales. Suelo de tierra, paredes medio caídas, locales oscuros que dejaban claro que aquella zona estaba por rehabilitar.

–Bien. Ahora, piensa. Estamos en el sótano.

Valeria se adentró en el cuadro central, iluminado por lo que parecía una claraboya. Al mirar arriba, comprendió que estaba mirando el salón que vio en la planta primera desde abajo. Había cuatro columnas que delimitaban la figura. Luego, tras éstas, en las paredes, había más columnas que enlazaban arcadas, tras la cuales había unos pasillos que estaban llenos de material de obra y de mesas y sillas. La decoración era muy rococó, simulando pan de oro, cenefas recargadas y escudos decorativos.

Todo aquello era reciente, de mitad del siglo XX, pensó Valeria. Sin embargo, había algo en la estructura que le inquietaba. Se colocó bien en el centro y miró a su alrededor, mientras Augusto la observaba como un león a un conejito indefenso.

Entonces, todo encajó. Notó que el estómago le subía hasta el cuello y su respiración se bloqueaba. Por un momento, le pareció ver monjes caminar por los pasillos, tras las arcadas. Estaban en el antiguo claustro del convento. El hotel se había construido en forma de cuadrado entorno al claustro, que también tenía forma cuadrada, de unos veinte metros a cada lado, con cinco arcos por un lado de media punta, apoyados en pilares de piedra. Todo tenía un aspecto severo y sencillo.

¿Pero dónde estaría escondido lo que buscaba? Con tantas modificaciones realizadas en el edificio, posiblemente ya no quedara rastro de aquello guardado. Y entonces, su vida corría peligro.

Valeria se alejó del antiguo claustro, que después se había convertido en un distinguido salón de actos. Miró desde la distancia todo el conjunto. Un pitido de alarma sonó en su cabeza, como cuando el microondas da el aviso de que el plato está listo. Algo le había llamado la atención. Diferentes. Había visto dos cosas diferentes.

–¡Las columnas!

Las cuatro columnas que debieron formar el perímetro del claustro tenían diferencias. Dos eran gruesas, con bonitas ornamentaciones. Sin embargo, otras dos eran muy delgadas, sencillas. Se acercó y palpó estas últimas. ¿Qué decía la frase de la carta?

> La información está a buen recaudo. Sustenta el pilar del centro y observa el ir y venir de todos. Está sobre él y en él.

Sustenta el pilar del centro. Las columnas. Observa el ir y venir de todos. El claustro. Esas columnas delgadas eran las originales del convento. Se tiró al suelo, manchándose los pantalones de polvo y, arrodillada, analizó las dos columnas estrechas. "Está sobre él y en él". Debía haber algo escrito. Nada.

Augusto estaba detrás de ella, con el puñal bien agarrado.

–¿Qué haces?

–Las columnas. Está en las columnas.

Jadeando se acercó a las otras dos más gruesas. Las palpó como había hecho con las anteriores. No eran tan robustas y se notaba la artificialidad. Golpeó con el puño y oyó el sonido hueco de su golpe. A Augusto no le hacía falta tener una Licenciatura en Ingeniería o ser arquitecto para comprender lo que pasaba. Dentro de aquella columna estaban las originales. En su día, se decidió taparlas para colocar otras más bonitas. Se acercó a una caja llena de instrumentos y cogió un martillo. De un empujón, apartó a Valeria. Los golpes se oían por todo el recinto. Poco a poco, fueron cayendo trozos de yeso. En pocos minutos, toda la base había desaparecido. Entre los escombros se veía otra columna.

–No es necesario que la golpees toda. Seguro que si escribió algo lo hizo en la base. Lo haría a escondidas y a una altura no visible. Qué mejor que a nivel del suelo –Le dijo Valeria en el momento que iba a golpear la columna por la altura de la cabeza.

Se estiró en el suelo. Apartó con la mano una fina capa de polvo enyesado. Fue rodeando la columna. Al tiempo que palpaba la superficie, pensaba que si no encontraba nada, su vida acabaría allí mismo. Pero se detuvo. Sus dedos notaron unas muescas. Limpió mejor el polvo. Como el niño que se levanta el día de Reyes y entonces cree en la magia, Valeria creyó en lo imposible. Creyó que algo poderoso estaba cerca.

–Aquí está.

Augusto alumbró con una linterna.

> De Yecla a Vinaroz, quiénes y cuándo

Unas letras talladas seguramente con un cuchillo. Valeria contuvo la emoción al imaginar a Ludovic, estirado en el suelo, seguramente en la oscuridad de la noche, aprovechando que todos dormían, cincelando esas palabras en la columna.

–Bien. Lo has hecho muy bien.

Aquella frase no gustó nada a Valeria. Era indicativo que ya no servía para nada. Su mente trabajaba rápido. Debía encontrar una salida. La frase. Había algo más.

–Espera. Hay más.

–¿De qué hablas?

–La frase decía: está sobre él y en él.

–¿Te estás quedando conmigo, zorra?

–¿Acaso no habéis leído todos mis documentos al fisgar en mi ordenador?

La bofetada la cogió por sorpresa. Cayó al suelo. Notaba un calor intenso en la mejilla, pero también la satisfacción de recuperar el poder de la situación. Cuando un hombre pega a una mujer, es que se siente una mierda, más inseguro que un ratón tirado en la jaula de una serpiente pitón. Ésa era la frase que siempre decía cuando sabía de algún caso de violencia machista, aunque ella prefería llamarlo violencia de cobardes.

Augusto se masajeó la mano.

–Y ahora me vas a decir lo que significa esa frase.

–Que hay algo oculto. Un objeto, no sé.

Vio que aquel hombre miraba a su alrededor sopesando la veracidad de aquellas palabras. Por su cambio de expresión, Valeria dedujo que había descubierto dónde se escondía el posible objeto.

–¿Qué ocurre? –Ahora era ella quien interrogaba.

–Mira a la altura de tu cabeza. Hay unos medallones incrustados en la columna.

Se trataba de unos elementos decorativos sencillos. Unos círculos en relieve. Augusto los palpó, pero no parecían desprenderse. Estudió la otra columna. Nada. Decidió atacar la columna que ya había golpeado a la altura del medallón. Cuando lo tuvo visible, se percató de que era igual que los otros. Agarró a Valeria de la muñeca y la arrastró hacia sí para no perderla de vista. Se dirigieron a la otra falsa columna. A Valeria le latía el corazón como si le fuera a salir por la boca. Sabía que estaba allí. Era lógico esconder dos cosas en dos sitios distintos. Los golpes reverberaban por toda la sala. Al principio, creyó que los golpes formaban palabras, pero eso no podía ser. Augusto había abierto un agujero por el que se apreciaba el medallón, sin embargo, su mirada se centraba en algún punto por encima de la espalda de Valeria. Y entonces, ella lo oyó de nuevo.

–Déjala, te he dicho.

Adrián subió al primer piso. Tuvo que hacer ver que inspeccionaba los extintores, las máquinas y los carros de los pisos para que su figura de inspector fuera fiable. Accedió al salón de desayunos, que estaba cubierto por unas vitrinas por donde entraba la luz natural del día. Ahora, tan sólo se apreciaba la oscuridad de la noche. Se acercó a la parte central. Había un hueco cuadrado. Al mirar abajo se percató de que en la planta de abajo había como un salón en obras.

–¿Es usted el inspector?

Se giró, asustado. Ante él tenía un camarero. Asintió con la cabeza.

–Yo soy del comité.

–Ah.

–Aquí está todo bien.

–Bien. Mejor –Adrián intentaba buscar algún argumento que no pusiera en duda su presencia–. ¿Han realizado formación y han hecho simulacros de emergencia?

–Sí, sí. Todo perfecto.

Hizo ver que anotaba cosas en la hoja.

–¿Abajo qué hay?

–Es el antiguo salón. Es que las obras aún no han acabado. Se entra por la puerta que hay debajo de las escaleras del vestíbulo. Allí no hace falta que vaya, a no ser que busque restos de alguna monja.

–¿Cómo dice?

–Sí, allá abajo se conservan los cimientos del antiguo convento.

Enseguida supo qué debía sentirse al conducir un coche de fórmula uno yendo a trescientos quilómetros por hora. Se esforzó para disimular su incipiente nerviosismo.

–Le echaré una ojeada.

El camarero se retiró encogiéndose de hombros.

Al entrar por la puerta, empezó a oír unos golpes fuertes. Se adentró y cruzó lo que parecía una cocina provisional. Los golpes se oían cada vez más fuerte. Empezó a ver bolsas de runas, palos metálicos para apuntalar techos, herramientas de obra y material del hotel cubierto por sábanas. Oyó unas voces. Un hombre y una mujer. Y más golpes. Se ocultó en la sombra. Miró a través de una de las arcadas hacia la parte central. Allí estaba Valeria. Estirada en el suelo palpando una columna. A su lado, un hombre alto, de piel muy blanca, con un martillo en la mano y en la otra, un cuchillo.

Su mente de técnico de prevención analizó la situación. Aparecieron ante él aquellas hojas para valorar los riesgos. Por un lado, la probabilidad, en una escala de bajo, medio y alto. Cortarse un dedo por no usar el protector del corta fiambres, probabilidad media. Riesgo de provocar a un tipo nervioso, violento y que secuestraba a gente, probabilidad alta. Y luego estaban las consecuencias, también en una escala de bajo, medio y alto. Consecuencia de cortarse con la hoja del corta fiambre, media. Consecuencia de que te ataque un loco asesino con un cuchillo en la mano y un martillo en la otra, alta. Nivel de riesgo de cortarse en la máquina, moderado. El del hombre con el cuchillo, riesgo intolerable.

Su respiración se aceleró. A pesar del frío que hacía allí, notó que la camisa se le pegaba al cuerpo por el sudor. Tenía que hacer algo. Miró sus manos. Se percató de que no llevaba nada que pudiera usar como arma. No era muy aconsejable encararse con un tipo armado y no llevar nada para defenderse. Encontró un punzón y una barra de hierro. Con una herramienta en cada mano, se sentía como un guerrero a punto de entrar en batalla.

¿Qué hago yo aquí? Esa frase seguía martilleándole la mente.

Sin que se diera cuenta, sus pies avanzaron.

–Deja a la chica.

El hombre seguía martilleando la columna, haciendo saltar pedazos de yeso. Debido al ruido, no le oían.

–¡Déjala!

El ruido cesó. El hombre se giró. Los ojos verdes atacaban directamente el alma.

–Déjala, te he dicho.

Valeria tuvo que frotarse los ojos para asegurarse de que lo que veía no era fruto de la anestesia que aquella bestia le había estado suministrando. Adrián estaba allí, de pie, con un punzón en una mano y una barra en la otra. ¿Cómo había ido a parar allí? Eso ahora daba igual. Lo importante es que tenía alguien que podía ayudarla. Vio, por la expresión de Augusto, que ese imprevisto no le gustaba nada.

–Será mejor que te largues y dejes de hacerte el héroe.

–Vale, me voy, pero con ella.

–Uy, sí, ahora mismo.

Adrián y Augusto se miraban atentamente. Ambos armados, pero con la diferencia de que Augusto mantenía una calma total, mientras que Adrián luchaba por que el temblor de sus manos no le hiciera perder aquellos instrumentos de defensa.

Valeria se dio cuenta de que estaban estancados. Adrián amenazando, pero sin convicción. Ella, presa de Augusto. Y Augusto esperando que Adrián diera el primer paso, algo que este jamás haría. Lo conocía bien. Necesitaban algo más que deshiciera aquel nudo. Y ese algo más sucedió.

Dos figuras aparecieron de entre las sombras. Una a cada lado de Adrián. El Inspector Ponce apuntaba a Adrián y Alonso, a Augusto.

–¡Policía! Suelten todo lo que tengan en las manos. Luego, estírense en el suelo con las manos detrás de la cabeza.

Nadie obedeció. Adrián miraba asombrado a aquel inspector a quien había notificado la desaparición de Valeria y que parecía no haberle hecho caso en un principio pero, viendo la situación, se preguntaba cómo era posible que hubiese dado con ellos en el sótano del Hotel Oriente.

–Vuelvo a repetir: suelten todo lo que tienen en las manos.

La situación se estaba tensando. Solamente faltaba un detonante para que toda la cadena de piezas de dominó cayera. El ruido de una puerta fue la espoleta. Aquel ruido pareció despertar del trance a Augusto, que, ágil como un prestidigitador, lanzó su cuchillo hacia Alonso. Fue tan rápido que no pudo ni apretar el gatillo al notar la hoja penetrar en su pecho. Quien sí lo hizo fue Samuel, que disparó en el pecho de Augusto dos veces. Aprovechando que nadie le apuntaba, Adrián se lanzó hacia Valeria para abrazarla. Ella, al ver el punzón en la mano, se lo cogió y se puso de puntillas. Hizo palanca bajo el medallón decorativo y éste saltó en sus manos. Valeria vio que Samuel se tiraba al suelo para tapar con sus manos la herida de Alonso, así que cogió la mano de Adrián y lo arrastró hacia la puerta de acceso.

–Pero…

Por mucho que aparentara ofrecer resistencia, lo cierto es que se dejaba llevar. Salieron corriendo al bullicio nocturno de las Ramblas, al tiempo que la sirena de una ambulancia se oía cercana.

29

La granja estaba llena de gente. Familias, parejas, jubilados, jóvenes leyendo en soledad, etc. Todo tipo de personas, pero todos con un denominador común. Una taza de chocolate caliente con churros. La calle *Petritxol*, cerca de la plaza del Pi, era famosa por sus establecimientos que ofrecían una buena taza de chocolate caliente. Habían escogido la granja *Pallaresa* porque en aquel instante, desde fuera, divisaron una mesa libre.

Valeria disfrutaba de aquel momento. Saboreaba cada churro con chocolate como si fuera la primera vez que los comía.

–¡Por favor! ¡Qué delicia! Necesitaba esto.

Adrián movía la cuchara en su taza con mano temblorosa. No entendía cómo Valeria, tras presenciar toda aquella escena, podía comerse churros con toda tranquilidad.

Una vez salieron del hotel, se adentraron en el barrio gótico por la calle Ferrán. Mientras caminaban a paso acelerado, oían el sonido de las sirenas de fondo. Fue Valeria la que se decidió a entrar en el local.

–Valeria, ¿en que lío te has metido?

–Es largo de explicar.

–A lo mejor no te cuesta tanto. Supongamos que ya sé la historia de Yecla, supongamos que sé que Galileo Galilei muere el mismo año del envío de las milicias a Vinaroz y supongamos que sé que esa fecha coincide también con la invención de la calculadora.

El churro quedó suspendido en la mano, goteando chocolate y provocando que las salpicaduras mancharan el jersey de Valeria. Estaba sorprendida de que Adrián supiera todo eso.

–¿Cómo me encontraste?

–Todo empezó con aquel comentario que escribiste en *Facebook*.

Valeria estalló en una sonora carcajada. Era una risa de liberación. Toda la tensión de los últimos días se evaporó con cada espasmo torácico.

–Increíble. No pensé que nadie me hiciera caso. Pero, claro, me olvidé del analizador de riesgos, Adrián.

Aquel comentario ofendió a Adrián. Se había jugado la vida para acabar oyendo un comentario sarcástico.

–Sí. Pero gracias a mi preocupación te he localizado. Por lo que vi, todos tus otros amiguitos tan sólo hicieron bromas.

Valeria calló, consciente de que no debía hurgar en la herida.

–Empecé a investigar, entré en tu casa y en tu ordenador. Leí los archivos. Fui uniendo piezas y piezas. Hasta fui a Yecla.

–¿Fuiste a Yecla?

–Sí. Y hablé con Roberto.

–Dios mío, Adrián. Si no te reconozco.

–Ya.

Las piernas de Adrián empezaron a moverse enérgicamente. Bajó la mirada hacia su taza ya vacía. Se obligó a recomponerse y a tomar el mando de la situación, algo que siempre le costaba con Valeria.

–¿Qué es eso que has cogido de la columna?

–Es una pieza de la Pascalina, la calculadora de Pascal. La máquina es la clave.

–Pensaba que era Yecla.

–Y lo es. Todo es clave.

Valeria extrajo aquel medallón del bolsillo y ambos lo contemplaron. Era un círculo con una estrella de diez puntas en su interior. Adrián no entendía qué podía ser ese objeto y tampoco le interesaba. Comprendió que todo aquello ya había acabado para él.

–¿Lo vamos a llevar a la policía?

–¿Cómo dices?

–A la policía.

–No voy a llevar nada a la policía. Adrián, estoy a punto de resolver un gran misterio y, como comprenderás, no voy a meter a la policía de por medio, más que nada, para que no me traten de lunática.

Adrián tragó saliva. Aquella era la Valeria que él conocía.

–Valeria, ya has visto que esto es muy peligroso.

–¡Déjate de peligro! No estamos en tu maldito trabajo.

–No, estamos ante gente que es capaza de matar a un policía.

Valeria se retiró un mechón de pelo de la cara. Desvió la mirada por el local. Su mente pensaba. No tardó en darse cuenta de que tenía clara la decisión.

–Está bien. Iremos a la policía. Pero antes iremos a casa de Natalia para ducharme. ¿Te parece bien?

Adrián asintió.

En el vagón del metro, Adrián le pidió que le explicara todo aquel rompecabezas.

–¿Quién es ese Ludovic?

–Fue un ayudante de Galileo Galilei en los últimos años de su vida. Fue la persona a la que Galileo confió su gran descubrimiento.

–¿Cuál?

Valeria se rascó la oreja, girando la cara hacia otro lado.

–Es lo que no sé. En todo caso, es algo importante. La clave no es entender lo que descubrió, sino lo que ocurrió en Rouan. Ludovic volvió y gracias a la relación profesional que su padre mantenía con el padre de Blaise Pascal, se hicieron amigos. Blaise Pascal estaba ideando la manera de ayudar a su padre para reducirle la carga de trabajo. Era recaudador fiscal. Ludovic halló en su amigo la persona idónea para dar forma al descubrimiento del gran Galileo.

–¿Por qué?

–Pascal era una persona inquieta. Fue un gran matemático, físico y filósofo. En 1642 inventó la calculadora.

–La Pascalina.

Valeria sonrió al ver lo mucho que había descubierto Adrián.

–Premio.

–¿Y qué tiene que ver la Pascalina con Galileo Galilei y Yecla?

–Se cree que en la Pascalina se esconde el secreto de Galileo Galilei. Cuando el maestro murió, en 1642, se dieron prisa para acabarla. Ludovic temía por su vida y, como no, por la misión que tenía bajo su responsabilidad. Por suerte, la vida te da las herramientas para sortear los obstáculos. Del hombre depende observarlos y aprovecharlos. La guerra de Cataluña abría un camino de escape. Junto a los Celadores de los Astros, grupo compuesto por un cura, un médico de Yecla y un comerciante de lana italiano, idearon un plan para llevar la Pascalina a Yecla. Entonces, surgió el envío de los milicianos a Vinaroz.

–Y Ludovic se encontró con su contacto en Vinaroz, le dio el paquete y éste volvió a Yecla para esconderlo.

–Así es. Pero Ludovic quiso complicar las cosas, así que ideó una combinación para activar la función oculta de la máquina y escondió los códigos.

–Y eso es lo que buscabais en las columnas.

–Exacto. Ludovic, tras entregar el paquete, tenía que volver junto al ejército francés. Sin embargo, le siguieron y tuvo que esconderse en Barcelona. Se ocultó en el convento de *Bonaventura*, donde ahora se levanta el Hotel Oriente.

Adrián soltó un suspiro.

–Esto suena a película de secretos templarios y cosas de esas.

–Más o menos.

–Pero si Pascal inventó la Pascalina, seguramente fabricó más de una, ¿no? ¿Por qué buscas esta en especial? A lo mejor las demás hacen lo mismo.

–No. Es cierto que Pascal fabricó un cierto número de Pascalinas, pero únicamente una de ellas contenía la pieza primordial que la transformaba en algo más que una simple calculadora.

–Vale. Todo eso está muy bien. Pero, ¿y el tío que te secuestró?

El semblante de Valeria se volvió serio e incluso parecía como si una sombra cubriese de repente su rostro. Le dolía recordar todo el tiempo cautiva, el miedo a la tortura que la había acompañado cada segundo, perdida en la oscuridad de la habitación.

–No sé quién es. Está claro que no soy la única que busca la Pascalina.

–Te atacó en la calle, ¿verdad?

–Sí, cuando iba a coger el coche. Me hizo una pregunta. ¿Quién es el 61? Yo le respondí que era la clave. Me golpeó y perdí la conciencia. Luego, el interrogatorio continuó y se dio cuenta de que le era útil.

–Hablas como si fueras un simple GPS para él.

–Y creo que así me veía.

–¿Cómo te encontró?

–No lo sé. Eso no lo sé –Se trataba de un misterio que inquietaba mucho a Valeria. Había reflexionado mucho sobre esa cuestión, pero no encontraba la explicación a cómo habían dado con ella–. ¿Cómo supiste que me habían atacado?

–Encontré tu bufanda y un pendiente debajo del coche.

Valeria suspiró.

No podía negar que Adrián había hecho un gran trabajo y si no fuera por él, ella estaría muerta.

–Gracias, Adrián.

Él sonrió tímidamente. Sin mucha convicción.

–Por cierto, antes has dicho que el tío te preguntó quién era el 61. ¿Qué es eso del 61?

–Es el arcabucero número 61.

–¿Los 61 milicianos enviados a Vinaroz?

–Exacto.

Adrián negó con la cabeza, intentando aclarar de esa forma sus pensamientos, como si pudiera disipar la niebla de dudas. Sin embargo, seguía sintiendo que el peligro les continuaba acechando.

–Hay que denunciar a la policía a ese tipo que te atacó.

–No. Es sólo un peón.

–¿Qué quieres decir?

–Pues que trabaja para otro.

Aquello ya superaba sus peores temores. Un matón contratado por otra persona para secuestrar a Valeria. ¿Qué significaba aquello? No pensaba que en la vida real hubiese gente capaz de contratar a matones, eso sólo estaba reservado para las novelas de serie negra. No, no podían seguir adelante sin la ayuda de la policía.

–Esto no me gusta, Valeria. Tenemos que olvidarnos de este asunto. Son muchos riesgos. ¿De qué te ríes?

–Para ti todo es riesgo.

Un chico y una chica se besaban delante de él. Se abrazaban con fuerza. Adrián les miraba con nostalgia y tristeza por no poder hacer lo mismo con Valeria. Aquel comentario venía a decirle que ella seguía opinando que eran muy diferentes. Sí, para él todo era riesgo pero, como se decía en el mundo laboral, el riesgo cero no existe.

30

Natalia se quedó sorprendida cuando, al abrir la puerta, se encontró a Valeria y Adrián juntos.

–¿Qué pasa? Valeria, tienes muy mala pinta.

–Necesito una ducha.

Natalia miró de forma acusadora a Adrián. Valeria intuyó lo que pensaba su amiga.

–Natalia, tranquila, no ha sido Adrián. Él jamás me tocaría.

–No sé, últimamente se oye cualquier cosa.

Natalia le dio ropa suya, puesto que tenían la misma talla, y se fue a la cocina a preparar algo de comer. Puso en un bol patatas fritas y untó panecillos con sobrasada, paté a las finas hierbas, olivada y queso. Abrió una lata de aceitunas.

Adrián empezó a comer, mientras oía el ruido de la ducha.

–¿Qué os ha pasado?

Adrián respiró hondo.

–Es muy largo de explicar.

–¡Uy, cuántos secretos! Venga, ¿de dónde venís?

–Hemos hecho un viaje.

Natalia esperaba que Adrián prosiguiera pero, al ver que se callaba, empezó a inquietarse.

–¿Qué más?

–Nada más.

–Pues nada, no me digas nada.

Adrián ignoró la ironía de Natalia, pues no tenía fuerzas para discutir.

Fueron al salón a esperar a que Valeria saliera del baño. Adrián tuvo que soportar el informe detallado de Natalia de todas las nuevas series que estaba siguiendo.

–¿Tú no ves ninguna serie?

–No. Desde verano azul que no veo ninguna.

–Muy gracioso. No me extraña que Valeria lo dejara contigo.

Adrián sonrió a Natalia. Fue a coger otro panecillo, cuando se dio cuenta de que se lo había comido casi todo. O había comido muy rápido o llevaban un buen rato allí. Miró el reloj. Si sus cálculos no eran erróneos, Valeria llevaba en la ducha casi tres cuartos de hora.

–Tarda mucho, ¿no crees?

–Bah, es mujer.

Adrián se levantó. La puerta seguía cerrada. No se oía ningún ruido. La luz del lavabo se filtraba por debajo de la puerta. Dio dos golpes con los nudillos, gritando su nombre. Silencio…

–¿Valeria? ¿Estás bien?

Se decidió a entrar. "*Si me ha de dar una bofetada, que me la dé*" –pensó.

Pero no recibió ninguna bofetada, ya que no había nadie allí para dársela. Tardó un par de minutos en reaccionar. Miraba la ropa sucia, la toalla en el suelo, el vaho en el espejo y las gotas caer por la mampara de la ducha.

–Valeria se ha ido.

Natalia no entendió muy bien a qué se refería.

–¿Qué?

–¡Que no está! ¡Se ha ido!

Adrián fue directo a la puerta, pero ésta no se abría. Natalia acudió a su lado.

–Joder.

–¿Qué pasa?

–Se ha llevado las llaves de mi coche y del piso.

–Nos ha encerrado por fuera. Llama a un cerrajero.

–Pero…

–¡Llama a un puto cerrajero!

Una hora después, tras llegar un cerrajero, forzar el bombín y pagar, Adrián corría escalera abajo. ¿A qué jugaba Valeria? Aquella actitud era una irresponsabilidad. Uno no podía ir de *Lara Croft* por la vida sin asumir que los riesgos a los que se exponía no eran simples efectos especiales de Hollywood.

Antes de entrar en la calle de su piso, se escondió en un portal. Miró los coches aparcados. Creía que estaba todo despejado, cuando vio dos figuras sentadas en un coche en diagonal a su portal. Eran dos hombres con aspecto de forzudos que comían un bocadillo.

–Mierda.

Tendría que irse sin poder coger nada de casa. Por suerte, no había aparcado el coche cerca, así que fue a buscarlo. Sabía perfectamente dónde tenía que ir. Le esperaban cuatro horas de viaje. Sonrió, pensando que cumpliría la promesa hecha a Roberto. Por las Fiestas de la Virgen, estaría en Yecla.

31

Un pitido constante llenaba la sala. Un olor fuerte a desinfectante y medicamentos se adhería a la nariz. El Inspector Ponce miraba el cuerpo dormido de Alonso. Tenía todavía las manos manchadas de sangre de su compañero. Gracias a su presión en la herida y a la rapidez de la ambulancia, la vida de Alonso no corría peligro.

Samuel se dirigió a la comisaría donde le esperaba el comisario de los *Mossos d'Esquadra.*

–¿Cómo se encuentra?

–Está estable. Por suerte, el cuchillo no perforó ningún órgano vital.

El Comisario Pou se levantó, subiéndose los pantalones por encima de una gran barriga.

–Inspector Ponce, ¿qué hacían ustedes en el Hotel Oriente?

–Señor, seguíamos a Adrián Barral. Él fue quien denunció la desaparición de una chica llamada Valeria Soto, que ha resultado estar vinculada con las muertes de cuatro personas en diferentes lugares de España, uno de ellos, el abogado de Barcelona.

–¿Qué ocurrió?

- Alonso y yo entramos en el hotel y dejamos a un agente en el vestíbulo para controlar la salida principal y a otro en la salida de emergencia. Subimos por las distintas plantas buscando al chico. Cuando estábamos en el salón de desayunos, que tiene un hueco en la parte central, oímos unos golpes. Miramos hacia abajo y vimos a un hombre dando martillazos a una columna y una chica cerca. Bajamos al sótano y vimos que estaba el sospechoso con un martillo y un cuchillo y a Adrián Barral, en frente, con un punzón. El hombre que tenía el martillo coincidía con la descripción del autor de los homicidios. Alonso y yo nos pusimos uno a cada lado de Adrián. Yo apuntándole a él y Alonso al hombre que tenía a la chica. Todo ocurrió muy rápido. Se oyó un ruido y, de repente, vi que Alonso caía al suelo. Me giré y disparé al hombre. Me dirigí al cuerpo de Alonso y presioné con mi mano la herida, mientras la chica y Adrián escapaban. Supongo que ella era Valeria.

–¿Cómo salieron del hotel?

–El chico de la entrada dice que creyó oír el disparo en la primera planta, supongo que la apertura del salón hizo que el sonido subiera y resonara en aquella planta. Al dejar libre la entrada, pudieron salir con tranquilidad.

–Joder. ¿Por qué golpeaban las columnas?

–No lo sé.

–¿Qué más?

–El cuchillo es el mismo que se usó para los asesinatos. Es nuestro hombre.

–¿Le habéis identificado ya?

–Ahora iré a ver.

El Comisario Pou se sentó, dejando caer toda su masa corporal de golpe. Se rascó la papada, tal como hacía cuando se sentía presionado.

–Inspector, la prensa se nos está echando encima. Me ha llamado Zoe para saber qué ha ocurrido y se ha mostrado muy comprensivo cuando le he pedido mantener en silencio la noticia mientras no se sepa nada seguro.

Aquello sí que era una novedad. ¿Zoe Vega siendo cauteloso? ¿El mayor depredador mediático a quien no le importaba lo más mínimo pisar a la gente con tal de obtener una

primicia?

–¿Qué hay de los homicidios?

–Las cuatro víctimas tenían un nexo común: pertenecían a un grupo de *Facebook* y tenían los mismos intereses: la Astronomía y Yecla.

–¿Una secta?

–No, no. No creo que sea eso. Tan sólo eran ocho personas las que estaban metidas en el tema.

–¿Qué piensa hacer?

–Creo que la clave está en Yecla e intuyo que Valeria y Adrián habrán ido allí.

El comisario se frotó los ojos. Miró la foto de su mujer y sus dos hijas colocada en un marco de pie.

–Está bien. Coordínalo con la policía de allí.

Samuel fue a buscar al agente que estaba trabajando en la identificación del sospechoso. Había muerto al instante por los disparos de Samuel.

–Inspector, su nombre era Augusto Iglesias. Treinta y cuatro años. Nacido en Madrid. Su padre murió a manos de un traficante de drogas. Por lo visto, él también se dedicaba al tráfico de estupefacientes. Su madre, enganchada a la cocaína, murió cinco años más tarde de sobredosis. Internado en varios centros de aquí y de allí, finalmente se formó en la calle. Antecedentes de robos, peleas, agresiones y un largo etcétera. Sin embargo, estaba buscado por estar implicado en ciertos homicidios relacionados con la mafia italiana.

–¿Cómo?

–Por lo visto actuaba como mercenario, como matón.

–Joder, esto no me gusta.

Samuel pensaba que si ese era su trabajo habitual, era muy posible que los últimos asesinatos y el secuestro fueran un trabajo encargado por otra persona. No podía rechazar esa posibilidad. Dio una palmada en el hombro al agente, indicándole que había hecho un buen trabajo y ya se disponía a irse.

–Hay algo más, inspector.

La cara del agente, rubio, con marcas de viruela en la mejilla, expresaba cierta emoción por desvelar algo que sabe que puede ser fundamental para el caso.

–Tiene un hermano. Gemelo.

Cuando sus padres le dijeron que los Reyes Magos eran los padres, Samuel fue incapaz de reaccionar, ya que su mente empezó a elaborar todos los “claro, por eso…”. Ahora, cuarenta años después, se sentía igual de paralizado y quieto. En su cabeza oía una voz lejana que le susurraba. ¡Claro! Por eso parecía que era el mismo tipo el que cometió los asesinatos a la misma hora y en distintos lugares.

Todo encajaba.

El agente le indicó que el hermano se llamaba César. Fue una curiosa iniciativa por parte de sus padres la de repartir el nombre del primer emperador del Imperio Romano entre sus dos hijos gemelos. Al igual que Augusto, este estaba implicado en multitud de casos delictivos.

Dos matones, con el aspecto de uno, pensó Samuel. Como si fuera la oferta del mes de un supermercado.

Ahora, la gran pregunta era saber quién los había contratado. ¿Para quién trabajaban? Por el contrario, aquel descubrimiento significaba que el peligro no había acabado, ya que César seguía estando operativo y, además, muy dolido y enfadado por la muerte de su hermano.

¿Por qué habían huido Valeria y Adrián? ¿Qué ocultaban? Adrián había hecho lo correcto al acudir a la comisaría para denunciar la desaparición de su ex novia, pero ¿qué le había hecho cambiar de opinión y dejar de actuar con sentido común? Y lo más importante, ¿qué buscaban todos?

Tras analizar todo el sótano y las columnas, encontraron aquella extraña inscripción.

De Yecla a Vinaroz, quiénes y cuándo

Yecla. Todo parecía llevar a Yecla.

–Pues bien, allí iremos –dijo en voz alta.

32

Antes de ir a Yecla, decidió acercarse a Ronda. El Inspector Ponce quería visitar el lugar del primer crimen. Voló hasta Málaga desde Barcelona. Al igual que en el aeropuerto de Barcelona, habían construido una terminal nueva, aunque en este caso la nueva estaba justo al lado de la antigua. Y, al igual que en el caso de Barcelona, también había recibido multitud de críticas por la inversión realizada.

Un coche de la policía le esperaba fuera. Había avisado a la comisaría de allí para anunciarles que iría a Ronda y necesitaba su colaboración.

Dejaron Málaga y tomaron la autopista dirección a Marbella para, una vez llegar a su altura, seguir hasta el desvío de San Pedro de Alcántara. A partir de ese momento, el trayecto se convirtió en un constante ascenso por una carretera comarcal de dos carriles. Samuel admiraba el paisaje que envolvía todo aquel paraje. Vastas montañas rodeaban el horizonte.

–¿Ha estado en Ronda, inspector? –le preguntó el agente que le acompañaba.

–No.

–Pues cuando tenga más tiempo, le recomiendo que venga a visitarla.

–Eso espero, tener más tiempo.

El agente sonrió. Se hacía cargo de que ser inspector de policía de una gran ciudad como Barcelona debía suponer una gran carga de trabajo.

–¿Está casado?

Ante la cara de sorpresa de Samuel, el agente se disculpó rápidamente.

–Lo siento, señor, no quería molestar.

–No, tranquilo, no pasa nada. Sí, estoy casado.

–Pues le recomiendo que venga aquí con su mujer, paseen por Ronda y admiren el atardecer en el Puente Nuevo.

–Tomo nota de su consejo.

Samuel le preguntó si era de Ronda y el agente, que se llamaba Javier, le respondió que de una población situada en la serranía de Ronda.

–Soy de Genalguacil. ¿Ha oído hablar de ella?

–Pues no.

–Entonces, después de visitar la ciudad, tendrá que bajar hasta Genalguacil.

El agente hizo un adelantamiento a una furgoneta de reparto.

–Todo el pueblo está escalonado, se adapta al empinado terreno –prosiguió el agente–; las casas son blancas y todo el conjunto está rodeado de castaños, encinas, alcornoques y pinsapos.

–Vaya, parece muy bonito. ¿Algún monumento?

–Bueno, tenemos la iglesia de San Pedro de Verona, creo que es del siglo XVII o XVIII. Pero lo más destacado son Los Encuentros de Arte.

–¿Qué es eso?

El agente hinchó el pecho, inspirando aire. Samuel se percató de que aquel chico se sentía orgulloso de poder describir las actividades de su pueblo.

–Verá, desde 1994, se realiza una actividad donde se mezcla el arte, la vida y la naturaleza. Durante quince días, en el pueblo se concentra la fuerza creadora de diferentes artistas, de cualquier lugar. No hay competencias ni corrupción mercantil, tan sólo el deseo de compartir. Durante esos días, los artistas crean obras y las exponen por las calles

y plazas. Ya hemos llegado.

Se adentraron por las calles de Ronda, hasta llegar al Puente Viejo. Desde el coche, Samuel pudo apreciar la grandeza de aquel lugar. Aquel punto estratégico determinaba la unión entre la naturaleza y el ser humano. Un puente encima de un gran acantilado unía dos partes de una población.

El director del asilo los llevó a la habitación de Santiago Muñoz, al tiempo que le explicaba que su hijo se había llevado ya ciertas cosas, pero todavía quedaban algunos objetos en el armario.

–Los hemos dejado aquí, para que no estorben al nuevo inquilino.

En el suelo, había una caja con un álbum de fotos, libros, un cuaderno, relojes y unos guantes. Samuel miró el álbum de fotos. Eran instantáneas antiguas de Santiago de joven. No había nada importante. Ojeó los libros y, entonces, se percató que había uno referente a la historia de Yecla. "*Al igual que en Viella"* –pensó.

Todos los caminos llevaban a Yecla. Abrió el cuaderno. Santiago había tomado notas de cosas dispares. Muchas, relacionadas con la posición de las estrellas y los días del año. Luego, había llevado a cabo una investigación minuciosa sobre la vida de Galileo Galilei.

En una hoja había escrito que estaba convencido de que su lucha con la iglesia le llevó a descubrir algo que podía destrozarla y romper científicamente sus cimientos.

También había muchos apuntes de Yecla. Descripción de lugares, monumentos, fechas claves.

En una hoja, había escrito una pregunta solitaria.

¿Cómo llegó el secreto a Yecla?

Samuel frunció el ceño. ¿A qué secreto se refería aquel viejo que parecía haberse aficionado a ser Indiana Jones en sus últimos años de vida? ¿Y por qué todo el mundo se obsesionaba con Yecla? Se frotó con la mano la frente para intentar aclarar sus pensamientos. Al ver el gesto, el agente que lo había acompañado le propuso tomarse un respiro.

–No puedo, tengo que ir a Yecla.

–Sólo un café. No lamentará haber ido donde voy a llevarle.

El Inspector Ponce aceptó a regañadientes. Giraron a la izquierda y, a pocos metros, atravesaron una entrada coronada por un arco en el que se leía en letras grandes: Hotel Reina Victoria.

Samuel sonrió, ya que le recordaba la entrada del parque jurásico.

Avanzaron por un camino rodeado de árboles, que finalizaba en un impresionante edificio antiguo.

Al entrar, Samuel tuvo la sensación de haber viajado en el tiempo. Se adentraron por el hotel, a través de salas con muebles antiguos, paredes tapizadas con motivos floreados, cortinas oscuras, lámparas de lágrimas de cristal colgadas del techo. Todo el suelo era de madera, crujiendo bajo los pasos que daban ambos a medida que se adentraban en el hotel.

Se sentaron en una mesa cerca de unos ventanales a través de los cuales se veía un inmenso acantilado.

–El hotel está situado en lo que se conoce como el Tajo de Ronda –le dijo el agente una vez les trajeron el café.

–¿De qué año es este hotel?

–De 1906. Lo construyeron según el estilo victoriano.

Samuel asintió. Ahora entendía la sensación de que en cualquier momento pudiese ver a *Sherlock Holmes*.

Aquellos quince minutos le sirvieron para relajar la mente. Realmente, había sido buena idea el tomarse el café en aquel lugar, rodeado de naturaleza.

Volvieron al aeropuerto de Málaga y, desde allí, el Inspector Ponce voló hacia Valencia.

33

Yecla, diciembre de 1642

Eliseo León nunca sospechó que el destino le depararía un papel importante en la historia de todo aquello. Se sentía feliz al volver a Yecla. Primero, porque significaba que la misión de enfrentarse a los franceses no había sido peligrosa. Y segundo, por cumplir con su otra misión secreta.

Los sesenta y un milicianos regresaron sanos y salvos y con sus arcabuces totalmente intactos. Limpios de pólvora y sangre.

Todo el grupo tuvo muy claro que debían dar gracias a la Virgen por haberles protegido.

Eliseo pensaba en aquel soldado francés que le había entregado el paquete, poniendo en peligro su vida. Eliseo no entendía mucho de creencias ni de Vírgenes, pero sabía mucho de intereses y dinero. El francés ya le había advertido que su ejército no bajaría. Algún motivo político tendría el ejército francés para no seguir atacando.

Al entrar en Yecla, la gente los recibió con vítores por su gran hazaña. Sin previo aviso, uno de los milicianos decidió gastar aquella pólvora que llevaba en su saquito, como una ofrenda a la Virgen. Aquello contagió a los demás arcabuceros, que se sumaron a la iniciativa, convirtiendo el paseo en un jolgorio de disparos. El humo de la pólvora al salir de los arcabuces empezó a llenar las calles, formando una espesa neblina. La gente se tapaba los oídos y empezaba a toser desesperadamente. Ya nadie aplaudía ante aquel caos. Algunos, sin saber qué ocurría, gritaron que los franceses atacaban, pensando que en realidad habían vencido a los milicianos y se habían disfrazado para poder llegar a Yecla y seguir atacando.

Aprovechando el humo, Eliseo se escabulló entre las callejuelas. Miró a su alrededor por si alguien le había seguido. La calle estaba vacía. Llegó a la dirección indicada. Golpeó la puerta. Hizo otras tres llamadas, pero nadie le abrió. Sin embargo, su instinto le decía que allí ocurría algo.

Forzó la puerta. La vivienda estaba totalmente en silencio. La casa denotaba un alto poder adquisitivo. Muebles rígidos y robustos llenaban el salón. La casa tenía un piso superior, al que se accedía por una escalera.

El cuerpo estaba tumbado en la cama, cubierto de sangre ya seca. Al doctor Puche le habían rebanado el cuello con un fino corte. Eliseo se percató de que habían estado rebuscando en todos los armarios y cómodas de la habitación. Toda la ropa estaba tirada en el suelo, así como varios libros.

Salió de la casa, con la respiración acelerada y notando que el corazón le latía con fuerza.

Tenía otras dos direcciones anotadas.

A lo lejos, aún se oían los disparos de sus compañeros.

Se acercó a la casa del comerciante de lana. La puerta estaba abierta. Decidió entrar, aunque ya intuía lo que encontraría.

Fabriccio estaba sentado en una silla, con los brazos caídos hacia atrás y la cabeza volteada a un lado. En su pecho, había un inmenso agujero, donde se mezclaban la pólvora

y la sangre. Se adentró en la casa, observando que también allí habían buscado algo. Todos los libros de las estanterías estaban por el suelo. Todo el contenido de los cajones, vaciado.

Eliseo cargó su arcabuz con pólvora y con la mecha encendida agudizó el oído por si oía algún sonido. La casa estaba vacía.

Alguien había visitado a los implicados en busca de algo y, al no conseguir lo que buscaba, los había matado. Deducía que el objeto deseado debía ser lo que el francés le había entregado. Eliseo empezó a sentir un enorme peso sobre sus hombros. Era una sensación nueva, extraña. Nacía en su interior un sentimiento de responsabilidad hasta ahora desconocido para él. Notaba el objeto en la bolsa como si fuera un animal que reclamase alimento.

Le quedaba la última dirección, aunque ya sabía lo que le esperaba.

Nada más abrir la puerta, notó un fuerte olor a descomposición que estuvo a punto de hacerle vomitar. Tuvo que colocarse el pañuelo que tenía para limpiar el arcabuz en la nariz, para así respirar el olor a pólvora.

Eliseo no era muy religioso. Sus únicos guías espirituales eran el dinero y el puñal, pero respetaba mucho el estamento religioso. Reconocía que las iglesias hacían en muchos sitios buenas acciones. Por eso, la visión del Padre Muñoz–Castro, apuñalado y con la cabeza destrozada a golpes, le dejó horrorizado.

Salió corriendo de allí, como si quisiera desprenderse de cualquier relación con todo aquello. Matar a un médico y un comerciante tenía su pase; pero a un cura, demostraba que aquellas personas eran el mismísimo diablo.

¿Dónde se había metido?

Pensaba que era una misión simple y sencilla, sin embargo, ahora empezaba a sentir el sabor del miedo en su boca, algo que muy raramente le ocurría. Eliseo León, un temible y eficiente mercenario, reducido a un inofensivo ciudadano en comparación con aquellos que habían matado a esos hombres.

De nuevo, estaba en la misma habitación de la Venta Las Quebradas. Allí donde se había reunido con el Doctor Puche, que ahora descansaba en paz, o eso deseaba pensar.

Por cuarenta maravedís, comió una libra de carne de cabra y por otros treinta y dos, una azumbre de vino. Con el estómago lleno y el alcohol corriendo por su sangre, notó que sus nervios se templaban.

Miraba la bolsa depositada encima de la cama. Allí se escondía el objeto que le había entregado el francés para que lo hiciera llegar a alguno de los tres destinatarios, junto con ciertas instrucciones.

¿Qué debía hacer ahora? Tenía el dinero. Eliseo León, el mercenario, había cumplido con su misión. No se requería nada más de él.

"*Vete*" –se decía–. "*Deja la bolsa en una de las casas y desaparece*".

Aquel nuevo sentimiento iba creciendo poco a poco en su interior. Pensaba en aquel francés, capaz de jugarse la vida por aquello. Sólo por eso, le respetaba. Él sabía muy bien lo que era correr con el peligro mordiéndote la nuca como si fuera un perro hambriento.

Eliseo León se tumbó en la cama. Estaba convencido de que el primero en morir fue el Padre, ya que el olor a descomposición era muy fuerte. Luego, habían ido a por el médico y el comerciante. Pero, ¿quienes? El francés ya se lo advirtió. Había personas dispuestas a matar por aquel objeto.

Notó que los ojos se le cerraban y la oscuridad le envolvía.

Se despertó de un salto. La habitación estaba a oscuras. Tenía toda la frente sudada. En el sueño, aparecían el doctor, el comerciante y el cura corriendo delante de un ejército de arcabuceros. Todos cargaban su arcabuz con la pólvora y acercaban la mecha lentamente. Él estaba entre los arcabuceros, pero con el arma caída. De repente, una mano se posaba en su hombro. Era el francés y le preguntaba por qué él no disparaba. Negaba con la cabeza, para darle a entender que no lo sabía. El francés le sonreía y acercaba los labios a su oído.

–Confío en ti –le decía.

Abrió la ventana para sentir el frío de la madrugada. Estaba todo silencioso. Algún perro ladraba a lo lejos. Observando las estrellas, tomó la decisión de que su misión no había acabado. No había hecho más que empezar.

34

Yecla, 5 de diciembre. En la actualidad

Los Tíos de las Punchas. Así eran conocidos los sargentos alabarderos que, vestidos de negro y con un guante en una de sus manos, realizaban la protocolaria invitación al vecindario para que se sumase a las fiestas de la Virgen.

Horas antes, se había dado el Acto de Beneplácito, en el que el Presidente de la Asociación de Mayordomos, cabos de escuadras, el sacerdote, la corporación municipal y, por supuesto, mayordomos y clavarios, se reunían con el alcalde para que autorizara a la compañía Marín Soriano Zaplana a bajar a la patrona del Santuario del Castillo. Entonces, una vez obtenido el permiso, se lanzaban quince cohetes desde el balcón del Ayuntamiento y respondían con otros quince cohetes lanzados desde el Santuario.

Aunque ya hacía días que los balcones estaban adornados con las colgaduras de la Virgen. Aquél era el momento en el que los vecinos colgaban dichos estandartes.

De forma espontánea, algunos vecinos salieron al portal de sus casas, armados con los arcabuces y disparándolos. Al mismo tiempo, algunos arcabuceros se reunían en la Plaza del Ayuntamiento o en el atrio de la iglesia para quemar la pólvora.

Roberto sonrió al ver la expresión asustada de Adrián ante los primeros disparos. Se trataba de un ruido seco, que hacía vibrar todo el cuerpo. Luego, se sumó el tañido de las campanas, que parecían querer competir con los disparos de los arcabuces.

En el aire quedó un agradable olor a pólvora, que fue perdiéndose poco a poco.

–¿Qué me dijiste que eran los clavarios? –preguntó Adrián una vez dejaron de oírse los tiros de arcabuces.

–Son los futuros Mayordomos de la fiesta. Hay dos tipos: uno es el Mayordomo del Bastón, que representa al Capitán Martín Soriano Zaplana, y el otro, el Mayordomo de la Bandera, representando al abanderado de la Compañía de yeclanos.

–¿Y los que salieron antes?

–Los alabarderos.

–Eso, ¿qué hacen?

–Pues invitan a todos a participar de las fiestas, escoltan a los pajes en el Paseo y protegen al abanderado, por eso llevan las alabardas, que son esas hachas con un asta de dos metros de largo.

–Vaya lío.

–¿Y sabes por qué han tirado quince cohetes?

–¿Hay una razón?

–Sí. Es un cohete por cada letra del nombre de Maria Inmaculada.

Roberto le hizo una señal para que le siguiera. Estaban cerca de la Iglesia Vieja, ubicada en la Plaza de la Asunción. El edificio destacaba por una gran torre que se vislumbraba a lo lejos. Les envolvía aún un agradable olor a pólvora y un frío intenso. El cielo estaba algo gris, con cierta amenaza de lluvia. Entraron al recinto por la puerta principal, mientras Roberto le daba una nueva clase magistral sobre la historia del edificio.

–Esta es la iglesia original. Fue construida entre 1508 y 1512 y consagrada en 1540. Compagina el estilo medieval con el renacentista.

–Me quedo igual. Oye, aclárame una cosa. ¿Qué representan las escuadras?

–Son un reflejo del ejército yeclano que fue a Catalunya en el siglo XVII para combatir contra los franceses.

Entraron en la nave cuya forma era rectangular. A ambos lados de la nave, se abrían unas capillas. Su interior era austero, sencillo, sin ornamentaciones ni decoraciones. Adrián pensó que se acercaba más a la frialdad del estilo románico que al renacentista, tal como le había indicado Roberto. Éste, intuyendo lo que estaba pensando Adrián, le aclaró que el edificio sufrió mucho en el año 1936.

–Fue incendiado y saqueado. Todo su interior quedó destruido, se perdieron el retablo, las esculturas y pinturas, archivos y reliquias.

–Vaya.

–La imagen de la Virgen permaneció aquí hasta 1868, año en que fue trasladada al Santuario.

Se aproximaron al ábside, que estaba dividido en dos niveles y al cual estaba adosada la sacristía. Un primer tramo con una bóveda de cañón decorado con recuadros y el otro, por una gran concha. Roberto le señaló ciertos restos de pintura.

–¿Y esto?

Adrián señaló una capilla cuadrada, con los muros totalmente lisos.

–Se trata de la capilla de enterramiento. Ven, salgamos. Vamos al Santuario del Castillo.

Adrián arqueó las cejas, pues no recordaba haber visto ningún castillo por la proximidad.

Una vez fuera, Roberto le señaló la torre.

–La torre tiene sus detalles. En el friso están labrados los personajes de los estamentos sociales de la época. Luego, en la fachada norte, hay estatuas de siete caballeros que representan la nobleza del Siglo XVI; y en la fachada sur, se aprecian cuatro cabezas, que creo que representan las diferentes etapas del hombre. También se aprecia la cara de un león. Además, existen otros dos rostros que reflejan una expresión de angustia y cuyo propósito se desconoce. En la fachada este, hay grabados los rostros de dos mujeres, posiblemente la Virgen y María Magdalena y, finalmente, en la fachada oeste, se representa el clero.

Mientras oía toda la explicación de Roberto, Adrián contempló toda la prolongación de la torre, que estaba coronada por una aguja que sostenía una gran bola de hierro.

–Vayamos al Santuario.

La pendiente se hacía cada vez más pronunciada. Se encaminaron por una carretera asfaltada que serpenteaba a medida que subía. Cuanto más ascendían, más frondosa se hacía la vegetación.

Llegaron a la cima con la respiración acelerada y jadeando para intentar recuperar el oxígeno perdido. Se hallaban en un magnífico mirador desde el cual se veía toda la ciudad de Yecla.

–Estamos en el Cerro del Castillo.

–¿Por qué del Castillo? Antes me dijiste el Santuario del Castillo también.

–Sí, en la otra cara del cerro están los restos de un antiguo castillo de la época de dominación musulmana, más o menos el siglo X. La fortaleza era un punto estratégico en las vías de comunicación que unían el interior de la península con las costas sureñas del mediterráneo español, a parte de su función defensiva.

Adrián levantó la mirada al edificio del santuario con expresión ceñuda.

–¿Y el santuario es de esa época?

–Que va, se hizo en el siglo XIX. Mira.

Roberto señaló en la parte superior de la fachada para que Adrián viera una imagen pétrea de la Virgen, flanqueada por dos torres gemelas.

Se acercaron al mirador. Una fuerte ráfaga quiso recordarles que, a esa altura, la naturaleza es quien domina los elementos.

Ante ellos, se extendía toda Yecla, con la cúpula de la Iglesia Nueva, con su espiral azul y blanca, destacando sobre el conjunto.

–¿Y dices que Valeria está aquí?

–Sí.

–Es raro. No me ha dicho nada.

Adrián suspiró, pensando que últimamente no había explicado nada a nadie.

–Roberto, Valeria está metida en un buen lío. Lo que te voy a explicar es posible que te parezca un tanto increíble, pero puedo asegurarte que lo he vivido en mis carnes.

Aprovechando la soledad del lugar, Adrián le explicó lo sucedido en el Hotel Oriente, los misterios de un extraño objeto vinculado a Galileo Galilei y que aparentemente se encontraba escondido en Yecla, todos los hechos ocurridos en 1642 y la manera en que todo ello estaba relacionado. Le habló también de la existencia de ese misterioso personaje llamado Ludovic y sus cartas encontradas en el archivo de la Biblioteca.

Roberto permanecía en silencio, mirando la ciudad. El viento movía su pelo. Adrián no sabía cómo interpretar el silencio. ¿Estaría pensando que estaba loco?

–Adrián –Roberto hablaba con calma, sopesando las palabras–, esto me suena un poco a película.

–Ya lo sé.

–Sin embargo, todo lo que me has explicado encaja perfectamente. Bajemos y comamos algo. Luego, con el estómago lleno, te daré mi opinión.

35

Adrián saboreaba aquel plato que jamás había comido. Para ello, seguía atentamente las indicaciones de Roberto.

–Ahora, coge las anchoas, enróllalas en la torta y para adentro.

El gazpacho yeclano estaba compuesto por una torta de base, sobre la que se echaba un sofrito de champiñones, conejo, ave, espinacas y pimiento.

Roberto le llenó la copa con más vino.

–Este vino está bueno. ¡Vaya! –Adrián sonrió al ver en la etiqueta el nombre. Iglesia Vieja Reserva 2003.

–Ya ves que aquí todo es muy yeclano.

El vino le estaba dando un agradable calor en todo el cuerpo. Roberto cambió su expresión relajada.

–Adrián, me preocupa lo que me has explicado y de lo que son capaces esos tíos.

–A mí también.

–Sabes, nunca pensé que Yecla pudiera ser el centro de un gran misterio.

Lo que no se imaginaba Adrián era que algún día se vería implicado hasta la médula en el desarrollo de dicho misterio. Cuando pensaba en los riesgos que estaba asumiendo, se le encogía el estómago como si fuera un gusano de tierra. Aún recordaba la imagen de aquel hombre con un cuchillo en la mano, que acabó clavado en el pecho del policía.

–Roberto, tienes que ayudarme,

–No sé, Adrián. Todo esto me da un poco de miedo.

–A mi también, pero no podemos dejar a Valeria sola.

–En eso estoy de acuerdo contigo.

–¿Me ayudarás?

Roberto parecía valorar la situación. Era como si estuviera colocando en una balanza imaginaria los pros y contras de implicarse en aquella aventura. Lo suyo era la historia. Los libros, los datos, los personajes. Fuera de eso, tenía su grupo de música y su novia. Tuvo claro qué decisión debía tomar.

–Lo siento, Adrián.

Adrián entendía perfectamente su negativa, pues él aún se preguntaba por qué seguía en ello.

–Está bien. Pero ayúdame al menos con tus conocimientos.

–Eso, por descontado.

–¿Qué sabes de la Pascalina?

Roberto pidió al camarero un par de cafés.

–Como te dije el otro día, Blaise Pascal inventó la Pascalina como una herramienta de ayuda en el trabajo de su padre. Era de tipo mecánico y funcionaba mediante ruedas y engranajes. En 1649, recibió un privilegio real que le concedía derechos exclusivos para hacer y vender calculadoras en Francia. En 1652, Pascal ya había producido unos cincuenta prototipos, pero sólo consiguió vender una decena de máquinas. Se ve que el coste y la complejidad del artilugio dificultaban su difusión.

–¿Cómo funcionaba?

–Bueno, tenía una serie de engranajes. Por lo visto, muy parecidos a un reloj. La idea era que una de las ruedas, al dar un giro completo, en este caso la de la centena, hiciera girar la rueda de las decenas y así sucesivamente. Estaba compuesto por ocho círculos,

que corresponden a ocho números. Con estos ocho números, la Pascalina permite hacer operaciones con números enteros racionales, es decir, con decimales finitos. Para ello, hay dos números de los ocho que serían los decimales. La máquina tan sólo podía sumar y restar.

–¿Sumar y restar?

–Sí, así es. ¿Qué pasa? Has puesto cara de ver un fantasma.

Adrián buscó en su libreta. Una vez hubo encontrado lo que buscaba, le enseñó el último escrito añadido en la biblioteca.

> La ofrenda sigue en su sitio. La vejez soporta la bola de la experiencia, la culpa y los errores ante la mirada de ella.
>
> La suma se dejó igual. A la resta se le sumó la cifra de tres números.
>
> Su muerte marca el número.
>
> Cada letra nos ilumina.
>
> Cuando ella da vueltas, nos despedimos de nuestras emociones.
>
> Y tantas veces alabó al señor nuestro encuentro, que su número queda grabado.
>
> P.D.: Entre Gabaón y Ajalón viven nuestras esperanzas.
>
> Jerónimo León, 08 de enero de 1842

–Suma y resta. Una carta de Ludovic también mencionaba suma y resta.

–Pues todo indica que con la máquina se tendrá que hacer primero una suma y luego una resta.

Adrián comprendió que esas frases tan raras se referían a los números que debían usarse en la operación. La otra cuestión era cuál era el número al que se tenía que sumar y restar.

–¿Cómo era esa Pascalina?

–Joder, Adrián, estamos en la era del conocimiento virtual. ¿No se te ha ocurrido buscar por Internet?

De tanto ojear cartas y documentos de siglos anteriores, había olvidado completamente la tecnología del siglo actual. Buscó en su móvil la palabra Pascalina. Apareció un texto, explicando lo mismo que Roberto le había relatado. De repente, apareció una foto. Su sangre se congeló. No le llegaba aire a los pulmones. Tenía ante sí la imagen de un aparato rectangular, de color dorado, con una serie de medallones. Él ya había visto uno de esos medallones. Valeria se lo había llevado de la columna del Hotel Oriente.

–¿Estás bien? –le preguntó Roberto al ver la palidez de la cara de Adrián

Este continuaba en silencio, mirando la imagen, hipnotizado.

–¡Adrián!

Adrián se sobresaltó.

–Perdona. Estaba intentando hacerme a la idea de cómo funcionaba.

Tras haberse despedido de Roberto, Adrián caminó por las calles estrechas de Yecla, reflexionando sobre lo que había descubierto. La Pascalina era la máquina que habían ocultado en Yecla. Era también el recipiente donde se había escondido el secreto de Galileo Galilei. Para redondearlo todo, el mecanismo de la Pascalina se parecía al de un reloj, algo en lo que, según había podido leer, había estado trabajando Galileo.

Pasó por delante de la Iglesia Nueva sin percatarse del movimiento de arcabuceros. Llegó al final del Parque de la Constitución. Al darse cuenta de hasta dónde había llegado, recordó que tenía pendiente visitar a dos personas que le había indicado Roberto la primera vez que se conocieron.

Se acercó al colegio y llamó a la puerta.

Una mujer mayor abrió, murmurando cosas en voz baja.

–¿Qué ocurre? Son fiestas, caballero.

–Ah, lo siento. Pero entonces, ¿qué hace usted aquí?

–Oiga joven, no es asunto suyo lo que yo esté haciendo aquí –La mujer se calló y

decidió no parecer tan misteriosa–; es el mejor día para archivar algunas cosas.

–Le entiendo. Verá, quisiera hablar con una profesora que se llama Alba.

La mujer se quedó muy quieta mirando a Adrián, incapaz de reaccionar. Adrián pudo ver que el rostro de la mujer iba perdiendo color. Los labios le temblaron y sus ojos mostraban cierto rechazo por el visitante.

–¿Quién es usted? ¿Es una broma de mal gusto?

–No. Soy un amigo, nada más.

–Pues, para ser amigo, no sabe gran cosa de Alba. Está muerta.

Adrián notó como el viento frío penetraba en su ropa. Un escalofrío removió todo su cuerpo.

–Lo siento.

–Fue asesinada. Todavía no saben quién ha sido.

–¿Asesinada?

–Sí. La apuñalaron en su portal.

–Con un puñal –Adrián repetía como un loro sin conciencia lo que oía de la mujer.

–Pobre Alba –La mujer empezó a llorar.

Adrián se sentía culpable por haber despertado el doloroso recuerdo en la mujer.

–Lo lamento mucho –Decidió que lo mejor que podía hacer era irse de allí.

Se despidió de la mujer, sintiendo unas fuertes náuseas. Era como si alguien le hubiese cogido por los pies, colocándolo boca abajo y lo estuviera sacudiendo. Dio algunos pasos inseguros. Se aproximó a un árbol y vomitó.

Valeria tenía que dejar todo aquello o de lo contrario sería la próxima víctima. ¿Y él? ¿Qué se suponía que estaba haciendo? ¿Se creía el bueno de la película que lucha contra los villanos? Él, que apenas una semana antes estaba realizando evaluaciones de riesgos, pasando informes en la oficina o dando formación a trabajadores. La oficina, ese era su sitio, y no un enigma templario o lo que fuera.

Entró en un bar. Se tomó un vaso de vino. Su calor pareció reconfortarle el cuerpo.

Sabía que Valeria tenía previsto visitar a alguien más ¿Quién podía ser esa persona? Por lo visto, se trataba de un hombre de una escuadra llamada Los Celadores. ¿Dónde había leído ese nombre? Abrió su libreta negra *Moleskine* y buscó la lista de conceptos a tener en cuenta. Allí estaba, en la séptima línea.

Galileo Galilei
Yecla
Fiesta Inmaculada Concepción
Agujeros negros
¿Calculadora?
¿Vinaroz?
¿Celadores?
Hoteles
Monasterios o convento
¿El Tiempo?
61

¿Quiénes eran los Celadores? Lo desconocía, pero algún tipo de relación tenían con todo aquel misterio. Buscó en el *Iphone* la palabra. Según el diccionario, “celador” es la persona encargada de tareas de vigilancia o de apoyo.

Preguntó a un hombre vestido completamente de negro por el local de la Escuadra los Celadores. Siguiendo las indicaciones, llegó a una casa antigua. Había mucho movimiento debido a las fiestas.

–Hola, quisiera saber si alguien conoce a Valeria Soto –le dijo a un hombre de unos cuarenta años.

–No sé quién es. Pregunta más adentro.

Adrián fue formulando la misma pregunta y en todos los casos obtuvo el mismo resultado.

Un viejo con la espalda encorvada se acercó a él. Se quedaron mirándose en silencio. A Adrián no le fue necesario preguntarle nada para saber que aquel hombre sí conocía a Valeria.

–¿Era usted con quien hablaba Valeria?

–Sí, joven. ¿Qué le ha ocurrido?

–Aún no lo sé pero, para empezar, ha desaparecido.

–¿Desaparecido?

–Bueno, el término correcto sería "huido". Digamos que me dio esquinazo y necesito encontrarla; corre un grave peligro.

–¿Y cómo es que has llegado hasta aquí?

–Porque en sus notas constaba el nombre de esta escuadra.

El anciano sonrió. Era una sonrisa de satisfacción. Al ver esa reacción, Adrián se puso en guardia. El viejo sabía algo.

–¿Qué sabe de Valeria?

–¿Cómo te llamas?

–Adrián.

–Mira, Adrián, esto es más complicado de lo que parece. Sígueme.

El viejo llevo a Adrián a una mesa donde había en un plato de empanadas de patata y de tomate.

–Come una, verás cómo te llena el estómago.

–No gracias, no tengo hambre.

Álvaro Zaplana le dio varios mordiscos a la empanada.

–Valeria está cerca de descubrir algo importante –La voz del viejo se volvió serena y grave–. Todo estaba dormido, ¿sabes? Ya nadie se acordaba de que 1642 fue el año en que el destino tejió una red que unía Arcetri, Rouan y Yecla. Todo estaba dormido.

Adrián esperó a que siguiera hablando, temiendo interrumpir el discurso.

–Un misterio vive de recuerdos, esperanzas e ilusiones. El paso del tiempo fue amasando los elementos que formaban parte de todo este lío y el misterio se volvió leyenda. Pero no todos olvidamos. Los Celadores de los Astros persistimos.

–Pero, ¿qué tiene que ver Valeria con todo esto?

–Es una simple pieza, pero a veces la humanidad avanza gracias a estas minúsculas piezas. Tu chica escarbó en el pasado, removiendo viejos conocimientos y descubriendo nuevas conexiones.

–Es decir, se cruzó por casualidad en vuestro camino.

–Sí.

–¿Quiénes sois?

Álvaro Zaplana emitió unos extraños ruidos parecidos a una tos, pero que venían a ser una pequeña risa.

–Perdona que me ría, pero es que no deberías hablar en plural. Tan sólo soy yo. Soy el heredero de aquellos que idearon el plan para traer en su día la Pascalina aquí. Mi nombre es Álvaro Zaplana.

Álvaro se quedó en silencio, pensativo.

–Durante muchos años estuve buscando también la Pascalina, pero nunca llegué a descifrar ciertos enigmas. Y entonces, apareció Valeria.

–No es la única persona que la busca.

La mirada de Álvaro perdió por un momento todo rastro de dulzura. Sus manos temblaron.

–¿A qué te refieres?

Adrián se levantó, dándole la espalda al viejo.

–Valeria estuvo secuestrada por alguien que buscaba lo mismo que ella. La encontré en los sótanos del Hotel Oriente, en Barcelona, y el secuestrador murió a manos de la policía pero, según me contó, aquel hombre trabajaba para otros.

–Dios mío. La historia se repite. Tal como Ludovic tuvo que huir, ahora hay otros que quieren la Pascalina para su beneficio.

–Sí, y están dispuestos a cualquier cosa.

–¿Y Valeria?

–Huimos del hotel, pero luego se escapó de mí. Supongo que debe estar aquí.

Entonces, Álvaro arqueó las cejas. Levantó el dedo índice, apuntando hacia Adrián.

–¿Qué hacíais en el hotel Oriente de Barcelona?

–En los sótanos, están los restos del antiguo convento en que se escondió Ludovic. En una columna del antiguo claustro, escondió una clave.

El ruido de la palmada sobresaltó a Adrián. Por un momento, el brillo en la expresión de Álvaro, hizo pensar a Adrián que el viejo había rejuvenecido veinte años de golpe.

Sonreía con toda la anchura posible que le permitían los labios, mostrando la escasez de dientes.

–¡Claro! Esa chica vale mucho.

–Sí, pero sigue en peligro.

–Y tú también, Adrián. Ándate con ojo.

Aquella advertencia le provocó un escalofrío que recorrió toda su espalda. Era consciente del riesgo que asumía y, por ello, no necesitaba que otra persona se lo recordara. Ante la necesidad de eliminar de la conversación la palabra "peligro", decidió cambiar de tema preguntando algo tan elemental como básico para entender todo aquel gran misterio.

–Álvaro. ¿Qué hay en la Pascalina?

–Eso, amigo mío, no lo sabe nadie –Su voz se convirtió en un susurro–. Se hicieron cábalas sobre si había descubierto una nueva dimensión o algo relacionado con vida en otros planetas. No se sabe. Pero Valeria intuía algo. Me dijo algo relacionado con una de las plegarias de Ludovic. No sé. Es posible que, después de todo, esa máquina no haga nada especial.

Álvaro se levantó apoyándose en un bastón. Sus piernas se tambalearon un poco debido a estar tanto tiempo sentado, pero enseguida recuperó el equilibrio.

–Aquí hay tres misterios que resolver: ¿dónde está la Pascalina? ¿Cómo se activa? Y, el más importante, ¿qué hace o qué contiene? –La voz del anciano había sonado ahora firme y severa–. Ten cuidado.

–Lo tendré. Pero, para mí ahora mismo hay otro misterio: el paradero de Valeria. Gracias, Álvaro.

Adrián abandonó el local de la Escuadra los Celadores con una sensación amplificada de peligro. Tras saber que Alba, la profesora con la que mantenía contacto Valeria, había sido asesinada, y escuchar los consejos de Álvaro pidiéndole que anduviera con cuidado, su parte racional le aconsejaba que abandonara aquella aventura.

–"*Vuelve a la oficina y ponte delante del ordenador*" –se dijo a sí mismo.

36

–¿Cuántas personas participan en las fiestas?

La Inspectora Puche dudó un instante antes de responder.

–Diría que alrededor de dos mil, entre músicos, tiradores, cargadores, turistas, etc.

–Buf.

El Inspector Ponce se sobresaltó un poco al oír los disparos de los arcabuces. Era el primer día de las fiestas, con el Acto del Beneplácito. Sin embargo, lo importante empezaba al día siguiente.

Samuel recordaba vagamente las Fiestas de la Virgen de Yecla. Había ido hacía muchos años y solamente se había quedado el día de la Alborada. Sus recuerdos se limitaban a fiesta, alcohol, disparos con arcabuces y frío. Eran otros tiempos, otras edades.

Un agradable olor a pólvora envolvía todo el ambiente.

–¿Cómo está tu compañero?

–Bien, se va recuperando.

–Menudo susto.

–Sí.

La imagen de aquel momento en el sótano del Hotel Oriente le provocó un estremecimiento. Anduvieron por la calles de Yecla, donde ya se respiraba la emoción de las fiestas.

–¿Y dices que el chico y la chica están aquí?

–Sí, estoy seguro. Escaparon y hemos vigilado sus pisos y el de sus respectivos padres en Barcelona y no han acudido allí. Luego, nos avisaron desde la concesionaria de peajes en Tarragona que había identificado la matrícula que habíamos difundido. Lo más seguro es que estén aquí. Además, las víctimas parecían tener información o documentos de Yecla.

–No lo entiendo.

–Yo tampoco, pero aquí se está cociendo algo.

–¿Dónde te hospedas?

–En el Hotel Avenida.

–¿Quedamos para cenar? No pretenderás que te deje solo en Yecla siendo fiestas.

Samuel aceptó la invitación, aunque prefería quedarse en la habitación viendo alguna película.

–Explícame lo del asesino de Alba.

–Verás, su nombre era Augusto. Murió al instante por los disparos recibidos. Su cuchillo concuerda con la herida de las víctimas. Lo que ocurre es que tiene un hermano gemelo. Y también es un matón.

–Mierda.

–Estos tíos trabajan para alguien que les está pagando para buscar algo.

La inspectora Puche miró inquisitivamente a Samuel, intentando entrever algún tipo de pista que le estuviera ocultando.

–¿Sospecháis de alguien?

–No. No hemos encontrado nada sospechoso en los objetos personales de Augusto. Tenía un móvil, pero de tarjeta. Cada día compraba una y destruía la otra.

–¿Un pez gordo?

–No lo sé.

–Pero, ¿para qué quieren a la chica y al chico?

–Creemos –Se detuvo un momento al ser consciente de que hablaba en plural, cuando había estado a punto de quedarse sin compañero–, creemos que quien les interesa es la chica. Si te fijas, la mantuvieron secuestrada, con vida, e incluso la llevaron al sótano del hotel. El chico es un acoplado. Busca a la chica y se ha visto envuelto en el tema.

–¿Qué hacían en el sótano?

–No lo sé. Cuando llegamos, Augusto estaba dando golpes con un martillo a una columna, bajo la que había otra columna. Los expertos nos han dicho que se trata de la columna original de un antiguo convento que había allí.

–No suena muy alentador. ¿Algún tipo de búsqueda del Santo Grial?

–Eso parece. Creemos que se trata de un grupo de gente que cree en la existencia de alguna antigua leyenda relacionada con un misterioso artefacto y alguno de ellos se lo ha tomado algo más en serio de lo normal...

–Tengo una idea. No sé si estará abierta, pero probaremos.

Anduvieron por una calle estrecha. Llegaron a un edificio antiguo, con una bandera fuera. La Inspectora Puche llamó a una gran puerta de madera.

–¿Dónde estamos?

–La biblioteca.

–Pero, ¿no son fiestas?

–Sí, pero muchas veces se hacen exposiciones y esas cosas.

Una mujer con el pelo canoso abrió la puerta un tanto extrañada de oír golpes. Les informó de que la biblioteca estaba cerrada.

–Soy la Inspectora Puche y él es el Inspector Ponce. Quisiéramos hablar con el director.

–¿Ocurre algo?

–No, tan sólo queremos consultarle una cosa.

La mujer cerró de nuevo la puerta. Esperaron fuera durante cinco minutos, que a Samuel le parecieron eternos por el frío. La puerta se abrió. Un hombre de constitución fuerte les hizo entrar.

–Hola, Inspectora Puche, ¿qué le trae por aquí? ¿Algún libro para devolver?

–No, la verdad es que hace tiempo que no piso la biblioteca.

–Ya lo sé. Hay que leer más. Leer abre la mente y mejora nuestra percepción de la realidad.

La Inspectora Puche sonrió y prometió coger un libro la próxima vez. De repente, el semblante de la inspectora cambió por uno más serio.

–Elías, puede que nuestra consulta te parezca un tanto extraña, pero desearíamos saber si en Yecla hay algún tipo de leyenda de un tesoro templario o algo así.

Lo primero que pensó Elías fue que tenían suerte de que fueran policías, de lo contrario los echaría fuera. Les miró con atención en busca de alguna señal que le indicara que se trataba de alguna broma, pero ambos inspectores permanecían con el semblante serio.

–Pues no. No hay nada de templarios ni misterios ocultos. Pero, si me dice por qué lo pregunta es posible que pueda orientar mejor la cuestión.

La Inspectora Puche miró a Samuel. Él asintió, permitiéndole que le explicara lo que buscaban.

–Verás, ha habido varios asesinatos, uno de ellos en Yecla y los otros en Viella, Barcelona y Ronda. Todas las víctimas parecían tener un cierto interés por Yecla. A eso, hay que añadirle el secuestro de una chica que parece estar buscando algo en concreto también relacionado con Yecla. Quien la secuestró, sabía que la chica había descubierto cosas interesantes y la utilizó. Luego, hay un chico de por medio que, al parecer, también busca lo mismo. Ahora sospechamos que se encuentran todos en Yecla. Necesitamos entender qué hay detrás de todo esto para evitar otro asesinato.

Elías dejó escapar un silbido.

–Vaya lío. Pasemos a mi despacho.

Bajaron a la planta sótano. Elías se sentó tras su escritorio y la Inspectora Puche, en la única silla que había enfrente, mientras que Samuel se quedó de pie.

–Lo siento, no tengo más sillas.

–No se preocupe –dijo Samuel

–Verán, si he de serles sinceros, últimamente he tenido consultas un tanto extrañas.

–¿A qué se refiere? –La voz de Samuel delataba cierta inquietud.

–En apenas un mes, he recibido la petición de ver unos archivos determinados por parte de tres personas distintas. La primera fue una chica, luego un hombre alto, de piel muy blanca y pecas y, por último, un chico joven muy majo.

El Inspector Ponce depositó encima de la mesa tres fotos: una de Valeria, otra de Augusto y la última de Adrián.

–¿Son ellos?

–Sí –Elías se sorprendió al ver que la policía ya tenía perfectamente identificadas a esas tres personas.

–¿Qué archivo solicitaron ver?

–Se trata de unos documentos del siglo XVII.

–Vaya, parece que esto se pone interesante.

–Se trata de unas cartas enviadas a Yecla por parte de un francés llamado Ludovic. Menciona una ofrenda realizada a la Virgen que debía custodiarse. Las fechas coinciden tras los hechos de 1642.

–¿La partida a Vinaroz?

–Exacto. Es curioso, porque los tres hicieron anotaciones y quedaron muy sorprendidos de lo que leían.

–Señor Elías, ¿cree usted que puede haber algo escondido en Yecla? –La pregunta de Samuel había sido directa.

Elías se rascó la nuca.

–Miren, soy bibliotecario e historiador y he colaborado con el ayuntamiento en ciertos yacimientos arqueológicos. Ya saben que se dicen muchas cosas del Monte Arabí, que se ven platillos volantes por allí y esas cosas. Sin embargo, hay una leyenda que se ha perdido en el olvido. La creencia de que Yecla guardaba el último secreto de Galileo Galilei. Desconozco en qué consistía ese secreto y por qué tanto misterio. Hubo una persona, hace años, que estuvo indagando al respecto.

–¿Quién?

–Vayan a la Escuadra de los Celadores y pregunten por Álvaro Zaplana.

En aquel instante, el Inspector Ponce supo qué debía sentirse cuando uno se tiraba de un puente atado por los pies con una cuerda elástica. Tuvo la sensación de que el estómago se le subía hasta el cuello.

–¿Ha dicho los Celadores? ¿Qué es ese nombre?

–No lo sé. Cada escuadra escoge el nombre.

Una vez estuvieron fuera, la Inspectora Puche le preguntó qué sucedía.

–El nombre de la escuadra coincide con el del grupo de *Facebook* al que estaban agregadas las víctimas.

La noche ya había caído sobre Yecla. Se acercaron al local de la escuadra, pero les indicaron que Álvaro Zaplana no estaba. La Inspectora Puche llamó a comisaría para que encontraran la dirección de Álvaro.

Se trataba de una casa antigua, algo descuidada por fuera, situada de camino al cementerio. Nadie respondió.

–Vamos a cenar y luego volvemos.

Samuel pidió una ensalada y bacalao a la vasca, mientras que la Inspectora Puche cenó una crema de verduras y una ensalada. No podía negar que era una mujer atractiva. Poseía unos labios sensuales. Su cuerpo esbelto y atlético dejaba entrever unas curvas peligrosas.

Durante la cena, hablaron de sus carreras profesionales, de los delitos de sus ciudades y de su vida. A Samuel, le dio la sensación de que recalcaba mucho el hecho de que estaba soltera, sin compromiso ni relación alguna. Por el contrario, no pareció interesarse mucho por su esposa ni por sus hijas.

Una vez salieron a la oscuridad de las calles, el frío aumentó su intensidad. Se dirigieron de nuevo a la casa de Álvaro, cuando de repente, ella se detuvo. Samuel se giró y vio en ella la decisión de ataque. Se aproximó lentamente, como el gato que tantea el terreno. Cuando su cara se encontró a apenas un palmo de la de él, Samuel la detuvo.

–No. Lo siento.

–Estás lejos de casa. No pasa nada.

–Sí pasa.

La inspectora dejó escapar un soplido.

–Lo siento, pero no.

–¿Es por qué estas casado?

–No

La expresión de sorpresa hizo sonreír a Samuel.

–No es porque esté casado, es porque quiero a mi mujer, que es muy diferente. Si te dijera que la razón es porque estoy casado, te daría entender que me siento atrapado, atado, y que si no estuviera casado, podría hacer lo que quisiera. Y no es el caso. Me da igual estar casado o no, pero quiero a mi mujer y no se me pasa por la cabeza engañarla.

Un gato maulló en la lejanía. La inspectora giró la cabeza hacia el lugar.

–Perdona. No quería ofender.

–Tranquila. Me siento muy halagado. ¿Vamos?

Volvieron a llamar a la puerta, pero nadie respondió. Decidieron intentarlo al día siguiente.

37

Erik Lekker miraba por la ventana a todos aquellos hombres vestidos de negro disparar los arcabuces. Detrás de él, oyó como Zoe elevaba la voz hasta convertirse en un grito.

–¡No quiero más fallos!

César no mostraba ninguna expresión de miedo. Su mirada fría y pétrea transmitía determinación y, sobre todo, venganza. Y aquel sentimiento es el que quería explotar Zoe.

–¿Debo recordarte que por culpa de esa mujer tu hermano ha muerto? Encuentra a la chica, que te lleve al objeto y luego mátala. ¿Me has entendido?

César asintió con la cabeza. Sin decir ni una palabra, se fue del piso.

–¿Cuánto te ha costado el pisito?

–No te preocupes por eso. Lo importante es encontrar a la chica.

Zoe había adquirido aquel ático en previsión de que tuvieran que desplazarse a Yecla para actuar desde allí. Desde que supo lo ocurrido en el Hotel Oriente, planificó el viaje a Yecla. Había llamado a Erik Lekker para que se añadiera a la misión, ya que le había entregado toda la documentación que había sustraído a Valeria de su ordenador.

–¿Qué demonios están haciendo con tanto disparo?

–Se trata del Beneplácito. Es el protocolo con el que se da inicio a las fiestas.

Zoe se sirvió una copa de whisky, con dos cubitos de hielo y suspiró profundamente.

–Es una lástima lo de Augusto. Era más listo que César, él es más… depredador.

–Zoe, debemos centrarnos en nuestro objetivo.

–Sí. Tienes razón. Vuelvo a hacerte la pregunta, ¿estás seguro de que está aquí?

–Ludovic se encontró con su contacto en Vinaroz cuando los sesenta y un yeclanos pasaron allí una temporada para defender el enclave del ejército francés. Las órdenes fueron que volviera a Yecla para esconder la Pascalina que había traído desde Rouan. Sí, no hay duda.

Su teléfono móvil sonó. César le indicaba que había encontrado al chico. Había ido a una escuela y luego a un local donde había una escuadra llamada los Celadores.

–¿Qué hago?

–Entra y mira qué hace.

–¿Qué ocurre? –preguntó Erik cuando colgó.

–César ha visto al chico. Ha entrado en una escuadra llamada los Celadores.

–Vaya. Esto pinta bien. El nombre es indicativo.

–Sí.

Zoe respiró satisfecho por ese pequeño avance. Aquel nombre pertenecía al grupo de defensores que había protegido en 1642 el secreto de Galileo Galilei.

Gracias a sus contactos con la policía, había conseguido obtener la historia de lo sucedido en el Hotel Oriente. Descubrió la presencia de un chico. Su contacto le consiguió el nombre, Adrián Barral. Le fue fácil conseguir una fotografía suya. Zoe desconocía quién era y por qué estaba implicado en toda aquella aventura. Lo único que sabía es que era técnico de prevención de riegos laborales.

Sabía que estaba cerca, muy cerca. Erik le había comentado que aquello que estaba anotado en la columna era un código para usar la Pascalina. Estaba claro que la chica sabía lo que hacía, así que había ordenado a César que, en caso de encontrarla, no le hiciera nada, pero que la espiara hasta que les llevara hasta la calculadora.

Sin embargo, había otro problema añadido. Según le informó su fuente, el Inspector Ponce había ido personalmente a Yecla a resolver el caso. Por tanto, debían andarse con cuidado.

–Zoe, si conseguimos la Pascalina, todo será diferente.

–Me gustaría saber qué es lo que hace exactamente ese chisme.

–Himmler estaba convencido de que con la máquina, el ejército alemán sería invencible. Debe de ser algo que confiere mucho poder.

–Ya, eso no me da muchas pistas. Aquel día, cuando nos conocimos, me hablaste de las dimensiones paralelas, la energía magnética de la tierra y de no sé qué otros rollos de alteración de la descomposición de la materia. ¿Sigue siendo esa tu idea?

Erik asintió sin parpadear. Zoe no quería llevar a cabo todo aquel plan para que luego la máquina hiciera algo insignificante. Sus pensamientos se vieron interrumpidos por una nueva llamada de César.

–Señor, el chico ha estado hablando con un anciano bastante rato. He averiguado que se llama Álvaro Zaplana. ¿Qué hago?

–Sigue al anciano y, cuando lo creas conveniente, sácale información.

Cuando colgó, sintió en sus manos la sensación de tener bajo control la situación.

38

Yecla, 06 de diciembre, en la actualidad

Los Mayordomos, la Junta Directiva y de Gobierno, los Ayudantes Mayores, los Ayudantes de Agrupación, los Cabos, los Pajes, los Tiradores y los Tamboreros se concentraban para llevar a cabo El Paseo de las Antiguas Banderas de Yecla, que finalizaría por la tarde con el Beso de la Bandera.

Adrián bostezaba, mientras se colocaba la capucha de la sudadera para evitar que el frío le entrara por el cuello. Roberto había ido a buscarlo a las siete y media de la mañana y, tras desayunar, se había dirigido a la Asociación de Mayordomos, ya que a las ocho y cuarto empezaba El Paseo. Las banderas eran portadas y escoltadas por antiguos Mayordomos de las Fiestas recorriendo multitud de calles hasta reunirse en la Basílica de la Purísima.

Roberto y Adrián siguieron paso a paso toda la comitiva.

–Oye, Roberto, ¿crees que es necesario que siga todos los actos de las fiestas?

–¿Estás aburrido?

–Más que aburrido, cansado.

–Mira, puede que vaya errado, pero tengo la intuición de que necesitas presenciarlos todos para entender el misterio o desvelar ciertos enigmas. Además, seguro que Valeria se mueve entre los actos.

No podía negar que había pensado en esa posibilidad durante la noche, mientras fue incapaz de conciliar el sueño. Estaba convencido de que, al igual que ellos, Valeria sospechaba que en las Fiestas de la Virgen se encerraba algún tipo de código o respuesta al enigma.

Llegaron a la Iglesia Nueva, donde toda la comitiva se adentró para realizar la misa de Pajes.

Antes de que finalizara la misa, Roberto le hizo una señal para que salieran de la Basílica.

–Mejor salimos ahora, porque luego se tarda mucho. ¿Vamos a tomar una *cervecica*?

Entraron en el Bar Actual. Adrián apreció que las fiestas activaban el ánimo y jovialidad de los yeclanos y, en general, de toda la ciudad. Se respiraba vida y alegría.

–Por la tarde iremos al Beso de la Bandera.

–Bien.

–Si quieres, haz una siesta y luego te vengo a buscar. Lo digo porque esta noche es la Alborada, así que mejor que estés descansado.

–Pues sí, no me vendrá mal una siesta.

–¿Cómo te encuentras?

–Pues, cansado.

–No, hombre, no. Digo de ánimo.

–Mal. La sensación de que Valeria está en peligro me inquieta mucho.

Roberto le miraba atentamente.

–La sigues queriendo mucho, ¿verdad?

Adrián se rascó la nuca, intentando ganar tiempo para saber qué responder con

exactitud.

–Siento que no nos dimos el tiempo necesario para saber si encajábamos. O eso creo yo.

–Las mujeres son difíciles, Adrián.

–No sé. No creo que sea cuestión de ser difícil o fácil. Se trata de querer implicarse.

–¿Quieres decir que Valeria nunca puso de su parte?

–No, no quiero decir eso. Somos diferentes, pero ya lo éramos antes de conocernos. Nos enamoramos. ¿Eso no cuenta? Resulta que pasa el tiempo y mi forma de ser dejó de gustarle. Adiós y hasta otra. ¿Y los sentimientos? ¿Rompes la relación simplemente porque crees que alguien es "demasiado" diferente a ti en ciertos aspectos?

–Te entiendo, Adrián, pero si no hay puntos de unión entre las personas, eso también hace que el amor se debilite.

–Puede.

Cada uno apuró su cerveza en silencio. Adrián, pensando que esa osadía de Valeria era precisamente lo que más le gustaba de ella. Entendía que, para alguien a quien le gusta asumir riesgos, una persona temerosa podía resultar aburrida, pero ¿dónde quedaba el concepto del equilibrio? ¿Acaso no se decía muchas veces que los polos opuestos se atraen? ¿O eso era tan sólo una burda teoría?

Adrián se despidió de Roberto en cuanto entraron algunos amigos suyos en el local. Una gran multitud se concentraba enfrente de la basílica. Adrián miró la cúpula con los azulejos blancos y azules en espiral que tanto le cautivaba. Emprendió el camino hacia el hotel cuando, de repente, se detuvo. Se giró bruscamente. Su pulso se aceleró. No podía ser cierto lo que creía haber visto. Se abrió camino entre los Mayordomos y demás personas hasta llegar al punto donde había creído ver a un fantasma. Un hombre alto, de tez muy blanca, pecas en la cara. Sin embargo, allí no había nadie. Debía ser el cansancio. El secuestrador de Valeria había recibido dos disparos en el pecho. Era imposible que estuviera vivo y coleando.

–Debo descansar.

Al llegar al hotel, pidió un bocadillo de tortilla, que se comió en la habitación. Tenía el móvil con poca batería. Buscó el cargador, pero no lo encontró. Se lo había dejado en Barcelona. Tendría que preguntarle a Roberto por algún lugar donde comprar uno. Se estiró en la cama y cerró los ojos.

Tuvo una pesadilla que le llenó el alma de angustia. Soñaba que se adentraba por las calles de Yecla, rodeado de arcabuceros cuando, de repente, todos se giraban y le mostraban el mismo rostro blanco, con pecas y ojos verdes. Todos reían a la vez y cargaban con pólvora su arcabuz. Corría y corría, subiendo por el camino que llevaba al Santuario del Castillo. Allí le acorralaban y sólo tenía como única salida el barranco que había enfrente del mirador de la ciudad. Pero no estaba solo. Allí estaba el viejo Álvaro Zaplana, que le alargaba una mecha y le señalaba los cohetes preparados para estallar el día del Beneplácito.

–Toma, dispáralos hacia ellos. Uno por cada letra. Uno por cada letra.

Adrián disparaba los cohetes hacia los arcabuceros, mientras el viejo iba gritando los números.

–Uno, dos, tres, cuatro,… ¡Que cada cohete te ilumine!

De un salto, Adrián se incorporó de la cama, con el rostro bañado en sudor y la respiración agitada.

Su mente retenía los últimos instantes del sueño de forma difusa. ¿Qué había en el sueño que le había alarmado tanto? Los cohetes, recordó los cohetes y la frase del viejo Álvaro. "Que cada cohete te ilumine".

Cogió su libreta, buscando el punto donde había escrito el último documento que le había enseñado Elías.

> La ofrenda sigue en su sitio. La vejez soporta la bola de la experiencia, la culpa y los errores ante la mirada de ella.
>
> La suma se dejó igual. A la resta se le sumó la cifra de tres números.
>
> Su muerte marca el número.
>
> Cada letra nos ilumina.
>
> Cuando ella da vueltas, nos despedimos de nuestras emociones.
>
> Y tantas veces alabó al señor nuestro encuentro, que su número

queda grabado.

P.D.: Entre Gabaón y Ajalón viven nuestras esperanzas.

Jerónimo León, 08 de enero de 1842

–Cada letra nos ilumina. ¿Puede ser eso?

El día del Beneplácito se disparaban quince cohetes que correspondían a las quince letras que formaban la palabra María Inmaculada. Cada cohete ilumina el cielo. "Cada letra nos ilumina". Entonces había que sumar el número quince. ¿Pero a qué? Se fijó que había como un encabezado.

La suma se dejó igual. A la resta se le sumaron la cifra de tres números.

Aquello parecía como unas instrucciones de uso. Por tanto, todo lo que venía después eran los números a tener en cuenta. Se trataba de la cifra que debía ser restada.

Anotó en una hoja la frase que venía luego y la enmarcó en un círculo.

Su muerte marca el número.

Aquella cifra, la muerte de alguien, era el punto de partida. Luego había que sumarle el número quince. Escribió debajo el símbolo de sumar y quince. Luego anotó de nuevo el símbolo de sumar seguida de las dos frases del párrafo.

Roberto tenía razón. Las fiestas parecían ocultar el código para poder utilizar la Pascalina. Miró el reloj. Faltaban diez minutos para la hora acordada con Roberto. Se lavó la cara y le esperó sentado en un banco situado en el exterior del hotel. Enseguida apareció, sonriente.

–Hola, Adrián. ¿Preparado?

–Sí. Oye, por cierto, necesito comprar un cargador para mi *Iphone*.

–Vale. Iremos a la tienda de un amigo.

–Pero, ¿está abierta ahora, en fiestas?

–No, claro que no. Los yeclanos somos trabajadores, pero no tanto. Le llamaré para pedirle que nos abra un momento la tienda y ya está.

–Oye, Roberto, no quiero molestar.

Roberto esbozó una sonrisa.

–Tranquilo, a Antonio no le molestará. Es una persona siempre dispuesta a ayudar.

Adrián aceptó la propuesta, aunque con cierto sentimiento de culpabilidad por interrumpir un día de descanso de Antonio.

Se dirigieron de nuevo a la Basílica mientras, por el camino, Adrián aprovechó para comunicarle sus últimos descubrimientos. Roberto atendía con el ceño fruncido y los labios apretados.

–Pues, aunque parece descabellado, tiene su lógica. ¡Joder, qué fuerte! Estás cada vez más cerca de encontrar la Pascalina.

–Bueno, tanto como cerca es un decir.

–¿Y dices que las fiestas encierran el código para hacerla funcionar?

–Sí, creo que sí. Es solamente una suposición.

–¡Qué fuerte! Las fiestas como un código de un secreto oculto.

–Sí, parece de película –dijo Adrián

–Joder, y tanto. Sólo faltaría que por Yecla apareciesen Harrison Ford y Nicolas Cage.

Los dos rieron. Adrián agradecía un poco de humor a todo aquello.

–Yo creo que estás cerca de encontrar el código –comentó más serio Roberto.

Y de Valeria, pensó Adrián. Además, únicamente estaba descubriendo los códigos, pero no el lugar. Y aquello podía suponer un nuevo riesgo. No, lo importante era encontrar a Valeria y huir de allí.

Desde la Basílica, todas las escuadras con las insignias se dirigieron a la Plaza Concejal Pérez. Todos iban vestidos con camisa blanca, pantalón negro, corbata de lazo negra, fajín atado al lado izquierdo de color azul adornado con borlas celestes, levita de lana negra con solapas triangulares y paño vuelto y el sombrero negro con cuatro bolas colgantes.

Cada escuadra marcaba el paso, siguiendo el ritmo de la banda que se colocaba al

final.

–Ahora, la soldadesca del Capitán Martín Soriano Zaplana besará la bandera – gritó Roberto para hacerse oír por encima de la música.

Aunque Adrián estaba impresionado por toda aquella armonía de movimientos, en los que cada uno de los componentes de la escuadra daba el mismo paso que el otro, creando la sensación de que todo el conjunto era un ente con vida, su atención se centraba sobre todo en el público que envolvía toda la plaza. Intentaba identificar el rostro de Valeria, pero no lo veía por ningún lado. Y, sin embargo, sabía que ella debía estar allí, mirando el mismo espectáculo.

Lo que aún desconocía era dónde se hospedaba, ya que en el Hotel Avenida no aparecía su nombre. Él y Roberto acudieron a algunos hostales, pero todos negaron tener alojada a una chica con esa descripción. ¿Dónde se escondía? Entonces vio a alguien conocido. Estaba entre la multitud. Reconoció al policía que había aparecido en el sótano del Hotel Oriente y había disparado al secuestrador de Valeria. Tenía que esquivarlo o, de lo contrario, le retendrían para hacerle preguntas y no podría encontrar a Valeria.

Le indicó a Roberto que tenía hambre y este aceptó perderse el acto del Beso de la Bandera.

–Total, es parte del protocolo. Con ello se simboliza el compromiso de fidelidad de los yeclanos a su emblema. Lo bueno viene de madrugada.

–Perdona, pero es que mi estómago reclamaba alimento.

–Tranquilo, no pasa nada. Ya te digo que no es lo más importante.

–Te gustan mucho las fiestas, ¿verdad? –le preguntó Adrián.

–Sí. Es el legado de nuestra historia. A parte, lo concentra todo: historia, tradición, religión. Las Fiestas de la Purísima tienen mucha fuerza.

–¿Por qué me preguntaste el primer día si creía en Dios?

–Simplemente, quería saber si eres de aquellos a quienes su fe les lleva a ver a Dios como causa y origen de todo lo que sucede en el Planeta o de los que siempre procuran buscar una explicación científica, pero que, cuando ya no encuentran respuesta en la ciencia, acaban diciendo que ha intervenido un poder divino.

–Pero según eso, todo se reduce a lo mismo.

–Bueno, creo que al final, todo el mundo acaba creyendo en algo.

Adrián meditó sobre ese último comentario. En prevención de riesgos laborales, las causas de los accidentes siempre eran identificables: error organizativo, error de diseño, error humano o error mecánico. A veces, costaba encontrar el motivo por el cual sucedía un accidente, pero si no se llegaba a la causa primera, en ningún caso se le ocurriría achacarlo a una causa divina. ¿A qué se refería Roberto con ese comentario?

–Roberto.

–Dime.

–¿Qué has querido decir con lo de poder divino?

–Bueno, creer que algo puede deberse a un poder divino es aceptar que hay cosas que no pueden explicarse.

Mientras iban a buscar un restaurante, Adrián se asustó al oír el ruido ensordecedor de algún disparo de arcabuz.

39

El inspector Ponce miraba atónito toda aquella cantidad de gente concentrada. Había pensado que sería fácil encontrar a tres personas; sin embargo, se dio cuenta de que sería una ardua tarea.

Sentía que algo no funcionaba bien, ya que en la casa de Álvaro Zaplana seguía sin abrir nadie. La Inspectora Puche le comentó que era normal que durante las fiestas la gente estuviera más tiempo en la calle que en casa, aunque por la edad de Álvaro, Samuel dudaba de que ese fuera el caso.

A su lado, estaba en silencio la Inspectora Puche, que, desde el incidente de la noche anterior, se comportaba de forma más ausente. Samuel pensaba que estaría disgustada por su rechazo, pero en realidad se debía a un sentimiento de vergüenza por haber actuado de aquella forma. No podía explicar qué la había impulsado a insinuársele. No era una mujer que se acostase con el primero que encontraba. Ciertamente, el inspector mantenía, a pesar de su edad, un atractivo maduro interesante, pero lo que le había atraído era su forma de ser pausada, tranquila y respetuosa. Así como tuvo de inmediato la sensación de que el Inspector Alonso era un tipo más bien retrógrado, el Inspector Ponce le transmitió buenas vibraciones. Ahora, al observar todas las marchas de las escuadras, con los tambores y las trompetas marcando el paso, sentía que sus nervios se calmaban. Las fiestas habían empezado y toda aquella magia que envolvía las celebraciones la llenaban de alegría y calma ya desde bien pequeña.

El teléfono de la Inspectora Puche emitió una melodía famosa de Abba. Samuel no pudo oír la conversación, pero la expresión de ella no auguraba buenas noticias.

–Vámonos –le gritó al oído.

Una vez se aparataron del bullicio, la inspectora le informó sobre el motivo de la llamada.

–Han encontrado a Álvaro Zaplana.

–Bien, vamos.

–Espera. Lo han matado. Han encontrado el cuerpo en el piso superior del local de la escuadra.

Si en aquel momento alguien le hubiese lanzado un cubo de agua congelada, seguramente no hubiese reaccionado. Los que perseguían lo mismo que buscaba la chica parecían seguir los mismos pasos que ellos y, además, mostraban una alarmante falta de escrúpulos. Samuel sabía que debía encontrar al chico y a la chica para resolver el caso de los otros asesinatos, pero también para protegerlos, ya que estaban claramente en peligro.

–Esto se está complicando mucho.

–Sí. Demasiados asesinatos en Yecla. Suerte que son fiestas y pasará un poco desapercibido –dijo la Inspectora Puche.

Llegaron al local en pocos minutos. Había dos coches de policía y una ambulancia. Accedieron a la planta superior por una escalera en mal estado. El contraste con la planta baja era considerable, ya que en aquel piso estaba todo abandonado, con muebles antiguos cubiertos con sábanas y los que no estaban tapados tenían una gruesa capa de polvo.

El cuerpo del anciano estaba en el suelo, junto a un charco de sangre que salía de un costado del tórax.

–Hola, ¿qué nos podéis decir? –preguntó la inspectora a los agentes.

–Le apuñalaron con un cuchillo –dijo el agente que estaba en cuclillas examinando el

cuerpo con unos guantes de látex–. Antes, lo estrangularon.

–¿Testigos?

–Sí, un tamborero vio bajar a otro tamborero por las escaleras, pero no nos es de mucha ayuda.

–¿Por qué? –preguntó Samuel.

–Dice que iba vestido de negro, con sombrero con cuatro bolas colgantes, un fajín azul. Vamos, que en estos días hay unos cuantos así.

Muy listo, pensó Samuel. Pero, por otra parte, le servía para saber dónde debía mirar. A partir de ahora, tendrían que estar atentos a los rostros de todos los participantes de las fiestas.

–¿Llevaba algo encima el viejo? –preguntó Samuel al agente.

–No. Las llaves de casa, la cartera con cuarenta euros que no han tocado, varios recibos de compras, un dibujo de Galileo Galilei y un programa de actos de las fiestas.

–Tendremos que visitar su casa

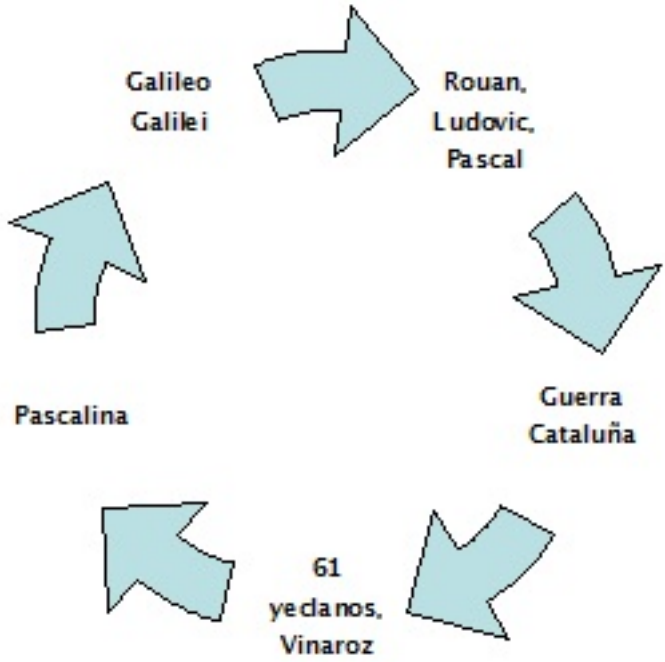
El Inspector Ponce asintió.

Las calles eran un ir y venir de personas. Samuel miraba las caras que se escondían bajo los sombreros. Caras sonrientes, felices de que un año más las fiestas llenaran el calendario de actos y eventos. Por la expresión de la gente y la implicación de todos los yeclanos, Samuel se dio cuenta de que no eran unas fiestas sin más, sino que todas aquellas ceremonias eran motivo de orgullo del pueblo y formaban parte de su identidad.

Al entrar en la casa, los dos inspectores tuvieron la misma sensación que su visita a la primera planta de la escuadra. Todo allí parecía pertenecer a otro tiempo. Las paredes estaban cubiertas de cuadros de arcabuceros, mapas antiguos de Yecla, algún bodegón y cuatro retratos de Galileo Galilei. La Inspectora Puche examinó el salón, mientras que el Inspector Ponce se dirigió a una habitación que tenía una gran librería, con armarios y cajones. Había muchas fotos antiguas de Álvaro de niño, de adolescente, de mayor. Papeles de recibos. Periódicos antiguos. En la librería había muchos libros referentes a Yecla: su historia, álbumes de fotos, sobre la Virgen. Encontró una carpeta en un armario con una etiqueta en la solapa en la que alguien había escrito un título.

Los Celadores de los Astros

Dentro, había papeles amarillentos por el paso del tiempo, que hablaban sobre la vida de Galileo Galilei, la historia de Yecla y el suceso de 1642, la historia de la Virgen y muchas referencias a Blaise Pascal y a la Pascalina, que resultó ser la calculadora que este último ideó. Por las anotaciones que tenía hechas, aquella Pascalina era la primera calculadora que se inventó. En un papel de libreta, se veía anotado a mano un esquema.



Samuel, que no era muy amante de la lectura ni del cine, empezó a pensar que se estaban adentrando en un terreno demasiado oscuro, con extrañas relaciones con épocas antiguas. Todo aquello le parecía como esas novelas de aventuras que leía su mujer, con misterios escondidos, enigmas por resolver y villanos dispuestos a matar con tal de conseguir el tesoro que busca el protagonista.

Se acordaba de ese libro que tanto le había gustado y cuya adaptación cinematográfica quiso ir a ver de inmediato en cuanto se estrenó, *El código da Vinci*. Un escalofrío recorrió su espalda, ya que había un nombre antiguo que aquí también cobraba protagonismo. Galileo Galilei.

–¡Inspector! ¡Inspector Ponce!

Samuel encontró a la Inspectora Puche en la cocina. Le señalaba el fregadero. Había un plato, un vaso y cubiertos. Luego, se percataron de que encima de una mesa había un paquete de pasta, carne, cervezas y pan.

–¿No te da la sensación de que se trata de comida para otra persona? No sé, no veo al vejete bebiendo cerveza y dando bocados a este pedazo de filete con los pocos dientes que tenía.

–Sí, tienes razón. Sigamos mirando.

Tras moverse por varias habitaciones, encontraron la respuesta a sus sospechas. En una habitación pequeña, había una cama estrecha, antigua, con el cabecero de madera, un armario y una silla en la que había una camiseta de mujer y un sujetador. Los dos inspectores se miraron.

–No creo que tuviera una aventura.

–No –respondió secamente la inspectora, aún con el recuerdo de su comportamiento la noche anterior.

–Mi teoría es que el viejo tiene hospedada aquí a la chica que buscamos, Valeria.

Llamaron a la comisaria para que mandaran un coche patrulla para que vigilara la casa.

–Aunque dudo mucho que vuelva. Seguro que ya sabe lo del viejo.

Samuel también opinaba lo mismo. Se acercó a la ventana y miró pensativamente la calle apartando la cortina. ¿En qué lío se había metido aquella chica? ¿Qué buscaban

todos? ¿Qué tenía que ver Galileo Galilei en todo eso? Empezaba a pensar que la pregunta que le hizo el comisario, cuando le solicitó que le detallará lo sucedido en el caso, sobre si se trataba de una secta, podía ajustarse a esa situación.

40

Yecla, 07 de diciembre, en la actualidad

Tras descargar toda la bebida del coche, Adrián se sintió como un adolescente que iba al supermercado a comprar licor y se reunía con sus amigos para beber en el parque. Al entrar en la casa, le envolvió un agradable calor de chimenea. Sin embargo, al llevar las bolsas a la cocina notó el cambio de temperatura en las diferentes estancias. El salón era el núcleo de calor. Todo el resto de la casa se encontraba bajo cero.

Todos se preparaban para festejar la Alborada.

–Iremos al campo.

Le dijo Roberto cuando le anunció que iría con él y sus amigos. Ante la cara de sorpresa de Adrián, Roberto le explicó que se trataba de chalets de segundas residencias que estaban ubicadas a unos cuatro o cinco quilómetros de distancia de Yecla. Se encontraban en la carretera comarcal por la que había entrado a la ciudad cuando llegó. Desde la carretera había varios caminos que llevaban a las casas de campo. Se trataba de estructuras sencillas, rodeadas de terreno en el que, en algunos casos, se construían piscinas. Los edificios eran de una sola planta, con un gran salón y chimenea, ya que ninguna casa tenía calefacción.

El grupo de amigos de Roberto estaba compuesto por siete chicos y cuatro chicas. Roberto le presentó a todos. Miguel Puche, David Palao, Francisco Puche, Luís García, Santi Palao, Antonio Núñez, Isaac Puche, Ana Muñoz, Silvia Puche, Vanesa Alcaraz y Eva Álvarez. Tras oír todos los nombres, Adrián no pudo evitar preguntar sobre la proliferación de los apellidos Puche y Palao. La única respuesta que obtuvo fue un encogimiento de hombros. Adrián disfrutó de unas horas lejos de enigmas, secuestros, asesinatos y antiguos misterios. Cuanto más conocía a la gente de Yecla, más cómodo se sentía. A diferencia de los habitantes de una gran ciudad como la suya, Barcelona, el carácter de los yeclanos era vivaz y alegre.

A las dos de la madrugada salieron al frío del exterior para disparar con un arcabuz. Adrián se opuso, pero todos le insistieron con gran vehemencia.

–¡Venga! No puedes irte de Yecla sin pegar algunos tiros.

–Que no. No me gustan las armas.

–Ni a mí la política y voy a votar, no te jode.

Todos rieron al unísono.

–No quiero parecer borde, pero no me gusta ese chisme.

–Más respeto hacia ese “chisme”. Es un arcabuz. Venga, ya estás tardando. Antonio, cárgale el “chisme”.

De nuevo, se oyeron carcajadas entre el grupo.

Antonio, que tenía una tienda de electrodomésticos y muebles llamada Kom & Kom en la conocida carretera que llevaba a Villena, le cargó con pólvora el arcabuz y se lo entregó.

–Cógelo con fuerza por aquí y acerca la mecha.

Roberto aprovechó la ocasión para referirle a Antonio que Adrián necesitaba un cargador de *Iphone*. Le respondió que se pasaran al día siguiente por la tienda.

Con manos temblorosas, Adrián intentó alcanzar la mecha para disparar el arcabuz, pero no acertaba.

–No tengas miedo –le gritaron desde atrás–. ¡Que no muerde!

–Mira que sois *cagaos* los de ciudad –dijo otro.

Finalmente, acertó. El disparo provocó que el arcabuz le echara el brazo hacia atrás por el retroceso. Un fuerte pitido invadió sus oídos. Le cargaron de nuevo con pólvora el arcabuz y esta vez acertó a la primera. Tras disparar cinco veces seguidas, notaba la mano un tanto dormida, pero se sentía bien, relajado. Se imaginó a los sesenta y un yeclanos volviendo de Vinaroz y disparando sus arcabuces, dando gracias a la Virgen por regresar sanos y salvos. Y uno de ellos, agradeciendo además que pudiera llevar a cabo su misión secreta. Se quedó observando a los demás, que disparaban aquella arma tan pesada y robusta.

–Fascina, ¿eh?

Adrián le confesó a Antonio que el arcabuz le transmitía una sensación de dominio y poder.

–Sí, no me extraña –respondió Antonio–. Es un arma muy potente. Piensa que su disparo podía perforar armaduras. Lo malo es que es algo imprecisa, pero más poderosa e intimidadora que los arcos y ballestas. También tenía la ventaja de que no requería mucha destreza para manejarla. Sabes, a mí me gusta comparar el arcabuz con las personas.

–No te entiendo.

–Habrás visto que tiene el cañón de hierro montado sobre un madero, que puede ser de cerezo o nogal. El cañón tiene en la parte posterior el orificio por donde hemos echado la pólvora.

–Sí, donde he puesto la mecha encendida.

–Exacto. Es esa pólvora lo que hace que el arma se dispare. Si no pones la carga, no ocurre nada. El arcabuz necesita munición para que salga el disparo. Mi teoría es que las personas funcionamos igual. Nosotros somos los arcabuces y nos recargamos con diferentes tipos de munición, dependiendo del estado de ánimo en el que nos encontremos. Hemos perdido la referencia de lo que realmente nos hace felices y eso es por culpa de la mala calidad de la pólvora que usamos como munición.

–¿Qué quieres decir?

–Tan sólo necesitamos comida, bebida y cobijo para vivir, todo lo demás es superfluo. El hombre ha reinventado la tristeza, la soledad, el lamento. La gente echa pólvora corrupta, caducada o sin carga en su hueco. Si quieres ser optimista, carga bien tu arcabuz con risas, alegría y compañerismo. Si metes envidia, críticas o miedo, el resultado será un disparo malintencionado. Cada uno de nosotros carga su propio arcabuz. Somos responsables de lo que disparamos como personas.

Adrián reflexionó sobre aquel paralelismo entre el arcabuz y las personas. Pensó en él mismo, en cómo su temor al riesgo provocaba que no tuviera la iniciativa para emprender acciones. ¿Sería tan fácil como coger otro saco de pólvora, repleto de atrevimiento, para ser más emprendedor y valiente?

Pasaban las horas y el cansancio y el alcohol hicieron que la animación decayera un poco. Abrieron las ventanas para ventilar el salón por la cantidad acumulada de humo del tabaco y del fuego de la chimenea.

A las cuatro de la madrugada, algunos se tumbaron en el sofá y cerraron los ojos. Adrián se sentó en una silla y miró las notas de su libreta *Moleskine*. Roberto se acercó y cogió otra silla para sentarse a su lado.

–¿Sigues dándole vueltas?

–Intento averiguar qué hará la Pascalina.

Pasando las hojas de su libreta, llena de anotaciones, ideas, fechas y datos, su atención se centró en una palabra que todavía no sabía qué significaba. Aparecía en la carta de Ludovic, la de 1643, en la que se despedía con un “que Aión nos proteja”.

–¿Sabes qué es Aión?

–Es el otro nombre con el que se conocía a Chronos, el dios del tiempo. Pero Chronos con hache.

–¿Con hache? ¿Qué quieres decir?

–Pues que existe con y sin hache. Chronos es la personificación del tiempo, mientras

que Crono es el dios del tiempo humano.

–Esto no tiene sentido.

–Yo creo que si quieres saber qué diablos hará la Pascalina, tienes que centrarte en Galileo Galilei, digo yo.

Adrián se quedó pensativo. Parecía una obviedad, pero hasta ese momento no había centrado la atención en el personaje.

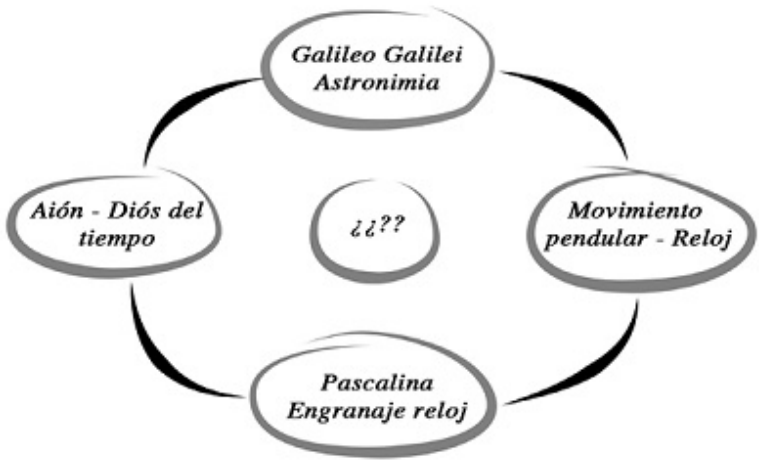
–¿Qué hizo Galileo?

–Buf. ¿A las cuatro de la madrugada me preguntas sobre Galileo? A ver, estudió las estrellas, inventó el telescopio, apoyó el sistema heliocéntrico, trabajó el movimiento del péndulo… creo que esto último lo intentó aplicar al reloj.

Adrián golpeaba con el bolígrafo la página donde había anotado la lista de cuestiones a resolver.

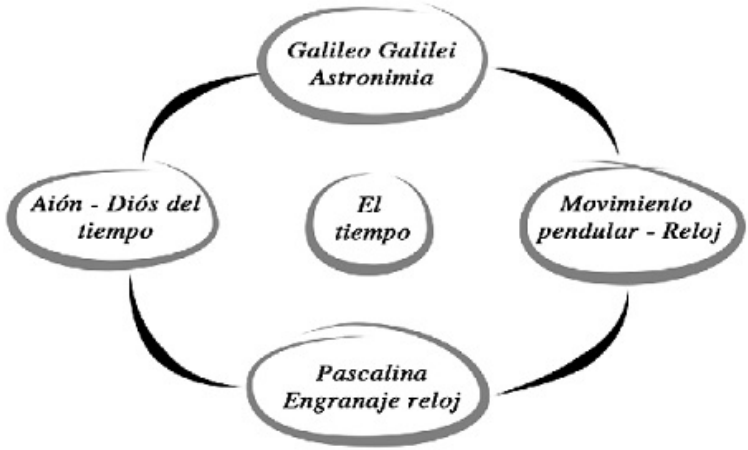
Galileo Galilei
Yecla
Fiesta Inmaculada Concepción
Agujero negro
¿Calculadora?
¿Vinaroz?
¿Celadores?
Hoteles
Monasterios o convento
¿El Tiempo?

La última frase de Roberto se repetía en su mente como si la aguja del tocadiscos posada encima del vinilo se hubiera atascado y repitiera todo el rato la misma estrofa. Libera tu mente, se dijo. Cerró los ojos y, al volver abrirlos, vio la última palabra anotada en la lista y entonces se encendió un piloto de aviso en su cerebro. Giró la página para escribir en una nueva. Anotó el nombre de Galileo y la disciplina que le hizo famoso, la Astronomía, y lo redondeó. Luego, en la parte inferior a la derecha, escribió su intento de aplicación del movimiento pendular al reloj. También señaló con un círculo. A la izquierda del nombre, puso “Pascalina” y su característica técnica; su engranaje era parecido a un reloj. Unió todos los círculos con una línea. En medio de la figura colocó varios interrogantes.



Ese círculo central debía mostrar el tema que unía aquellos elementos, pero ¿qué podía ser? Estrellas, astros, planetas, péndulo, reloj, engranaje. Todas aquellas ideas avanzaban en su cabeza como una manada de caballos salvajes descontrolados. Roberto

permanecía a su lado en silencio. De repente, su mano con el bolígrafo se acercó al círculo central, pero se detuvo. Había tenido una idea, pero no podía creer que aquello formara parte de la realidad. Cogió aire y se decidió a escribir la idea.



Miró a Roberto, el cual se frotó los ojos con las manos debido al cansancio, aunque a Adrián le dio la impresión que era más bien por intentar encontrarle sentido a todo aquel galimatías.

–¿Qué opinas? –le preguntó.

–Que esto empieza a ser un poco fantástico.

–Si Galileo descubrió algo importante y lo último en lo que trabajó fue el movimiento del péndulo, es posible que hallara algo relacionado con el tiempo y por ello le fue tan bien a Ludovic la calculadora de Pascal.

–Adrián, no sé. Sólo te falta añadir unos platillos volantes y ya tenemos todos los ingredientes para la película.

Adrián hizo una mueca con la boca como muestra de rechazo al comentario de Roberto.

–Hablo en serio. ¿Qué es lo que puede estar vinculado al tiempo?

–Espera, que llamo a Isaac.

–¿Isaac? ¿Y para qué necesitamos a Isaac?

–Ahora lo verás.

Isaac era profesor de Matemáticas y Física en el instituto. Su calva relucía cada vez que la luz de una bombilla incidía en ella. Apareció bostezando y estirando los brazos.

–Isaac, tenemos una duda. Estábamos hablando sobre la invención del reloj y nos preguntábamos si siempre había sido clasificado con segundos, minutos y horas.

Su larga vivencia en Alboradas seguramente le había acostumbrado a muchas conversaciones absurdas o "pseudo–trascendentales" de madrugada, cuando el cansancio y el alcohol liberan la lengua de ataduras.

–Madre mía. Vamos fuertes esta noche. A ver, dejad que me siente.

Cogió una silla libre y, tras servirse una mezcla de ron y *Coca–Cola*, se sentó.

–Entender el tiempo es difícil. Newton lo veía como un fenómeno inalterable, independiente de todo lo que fuese externo. El gran salto del concepto del tiempo se da en el siglo XX, cuando se produce la dicotomía que contrapone el tiempo literal al tiempo cíclico. Se sostiene la teoría de que el tiempo no tiene estructura, tan sólo una naturaleza que se le predice universalmente.

–Pero sí que tiene estructura –Todo síntoma de cansancio se había evaporado en Adrián, que prestaba sumo interés a la explicación de Isaac.

–Centrémonos. Se ha dividido el tiempo en segmentos de todos los tamaños concebibles: nanosegundos, milisegundos, segundos, minutos, horas, días, semanas, meses, años, décadas, siglos, milenios, millares de milenios, eras y así sucesivamente. Sin embargo, únicamente el día, el mes y el año se basan en fenómenos naturales; todo lo

demás es obra del ser humano, invención suya, y ninguna es intrínseca al tiempo, tal y como sí lo son las partículas estructurales a la materia.

–Joder, Isaac, como se nota que eres profe.

–Gracias. Bueno, como os decía; lo del segundo, el minuto o la década no son descubrimientos relativos al tiempo, sino invenciones de la mente humana.

–Pero, eso no es cierto. Los minutos pasan.

–Perdona, esa es tu percepción. Justamente, es por eso que se inventan todas esas segmentaciones, para poner orden en algo que no puede ni verse, ni oírse ni palparse. Lo único que podemos tener del tiempo es el efímero momento presente, el ahora. Y es aquí donde aparece el reloj como instrumento que registra el momento presente en su misma fugacidad.

La puerta de la casa se abrió y entraron varios miembros del grupo con el arcabuz, ya cansados de tantos disparos y del frío.

–Vamos a hacer las *gachasmigas* para recuperar fuerzas.

Adrián miró a Roberto, que le sonrió.

–Ya verás, te vas a *rechupar* los dedos. Continúa, Isaac.

–Jo, es que al oír *gachasmigas* ya me he bloqueado. Pues eso, el segmento temporal es constante, no cambia nunca; es decir, un minuto es un minuto, una hora es una hora.

–Ya, pero supongamos que tú te pasas años mirando las estrellas. ¿Podrías encontrar algún tipo de secreto acerca del concepto del Tiempo en el Universo?

–Difícil. Piensa que la escala temporal es diferente en cada lugar. Por ejemplo, de los nueve planetas que giran alrededor del Sol, la rotación de seis de ellos dura entre diez y veinticinco horas.

–¿Ah, sí?

–Sí. Mira, Marte tarda veinticuatro coma seis horas, Júpiter nueve, Saturno, diez y Plutón tarda seis días. El extremo es Venus; su día es más largo que su año. Sí, no pongáis esa cara. Resulta que tarda doscientos veinticinco días en rodear el Sol y doscientos cuarenta y tres en girar sobre sí mismo.

–Te veo muy puesto en el tema –afirmó Adrián asombrado de tanto conocimiento.

–El tema de las dimensiones espacio–tiempo siempre me ha fascinado.

–¿Fue Galileo el primero en trabajar el tema del reloj?

–Buf, que va. Los egipcios fueron los primeros en dividir el tiempo. Suyos son los primeros aparatos encontrados para medir la sombra del Sol. Lo malo del reloj de sol es que necesitas el Sol; así, si está nublado o es de noche, no puedes tener noción del tiempo.

–Anda, no había pensado en eso.

–Sí, es una obviedad tonta, pero fundamental.

Mientras Isaac les explicaba todo esto, Adrián observaba cómo removían las brasas de la chimenea y colocaban una sartén grande encima.

–¡Madre mía, vaya sartén! –exclamó Adrián.

–Impresionante, ¿verdad?

Echaron un buen chorro de aceite y luego metieron ajos. Cuando los ajos se doraron, los retiraron en un plato a parte. A continuación, vertieron una masa que habían elaborado a base de harina, sal y agua. A partir de ese momento, la tarea consistía en un constante remover con una cuchara de madera.

–Cuando se obvió el Sol como elemento necesario para el reloj, aparecieron los relojes de agua y arena.

–¿De agua?

–Tuvieron mucho protagonismo. Lo malo es que cuando hacía mucho calor, el agua se evaporaba y cuando, al contrario, hacía frío, se congelaba. Por tanto, la medición del tiempo perdía fiabilidad. La alternativa parecía ser el reloj de arena, ya que la temperatura no le afecta, pero aparece un nuevo elemento que distorsiona la medición: la fricción. La fricción de la arena con el agujero irá desgastando poco a poco el recipiente y lo dilatará. Al final, se vuelve impreciso.

–Vaya, no sabía que había resultado ser un tema tan complicado.

–Y falta el fuego. Hubo un rey sajón que usó las velas para marcar el tiempo.

El olor de la masa impregnaba todo el aire y despertaba los estómagos dormidos. Los amigos de Roberto se iban turnando para remover aquella enorme pasta que cada vez se compactaba más.

Mientras tanto, con parte de las brasas se cocinaba el tocino, la morcilla y el cordero.

–Vale, pero hablamos de reloj como máquina –siguió aleccionando Isaac–. Una máquina produce algo y el reloj no es una excepción. Los productos son las horas, los minutos y los segundos. Esos segmentos temporales son siempre iguales.

–¿Desde cuándo se divide el día en veinticuatro horas? –preguntó Adrián.

–Los egipcios, como no, ya lo establecieron así. Pero como os dije antes, ese tiempo encerrado en una máquina es algo preestablecido. Y, según como lo definas, puedes manipular todo lo demás.

–¿A qué te refieres?

–Tú eres historiador, Roberto. Piensa en la Revolución Francesa.

Por un instante, tan sólo se oía el sonido de la cuchara al remover la masa que se estaba dorando.

–Claro, se modificó la medida del tiempo –dijo Roberto dando una palmada.

–Exacto. Los franceses vivieron en un tiempo decimal, es decir, diez horas iguales para cada ciclo de día; cada hora constaba de cien minutos y un minuto de cien segundos.

–¿Y eso por qué?

–Querían crear un mundo totalmente nuevo. Si cambias el latido mismo del tiempo, modificas toda la realidad que te envuelve.

Aquello dio que pensar a Adrián. Cambiar el tiempo, para cambiar la realidad. ¿Sería aquello lo descubierto por Galileo? Le preguntó a Isaac si un reloj podía alterar esa realidad.

–La grandeza del reloj mecánico es que no depende de la naturaleza. Se convierte en algo abstracto y autónomo. Es un ser en sí mismo. Pero esa independencia respecto de la natura, hace a su vez que esta última no dependa de él. No le ocurre nada a la realidad por mucho que el reloj vaya por su cuenta.

Isaac se levantó para acercarse a la paellera y, tras observar cómo iba la cocción, volvió a sentarse.

–Le falta poco. Creo que es en el siglo XIII donde se encuentran los primeros intentos de crear un reloj mecánico. Se cree que fueron los monjes los primeros en usarlo, puesto que sus actividades estaban muy marcadas por el tiempo. Lo llamaban “horologium”.

–Vaya, parece el nombre de una poción de *Harry Potter*.

Los tres rieron ante la ocurrencia de Roberto.

–Sí, la verdad es que sí. El primer reloj público conocido es el de la torre de la iglesia de San Eustogio, en Milán, construido en mil trescientos y algo. Piensa que los monasterios y las catedrales albergaron los primeros relojes, necesarios para marcar los tiempos de las oraciones.

Alguien gritó que la masa ya estaba lista y rápidamente volcaron los ajos, el tocino, la morcilla y el cordero en ella y removieron. Entre dos levantaron la sartén y la colocaron en la mesa mientras iban cortando pan. Adrián saboreó aquel manjar tan básico y sencillo, pero a la vez tan calórico. Con el pan, arrastraba masa y algún trozo de *carnecica*, como le dijo Antonio.

–Luego, vinieron los relojes astronómicos –Isaac hablaba al mismo tiempo que engullía la comida–. El que conozco es de Giovanni de Dondi. Tardó dieciséis años en fabricarlo, a mitad del siglo catorce. Estas máquinas eran también modelos mecánicos del universo. Es decir, simulaban el movimiento del Sol, la Luna y los planetas. Se trataba de un planetario movido por un mecanismo de relojería.

Un trozo de tocino se le cayó al suelo a Adrián cuando detuvo el trozo de pan a medio camino hacia su boca.

–¿Podría haber tenido uno de esos Galileo?

–No. Piensa que los que se hicieron fueron siguiendo el sistema geocéntrico y no el heliocéntrico tal como defendía Galileo. No le hubiera servido de nada.

–Por tanto, tenemos dos tipos de máquinas; las que dan la hora y el planetario.

–Así es, Adrián. Pero yo me olvidaría del planetario, porque no aporta ninguna noción del tiempo. Piensa que el uso del reloj ha hecho que nos creamos que las medidas que vemos en la esfera, es decir, las horas, los minutos y los segundos, representan también el tiempo universal. El tiempo que marca un reloj es una invención cultural.

–Pero podría ser que parte del tiempo estuviera reflejado en la máquina.

Mientras iba mojando pan en aquella masa, Roberto iba mirando a los dos hombres por turnos, como si fuera un partido de tenis.

–Te equivocas. Tan sólo hay que fijarse en la expresión en inglés para decir, por

ejemplo, las tres en punto. Es *three o' clock*. ¿Sabes por qué? Es la versión abreviada de *three of the clock*, "de reloj". Esta expresión nació en la Edad Media, cuando era necesario explicar qué forma de medir el tiempo usaba uno cuando daba la hora. Llevamos con nosotros un concepto abstracto del tiempo, lo hemos desarrollado a partir de las divisiones matemáticas en que nuestros relojes fragmentan el tiempo, pero ese concepto está ligado a la máquina misma. Piensa por un momento: si tu reloj se estropea, eres incapaz de intuir qué hora es a partir de tu concepto abstracto de tiempo.

–Vale, es decir, el tiempo que marca esta maquinita –señaló Roberto su reloj de pulsera–, no tiene nada que ver con el tiempo que nos acompaña toda nuestra vida.

–Eso es.

–Vale, genial. Pero, mi gran duda es saber si Galileo tuvo algo que ver con el reloj –Adrián no quiso darle a su tono de voz tanta impaciencia, pero seguramente el hecho de que fueran ya las cinco y media de la madrugaba no ayudaba.

De lejos, se oían disparos de arcabuces de forma intermitente.

–A ver, se sabe que cuando Galileo tenía diecinueve años, en el transcurso de una misa en la catedral de Pisa, el movimiento oscilante de la lámpara del altar atrajo su atención. Con su pulso midió las oscilaciones y, con ello, determinó el principio del isocronismo.

–¿Qué principio es ése?

–El tiempo que tardaba el péndulo en ir y venir dependía de su longitud y no de la amplitud de la oscilación. Lo más importante de toda esa observación es que Galileo descubrió una periodicidad natural. En el extremo mayor, tenemos el día de veinticuatro horas y los trescientos sesenta y cinco días del año. Y en el extremo inferior, las vibraciones de los átomos de cesio. El pulso humano es una periodicidad natural. El mundo está lleno de ellas y pertenecen al universo, no al hombre.

–Eso quiere decir que hay un poder temporal que rige los principios de la vida.

–Y de la Física, la Química, la Astronomía y un largo etcétera. Está ahí. Lo que se planteaba Galileo era que si una de estas periodicidades naturales pudiese controlar un reloj, este podría ser más preciso.

A Adrian, la cabeza le daba vueltas. Empezaba a intuir que se había colado en una fiesta privada no apta para mentes racionales. Era posible que Galileo buscase eso, la precisión, pero también, si esa periodicidad natural quedaba encerrada en un reloj, éste, a su vez podría controlarla y manejarla a su gusto.

–Galileo sabía que el péndulo era un elemento independiente de las partes mecánicas, por tanto, su uso ideal sería en el reloj. Respondiendo a tu pregunta, puedo decirte que en su vejez, Galileo concibió el diseño de un reloj de péndulo y al morir, su hijo Vincenzo lo estaba construyendo. ¿Qué más?

Isaac les miraba sonriendo, orgulloso de haber expuesto sus conocimientos.

–Isaac, ¿crees que se podría manipular el tiempo con un aparato que tuviera similares mecanismos que un reloj?

–¿Qué quieres decir?

–No sé. Supongamos, viajes en el tiempo.

–Buf, aquí ya nos vamos por las ramas. Hay muchas teorías sobre los viajes en el tiempo, pero desde la perspectiva de la Física. Ahora bien, tú te estás refiriendo a una especie de máquina del tiempo, ¿verdad?

–Correcto.

–Hay que tener en cuenta que el tiempo va ligado al espacio y el espacio, al tiempo. La dimensión espacio–tiempo. Para medir la longitud de la Tierra se creó un tipo específico de reloj. Esto se debe a que no solamente se mueve el tiempo, sino también el espacio. El viaje implica desplazamiento y eso lo aporta el espacio. Sin embargo, entramos en el problema de que lo que mide la máquina no tiene nada que ver con el ciclo natural.

No quiso insistir más en el tema, pues sabía que un razonamiento lógico no aprobaría aquella hipótesis, sin embargo, Adrián sopesaba la opción de que la Pascalina pudiera ser una máquina del tiempo o algo parecido.

–Uf, se nos ha echado el tiempo encima –Isaac sonrió ante su comentario– vamos, que falta media hora. Por cierto, pensad en lo importante que es el tiempo para los transportes, que todos se rijan por la misma hora. Pues algo tan básico provocó muchos dolores de cabeza. En Francia, por ejemplo, en 1848, todos los trenes llevaban la hora de Rouan, que difería de la de París en cinco minutos.

Adrián, que estaba tirando los vasos de plástico y servilletas en una bolsa de basura, se detuvo. Rouan, el lugar de donde había salido la Pascalina, resulta que fue una referencia temporal en el horario de trenes. Ya no era una intuición, sabía que el tiempo formaba parte del misterio de todo aquel lío.

41

La noche todavía seguía envolviendo las calles de Yecla. Un cierto olor a pólvora suspendido en el ambiente seguía recordando a los transeúntes de que eran fiestas. Todavía se oía algún disparo perdido de arcabuz. Eran las seis de la mañana cuando todo el grupo se dirigió al atrio de la Basílica de la Purísima, para asistir a "las arcas cerradas", momento de las fiestas en el que se vuelven a disparar los arcabuces.

Los disparos marcaban un ritmo constante. Adrián agradecía todo aquel alboroto para mantenerse despierto, pues notaba que el cansancio invadía su conciencia.

Roberto se acercó a Adrián para hacerle la pregunta que, al igual que la pólvora, se quedó suspendida en el aire. Tuvo que repetírsela dos veces, ya que Adrián no le oyó debido a los disparos.

–¿De verdad crees que la calculadora puede ser una máquina del tiempo?

–No lo sé. Es una posibilidad.

–Todo esto parece un poco de ciencia–ficción.

–Sí.

Entre los disparos, el cansancio y toda la información que le había dado Isaac, la cabeza empezaba a dolerle de forma considerable. Le indicó a Roberto que necesitaba un poco de descanso. Se alejaron de la Basílica para entrar en un bar abierto. Tomaron un buen tazón de café con leche. Adrián se tomó una aspirina que le dieron en el bar.

–¿Sabes que esto es ilegal?

–¿El qué? –dijo atónito Roberto ante la pregunta de Adrián–. ¿Lo de tomarte una aspirina?

–No. Que el bar me la dé. Está prohibido que entre un cliente en un bar, pida una aspirina y que se la den.

–¿Ah sí?

–Imagínate que tengo alergia al medicamente y tengo una reacción. La culpa es de quien me la ha dado sin saber nada de medicina.

–Vaya, no lo sabía.

Poco a poco, notaba que la mente se le aclaraba. El café y la aspirina hacían sus efectos.

–¿Por qué estarías dispuesto a matar?

La pregunta de Adrián cogió por sorpresa a Roberto, que se quedó en silencio, con la boca abierta y los ojos como platos. Adrián, consciente de que había expresado en voz alta un pensamiento, continuó su argumentación.

–No puede ser que mates a gente y secuestres a alguien con el fin de conseguir un objeto que se limita a calcular algo. La Pascalina debe tener alguna otra función más importante. Si el tiempo parece ser algo relevante para ese instrumento, lo único que se me ocurre es el viaje en el tiempo.

Roberto seguía atento el razonamiento de Adrián, que volvió a pedir otro café con leche y una magdalena.

Volvieron a salir a la calle y les recibió un amanecer nublado. Se unieron a una comitiva que se dirigía al Santuario del Castillo.

–¿Están todas las escuadras? –preguntó a Roberto.

–Sí. Salen desde la casa del Mayordomo de la Bandera. Vamos.

Adrián fue mirando cada una de las escuadras, hasta que finalmente localizó la de los

Celadores. Buscó entre todos los rostros el de aquel viejo con la espalda encorvada, pero no estaba. Miró a su alrededor por si veía a Valeria. No entendía por qué no conseguía verla, estaba convencido de que estaría allí mismo, pendiente de los actos.

Subieron todos por el camino del Castillo. Algunas gotas inofensivas cayeron del cielo encapotado. Adrián se quedó asombrado por la multitud congregada. Bandas de música acompañaban a las escuadras mientras todos subían entre las humaredas de la pólvora quemada por los disparos de los arcabuces. Los sonidos de los tambores y los disparos se fusionaban en una música hipnotizadora.

–¿Sabes qué simboliza esta subida al castillo? Es en memoria de la visita que hicieron a la Virgen en su día el Capitán Martín Soriano y los sesenta y un yeclanos para agradecer que no tuvieron que entrar en batalla en Vinaroz.

Mientras subían por el camino que se adentraba en curvas cerradas, rodeado por casas antiguas de dos plantas de altura como máximo, vio saltar alguna ardilla entre los árboles.

"*¿Habría ardillas en aquel entonces, cuando subieron el capitán y sus hombres?"* –se preguntó Adrián.

Una vez arriba, envueltos por una espesa niebla provocada por el humo de los arcabuces, con Yecla aún dormida a sus pies, toda la soldadesca realizó un saludo a la Virgen. Adrián notaba un dolor intenso en las manos y en los pies por el frío.

–Ahora empieza la Bajada –le anunció Roberto.

En la explanada del Santuario, no cabía nadie más. La gente tomaba fotos o grababa en vídeo el momento en el que la Virgen emprendía el camino de bajada hacia el pueblo mediante un trono hidráulico. Mientras bajaban, los arcabuces no daban descanso a los oídos de todos los presentes. Adrián seguía pendiente de las caras, en busca de la de Valeria; sin embargo la mirada con la que se cruzó fue la del Inspector Ponce, que le miraba fijamente. Apreció como éste le decía algo a una mujer a su lado y se separaban. Con dificultad a causa de la multitud, se abrió pasó hacia él. Tenía que salir de allí. Se giró y se dio cuenta de que había perdido a Roberto. No había tiempo para buscarlo. Estaban a la altura de la segunda curva, por lo tanto, si no recordaba mal, aún le quedaba aquel tramo recto, una curva a la derecha, otra recta, curva a la izquierda, un pequeño tramo para afrontar la última curva y enfilar el pueblo.

Empezó a avanzar, dando empujones. Iba tan deprisa que en algún momento se adentraba un poco entre los tiradores, con lo que algún disparo de arcabuz le provocó un agudo pitido en el oído. Vio que el inspector estaba a punto de alcanzarlo por un lado, la inspectora le seguía por el otro y en medio estaba todo el grueso de la comitiva. Ya estaban casi en la curva.

Debido a que el camino tenía una inclinación, el trayecto tras la curva seguía por debajo de donde estaba. Sin dudarlo, se abrió paso entre la gente, y saltó el pequeño desnivel. Al adelantar a la Virgen, el volumen de gente era inferior, así que pudo ir más rápido.

El Inspector Ponce había saltado igual que Adrián, mientras que la inspectora, dificultada por el hecho de tener que cruzar entre los arcabuceros, se había quedado atrás. Fue en aquel instante en el que Adrián entendió que debía cambiar de ritmo, así que empezó a correr. Oyó que algunos le decían, divertidos, "no corras, que ya están cogidos todos los sitios en la Iglesia Vieja". Emprendió la carrera hacia aquella dirección. Al mirar atrás, vio que el inspector le reducía la distancia. Dejaron atrás la última curva, cuando notó la mano del inspector en su cuello. Su cuerpo se dirigió hacia el lado de la pared sin quererlo. El golpe fue lo bastante fuerte como para desorientarlo durante unos segundos. El inspector lo cogió por el abrigo y lo empujó hacia el muro. Adrián vio que la carretera ya llegaba al pueblo. Le habían faltado apenas diez metros. Delante de ellos, había una cancha de cemento con porterías de fútbol y canastas.

–¿Dónde está ella?

El Inspector Ponce aún jadeaba por el esfuerzo.

–Chico, estáis en peligro. Dime dónde está la chica.

Adrián tenía miedo. El hecho de que diferentes personas le recordasen el peligro que estaba asumiendo, le hacía tomar conciencia de que aquella aventura no era como en las películas, en las que todo eran efectos especiales. Aquí, la sangre era sangre de verdad. Sin embargo, no quería la ayuda del inspector, pues sabía que aquello le alejaría de Valeria. Miró a su alrededor en busca de alguna salida, mientras el inspector lo mantenía cogido por el cuello de la chaqueta. Entonces, se percató de que a su izquierda había un

arcabucero, distraído, hablando con un compañero. Tenía el arcabuz cargado y la mecha encendida en su mano derecha. El tirador gesticulaba, levantando la mano con la mecha. Adrián esperó el momento adecuado. Y al fin, llegó. El tirador dejó caer la mano, instante que aprovechó Adrián para alargar el brazo, cogerle la mano y acercársela al tubo de la pólvora. El disparo sorprendió a todos. El tirador dejó caer el arcabuz y el inspector soltó a Adrián para colocarse las manos en los oídos.

Adrián corrió todo lo rápido que pudo, adentrándose ya en el pueblo. Una vez llegó a la Iglesia Vieja, respiró tranquilo, puesto que el gentío allí era considerable. Se perdió entre el enjambre de personas.

Se mantuvo apartado, pero expectante. Vio aparece al inspector, mirando a todos lados. Luego se acercó la mujer y hablaron de forma muy enérgica. La silueta de la Virgen de La Inmaculada se acercaba, envuelta en el humo de la pólvora. La Virgen se detuvo ante la Iglesia Vieja. Luego, prosiguió su camino hacía la Basílica, con un gran estruendo de salvas disparadas por la soldadesca. Adrián, que había seguido la comitiva, procurando no ser visto, quedó asombrado de aquel momento emotivo en el que la imagen de La Inmaculada llegaba al atrio de la Basílica. Adrián preguntó a la mujer mayor que tenía cerca qué venía a continuación. La mujer le informó de que se realizaría una misa de bienvenida a la Virgen y hasta las seis y media de la tarde no se haría la ofrenda. Satisfecho con aquello, se retiró y se perdió entre las calles de Yecla, oyendo a sus espaldas los continuos disparos de los arcabuces.

42

El sonido de los disparos hacía vibrar de tal forma el aire, que el cristal de la ventana temblaba.

–¿En este lugar, se pasan todas las fiestas con esos malditos disparos?

Erik sonrió ante el nerviosismo de Zoe. Llevaba ya tres ibuprofenos para mitigar la migraña que sufría a raíz de los tiros de los arcabuces.

–Tranquilo, creo que ya terminan. Ahora hacen una misa.

César estaba sentado en una silla, esperando que le dieran turno para hablar.

–¡Mierda! Me va a explotar la cabeza.

Zoe se frotó toda la frente con la mano, como si con aquella acción pudiera ahuyentar el dolor. Bajó las persianas para reducir la cantidad de luz diurna. Miró atentamente a César.

–¿Era necesario matar al viejo?

–Sí.

Zoe esperó alguna aclaración, pero no hubo más palabras. César mantenía una expresión seria. Tenía la mirada perdida. Zoe conocía esa expresión; se trataba del dolor, del hambre de venganza.

–¿Qué te explicó?

–No quiso hablar.

–Pero algo debiste de sacarle.

–Dijo que el secreto jamás sería nuestro.

–¿Algo más?

–No. Me dijo que la policía nos cogería y que ahora que me había visto, les echaría una mano.

–Ya –A Zoe le pareció lógico que lo matara, aunque parecía más un suicidio buscado que un asesinato fortuito. Si alguien te amenaza, lo último que le dirás a tu atacante es que irás a la policía para delatarlo. Es una provocación. ¿Es posible que el anciano estuviera escondiendo algo? ¿Acaso no parecía un sacrificio? ¿Qué era aquello por lo que merecía más la pena morir que seguir con vida?

Zoe se sentó en el sofá. Estiró la cabeza hacia atrás. A lo mejor, el planteamiento estaba mal hecho, pensó. Ese tipo era muy listo y le tendió una trampa al matón.

–César, si el viejo no te hubiera desafiado, pero se hubiera negado a hablar, ¿cuál era tu plan a seguir?

–¿Cómo?

–A ver, tú estabas en el local de la escuadra. El viejo no hablaba. ¿Cuál hubiera sido tu siguiente paso?

César dudó durante un instante qué responder.

–Bueno, no era un lugar muy adecuado para obligar a alguien a hablar. Es un local donde entra mucha gente. Le hubiese obligado a salir e ir a su casa. Una vez allí, lo tendría secuestrado en su casa hasta que me facilitara alguna información útil.

–¡Claro! –gritó Zoe, provocando que de nuevo en su cabeza se clavaran mil agujas de coser.

–¿Qué ocurre? –preguntó Erik, que había seguido la conversación intrigado.

–El viejo se dejó matar. Es más, te obligó a ello. Ocultaba algo en su casa.

–Pero eso es una tontería. Podríamos ir ahora y buscarlo.

–No, si con ello permites que lo que se oculta allí tenga el tiempo suficiente para huir.

Erik abrió los ojos como si fueran dos lunas llenas.

–La chica. Tenía oculta a la chica en su casa.

Zoe abrió las persianas. La migraña parecía haberse desvanecido. Ahora veía que la ira que sentía César jugaba a su favor para usarla como arma, pero también era un punto en contra ya que le convertía en alguien susceptible de caer fácilmente en cualquier trampa.

–¿Quiere que vaya?

–No. La policía habrá descubierto el cuerpo y habrá ido a la casa. La chica ya no estará allí. ¿Qué ha pasado esta mañana?

César había ido a ver la Bajada de la Virgen, asombrado por toda la gente que se había congregado para subir al cerro del Castillo y bajar luego a hombros a la Virgen, disparando los arcabuces. El olor de la pólvora le gustaba.

–Vi al chico. Luego apareció el policía que mató a mi hermano –Esto último lo dijo apretando los dientes, convirtiendo las palabras casi en un susurro–. Descubrió al chico y lo persiguió. Luego tuvieron una pelea, pero el chico escapó y, al llegar a la Iglesia Vieja, se escondió entre la multitud.

–¿Le pudiste seguir?

–Sí.

–¿Y? –Zoe empezaba a impacientarse ante aquel matón de pocas palabras.

–Por lo visto, se hospeda en el piso de un amigo. Se llama Roberto.

–¿Cómo sabes su nombre?

–Antes de que la puerta se cerrara, coloqué un pie en abertura. Esperé a que entrara en el ascensor y subí corriendo las escaleras, pendiente del piso en el que se detendría. Cuando el ascensor de detuvo y el tipo salió al pasillo, miré en qué puerta entraba y luego miré el buzón.

–Bien, bien. Vigílalo. Ahora, vete.

Zoe respiró aliviado ante aquel silencio. No se oían disparos. Se sirvió en un vaso un poco de ron con hielo.

–No creo que sea bueno con los medicamentos que te has tomado.

–¿Eres mi madre?

Dio un buen trago, notando como el alcohol despertaba sus neuronas.

–Estamos cerca, lo sé. Sí.

–He estado dándole vueltas al gran misterio.

Los labios de Zoe se volvieron una línea fina, mientras las arrugas de la frente creaban miles de dunas.

–He pensado que a lo mejor no estábamos en el buen camino.

–¿Qué quieres decir?

–Nuestros argumentos iniciales iban encaminados hacia algo tan básico y tan buscado como es la inmortalidad. Ahora, me parece que tiene algo que ver con el tiempo.

–¿Por qué?

–Los documentos de la chica contienen algunas referencias al tiempo. Sabemos que Galileo intentó aplicar el movimiento del péndulo al reloj y, por otra parte, que la Pascalina es una máquina con engranajes de ruedas. Por tanto, podría ser que ambos artilugios estuvieran relacionados.

Zoe meditó un instante lo que acaba de oír. Cuando entró en contacto con Erik, éste le aseguró que la máquina tenía un gran poder. Sin saber qué era exactamente, intuyó que su fortuna aumentaría. Recientemente, había surgido la teoría de la inmortalidad. Ya no sólo era fortuna, sino también poder sobre la humanidad. Desechada esta opción, nacía ahora el concepto del “tiempo”. Sospechaba qué podía ser, pero quiso oírlo de boca de su socio.

–¿A qué te refieres?

–Una máquina del tiempo.

Zoe sonrió. Podía ser. Todo cuadraba. Y el destino había querido que justamente acabara en manos de un magnate de las telecomunicaciones. Los alcances que podía tener para él eran inimaginables. Si pudiera viajar atrás en el tiempo, podría averiguar cosas acerca de hechos históricos y noticias importantes o viajar al futuro para adelantar noticias en primicia. Además, podría invertir en acciones en bolsa tras saber con certeza cuáles eran las que iban a subir. Por no decir el negocio de las armas. Sabiendo dónde se iba a generar un conflicto, podría vender de antemano a un país todo el arsenal que quisiera.

De nuevo, Zoe sonrió.

43

Siempre que llegaba a casa con algún tipo de problema, su madre le decía “date una ducha y lo verás mejor”. Nunca llegó a entender esa obsesión por parte de su madre de remojar los problemas como si estos se pudieran quitar cual polvo incrustado en el cuerpo y desaparecer por el desagüe. Pero debía reconocer que, muchas veces, después de ducharse, sentía una sensación de calma que no tenía antes.

Eso fue lo primero que hizo cuando entró en el piso de Roberto. Se dio una buena ducha, mientras éste le preparaba una manzanilla. Notaba aún el temblor en sus manos por la tensión acumulada y el pitido del oído no se le iba. En su cabeza, se repetía una y otra vez la frase del inspector: chico, estáis en peligro. Peligro, eso era justamente lo que intentaba evitar en su trabajo. Y él se estaba tirando de cabeza.

La sensación del líquido caliente de la manzanilla posándose en su estómago le calmó aún más. Parecía que el mundo volvía a girar de forma más pausada.

–¿Qué te dijo el policía? –le preguntó Roberto.

–Quería saber dónde estaba la chica.

–Ojala lo supiéramos, ¿no?

–Pues sí. También me avisó de que estábamos en peligro.

–Ya. Eso ya te lo recordé yo. Y por eso te ayudo, pero me mantengo al margen.

Adrián tenía la mirada perdida en la pantalla del televisor, que en aquel momento estaba totalmente negra, devolviéndole el reflejo de su cara algo desmejorada debido al miedo y al cansancio, pues no había dormido durante la Alborada.

–No podemos separarnos, ¿me oyes Adrián?

–Sí, sí. Pero fue un momento. Me giré y ya no estabas.

–Es normal, con la gente que había.

Adrián abrió la libreta en el punto donde tenía marcada la página de la clave.

> La ofrenda sigue en su sitio. La vejez soporta la bola de la experiencia, la culpa y los errores ante la mirada de ella.
>
> La suma se dejó igual. A la resta se le sumó la cifra de tres números.
>
> Su muerte marca el número.
>
> Cada letra nos ilumina.
>
> Cuando ella da vueltas, nos despedimos de nuestras emociones.
>
> Y tantas veces alabó al señor nuestro encuentro, que su número queda grabado.
>
> P.D.: Entre Gabaón y Ajalón viven nuestras esperanzas.
>
> Jerónimo León, 08 de enero de 1842

En los actos de las fiestas a los que habían asistido hasta ahora, no había nada que le diera alguna idea de lo que podía significar la frase “cuando ella da vueltas, nos despedimos de nuestras emociones”. Lo único que había visto que diera vueltas era la bandera, pero se repetía muchas veces. Y luego estaba esa extraña posdata a la cual no conseguía encontrarle un sentido.

Al buscar por Internet las palabras, el resultado fue que Gabaón era una ciudad citada

en la Biblia, cuyo significado era “ciudad de la colina”; mientras que Ajalón, también parecía ser un lugar bíblico, pero sin mucha más información.

¿A qué se debían esas citas a lugares bíblicos? Aunque las fiestas de Yecla tenían un origen en un hecho histórico bélico, también tenían un fuerte componente religioso. ¿Podía tener alguna relación esa referencia a las fiestas?

–¿Qué quieres hacer?

Adrián pensaba si el verbo adecuado era querer o deber.

–Me gustaría volver a hablar con el viejo Álvaro.

–¿Estás seguro?

–Sí.

–A las seis y media hay la ofrenda floral de la Virgen.

–Estaremos a esa hora.

Adrián le recordó lo de su cargador de móvil y Roberto le respondió que ya había hablado con Antonio y que éste ya les esperaba en la tienda, de modo que, antes de ir al local de la escuadra, se dirigieron con el coche hacia la tienda de Antonio, *Kom & Kom*.

Fueron por una carretera recientemente acabada con varias naves industriales a cada lado que contenían tiendas de muebles.

–¿Por qué hay tanto mueble en Yecla? –preguntó a Roberto a medida que veía los letreros de las tiendas.

–Viene de principios del siglo pasado. Antiguamente, había mucha tradición de carpinteros en Yecla, ya que la distancia que separaba la localidad de las otras poblaciones era, en aquella época, muy grande, así que era preferible tener los artesanos aquí. Se dedicaban a hacer herramientas y útiles domésticos y, sobre todo, la fabricación de todo tipo de aparatos para el sector agrario. En el siglo XVIII, existían muchas carpinterías, aperadores y toneleros.

–¿Qué son aperadores?

–Los especializados en la construcción de carros, aperos de labranza y cosas así.

Roberto hizo gala de sus conocimientos yeclanos al exponerle la cifra exacta de talleres a mediados del siglo XVIII.

–Catorce carpinterías, nueve aperadores y varios toneleros. Es una buena cifra para una población relativamente pequeña. Sin embargo, el salto cualitativo vino a mediados del siglo XIX, cuando debido a la desamortización, muchas extensiones de terreno pasaron a manos de particulares. Para obtener ingresos de esos terrenos, se pasó a hacer talas masivas de pinos. Aquí entramos en otro sector, ya que estas talas permitieron que años posteriores se plantaran viñedos.

–¿Tan importante fue esa tala?

–Ya lo creo. Había madera en abundancia. Esto permitió un aumento de la actividad de los aperadores y la producción con serrerías mecánicas. Fue a partir de ese momento que empezó una importante fabricación de mesas y sillas que se comercializaban en las provincias más cercanas.

Roberto le siguió explicando que cuando esa madera escaseó, dos oficiales de un taller tuvieron la idea de fabricar muebles de ebanistería, que era de mayor calidad y acabado.

–Es a principios del siglo veinte cuando se inicia la fabricación de muebles en Yecla. En 1914, esos dos oficiales se separaron y cada uno abrió su propia fábrica. Luego aparecieron otras, gracias al auge industrial. Para que te hagas una idea, en los años veinte había siete industrias dedicadas a la ebanistería.

Aparcaron el coche en frente de un edifico que hacía esquina. En la acera había tres pivotes, con una letra cada uno: K O M. En la parte frontal, sobre un fondo naranja, podía leerse el nombre de la tienda: *Kom & Kom, Centro de Kompras*.

El interior era un gran espacio sin paredes, totalmente abierto, con mostradores para ofrecer los diferentes productos. Antonio acudió a saludarles y mostró la tienda a Adrián. Artículos de menaje, electrodomésticos, televisores, muebles. Adrián miraba fascinado a Antonio. Se trataba de un negocio familiar, levantado de la nada con esfuerzo y ahínco. Según le contó, fue su padre quien creó la tienda y también quien le enseñó el sentido del esfuerzo y el trabajo.

–Era una persona admirable. Trabajador, amante de su familia, con gran capacidad para los negocios. Un gran hombre –Los ojos de Antonio transmitían orgullo y dolor por la pérdida reciente de una figura tan importante para él.

Adrián le preguntó cuánto tiempo invertía en el negocio y Antonio dejó escapar un

soplido.

–Me come el tiempo, he de reconocerlo. A veces, los fines de semana también estoy aquí.

Adrián admiraba la capacidad de la gente para asumir riesgos en sus proyectos y la manera en que lograban salir adelante. Para él, la palabra riesgo suponía incertidumbre.

–Oye, muchas gracias por abrir la tienda. Te habré tocado las narices.

–No pasa nada. Tenía que venir igualmente para comprobar un pedido.

–Pues, gracias de todas formas.

Ya con el cargador de móvil, volvieron a Yecla para hablar con Álvaro.

Al llegar, les atendió un hombre de unos cuarenta años, vestido todo de negro, con guantes y el sombrero de bolas puesto. Al preguntar por Álvaro Zaplana, su expresión cambió completamente, dando la impresión de que anochecía de golpe.

–¿No lo sabéis?

–¿Qué?

–Fue asesinado ayer. Lo encontraron en el piso de arriba, acuchillado.

"Chico, estáis en peligro. Chico, estáis en peligro. Chico, estáis en peligro". La voz del policía se repetía como un disco rayado. A pesar de las bajas temperaturas, un sudor frío empapó su frente. Roberto, que se percató de la súbita palidez en la cara de Adrián, lo agarró del brazo y lo condujo al interior del local. Le trajeron una silla y se sentó.

"*Valeria, ¿dónde nos hemos metido?*" –pensó.

Roberto se fue en busca de un vaso de agua, justo en el instante en que un niño vestido con un traje parecido a un soldadito francés se acercó. Le cogió de una mano y le inclinó hacia su oído.

–Álvaro, me dijo que usted volvería y que entonces le diera esto.

Le entregó un sobre en el que había escrito a mano: "para el chico". Una vez se fue el niño, abrió con manos temblorosas el sobre.

Vigila a tu alrededor. Josué. C10;12–14.

¿Más lenguaje cifrado? ¿Qué significaba eso de Josué? ¿Se habría equivocado el anciano de destinatario? ¿Y ese C10; 12–14? Escondió rápidamente el papel. Roberto le dio el vaso de agua, que bebió de un solo trago.

–¿Mejor?

–Sí.

El aire fresco volvió a inyectarle energía. La tarde no fue todo lo provechosa que esperaba, ya que el acto consistió en una comitiva que salía desde el domicilio del Mayordomo con hermosos trajes y portando aromáticas flores, recorriendo la calle Niño Jesús, luego la calle Hospital, hasta llegar a la Cruz de Piedra. Poco a poco, pero con paso decidido, prosiguió por la calle Antonio Machado, Maestro Mora, San José, Don Lucio, San Pascual y, finalmente, el Parque de la Constitución para enfilar la Basílica y depositar a los pies de la patrona la ofrenda. Adrián fue incapaz de ver ningún detalle que pudiera servirle, en parte debido al cansancio y también a la tensión del día.

–Roberto, no puedo más. Me voy a casa a descansar.

–Está bien. Haces mala cara. ¿Te llamo para cenar?

–No. Si estoy con fuerzas ya te avisaré.

–De acuerdo.

Roberto le entregó las llaves del piso. Adrián se fue con la sensación de que su cuerpo pesaba cuatro veces más y era incapaz de sostenerlo. Su último recuerdo de aquel día fue dejarse caer en la cama y cerrar los ojos.

44

El frío en el resto de la casa era tremendamente intenso. El salón era la única estancia con algo de calor, gracias al pequeño fuego de la chimenea. Sin embargo, no podía quemar muchos troncos ya que las reservas no eran muy numerosas y tampoco quería llamar mucho la atención con una fuerte humareda desde el exterior. Miró por la ventana. Estaba rodeada de una espesa oscuridad. La noche era más tranquila que la anterior, la Alborada. Ahora ya no se oían disparos.

Se preparó un poco de caldo que había comprado en *tetrabrik*. Valeria se sentó en el sofá y se cubrió con una manta.

Pensó en el pobre Álvaro Zaplana, que prefirió morir a ponerla a ella en peligro. Cuando Álvaro vio aparecer por el local de la escuadra a Valeria, supo de inmediato que la resolución del misterio no era sólo un sueño, sino que se acercaba a su posible desenlace. Valeria le explicó todo lo sucedido en Barcelona. No dudó en acogerla en su casa. Ella se opuso, pero los argumentos de Álvaro la convencieron.

–Valeria, lo primero que hará la policía será revisar todas las reservas en hoteles, hostales y otros lugares en los que pudieras hospedarte.

Álvaro le dejó claro que él siempre volvía a casa a la misma hora, aunque fueran fiestas. En caso de que él no estuviera a partir de las ocho de la tarde, debía huir de la casa porque algo malo le habría ocurrido. La consigna era clara. Coger las llaves de su casa de campo y esconderse allí. Además, según le dijo, podía estar tranquila, ya que la casa de campo estaba a nombre de su difunta mujer y, por tanto, no la encontrarían con facilidad.

A las ocho y media, tras ver que Álvaro no aparecía, Valeria salió de la casa. Se fue a toda prisa, sin recoger nada. Cogió el coche de Natalia y se instaló en la casa de campo, cuya estructura era similar a la de tantas otras. Aquella noche durmió poco, sabiendo que algo malo le había ocurrido a Álvaro y oyendo los continuos disparos de los arcabuces de la Alborada.

Por la mañana, decidió que saldría para ver la Bajada de la Virgen, pues necesitaba ver los actos. Intuía que algún secreto se escondía en las celebraciones. Para pasar desapercibida, encontró en casa de Álvaro un traje de tirador. Durante toda la noche, hizo algunos arreglos con los pantalones y la chaqueta para que se ajustara mejor a sus medidas. Se recogió el pelo y se colocó el sombrero. Valeria quedó sobrecogida por todo el fervor de la Bajada. Los disparos, toda la comitiva vestida con los trajes, la Virgen bajada a hombros hasta Yecla, la gente llenando el camino y todo el cerro envuelto en una niebla de pólvora.

Estaba absorta viendo el espectáculo, cuando vio cierto movimiento en un grupo de personas que estaban a un lado del camino del Castillo. Parecía que alguien empujaba a la gente para abrirse camino. Y entonces vio a Adrián saltando el desnivel para correr camino abajo, seguido de aquel policía que les había apuntado en el sótano del Hotel Oriente y que disparó a su secuestrador. Valeria sonrió al ver la manera en que Adrián había roto su actitud conservadora y temerosa para seguirle los pasos, aun sabiendo que se exponía a un grave peligro. Justo por su lado, vio pasar a una mujer que parecía seguirles. Llevaba una pistola en la mano, así que dedujo que también era policía. Aquello se estaba complicando demasiado. Con cierta precaución, se avanzó y al llegar a la Iglesia Vieja, vio que los dos policías estaban quietos, mirando a su alrededor. Por lo visto, Adrián había conseguido zafarse de ellos. Entonces se dio cuenta de que Adrián iba por su cuenta. ¿Por qué no iba

con la policía? Él, que había dicho que lo mejor era acudir a las autoridades para pedir ayuda y resultaba que ahora huía de ella.

Sentía mucho haberlo dejado en casa de Natalia sin decirle nada. Tenía que reconocer que, gracias a él, seguía con vida y que le habían sorprendido sus descubrimientos sobre los enigmas que envolvían todo aquel asunto, ya que para llegar allí tenía que haber resuelto que el monasterio donde se escondió Ludovic era el actual Hotel Oriente.

Oyó un ruido fuera. Apagó las luces y cogió el atizador de la chimenea. Abrió la puerta. El frío la hizo temblar de la cabeza a los pies. Todo estaba oscuro. Se encontró rodeada de sombras de árboles. De repente, vio que un gato salía del porche.

Volvió al calor de la chimenea. Cogió de nuevo la carta que le había entregado el chico. Cuando volvió a la casa de campo tras la Bajada, llamaron a la puerta. Valeria se quedó cerca de la ventana, mirando a través de la cortina de la ventana. Vio un chico de unos ocho o nueve años, que llamó varias veces pero ella no abrió.

–Oiga, sé que está aquí. Me lo dijo Álvaro.

Valeria abrió la puerta y el chico, sin mediar palabra, le entregó un sobre. El chico se fue en la bicicleta que había dejado en la entrada.

En el sobre había escrito a mano una simple anotación: “para la chica”.

Su mano tembló al extraer una hoja doblada por la mitad.

Hola Valeria,

Si te ha llegado esta carta entregada en mano por Rodrigo es que ya no estoy en este mundo. No llores, ya tan solo era un viejo que arrastraba los pies al caminar. Espero que estés bien en la casa. Tienes de todo, aunque muchos troncos para encender la chimenea no hay.

Valeria, ten cuidado. Vigila y desconfía de todos, salvo de tu amigo. Tienes que encontrarlo. Os necesitáis. Los dos tenéis información complementaria. Sin él, no lograrás resolver el misterio y viceversa.

Estás muy cerca, más cerca de lo que yo jamás llegué a soñar. Yo nunca logré averiguar el lugar ni el código, pero sí sé para qué funciona. No te lo diré aquí, no sea que caiga en malas manos esta carta. Solamente te diré que Aión proteja cada palabra aquí expuesta.

Dediqué toda mi vida a buscarlo e incluso llegó un momento en que dudé de su existencia, pero tu aparición hizo que volviera a creer. Sigue luchando. Pero, sobre todo, únete a tu amigo, él tiene parte de la otra clave.

Recuerda que todo empieza con Galileo. Luego se añade y se quita.

Gracias por darme en estos últimos días la alegría de saber que los Celadores seguirán existiendo.

Álvaro Zaplana, el cual, como hizo su antecesor, guía a dos milicianos para detener al enemigo.

Una lágrima cayó por su mejilla.

Luego sonrió por aquel pícaro viejo. Le había dicho que no era descendiente del Capitán Martín Soriano Zaplana y ahora le revelaba la verdad. ¿Serían Adrián y ella los arcabuceros número sesenta y dos y sesenta y tres?

Ahora tenía claro que llegaría hasta el final. Demasiadas personas estaban muriendo por aquel misterio. Supo, por Álvaro, que Alba había sido asesinada, así que entró en un cibercafé y buscó en Internet noticias de los nombres de sus compañeros de grupo del *Facebook* y descubrió horrorizada que cuatro de ellos habían sido asesinados. Alguien les había estado espiando y vigilando.

Tenía ante sí la hoja de anotaciones que había hecho para resolver la operación. Sabía que el número de referencia tenía que ser algo tan importante para los Celadores como, por ejemplo, algún número relacionado con Galileo. Había escrito la fecha de su nacimiento y la de su muerte.

15/02/1564
08/01/1642

Si todo empezaba con Galileo, aquello sólo podía significar que la fecha de su nacimiento marcaba el inicio de todo. La Pascalina tenía ocho dígitos, los dos iniciales eran decimales y, los seis restantes, números enteros. Y ocho eran los números de cualquier fecha, sumando día, mes y año. Si se colocaban en el orden natural de la escritura, la máquina tendría que tener el siguiente aspecto.

,

A partir de ahí, se debía sumar lo añadido en la columna del Hotel Oriente.

De Yecla a Vinaroz, quiénes y cuándo

Si había que sumar, aquellos “quiénes” y “cuándo” debían referirse a números. El “quiénes” podía ser el número de milicianos que fueron a Vinaroz y luego volvieron. Sesenta y uno. ¿Y el “cuándo”? ¿El día de la partida? Valeria imaginó que debía ser una suma rápida. Era posible que el “cuándo” hiciera referencia a los meses de acuartelamiento en Vinaroz. Los seis meses. Eso suponía que, a la fecha inicial, había que sumarle sesenta y uno más seis, es decir, sesenta y siete.

Hacía falta descubrir la cifra a restar y de aquello no tenía ningún dato, aunque empezaba a intuir que era Adrián quien podía proporcionarle esa información.

Y de nuevo aquella referencia a Aión, Chronos, el dios del Tiempo. Cada vez estaba más convencida de que la máquina actuaba sobre el tiempo y lo único que se le ocurría era que el invento permitía hacer realidad los viajes intertemporales. Aquella idea le erizó el vello de los brazos. Si eso era así, el poder de la Pascalina era inimaginable. Entendía que alguien estuviera dispuesto a matar por conseguirlo.

Sacó de debajo de su jersey la pieza redonda que tenía colgada del cuello, esa pieza que encajaría en la Pascalina y permitiría que funcionase.

Se acurrucó en el sofá, sabiendo que al día siguiente, el día de la Virgen del Castillo, tendría que buscar a Adrián.

45

Yecla, 08 de diciembre, en la actualidad

No fue hasta la una del mediodía que Adrián se despertó. Notó su cuerpo descansado y la cabeza más despejada. Los nervios y las tensiones se habían ido con el sueño. Llamó a Roberto para indicarle que ya se había despertado, pero no respondió. Tomó un café que le acabó de asentar bien todas las ideas y se sentó en la mesa del salón con su libreta *Moleskine*. Seguía sin entender el resto de los enigmas. Tiró la libreta encima de la mesa y se estiró. El teléfono que había encima de mesa junto al sofá sonó. Cuando estaba a punto de cogerlo, se detuvo al recordar que no estaba en su casa. Entonces vio el programa de actos de las fiestas.

Empezó a buscar, sin que nada le llamara la atención. Tenía que descubrir lo antes posible todo aquel misterio, ya que no podría ausentarse del trabajo durante mucho más tiempo. Estaban a jueves y el lunes doce de diciembre tendría que estar sentado en su oficina, que era el lugar que le correspondía, y no buscando antiguos secretos donde los malos te persiguen y matan. Las fiestas acababan ese mismo día aunque, por lo que vio en el programa, los días posteriores aún habría actos, pero él no podía quedarse. Como mucho, pensaba en quedarse hasta el sábado diez. Decidió mirar si había programado algo interesante en los días posteriores. De repente, se detuvo en una pequeña explicación sin importancia.

> Novenario de la Virgen del Castillo
>
> Desde 1793, en los días siguientes al 08 de diciembre –aniversario de la virgen –se cumple con el Novenario que consta de nueve misas, una para cada día, alargando un poco más la presencia de la Virgen del Castillo en la Catedral de Yecla. Después del último día de la novena, el domingo siguiente, tiene lugar la multitudinaria Subida.

Mencionaba también que el día nueve se realizaría una misa en la Basílica con la presencia de todos los miembros de la Asociación de Mayordomos y la población y, por la tarde, se llevaría a cabo la Ofrenda Infantil, en la que los niños se desplazaban desde la plaza principal hasta la Basílica para entregar a la Virgen sus flores.

Sin embargo, lo importante era ese concepto de Novenario. Adrián entendió enseguida que aquello hacía referencia a un número. Abrió su libreta. Podría ser casualidad, pero coincidía con la frase.

> Y tantas veces alabó al señor nuestro encuentro, que su número queda grabado.

¿Qué mejor manera que alabar al señor que en una misa? Y nueve misas. Aquel era el número. Nueve. Adrián escribió lo que sería la fórmula del número a introducir.

Número de partida + 15 + ¿? + 9 =

Ya sólo le faltaba descubrir dos números. Colocó dentro de la libreta la nota entregada por Álvaro a través de aquel joven mensajero. ¿Qué era C10? ¿Y esa continuación de 12–14? ¿Por qué se refería a él como Josué? ¿Tenía que ver ese número C10 con la Pascalina?

Oyó la puerta abrirse. Roberto estaba contento de verle tan relajado.

–Te veo mejor

–Sí, he podido descansar bien.

–Me alegro. Dormir es necesario para aclarar las ideas.

–Sí

–Venga, vamos a comer algo.

Comieron un poco de queso frito con tomate y luego uno de los platos importantes, pelotas. Se trataba de unas bolas de carne, del tamaño de pelotas de tenis, elaboradas con pan rallado, remojado en agua y leche, magro picado, piñones, perejil y especias, hervidas en el caldo del tradicional cocido. Roberto le explicó que, durante la mañana, se había realizado una importante función religiosa dedicada a la Virgen del Castillo. Luego, se realizó la investidura de los clavarios.

–A las seis viene lo fuerte.

–¿Cuándo acaban las fiestas?

–Bueno, el dieciocho se realizará la Subida de la Virgen al Santuario.

–Yo ya no estaré.

–Bueno, se trata de subir la imagen de la Virgen por el mismo camino. Al llegar a la explanada, jugará por última vez con la bandera, mientras la Virgen da tres vueltas al pino. ¿Cuándo tienes pensado volver?

–El sábado.

–Pero, ¿y Valeria?

–Si no sé nada de ella mañana, me pondré en contacto con la policía. No puedo ir haciendo de aventurero por la vida.

–Puede que sea lo mejor pero, en ese caso, perderás la oportunidad de descubrir el secreto de Galileo.

Adrián miró fijamente a Roberto tras su último comentario.

–Sí, tienes razón, aunque qué quieres que te diga, entre recuperar con vida a Valeria y el secreto, me quedo con lo primero. Además, ¿y si solamente es una leyenda?

–Cabe esa posibilidad. Pero, ¿y si no?

Dieron una vuelta por Yecla, disfrutando de toda la vitalidad que rezumaba la ciudad. Gente de todas las edades paseaba por las calles. Cualquier persona se detenía al encontrar un conocido para hablar animadamente. Los niños jugaban a hacer explotar petardos en cualquier lugar susceptible de crear un sonido nuevo. El día soleado calentaba agradablemente el cuerpo.

Entraron en el bar Actual, donde se encontraron a los amigos de Roberto. Allí estaba Isaac, que nada más verlos les hizo la broma si ya habían vuelto del futuro. La tarde pasó rápida y a las seis se dirigieron a ver la procesión de la Virgen.

Las calles estaban llenas de gente. Roberto le indicó que irían en paralelo a la procesión para ir a la *placeta* de San Cayetano. Esperaron allí hasta que apareció la figura de la Virgen portada a hombros. Una vez en la plaza, se procedió a disparar un monumental castillo de fuegos artificiales que, según le dijo Roberto, era conocido como los *Castillicos*.

La procesión continuó por la calle San José hasta la de San Francisco, donde el Mayordomo realizó los movimientos enérgicos de la bandera frente a la imagen de la Patrona. Un ejército de arcabuceros escoltaba a la Virgen mientras iban disparando sus armas. Los tiros y los vítores de miles de personas se fundían en un único sonido que envolvía la ciudad, al igual que el olor a pólvora.

Roberto arrastró a Adrián por las calles para tomar buena posición ante la Basílica y poder ver cómo llegaba la Virgen.

–Es uno de los momentos más espectaculares, cuando llega a la Basílica –le susurró al oído Roberto.

Y así fue. Pasados los años, aquel momento quedó grabado en su memoria. El resonar de los arcabuces creaba un clímax potenciado por la niebla de la pólvora que volvía la noche más mágica. De repente, de entre la niebla, apareció la imagen de la Virgen, como si se tratara de una visión mística. La gente gritaba vivas y sus rostros reflejaban una alegría difícil de describir. Su mirada no se apartaba de la imagen de la Virgen. Aquella imagen

con rostro dulce, un manto azul celeste con bordados sobre una túnica totalmente blanca, y una corona dorada encima de su cabeza que resaltaba todo el conjunto. Adrián vio cómo se balanceaba, ahora a la izquierda, ahora a la derecha, debido al paso de las personas que la llevaban mediante un trono mecanizado. A medida que se acercaba, vio que tenía una melena negra con tirabuzones. Los bordados del manto parecían de oro, aunque no identificaba muy bien las formas. Se sentía atraído por aquella escenografía, cuando, de repente, lo vio. Vio el objeto que ya había visto en el sótano del Hotel Oriente cuando Valeria y, con la ayuda del punzón, hizo saltar un medallón de la columna. Allí, en su cabeza, en la base de la corona, se veía una esfera con una estrella en medio. No había duda. Era el mismo círculo. Sintió que su corazón latía con fuerza.

Un arcabucero se colocó al lado de Adrián. No le prestó atención hasta que detectó su mano deslizarse en el bolsillo de su chaqueta. Al mirarle, vio sorprendido que se trataba de Valeria disfrazada. Le hizo una señal con el dedo para que no dijera nada. Se retiró con disimulo.

–Voy al lavabo –le dijo a Roberto al oído, al tiempo que señalaba un bar.

Éste asintió y levantó el pulgar.

Una vez en el lavabo, extrajo del bolsillo un papel.

> Adrián, necesito tu ayuda. Sin ti, no puedo resolver esto. Deja a Roberto. Quedamos donde antes se lanzaron los *Castillicos*.

Al salir del bar, chocó con un hombre al que miró vagamente, pero ni siquiera se disculpó, debido a lo concentrado que estaba en asimilar aquel giro en la situación. Ahora, resultaba que Valeria le buscaba a él y no al revés y quería estar con él. Justamente ella, que había huido de casa de Natalia, dejándoles encerrados en su piso. Se mezcló entre la gente y fue hacia la plaza en la que había lanzado los fuegos artificiales. Estaba mucho más tranquila que antes. No vio a Valeria. Empezaba a preguntarse si habría huido de nuevo, cuando oyó el claxon de un coche. Valeria estaba dentro. Subió al coche y ella arrancó, sin darse cuenta de que una sombra lo había estado vigilando y al ver que se dirigía a un coche, había ido corriendo en busca de la moto y les seguía.

46

El Inspector Ponce miraba atónito todo aquel espectáculo. La imagen de la Virgen apareciendo entre la niebla de la pólvora era ciertamente mística. Sintió cierta emoción. Sin embargo, no podía permitirse el lujo de relajarse, ya que el caso estaba estancado. No habían vuelto a ver al chico y no sabían nada de Valeria. Tampoco habían visto ningún indicio de César, el hermano de Augusto. La muerte del viejo Álvaro ponía en alerta a toda la policía, ya que era el segundo homicidio ocurrido en Yecla en muy pocos días.

Los expertos intuían que se trataba de algún tipo de secta, ya que los archivos de los ordenadores de las víctimas tenían referencias a Galileo Galilei, Yecla y un misterio oculto. Por lo visto, creían en la existencia de algún tipo de Santo Grial.

Tenían gente infiltrada entre la multitud, pero no habían obtenido ningún resultado positivo. Se moría de ganas de volver a Barcelona y abrazar a su mujer. Todos aquellos asesinatos desperdigados por diferentes ciudades le estaba agotando.

Además, pronto sería Navidad y no quería mezclarse en un caso largo y tedioso que le obligase a ausentarse en fechas señaladas, como hace tres años que, debido al caso de un traficante de mujeres jóvenes, estuvieron trasnochando en Nochebuena y tuvo que ausentarse el día de Navidad. Eva lo comprendía pero, a pesar de ello, no dejaba de dolerle.

Le comentó a la Inspectora Puche que tenía hambre y ésta asintió. Se decidían a irse del lugar donde estaban, justo enfrente de la Basílica, cuando vio una cara conocida. Hizo señas a la inspectora para que se detuviera y le siguiera.

–¡Vaya sorpresa! ¿Qué hace un hombre como usted en un lugar como éste?

Zoe sonrió.

–Disfrutar de estas maravillosas fiestas.

Algo en el interior de Samuel se removió. Era esa culebra inquieta que, cuando sentía cierto peligro o desajuste, se retorcía.

–¿Qué hace aquí?

–Ya se lo he dicho.

–¿Por qué no quiso hurgar en la herida de lo sucedido en el Hotel Oriente?

–No quise difundir algo que no estaba contrastado.

–¿Y desde cuándo le ha preocupado eso?

Zoe siguió sonriendo, sin apartar la mirada de la Virgen.

–Inspector, la información es un poder muy fuerte pero frágil al mismo tiempo.

–Tomemos algo.

Zoe iba delante y al entrar en el bar chocó con un chico que iba un tanto desorientado. Al mirarle la cara reconoció a Adrián, pero como detrás de él iban los policías no dejó traslucir ningún signo de sorpresa. Se limitó a colocarse delante, para dejar pasar a la inspectora en un gesto caballeresco, pero que le sirvió para tapar la visión del chico que se alejaba de la posible mirada de los policías.

–Muy galante, pero yo pasaré detrás suyo.

Al sentarse en la mesa, pidieron unos cafés. Zoe se excusó para realizar una llamada. Cuando César contestó, le indicó dónde había visto al chico.

–Ya estoy por usted, inspector. ¿Qué quiere de mí?

–Que no se meta en mi trabajo.

Zoe dejó escapar una sonora carcajada.

–Por favor, inspector, qué va a pensar la inspectora…

–Puche, Inspectora Puche.

–Encantado. Veo que en Yecla las mujeres tienen una belleza propia. Como le iba diciendo, inspector, he venido por ocio.

–Ya. ¿No estará aquí por los extraños asesinatos que ha habido últimamente?

–Bueno, la información está para ser recopilada, para que alguien le preste atención. Pero, no se preocupe, de momento no publicaremos nada.

Samuel frunció el ceño. Aquello no cuadraba con la actitud de Zoe. Conocía de sobras a aquel hombre, capaz de hundir a personalidades importantes publicando los trapos sucios obtenidos de forma algo dudosa. Y también conocía los negocios turbios en los que estaba metido. En su estómago se removía la culebra.

–Está bien. Espero que si se entera de algo que pueda ser provechoso para la investigación, me lo comunique.

–Descuide, inspector. Inspectora Puche, encantado.

Tras irse Zoe, Samuel tuvo la sensación de que se volvería a encontrar con aquel personaje tan oscuro.

Se fueron a la comisaria. Samuel llamó a Barcelona para saber cómo estaba Alonso. Le informaron de que ya se había levantado de la cama y había dado algunos pasos. Evolucionaba favorablemente. Respiró tranquilo. Luego, habló con el grupo que estaba investigando todo los archivos de los ordenadores.

–Tenemos noticias nuevas. Empezamos a entender qué investigaba el grupo de *Facebook*.

–¿Y?

–Es una historia un poco rara, pero tiene que ver con algún descubrimiento de Galileo Galilei. Según he podido leer en algunas anotaciones, algunos miembros estaban convencidos de que creó una máquina para esconder algún secreto y que ésta fue a parar a Yecla, donde permanece escondida.

–¡No me jodas! –La Inspectora Puche se giró al oír el grito de Samuel, que levantó la mano a modo de disculpas–. ¿Qué es esto? ¿Indiana Jones?

–Esto es lo que hay. Y por lo visto, alguna relación tiene con… a ver, ¿la Virgen del Castillo?

–Sí. Es la Virgen de aquí.

–Pues eso.

–Gracias.

Cuando colgó le narró a la inspectora toda aquella información. Una sonrisa se dibujó en sus labios.

–Supongo que tendremos que actuar como si esto fuera real para llegar a ellos.

–Supongo que sí.

–Veamos, tras la entrada de hoy a la Basílica, la Virgen ya se quedará aquí –dijo la inspectora.

Samuel entendió el mensaje que quería transmitirle.

–Pues coloquemos a alguien vigilando a la Virgen.

47

La casa de campo de Álvaro estaba muy fría. Encendieron el fuego en la chimenea. Poco a poco, el calor fue llenando el salón. Valeria preparó algunos bocadillos con chorizo, jamón cocido y jamón ibérico. Abrió una botella de vino.

Adrián miró en silencio a Valeria.

–¿Por qué?

–¿A qué te refieres?

–¿Por qué de repente vienes y solicitas mi ayuda?

Valeria bajó la mirada y una sombra cubrió su rostro. En su mirada se concentraba una gran tristeza.

–Siento haberme ido de aquella forma de casa de Natalia, pero no tenía otra opción.

–Siempre hay otra opción, Valeria, pero escogiste la más desafortunada, como siempre.

–Ya y, como siempre, tú sabes cuál es la forma más correcta de hacer las cosas.

Adrián no quiso responder. Empezar de aquella forma no era la mejor manera de convencer a Valeria de que todo aquello era una locura.

–Adrián, ¿supongo que sabes lo de Álvaro? –Adrián asintió–. Me dio una nota donde me decía que tú tenías información.

–Valeria, tenemos que dejar todo esto. Dejarlo en manos de la policía y volver a Barcelona. ¿O no ves que la gente muere por esto?

–Justamente por eso debo acabarlo. Por él. Por Alba. Y por otros que han muerto.

–Es un peligro.

El fuego descendió un poco, así que Valeria se levantó para tirar un tronco más, lo que hizo que las llamas volvieran a coger fuerza. El crepitar de la madera ardiendo creaba una atmósfera relajante.

–Adrián, ¿por qué has seguido con todo esto? Tú, que odias las aventuras, el riesgo, los peligros. ¿Por qué?

–Me preocupabas.

–No necesito a nadie que se preocupe de mí –El tono de voz de Valeria se volvió áspero.

–¿No? Pues bien que pediste ayuda en *Facebook*.

De nuevo, un incómodo silencio se hizo entre ambos. Adrián pensó que era el momento de decir de una vez lo que estaba escrito pero ella no quería leer.

–Además, te quiero, Valeria.

Valeria giró la cara hacia la chimenea.

–Adrián, lo nuestro acabó. No intentes alargar algo que no puede ser.

–No puede ser porque tú no quieres.

Un soplido se escapó de boca de Valeria. Aquella no era el tipo de conversación que quería tener con Adrián. Su mente se centraba en otras cosas.

–Hablaremos de eso más tarde. Quiero saber qué información tienes.

Adrián sonrió de forma cínica.

–Para esto sí que te intereso, ¿eh?

–Por favor, Adrián, no nos comportemos como niños.

–Está bien, está bien.

Adrián le explicó todo lo que había averiguado de la trama de los Celadores y las

cartas de Ludovic. Cuando le detalló que la clave estaba en la carta de 1842, Valeria se quedó paralizada.

–¿Una carta de 1842? Yo no vi esa carta.

–Me dijo Elías que había estado buscando en los archivos y la encontró.

Le dejó leer en su libreta la anotación de la carta. Adrián le detalló que tenía todos los datos menos el de las vueltas y el número de origen.

–Creo que ya sé cuál es el número de origen: "su muerte marca el número". Tan sólo se puede referir a la muerte de Galileo Galilei. Su muerte marca el número. Su muerte… ¡La edad de su muerte! Setenta y ocho años.

Adrián tuvo que reconocer que tenía su lógica.

Valeria le explicó que lo que ella había descubierto era la parte que se debía sumar al número inicial.

–Según creo, debe ser la fecha de nacimiento de Galileo.

–¿Y es?

–El quince de febrero de mil quinientos sesenta y cuatro. La Pascalina tiene ocho números, los dos primeros son los decimales y los seis restantes, los números enteros. Quedaría algo así.

Cogió una hoja y escribió la cifra.

15,021564

–¿Cómo funciona la Pascalina?

–Verás, su funcionamiento se basa en las ruedas que hay en su interior. Cuando una rueda da un giro completo, por ejemplo, el de la centena, hace que se mueva una décima de giro la rueda de las unidades y así sucesivamente.

–Es decir, que si en la centena paso de uno a dos, lo que provoco es que la rueda de las unidades gire para aumentar en un número la decena y así diez veces hasta sumar un número en la centena.

–Exacto. Bien. El tema es que, para que la máquina desvele el secreto, debe hacerse una suma y una resta, pues eran las únicas operaciones que realizaba. Yo tengo el valor de la suma, que es sesenta y siete.

–¿Por qué?

Valeria se levantó para ir a buscar la hoja donde había anotado los números que aparecían en la columna del Hotel Oriente.

–¿Te acuerdas de la columna del hotel?

Adrián asintió.

–El texto se refería al número de milicianos que fueron y al tiempo de reclutamiento. Sesenta y uno más seis, sesenta y siete.

En la hoja en la que había escrito la fecha de nacimiento de Galileo anotó la nueva cifra.

$$15{,}021564 + 67$$

–Tu parte se refiere a la resta.

–Sí.

–Y en su momento, fue la edad de la muerte de Galileo, pero luego modificaron el número, vinculando los números con ciertos actos de la fiesta de la Virgen, algunos de los cuales ya has descubierto.

Al oír aquel comentario, Adrián sonrió con orgullo.

Valeria anotó los nuevos datos.

$$15{,}021564 + 67 - (87 + 15 + ?? + 9)$$

Los dos miraron con emoción aquella ecuación que tenían delante. Únicamente falta despejar la x, recordó Adrián de su época en el colegio. ¿Qué podía ser aquello de dar vueltas? Y hablaba de ella. ¿Quién era ella? Adrián se levantó y caminó de un lado a otro del salón para pensar mejor, mientras Valeria le miraba expectante. "Ella da vueltas". ¿De quién podía hablar que fuera femenino? De repente, como si hubiera puesto los dedos en un enchufe y le hubiera sacudido una pequeña descarga, notó una cierta excitación al darse cuenta de que la había tenido delante todos estos días. La Virgen. Se refería a la virgen.

–La Virgen es la que da vueltas.

–¿Cómo?

–Se refiere a la Virgen del Castillo.

–Pero, ¿cuándo da vueltas?

–Espera, algo me dijo Roberto –Adrián se colocó los dedos en forma de pinza entre los ojos para forzar más la memoria–. Algo de las vueltas.

–¿El qué? –preguntó con impaciencia Valeria.

–¡Deja que recuerde, caray! –Adrián se tapó la cara con las manos, mientras repetía una frase–. La Virgen da vueltas, la Virgen da vueltas,...

De repente, Adrián se calló.

–Sí, ya me acuerdo. El domingo que viene, cuando suban a la Virgen al Santuario. Da tres vueltas alrededor del pino antes de devolverla al Santuario.

–¡Dios! ¡Dios! ¡Lo tenemos! Tiene su lógica: "Nos despedimos de nuestras emociones". Vueltas antes de despedirse de la Virgen.

Valeria colocó el tres en el lugar de los interrogantes y, uniendo los números del paréntesis con una línea, escribió encima la cifra resultante de la suma. Ciento catorce.

–Esto es lo que debe hacerse en la Pascalina.

15,021564 + 67 –114

Adrián estiró los brazos. Preparó un café para él y un cortado para Valeria. Al regresar, colocó algunos troncos más en la chimenea y aireó a las brasas para que cogiera bien el fuego.

–Valeria, ¿ya sabes qué hará la Pascalina?

–Tengo una ligera idea.

–Yo también.

Adrián la estaba sorprendiendo gratamente, pero no quería dejarlo entrever, puesto que, de lo contrario, corrían el riesgo de desviarse de la conversación.

–Creo que la Pascalina funciona como una especie de máquina del tiempo.

Valeria esperó oír la carcajada de Adrián, pero éste sonrió.

–Yo también llegué a la misma conclusión. ¿Crees que eso puede ocurrir?

–Puede. Desconozco cómo puede hacerlo. Galileo analizaba las estrellas. Es posible que encontrara algún tipo de indicio de cómo abrir alguna puerta a otra dimensión y moverse por ella. No lo sé.

–Hay algo más. Dijiste que recibiste una carta de Álvaro. Yo también. Y en ella dejó anotado algo que no consigo explicarme.

–¿Qué es?

–En la hoja ponía: "Josué, C10; 12–14".

–¿Josué? No sé a qué se puede referir.

Ambos se quedaron en silencio, reflexionando sobre aquella anotación de Álvaro. Valeria cogió la libreta *Moleskine* de Adrián y volvió a leer la carta de ese Ludovic Palao. Se dio cuenta de algo. La frase que encerraba el código de las vueltas, se refería a la Virgen con el término "ella". Y ahora se dio cuenta de que en la segunda línea aparecía ese término.

> La ofrenda sigue en su sitio. La vejez soporta la bola de la experiencia, la culpa y los errores, ante la mirada de ella.

"Ante la mirada de ella". El enunciado empezaba con "la ofrenda sigue en su sitio". Sabía, por las anteriores cartas, que para hablar de la Pascalina, utilizaban el término "ofrenda".

–Adrián, mira esto. La ofrenda es la Pascalina. Por tanto, está diciendo que sigue en el mismo lugar en que fue escondida. Y mira esto.

Señaló con el dedo la palabra "ella".

–Ella. ¿La Virgen? –preguntó Adrián.

–Creo que sí. En escritos anteriores, "ella" hacía referencia a la Virgen. Si fuera así, es posible que nos estuviera diciendo que se encuentra en un lugar donde la Virgen mira, por tanto, donde está depositada. Ha de estar en el santuario.

–¡Joder!

–¿Qué ocurre?

La pregunta de Valeria no obtuvo respuesta, ya que Adrián miraba hipnotizado la libreta.

–¡Adrián!

–Perdona. No es el Santuario. Piensa que todos estos códigos tenían relación con las fiestas, por tanto debe ser en un momento de las fiestas en que la Virgen está en un lugar concreto. "La vejez soporta la bola de la experiencia, la culpa y los errores". La bola. Piensa en la cúpula de la Basílica.

–¡Claro! La culpa y los errores. En la Basílica, la gente reza y se confiesa para liberar las culpas y ser perdonada por sus errores.

Los dos se miraron. Cada uno vio en la mirada del otro la emoción y la alegría de resolver el enigma.

–Tenemos que ir.

–¿Ahora?

–Sí.

Fue en aquel instante que la memoria de Adrián recuperó una imagen vista aquella misma tarde. La imagen de la Virgen apareciendo entre la humareda de la pólvora. El ruido de los arcabuces. El olor penetrante. Y la corona.

–Valeria, el medallón.

–¿Qué?

–El medallón que cogiste de la columna.

Ella extrajo de debajo de su jersey el medallón y se lo enseñó con una sonrisa en los labios.

–Se trata de una pieza que va arriba de la máquina. Está bien protegida.

–Hay otra.

La expresión de Valeria podría haber sido la de una niña de cinco años a quien se le explica que sus padres se separan porque no se quieren más. Valeria era incapaz de comprender lo que le estaba diciendo Adrián. Claro que había otra. La máquina tenía siete más y la suya hacía la octava.

–En la corona de la Virgen he visto una igual que ésta.

–¿Cuándo?

–Hoy. Cuando era transportada hacia la Iglesia Nueva.

–¿Estás seguro?

–Sí. Era igual que éste.

–Increíble. Ha estado allí durante años y nadie se ha percatado de su extraña forma.

–Pensarían que era un simple medallón. O...

Valeria miró a Adrián, que no finalizó la frase. Fue Valeria quien lo hizo.

–O sí que lo sabían, pero ya les interesaba que estuviera allí.

Tenía su lógica. Ludovic escribió su código en Barcelona y escondió allí una pieza, mientras que en Yecla, alguien tuvo que esconder la otra pieza. No había duda de que no podían esperar más.

–Hay que ir ahora. Mañana habrá mucha gente.

Eran las cuatro de la mañana cuando subieron al coche y se dirigieron a Yecla, mientras, César, montado en una moto, les seguía y llamaba a Zoe para informarle de sus movimientos.

48

El ambiente por las calles era tranquilo, salvo por algún que otro grupo de personas que, o bien se dirigían a un local para bailar, o bien salían del mismo. Por los alrededores de la Basílica, no se veía actividad. Caían algunas gotas de lluvia, que dejaban el suelo húmedo, pero no encharcado. Yecla dormía, recuperándose de las emociones y el trasiego de las fiestas.

Valeria y Adrián dieron una vuelta a la Basílica para asegurarse de que no había nadie vigilando. Se acercaron a la puerta principal, situada de cara a la calle España. La puerta metálica tenía dos hojas, cerradas ambas con llave.

–¿Cómo vamos a entrar? –preguntó Adrián algo nervioso.

–Pues como todo el mundo, llamando a la puerta.

–¿Qué? ¿Estás loca?

–No pasa nada, don cagado.

Valeria dio varios golpes a la puerta que a Adrián le parecieron las campanadas de las doce del mediodía. Parecía que la saliva le hubiera resecado. Miraba de un lado a otro, mientras veía que Valeria permanecía tranquila. Claro, ella está acostumbrada a asumir riesgos, pero yo no, pensó.

Una mujer que pasaba por allí justo en aquel instante, les comunicó que si querían hablar con el párroco debían llamar a su vivienda, situada en el edifico de al lado. Se trataba de un edificio sobrio.

Valeria volvió a aporrear la puerta.

Al cabo de unos cinco minutos, la puerta se abrió. Apareció el párroco con el pelo blanco algo revuelto.

–¿Qué ocurre? ¿Qué quieren a estas horas?

–Padre, necesitamos cobijo en la casa del señor. Necesito limpiar mis pecados ante la imagen de la Virgen.

–Hija, ven por la mañana, como todo el mundo.

El párroco se decidía a cerrar la puerta, cuando la mano de Valeria detuvo la acción. Adrián vio que aquel hombre mayor se asustaba ante la reacción de Valeria.

–Padre, es importante. Se lo suplico.

Entonces, Valeria se postró de rodillas y empezó a emitir un lamento que parecía ser un llanto. El párroco estaba cada vez más desconcertado. Adrián pensaba rápido algún argumento que pudiera ser de ayuda, pero estaba igual de asustado que aquel buen hombre. De repente, pensó en Álvaro Zaplana y apostó todo por esa carta.

–Padre, somos amigos de Álvaro Zaplana, de la escuadra de los Celadores –La cara del párroco pareció relajarse algo–. En sus últimas voluntades dejó escrito que rezáramos por él. Somos de Barcelona y mañana por la mañana regresamos. No queríamos irnos sin cumplir su voluntad.

El párroco miró a Adrián, analizando la veracidad de aquel chico. Conoció en vida a Álvaro Zaplana. Había sido un devoto fiel y siempre participaba en los actos de las fiestas y de Semana Santa. Recordaba claramente algunos escritos que había hecho, dedicando algunos versos a la Virgen del Castillo.

–Déjame ver el escrito.

Adrián le entregó el sobre que le había dado el niño. Vio que el párroco levantaba las cejas.

–¿Qué ocurre?

–Bueno, ciertamente es su letra. Pero, es realmente curiosa esa última voluntad.

Adrián tragó la saliva que se había solidificado en su boca. Por un momento, pensó que había descubierto la mentira y no era de extrañar, pues el mensaje era un tanto atípico. Valeria, que se había levantado, se mantenía en silencio.

–Parece que os avisaba de algo. Pero la invitación a la oración es un tanto rara. No sé qué vería Álvaro en el Libro de Josué.

Valeria y Adrián se miraron sorprendidos ante aquel comentario, sin embargo entendieron que no debían preguntarle nada porque si no, el párroco se daría cuenta de que el argumento de la oración era mentira. Valeria fue la que reaccionó con rapidez.

–Sí, pero Álvaro tenía sus caprichos. Era un hombre muy creyente, pero también conocedor de la historia.

–Eso es cierto. Supongo que ese C10 es el capítulo diez del Libro de Josué y lo de doce y catorce los párrafos. Ahora no recuerdo de qué trataba el libro. Bueno, es igual. Pasad.

Para acceder a la basílica, primero tenían que cruzar las dependencias del sacristán.

Accedieron a la penumbra de la Basílica, iluminada por unas pocas velas y unas luces colocadas en algunas columnas. Vista así, Adrián sintió el peso de la historia y la fuerza de aquel templo, mostrando sus interioridades ante la mirada de dos desconocidos. Se detuvieron ante la imagen de la Virgen.

–Bueno, aquí os dejo. Cuando acabéis, me aviséis.

–Gracias, padre.

Una vez el párroco desapareció, Valeria sonrió a Adrián.

–Muy buena la idea de sacar el tema de Álvaro.

–Sí y además hemos descubierto que esa anotación se refería a un texto bíblico.

–Habrá que mirar a qué se refiere. Ahora busquemos.

Se acercaron a la Virgen. Adrián le señaló la corona. Tal como la había visto, en la base, había el mismo medallón que poseía Valeria. Decidieron que lo cogerían luego, primero había que buscar la Pascalina.

–Mejor nos separamos. Busca algún escondite rectangular, algo que destaque en una pared, una señal, una puerta.

Valeria examinó el lateral de la nave central más alejado de la puerta, mientras que Adrián analizó el lado opuesto. En la primera columna, había un púlpito al que se accedía mediante una escalera que bordeaba el pilar a modo de hiedra que se agarra al tronco del árbol.

Adrián subió al púlpito, pero no vio nada que le llamara la atención. Inspeccionó las columnas por si hubiera alguna piedra diferente o con alguna señal. Llegó al final y anduvo por la nave central, ojeando los bancos dispuestos en filas. Valeria volvía sobre sus pasos y subía al altar.

–No veo nada donde pueda esconderse –dijo Valeria una vez llegó a su altura Adrián.

De repente, se oyó el sonido de un golpe. Adrián se acercó a la puerta, que estaba algo entreabierta. Miró a su alrededor, pero no vio a nadie.

–¡Hola! ¿Hay alguien?

"*Seguramente habrá sido una ráfaga de viento*" –pensó.

Valeria estaba estirada en el suelo, analizando cualquier desnivel o baldosa susceptible de esconder algún tesoro.

–No lo entiendo. No parece haber nada aquí.

–Bueno, esto es muy grande. A lo mejor está por arriba o en otras dependencias.

Valeria tenía los brazos cruzados. Se le notaba por sus labios apretados que aquello suponía un contratiempo en su misión. Adrián le señaló de nuevo la corona, indicándole que sería mejor llevarse el medallón ya.

La Virgen descansaba en una base dorada, envuelta en flores, sobre un carro con unas asas que servían para auparla. Valeria empezó a escalar la estructura, que se balanceó hacia un lado, haciendo temer a Adrián que volcase. Valeria se detuvo. Al ver que toda la figura se estabilizaba, volvió a escalar. Una vez tuvo la cara de la Virgen frente a la suya, extrajo una navaja de su bolsillo trasero y empezó a hurgar en la corona. El medallón saltó, cayendo al suelo.

Adrián se acercó para recogerlo. Por lo que vio, era idéntico al que había cogido Valeria, que ahora estaba junto a él. Se había quitado su medallón y los comparaban uno junto al otro, cuando oyeron una voz sus espaldas.

–Muy bien chicos. Ahora quiero que me deis lo que habéis cogido y nos iremos todos juntos.

De manera instintiva, Adrián escondió la esfera bajo su manga, mientras los dos se giraban. La visión que contemplaron les dejó con la sangre helada, como si de repente en la nave de la Basílica la temperatura hubiese descendido quince grados de golpe. Lo primero que pensó Adrián fue que estaba viendo un fantasma. Ninguno de los dos reaccionó. Oyó la respiración acelerada de Valeria. ¿Cómo podía ser aquello? Él había visto con sus propios ojos cómo aquel tipo recibía en el pecho los disparos del policía. Debía estar muerto. Ante ellos estaba el mismo hombre alto, de piel nívea y pecas en el rostro que había secuestrado a Valeria y había muerto en el sótano del Hotel Oriente. Les apuntaba con una pistola.

–Ya me habéis oído. Que la chica avance y me dé eso.

Valeria, que por la sorpresa se había quedado con su medallón en la mano, miró la mano de Adrián y se percató que había escondido el hallado en la corona de la Virgen.

–¡Venga, joder!

Valeria se adelantó, alargando el brazo. César la agarró de la muñeca, estirando su cuerpo hacia él. Le dio la vuelta, torciéndole el brazo y colocando a Valeria delante de él, mirando a Adrián. Cogió el medallón y apuntó a Valeria en la cabeza.

–Muy bien. Ahora tú irás delante e iremos hacia el coche donde subiremos todos como buenos alumnos. Si no, le reviento la cabeza a tu putita.

Adrián entendió que su momento de héroe había acabado. Ya no era cuestión de desenfundar el látigo y colocarse bien el sombrero de Indiana. No. Era el momento de ser el técnico de prevención que, sentando ante el ordenador, realiza la evaluación de riesgos o los certificados de la formación. "*Todo ha acabado*", pensó. Y de la peor manera. Pero no tenía porqué extrañarse, ya que sabía muy bien que, al igual que el trabajador realiza sus tareas jugando cada día con un riesgo elevado, al final se corta o se quema, cuando uno tonteaba con canallas que son capaces de matar, podía pasar que te acabaran atrapando y te amenazaran de muerte.

Suspiró resignado, recibiendo la mirada desafiante de Valeria, que parecía no entender el peligro que corrían. Dio media vuelta, para emprender el camino hacia la puerta, cuando una figura apareció de entre las columnas apuntando con una pistola hacia César y Valeria.

–Policía. Deje el arma y deje ir a la chica.

Nada de lo solicitado se llevó a cabo. Adrián miraba al policía. El policía a César, el cual no apartada la mirada de Adrián. Todo estaba en suspense. De repente, apareció el párroco.

–¿Qué es todo esto? ¿Qué hacen aquí?

El policía movió los ojos un instante hacia el párroco, momento que aprovechó César para dispararle y colocarse detrás de una columna. El disparo no le alcanzó, pero hizo que se tirara al suelo y se protegiera tras los bancos de la Basílica, al igual que Adrián.

El policía se mantenía quieto. Notaba el sudor correr por su frente. Había estado toda la noche apostado en el coche, vigilando la Basílica, cuando vio a la pareja que buscaba la policía de Barcelona merodear por allí. Vio como hablaban con el párroco y entraban. Llamó a la inspectora, pero no respondió a la llamada. Entonces llamó a la central para informar de lo que sucedía. Poco después, vio al otro tipo forzar la puerta y entrar.

Cuando salió del coche para acceder a la Basílica, la inspectora le devolvió la llamada. Entonces le explicó todo lo que había visto esa noche. Mientras hablaba con ella, oyó los gritos provenientes de la Basílica. Colgó y entró.

Ahora, estirado en el suelo, esperaba que no tardasen mucho en llegar.

Valeria, que tenía el brazo izquierdo de su captor apretándole el cuello, bajó un poco la cabeza y consiguió morderle con toda su furia. También se aseguraba de que aquel tipo no era un fantasma, pues tendría que estar muerto.

César soltó un alarido y aflojó un poco el brazo, momento que ella aprovechó para darle un codazo en el estómago. El golpe provocó que César dejase de apretar el brazo y Valeria salió corriendo. César se recompuso, saliendo tras ella.

El agente de policía, al oír el movimiento, se levantó y se acercó gateando hacia la zona.

Mientras, Adrián seguía escondido tras los bancos. El miedo le impedía moverse.

El párroco, viendo a la chica correr, se abalanzó sobre ella para protegerla, ya que el

tipo de piel blanca la apuntaba con la pistola. El disparo dio de lleno en el costado derecho del padre que cayó al suelo boca arriba. Valeria se quedó petrificada viendo la sangre que emanaba de la herida, y aquella parada fue su perdición, pues la mano de César la agarró del pelo y la tiró al suelo. César apuntó entonces a la pierna del policía. La bala penetró en su muslo, provocando un grito de dolor que resonó en toda la Basílica. Entonces, se oyó el clamor de Valeria.

–¡Adrián, vete! ¡Vete! ¡Corre!

Y Adrián, como si fuera un perro a quien se le ordena que vaya a buscar la pelota, empezó a correr. César le disparó, pero quien recibió el disparo fue la columna del púlpito. Al salir, empezó a correr por la calle España, hacia el interior del pueblo.

César arrastró a Valeria hacia el exterior, justo en el instante en que se oían las sirenas de policía. El coche estaba lejos, en cambio la moto estaba allí mismo, pero no podría subir con ella tal como se removía y luchaba. Así que le dio un golpe en la nuca y se desmayó. La colocó detrás de él y arrancó.

Cuando los inspectores Ponce y Puche llegaron, se encontraron con dos personas heridas estiradas en el suelo de la nave de la Basílica. El agente estaba claramente consciente. Samuel se dirigió al párroco para tomarle el pulso.

–¡Llama a una ambulancia! ¡Está vivo!

Al hacer presión en la herida, el padre abrió los ojos y le miró. Abrió la boca pero no conseguía emitir sonido alguno.

–Tranquilo, Padre. No hable. Ya viene la ambulancia.

Al segundo intento sí pudo hablar.

–Josué. El libro de Josué. El sol, la luna,…

–Descanse, Padre, descanse.

Por la puerta entraron, como una manada de búfalos, tres enfermeros de la Cruz Roja con una camilla y una mascarilla conectada a una bombona de oxígeno que le colocaron enseguida al párroco.

–Vamos, al hospital.

El Inspector Ponce vio en los ojos del padre esa expresión de quien quiere continuar hablando, pero le han cortado el discurso.

–¿El libro de Josué?

Negó con la cabeza incapaz de comprender qué quería decirle. Se acercó a la Inspectora Puche, que se había quedado junto al agente herido.

–¿Está bien?

–Sí.

–Eran ellos –le dijo la inspectora–. El agente ha reconocido a Valeria, Adrián y a César.

–Bien. No quiero que nadie salga de Yecla sin ser identificado. Quiero controles en todas las vías de entrada y salida de la ciudad.

Samuel miró a su alrededor. La Basílica estaba en media penumbra. Esa iluminación le confería un aire místico. Delante, tenían la imagen de la Virgen, que miraba hacia delante, impasible. Mientras la miraba, tuvo la sensación de que faltaba algo. Llamó a la inspectora para que viniera a su lado.

–Tú la conoces mejor que yo. ¿Le falta algo?

La Inspectora Puche levantó la mirada. Analizó la túnica, las flores, los rizos, la cara y, al llegar a la corona, dijo un sencillo “oh”.

–¿Qué ocurre?

–La corona. Le falta un medallón que tenía en la base.

49

Cuando uno ve las películas de intriga, siempre se sabe que, pase lo que pase, el héroe saldrá ileso. Al igual que la chica. Por eso, cuando hay la confrontación malo–chica–bueno, llegado el momento clave en el que hay que actuar rápido y hay que decidir entre proteger la vida de la chica o huir y dejarla a su suerte, el espectador siempre se decanta por la primera opción: enfrentarse al malo y salvar a la chica. Pero, la vida real era diferente, ya que no siempre las cosas salían bien. Y los implicados no son personajes fríos como el hielo, con la templanza de pensar una solución en una centésima de segundo y tan rápido que cogen al malo desprevenido. No. Adrián no era un héroe al estilo James Bond. Por eso, al oír la orden de correr, no lo dudó.

A medida que pasaban los minutos, empezó a invadirle un sentimiento de culpabilidad muy pesado. ¿Podía haber hecho algo más? Lo dudaba.

Por la humedad de su pantalón se dio cuenta de que se había orinado encima. Aquello no ocurría en las películas, pensó.

Se mantuvo escondido en un portal durante un buen rato, esperando a que dejasen de sonar las sirenas y así también poder recuperar el aliento.

Avanzó por las calles, poco a poco. El amanecer ya despuntaba. Sentía el frío y el cansancio por todo su cuerpo. Llegó a casa de Roberto y pudo entrar con el juego de llaves que tenía.

Nada más verle, Roberto se asustó.

–Pero, ¿Qué te ha ocurrido? ¿Estás bien?

–Sí, sí. Necesito una ducha.

–Te prepararé un café.

–Gracias.

Se quedó un buen instante bajo el agua caliente, notando como su piel se enrojecía por el calor, pero se desprendía de la humedad de la madrugada, del miedo del peligro y de la culpa de abandonar a Valeria.

El café le activó la mente.

Roberto le miraba de forma curiosa y expectante. No quería ahogar con preguntas a Adrián.

–Tienen a Valeria.

–¿Qué?

–Fuimos a la Basílica y allí nos encontramos con… –Adrián se detuvo, pues iba a decir con un fantasma– con uno de ellos. Disparó al párroco, al policía y se llevó a Valeria.

–¡Joder! Adrián, tendrías que ir a la policía.

–¡No! –Él mismo se sorprendió del grito–. No. La matarán. Quieren llegar hasta el final y nos necesitan para eso.

Roberto se levantó, realizando movimientos negativos con la cabeza.

–Lo que no entiendo era que hacíais en la basílica.

–La Pascalina está allí.

La mirada de Roberto pareció ser la del niño que ve a los Reyes Magos en la cabalgata. Se acercó a la mesa y se volvió a sentar.

–¿Seguro?

–Bueno, eso dedujimos de un escrito en clave.

–A ver.

Adrián le mostró el escrito en la libreta. Roberto lo leyó en silencio.

–¿Qué es eso de Gabaón y Ajalón?

–No lo sé.

–Bueno, te veo cansado. Te dejo descansar un rato. Salgo un momento.

Adrián se quedó varios minutos mirando el espacio donde había estado Roberto, como si estuviera soñando y todo aquello lo viera desde lejos. Se sentía cansado, los músculos lentos y la mente bloqueada. Adrián se quedó sorprendido de que Roberto se fuera tan repentinamente, pero era tal su cansancio que su mente era incapaz de preocuparse por un detalle tan poco importante. Si quería irse, que se fuera; él, por su parte, descansaría.

Se sentó en el sofá. Eran las ocho de la mañana. Cerró los ojos un instante y se durmió.

Soñó que un gran demonio intentaba cazarlo con un tridente. Corría por la Basílica de la Purísima, mientras oía los gritos de Valeria y el párroco que estaban encarcelados en una jaula que colgaba del techo. Tenía que salvarlos. El demonio vomitaba ríos de lava que tenía que esquivar si no quería morir quemado. El padre gritaba desde arriba una y otra vez la misma consigna: "El libro de Josué, el libro de Josué". De repente, la jaula se desprendía y caía al vacío. Fue en aquel instante que Adrián se despertó con esa extraña sensación de que uno se está cayendo realmente al vacío.

Se había dormido durante una hora. Se lavó la cara y encendió el ordenador de Roberto para buscar en Internet el *Libro de Josué*. No le fue difícil acceder a un lugar donde estaba transcrito todo el libro por capítulos. Buscó el capítulo número diez. Observó que en los textos de cada capítulo se intercalaban una serie de números que separaban los distintos versículos. Álvaro Zaplana hacía referencia en su nota al capítulo número diez, versículos 12–14.

> 12 Entonces Josué habló a Jehová el día en que Jehová entregó al amorreo delante de los hijos de Israel, y dijo en presencia de los israelitas:
>
> Sol, detente en Gabaón;
> Y tú, luna, en el valle de Ajalón.
> 13 Y el sol se detuvo y la luna se paró,
> Hasta que la gente se hubo vengado de sus enemigos.
>
> ¿No está escrito esto en el libro de Jaser? Y el sol se paró en medio del cielo, y no se apresuró a ponerse casi un día entero. 14 Y no hubo día como aquel, ni antes ni después de él, habiendo atendido Jehová a la voz de un hombre; porque Jehová peleaba por Israel.

Notó un cierto escalofrío recorrerle toda la espalda. Allí aparecían mencionados Gabaón y Ajalón. ¿Por qué esas referencias a esas poblaciones? Decidió leerse todo el texto. Por lo que pudo entender, los cinco reyes del país de Canaán empezaron a combatir contra Gabaón. Estos solicitaron a Josué su ayuda. Josué y todos sus guerreros acudieron a la llamada y los cinco reyes, al ver el ejército, huyeron. Entonces, Jehová hizo caer grandes piedras de granizo desde el cielo, provocando una gran matanza, ya que los que no caían por el granizo, morían a manos de los hombres de Josué. Josué se percató de que el Sol empezaba a ponerse. Tenía la certeza de que en cuanto oscureciera, los soldados de los reyes de Canaán escaparían. Josué rezó a Jehová, el cual detuvo el Sol y, ante la luz diurna, los israelitas consiguieron terminar de ganar la batalla. Sin embargo, por lo que leyó, más reyes se unieron para atacar Gabaón. Josué y su ejército tardaron seis años en derrotar a los treinta y un reyes del país. Una vez lo consiguieron, Josué hizo que el país se dividiera entre las tribus que necesitaban tierras.

¿Qué tenía que ver esa historia con Yecla, Galileo y la Pascalina? ¿Qué había entre Gabaón y Ajalón que mantuviera vivas las esperanzas? La única relación que veía era la mención al Sol y la Luna, ya que Galileo estudiaba las estrellas. ¿Tendría algo que ver la posición del Sol y la Luna para llevar a cabo los viajes en el tiempo? Notó un fuerte pinchazo en la cabeza que, sumado a ciertas manchas negras que aparecieron en su visión, anunciaba migraña. Fue a la cocina y se tomó un ibuprofeno. Todo le daba vueltas. Aparecían en su mente la imagen de Valeria, el Inspector Ponce, el hombre alto de piel blanca, el párroco de la Basílica, Roberto y Álvaro Zaplana, montados en un tío vivo que

daba vueltas y vueltas.

Extrajo del bolsillo la esfera que se había quedado. Aquella que había extraído de la corona de la Virgen. Tuvo una idea. Entró de nuevo en Internet y tecleó “Corona Virgen del Castillo”.

Vio que fue el dieciocho de noviembre de 1757 la fecha en la que se le colocó la corona a la Virgen. Aquello cuadraba con la nota realizada por aquel Jerónimo León en el año 1842. De repente, tuvo una duda sobre el emplazamiento de la imagen de la Virgen. Recordaba que, en algún momento, Roberto le había mencionado algo al respecto, pero no conseguía desenterrar de la memoria el qué.

–¿Dónde estaba la Virgen en 1842? –dijo en voz alta Adrián, como si el ordenador pudiera responderle hablando.

Tras teclear la consulta, obtuvo la información que quería. Hasta 1868, estuvo ubicada en la Iglesia Vieja.

–Un momento, un momento.

Tuvo la imagen suya de pie, con Roberto al lado hablándole de los detalles que tenía la torre de la Iglesia Vieja, mientras él miraba hacia arriba, observando la aguja que descansaba sobre una gran bola de acero.

> La ofrenda sigue en su sitio. La vejez soporta la bola de la experiencia, la culpa y los errores ante la mirada de ella.

“Ante la mirada de ella”. En 1842, la Virgen estaba en la Iglesia Vieja, por tanto, su mirada estaba allí. Y la mención a la bola coincidía físicamente con la que había en la torre. ¿A qué se refería con la vejez? Tecleó rápidamente “Iglesia Vieja”, para leer una descripción detallada del edificio. Todo lo que había en la torre coincidía con lo que le había explicado Roberto, salvo que él le había mencionado que en el lado sur había representadas las fases del ser humano, que eran la juventud, la madurez y la vejez. La vejez, la bola, la mirada de ella y 1842. Todo coincidía. La Pascalina estaba en la Iglesia Vieja. Se levantó y salió corriendo.

Al abrir la puerta, se encontró a Roberto que llegaba con una barra de pan y el periódico.

–¿Dónde vas? ¿Qué ocurre?

Pero la figura de Adrián bajando a saltos los peldaños de la escalera no le respondió. Entró y miró extrañado el salón y el estudio. Entonces vio el ordenador encendido y la imagen de la Iglesia Vieja en la pantalla.

50

En el salón, se oía el sonido de la radio de la policía transmitiendo órdenes. Zoe sonrió a Eric.

–Con dinero se puede tener lo que uno quiera.

Zoe había conseguido aquella radio de manos de un policía que aceptó gustosamente a cambio una cantidad considerable de dinero en metálico. Durante toda la mañana, habían estado escuchando todo el dispositivo que se estaba llevando a cabo para controlar las salidas de Yecla. Por la información que llegaba, no habían visto a ninguno de los sospechosos.

En aquel instante, la chica pareció despertarse. Tenía las manos atadas por detrás de la espalda.

–Despiértala. No podemos perder tiempo.

César se acercó, se fue al lavabo y volvió con un vaso lleno de agua que lanzó a la cara de Valeria. Cuando abrió los ojos, vio ante sí tres personas. A su secuestrador, un hombre maduro y un chico rubio con la mirada penetrante.

–Buenos días. Verás, nos gustaría mucho establecer una relación de amistad, pero no tenemos mucho tiempo, así que dinos dónde está la Pascalina.

–¿Es usted el que está detrás de todo esto?

–Sí. Pero eso es lo de menos.

–Su cara me suena.

–Digamos que soy alguien que maneja la información.

Valeria reconoció enseguida a aquel hombre. Se trataba de Zoe Vega, el magnate de las telecomunicaciones y personaje turbio metido en oscuros asuntos de armas y otros negocios ilícitos. ¿Qué hacía él detrás de los asesinatos?

–Bueno, chica, dinos dónde está –El otro tipo tenía un cierto acento extranjero. A Valeria le sonaba a los alemanes que intentaban ligar con ella cuando iba a Mallorca a pasar unos días de vacaciones durante el verano.

–En la Basílica.

–Pero ahí no estaba.

–Pues no lo sé del todo. Si su animal de caza no hubiese interrumpido, podríamos haber mirado más.

César hizo ademán de acercarse a Valeria, pero Eric le detuvo agarrándole del brazo. Zoe se sentó enfrente de ella.

–Mira, zorrita, esto va muy en serio. Empieza a decirnos lo que sabes.

Valeria inspiró fuerte. Sabía que no podía ir con chiquitas con esas personas.

–Desciframos una frase en código según la cual todo apuntaba a que la Pascalina estaba escondida en la Basílica. Mencionaba que la ofrenda estaba escondida en un lugar hacia donde la Virgen dirigía su mirada. Hacía referencia a una bola, por lo que pensamos que era la cúpula.

–¿No encontrasteis nada?

–No.

Zoe la miró, buscando indicios de mentira, pero no notó nada que le hiciera dudar de su palabra.

–¿Y este medallón?

–Se coloca encima de la Pascalina. Sirve para hacer girar los números.

–¿Cómo funciona?

–No lo sé.

La mano de Zoe se estrelló contra la mejilla de Valeria con tal fuerza que la tiró al suelo.

Notó un fuerte dolor en la cabeza.

–Vuelvo a preguntar. ¿Cómo funciona?

–Hay que realizar una operación. Hay que usarlo como lo que es, una calculadora.

–¿Qué operación? –dijo Eric.

–Partiendo de una cifra, hay que sumar y restar.

Entonces, el sonido de la radio interrumpió la conversación. Un agente informaba de que había visto pasar corriendo a Adrián por delante de la Basílica pero que, al ver a los agentes, había girado hacia la calle España.

–Vamos. Coge la radio.

Eric conducía el coche. Junto a él iba Zoe, mientras que César apuntaba con la pistola a Valeria, que seguía atada en el asiento trasero.

–No te muevas o César te hará pagar lo de su hermano.

Entonces Valeria comprendió que no era ningún milagro. Se trataba del hermano gemelo de su secuestrador, que murió en el sótano del hotel.

Siguieron las indicaciones que oían por la radio. Los agentes dijeron que le vieron girar por la calle Numancia hacia abajo y luego por la calle San José, para luego ir hacia la calle de San Antonio.

–Está dando vueltas –dijo Zoe que tenía un plano de Yecla sobre sus piernas. –Ve por allí.

Cuando el coche llegó a la cruz de piedra, Zoe le ordenó que se detuviera.

–Seguro que pasa por aquí. Creo que quiere ir hacia arriba, pero está mareando la perdiz.

Por la radio de la policía se oía mencionar calle tras calle, hasta que hubo un momento de crispación por haber perdido de vista a Adrián.

–Jefe, delante –le indicó César.

Enfrente de él asomaba la cabeza de Adrián por una calle. Miró a un lado y a otro. Cuando se aseguró de que no había nadie, avanzó moviéndose por los portales. Al llegar a la altura del coche, Eric bajó la ventanilla y le llamó por su nombre, al tiempo que señalizaba la parte trasera del coche. Al ver a César apuntando la cabeza de Valeria con una pistola, se acercó.

–Si no quieres que tu amiguita tenga dolores de cabeza, sube.

Adrián se colocó al lado de Valeria, quedando ella en medio del asiento trasero. Zoe se giró, mostrando una amplia sonrisa.

–Muy bien. ¿Destino?

El silencio se prolongó durante unos segundos. La situación no era muy favorable. Adrián pensó que no tenía muchas opciones.

–Vuelvo a preguntar, ¿destino?

–A la Iglesia Vieja.

Valeria giró de la cabeza hacia él con una expresión interrogativa.

–La bola no era la cúpula, sino la que sostiene la aguja de la torre. En un lado hay tres rostros de representan la juventud, la madurez y la vejez.

–La vejez soporta la bola de la experiencia… –dijo Valeria.

–Exacto.

Detuvieron el coche cerca de su destino. Tras dejar pasar a un coche de policía, salieron y se acercaron a la iglesia. Una vez dentro, los cinco se dirigieron a la escalera que ascendía hacia el interior del campanario.

Adrián iba primero, luego Zoe, seguido de Eric y, cerrando la comitiva, Valeria y César apuntándola con la pistola.

Al llegar al piso de arriba, llegaron a una planta cuadrada con dos ventanas en cada lado.

–Hay que buscar la fachada sur –indicó Adrián.

–¿Por qué?

–Debe haber una figura que representa la vejez. Bajo ella, cerca o encima estará la Pascalina.

Zoe extrajo un teléfono móvil de última generación y sonrió.

–Menos mal que tenemos las nuevas tecnologías.

Abrió una aplicación que actuaba como brújula. La aguja le señaló el norte, por tanto, abajo estaba el sur. Se asomó a la ventana. Era el lado que daba al cerro del Castillo. Miró la pared de ese lado y vio que las caras estaban en un friso situado encima de las ventanas, coronado por una especie de concha. Con el cuerpo medio salido, Zoe no conseguía ver bien las caras. Le indicó a Adrián que se acercara.

–Están allí.

Adrián adoptó la misma postura que Zoe. El cuerpo medio salido, mirando hacia el cielo. Pudo apreciar en la esquina la cara de un león. Más allá, había el perfil del rostro de un chico adolescente, seguido por el perfil de un hombre maduro con casco de batalla y, por último, aquel rostro que miraba de frente, el de un anciano. Aquella cara quedaba justo encima de la ventana donde estaban asomados. El problema era la altura, que estaba muy por encima de donde estaban ellos. Hasta el friso, había tres filas de bloques de piedra.

–Subiremos al campanario.

Arriba, si hubiesen sido turistas, habrían aprovechado para hacer fotografías de la magnífica vista de la ciudad de Yecla, con los tejados antiguos y pisos modernos extendiéndose por el terreno, con la cúpula de la Basílica como epicentro de la perspectiva. Sin embargo, las intenciones del grupo eran otras. Zoe ordenó a César que buscara una cuerda. La pistola pasó a manos de Zoe, que apuntaba en todo instante a Valeria. Desde aquella altura les llegaba el sonido de las sirenas de los coches de policía y veían el movimiento de agentes que patrullaban las calles. Al cabo de diez minutos, apareció César con una cuerda. Ataron por la cintura a Valeria y se la dieron a Adrián.

–Muy bien. Tú te encargarás de que no caiga al vacío.

Adrián tragó saliva. Sentía el pulso acelerado. Pensó que aquello sería lo más parecido a una taquicardia. Valeria, en cambio, tan amante del riesgo, no dudó ni un instante en pasar su cuerpo por encima de la barandilla de piedra. Antes de dejar su peso en manos de Adrián, le miró y le sonrió. Notó la aspereza de la cuerda quemarle las manos, a pesar del frío que hacía. Valeria bajó un metro. Adrián hacía fuerza con los pies apoyados en la barandilla. Ya había alcanzado la altura del friso, de modo que gritó la orden de que parara de dar cuerda.

Tenía ante sí la cara de aquel hombre viejo. Palpó con la mano toda la superficie. No parecía haber nada extraño. Tenía que estar allí. De repente, una ráfaga de viento le hizo perder el equilibrio. Tras recuperar la posición, apretó la cara pero nada sucedía. Entonces, decidió hundir los dedos en los ojos, como ocurría en muchas películas de aventuras, y se oyó un sonido parecido a un mecanismo que se activa, como un clic. Valeria se dio cuenta de que la barbilla de la cara quedó algo levantada. Al tirar de ella, la cara se elevaba como si fuera una tapa, ya que la parte superior seguía fija, suponía que mediante una especie de bisagra. Ante ella había un hueco rectangular, totalmente oscuro. Estaba lleno de telarañas y algún que otro insecto un tanto repugnante salió corriendo asustado por los primeros rayos de luz que entraban allí desde hacía siglos. Introdujo la mano y enseguida tocó un objeto que estaba envuelto en una bolsa. Sintió en su interior una sensación de júbilo y emoción. Tocaba aquello que Ludovic había llevado consigo y que aquel arcabucero número sesenta y uno había protegido con tanto esfuerzo. Al sacarlo, supo qué era. Su forma rectangular no ofrecía dudas. Tenía el tamaño de una caja de zapatos.

–¡Arriba!

Esta vez, César se unió a Adrián para tirar de la cuerda y levantar el cuerpo de Valeria. Adrián la ayudó a pasar por encima de la barandilla.

Zoe le cogió la bolsa de tela, llena de moho y polvo. Sus manos temblaban. Eric miraba asombrado aquel objeto.

César sacó su cuchillo y rompió la bolsa sin contemplaciones. Allí estaba. La Pascalina. Rectangular, color dorado. Todos miraban hipnotizados aquel objeto que tanto habían buscado. Sin embargo, la alegría de Zoe no era del todo completa, al ver que a la calculadora le faltaban dos esferas. Él solamente tenía una, la que le había dado César al quitársela a la chica en la Basílica. Colocó la suya en uno de los espacios vacíos. Encajó perfectamente.

–¿Dónde está la otra esfera?

Adrián se mantuvo en silencio. Sabía que aquella actitud no deparaba nada bueno. Una cosa era saber que si no te pones el guante de malla para cortar carne te puedes

cortar, y otra muy diferente saber que si no colaboras con alguien que tiene una pistola puede hacer que dejes de respirar.

–No es tiempo de héroes chico. Eso déjalo para las películas. La esfera.

Zoe mantenía el brazo alargado, mientras que César apuntaba con la pistola a Valeria. Sin embargo, el destino quería jugar su última carta. Una voz conocida rompió aquel momento de tensión.

–Suelta el arma y tú entrega la Pascalina.

Roberto estaba detrás de César, apuntándole con una pistola, al igual Eric hacía con Zoe.

–¿Qué significa esto? –La expresión de incredulidad de Zoe no era menor que la de Valeria y Adrián.

Fue Eric quien habló, con su acento alemán.

–No hay nada como encontrar a alguien con ansias de poder. Esa ceguera permite jugar con él como deseas. Ansiar el poder es morir en el intento.

–No entiendo nada. –Dijo Zoe

–Hacía años que Roberto y yo estudiábamos el tema de la Pascalina y Galileo. Teníamos los conocimientos, pero nos faltaban muchas piezas por encajar.

–¿Me habéis utilizado?

Esta vez fue Roberto quien habló.

–No, tan solo dejamos que hicieras tus avances. Pero te teníamos fuertemente vigilado, ya que tú conseguiste algo primordial para nosotros.

Zoe meditó unos segundos hasta que cayó en la cuenta.

–La chica

–Exacto. Valeria contactó conmigo e inmediatamente vi que era el engranaje que nos faltaba. Todo iba bien, hasta que decidiste ir a por todas.

–Bingo –dijo Eric–. Secuestraste a la chica y nos fastidiaste el plan.

–Por eso seguiste a mi lado, asquerosa sanguijuela –dijo Zoe.

Entonces, Adrián lo entendió todo. Comprendió que Roberto ayudara primero a Valeria y luego a él. Las visitas turísticas. El encuentro casual entre ese amigo profesor en la alborada que era un experto en el tiempo. Nada de aquello había sido casualidad.

–Ahora todos vamos a mantener la calma. La Pascalina. Vamos

Pero nadie se movió. Roberto miraba a Adrián con una sonrisa maliciosa.

–Me engañaste todo este tiempo.

–No, engañar no es el verbo. Usar, más bien. Ya ves que se nos da bien eso de usar a la gente.

Una ráfaga de viento se coló entre todos los presentes en la torre. Pareció que quisiera llevarse la tensión que reinaba en ese lugar, pero era tarea difícil.

Zoe agarraba con fuerza la Pascalina. Sabía que no había otra opción que entregarla a aquellos dos carroñeros. Sin embargo, un cruce de miradas con César le hizo comprender que su matón no se daba por vencido.

Adrián recordaría aquel instante como la secuencia de una película que va a cámara lenta, aunque todo sucedió tan rápido que un espectador poco atento hubiese sido incapaz de ver algo.

César tiró su pistola al suelo, pero le dio una patada para que se deslizara hacia Zoe. Eric y Roberto miraban absortos el recorrido de la pistola, como quien mira el pase de balón entre un centrocampista y el delantero para que marque gol. Mientras tanto, Cesar sacó su puñal por el mango. Levantó el brazo y lo lanzó hacia Eric, clavándoselo en el cuello. Antes de que la hoja penetrara del todo, le dio tiempo de disparar a Zoe. La bala penetró en la rodilla, provocando que este soltara un fuerte alarido de dolor y dejando caer la Pascalina al suelo. Adrián, que estaba cerca, la cogió antes de que chocara contra el suelo.

Mientras tanto, Roberto disparó a César, dándole en un hombro. Fue entonces cuando Zoe, tumbado en el suelo, disparó a Roberto directamente en la cabeza. Adrián vio, horrorizado, cómo su cuerpo caía como un saco de patatas.

La situación en la parte superior de la torre era un tanto horrorosa. Roberto estaba tumbado en el suelo, con un charco de sangre saliendo de su cabeza. Eric emitía sonidos extraños parecidos a burbujas bajo el agua, mientras intentaba detener la hemorragia que salía de su cuello. César estaba sentado en el suelo, apoyando la espalda contra la barandilla, recuperándose del disparo en el hombro. Por su parte, Zoe, que sangraba

profusamente por la herida en la rodilla, apuntaba a Adrián con la pistola. Se le veía que mantenía a raya el dolor que le subía de la rodilla.

–Dame ahora mismo la Pascalina –Habló poco a poco, marcando cada sílaba.

–No se la des –Valeria se mantenía serena, fría.

–Zorra, cállate.

Adrián aprovechó ese momento de distracción de Zoe para colocar la otra pieza.

–Cuando acabe todo esto, dejaré que Cesar se divierta contigo.

Los dedos temblorosos de Adrián introdujeron la fecha de nacimiento de Galileo.

,

–El secreto de Galileo no puede caer en malas manos. No sois dignos de recibir su legado.

–¿Quién te crees que eres para decidir a quién le corresponde cuidar de su legado?

Realizó la suma de la cifra que había hallado Valeria. Sesenta y siete. El engranaje de la máquina empezó a moverse. Las ruedas dentadas se movieron en su interior para mostrar en las ventanas de la parte superior el resultado.

,

–¿Qué estás haciendo? ¡Dame de una vez la Pascalina!

Sintió la mirada de Valeria, que le miró a los ojos y luego a la Pascalina. Y entonces comprendió lo que pasaba. Valeria se colocó delante de Adrián para protegerlo.

–Hazlo.

–Sal de ahí o te reviento la cabeza.

–¡Vamos, Adrián!

Su respiración era igual de acelerada que si estuviera corriendo una maratón. Las manos empezaron a realizar la resta de la otra cifra. Ciento catorce.

De nuevo, el sonido de todas las piezas moviéndose al unísono. Se oía el *clac clac* de las ruedas al encajar. Los números iban moviéndose.

Adrián oyó entonces el disparo. De la pistola de Zoe, emergió una bala que fue en dirección a Valeria. La trayectoria era directa. A la altura del corazón.

La Pascalina terminó de hacer la operación, al tiempo que Adrián agarró el brazo de Valeria en un inútil intento de evitar que el disparo la alcanzara. El resultado apareció en cada una de las ventanillas.

,

Al oír el último *clac*, Adrián miró la Pascalina en sus manos, evitando así mirar el momento en que la bala perforaba el corazón de Valeria. Ni siquiera en ese momento podía mostrar algo de valentía, pensó. Cerró los ojos, en el instante en que una lágrima caía por su mejilla. Mantenía fuertemente agarrado el brazo de Valeria. Oía el latido de su corazón como si fuera un caballo al galope. Tan sólo el sonido de su corazón alocado. Y eso le extrañó. No oía nada más. Ni el grito de dolor de Valeria, ni el sonido de su cuerpo al golpear el suelo, ni una nueva orden de Zoe. Nada.

De repente, la voz de Valeria inundó todo aquel silencio.

–¡Claro! ¡Se trataba de eso!

Adrián abrió los ojos. Aquella visión le dejó sin respiración. Emitió un chillido que sonó con un eco terrorífico en aquel silencio que envolvía la ciudad de Yecla. Y fue en aquel instante que comprendió la cita de Josué, capítulo diez.

Sol, detente en Gabaón;
Y tú, luna, en el valle de Ajalón.
13 Y el sol se detuvo y la luna se paró,
Hasta que la gente se hubo vengado de sus enemigos.

El Sol se detuvo y la luna se paró. Un día entero tardó en ponerse. Todo se detuvo para que el ejército de Josué pudiera dar caza a sus enemigos.

–El tiempo se detuvo –dijo en voz alta.

Era eso. No había ningún viaje en el tiempo. Nada de visitar dimensiones paralelas para ver dinosaurios o colocarse en el edificio donde se disparó a Kennedy. Nada de ir hacia delante para ver qué será del planeta que destruirnos entre nosotros. No era nada de eso. Se trataba de paralizar el momento. Detener el ahora.

Miró su reloj. Los segundos seguían girando uno a uno. Las doce y veinticinco minutos.

Se levantó poco a poco, sin soltar la Pascalina. Delante de él estaba Valeria, mirando atónita toda aquella escena que se ofrecía ante sus ojos. Ante ella y a menos de dos palmos, una bala suspendida en el aire se dirigía directamente a su corazón. Siguiendo la trayectoria, se encontraba Zoe con los brazos extendidos, una expresión de maldad y una media sonrisa en los labios. Al otro lado, de pie, César, que por lo visto se había levantado mientras él intentaba introducir el código.

Se acercó a la barandilla y miró hacia abajo. Todo estaba quieto. Los coches, las personas, los pájaros. Parecía que hubieran apretado el botón de pausa del DVD.

Adrián comprendió el poder de aquella máquina. Detener el tiempo. Pensó en las tremendas implicaciones que podía tener aquello. Sobre todo, si caía en malas manos. Provocar guerras, robar dinero de los bancos, matar a personajes importantes y un largo etcétera. No, aquello no auguraba nada bueno. Tenía que actuar con rapidez ya que no sabía cuánto tiempo duraría el efecto.

Cogió la mano de Valeria. Ella se la apretó con fuerza.

–¿Qué tal si te apartas de la trayectoria de la bala? –le dijo Adrián.

–Tienes razón. Me había olvidado de ella.

Valeria se apartó. Avanzaron poco a poco, como quien tiene miedo de despertar a sus padres al llegar de fiesta de madrugada.

En lugar de Valeria, colocaron a César, pero de forma que la bala penetrara en el otro hombro. Con dos heridas en cada hombro, poco podría moverse. Además, Zoe tenía la rodilla destrozada por el disparo de Roberto.

Se asomaron de nuevo. Todo en la calle estaba paralizado.

–Tenemos que irnos –dijo Valeria.

–Sí, será lo mejor. No sabemos cuánto dura esto.

Adrián asintió. Le pidió a Valeria pasar por delante de la Torre del Reloj. Este estaba paralizado en las doce y veintiún minutos. Ese era el instante en que había activado la Pascalina. Miró su muñeca y su reloj seguía avanzando.

Avanzaron por las calles silenciosas hasta llegar a la Basílica. Allí vieron al Inspector Ponce junto a la otra policía. Entonces, Adrián tuvo una idea.

–Espera.

–¿Qué vas hacer? Adrián, no tenemos tiempo.

Adrián se giró para mirar a Valeria y sonrió.

–Pues diría que tenemos todo el tiempo del mundo.

Valeria le devolvió la sonrisa.

Adrián extrajo una hoja de papel de su libreta. Escribió unas frases y colocó el papel en la mano del inspector.

Emprendieron la marcha viendo a personas congeladas en un instante. Algunos caminaban. Otros hablaban con otras personas. Un perro con la pata levantada y su chorro de orina quietos. En un cruce vieron un coche que se había saltado un stop y estaba a punto de llevarse por delante una moto. Valeria intentó arrastrar la moto, pero pesaba demasiado.

–¿Me echas una mano?

Adrián ayudó a Valeria a colocar la moto fuera de la trayectoria del coche.

–Ojalá todos los accidentes se pudieran evitar así –dijo. Su voz sonaba extraña ante todo aquel silencio.

Tenían la impresión de estar caminando por un pueblo fantasma. Al llegar al coche de Valeria, tuvieron la duda de si el coche arrancaría. Valeria le dio las llaves a Adrián. Valeria colocó la Pascalina sobre su falda. Adrián metió la llave en el contacto. Suspiró. Giró la llave y el motor sonó. Desconocía qué mecanismo hacía que el coche funcionara. Tampoco quería encontrarle mucha lógica, pues ya lo que estaba viviendo carecía totalmente de razonamiento.

Salieron de Yecla, superando con tranquilidad los controles de policía, y condujo por las carreteras hasta incorporarse a la autopista. Todo seguía parado. Al llegar a Valencia, tuvo la duda de si aquello tenía un efecto local o mundial. Las dudas se disiparon al ver toda la actividad de las calles paradas como en una fotografía de exposición. Los ciudadanos parecían maniquís de un gran escaparate.

Desde que ambos salieron de Yecla, el silencio se apoderó de ellos. Cada uno estaba sumido en sus propios pensamientos.

Adrián pensaba que todo había terminado y que la vida volvía a ser normal y que había eliminado todos los elementos de incertidumbre que tanto le angustiaban. Sentía que ahora sí tenía controlado el riesgo. Para él, saber que los enemigos estaban lejos y con posibilidad de ser atrapados, disminuía el riesgo de que le ocurriese algo malo. En aquello consistía su trabajo. Reducir el riesgo.

Valería no hacía otra cosa que garabatear símbolos con tanta rapidez como los tachaba en esa libreta que siempre llevaba encima. Mientras hacía esto, de vez en cuando, dejaba escapar un débil susurro semejante a un mantra. Conforme avanzaban por la autopista, este susurro fue aumentando de volumen. Valería estaba a punto de perder los nervios y no precisamente por lo ocurrido en la torre de la Iglesia Vieja. A la altura de Castellón vociferó una sonora palabrota a la vez que mandó con fuerza al asiento de atrás la famosa libreta y su bolígrafo bic.

–¿Qué te pasa? –le preguntó Adrián–. Me has asustado.

–Estoy desorientada.

Adrián mantenía la mirada fija en la carretera.

–No, Valeria, vamos bien, acabamos de pasar Castellón y nos quedan unas tres horas de viaje hasta llegar a Barcelona.

–No me refiero a eso, tío listo, ya sé por dónde vamos. Quiero decir que no encuentro una explicación a esto que nos acaba de ocurrir.

–¡Ah! ¿Pero tú crees que esto se puede explicar? Yo creo que esto no tiene por dónde agarrase y además....

–Por favor, Adrián no me seas ignorante –interrumpió Valeria–. Esto que nos acaba de ocurrir es un fenómeno físico, predecible, medible y cuantificable. Otra cosa bien distinta es que sepamos cómo hacerlo –dijo Valeria mientras disminuía su tono de voz.

–Joder, Valeria, me dejas aturdido. A mí se me ocurre que esto es magia, ya que...

–¡Pero otra vez! ¡Qué poco racional eres! ¿Un tío como tú pensando eso? Te pareces mucho a los enemigos que tuvo Galileo, todos unos capullos ignorantes. ¿Magia? ¿Vamos a buscar a Harry Potter? ¿Sacamos un conejo de la guantera?

Adrián tragó saliva ante aquel arrebato de ira de Valeria. Sabía que cuando algo la sobrepasaba, era incapaz de controlar sus nervios.

–Vale, vale, pues... a...mí... no, esto.... no se me ocurre nada.

–Adrián, hemos sido testigos de dos hechos extraordinarios: el primero es que el tiempo se ha detenido. Eso es algo que sólo puede asemejarse a lo que ocurre en el interior de un agujero negro. En ese caso, el tiempo puede ralentizarse hasta el infinito.

Adrián dejó escapar un silbido.

–Estoy algo perdido.

–Bueno, en realidad, en cualquier teoría física, cuando aparece un infinito, significa que hay algún error en la secuencia o que la teoría es incompleta.

–La teoría, dices… ¿qué teoría?

–La teoría de la Relatividad General, Adrián.

A través de la ventanilla del coche, veían que todo seguía congelado. Los coches estaban paralizados. En alguna ocasión, Adrían tuvo que seguir por la calzada, ya que todos los carriles estaban ocupados por vehículos parados.

–¡Ah, vale! ya te pillo, esa teoría es de Einstein. ¿Y dices que no es correcta la teoría?

¿Qué es lo que falla?

–La teoría es perfectamente correcta y válida a gran escala, pero a partir de diez elevado a menos 15, la teoría se vuelve inestable.

–¿Inestable, dices?

–¡Vamos, que no funciona!

–O sea, que a partir de 10 elevado a –15 metros hay que inventar otra teoría.

–No.

–Pero acabas de decir que no funciona –dijo algo nervioso Adrián.

–Me explico; a partir de ese límite hay que incorporar los efectos cuánticos, es decir, mezclar la mecánica cuántica con la relatividad general y eso es bastante complicado.

–Buf... Valeria, ahora efectos cuánticos. No sé si voy a poder asimilar tantos conceptos.

Valeria suspiró. Miró por la ventana el paisaje paralizado. Todo estaba en modo pausa. Se le erizó el vello de los brazos al pensar en el gran poder de la máquina que tenía sobre su regazo.

–Sí, Adrián, no resoples. Cuando decías que era magia no resoplabas...

–Sí, tienes razón, perdona. A ver, al decir complicado, quieres decir que nadie lo ha hecho todavía ¿no?

–Exacto. Hasta la fecha nadie lo ha conseguido. Hay muchos científicos en todo el mundo que están trabajando en ello, pero sin éxito. Tenemos la sensación de que todavía nos queda mucho por descubrir y que esa teoría está en ciernes.

–Vaya, cómo dominas el asunto.

–Adrián, te recuerdo que soy profesora de Física.

Adrián asintió con la cabeza. Ralentizó un poco la marcha al llegar a uno de los peajes. Varios carriles estaban bloqueados por los coches que estaban parados. Adrián se dirigió hacia uno que estaba libre, aunque con la barrera bajada.

–Espera, voy a ver si puedo levantarla.

Al ser el carril de pago en efectivo, en la garita había un empleado que estaba totalmente quieto, como un maniquí. Adrián dudó antes de abrir la puerta. Temía que justo al hacerlo, la persona despertara y empezara a gritar. Pero nada de eso sucedió. En el panel de control apretó el botón para subir la barrera. La barrera se alzó con normalidad.

Adrián volvió al coche y pasó el peaje.

–Valeria, volviendo a lo de antes ¿por qué hay que mezclar disciplinas si cada una se ocupa de lo suyo?

–Bueno, eso no es así exactamente. La relatividad general se ocupa de lo muy grande y la Física Cuántica de lo muy pequeño. Pero hay fenómenos físicos que no tienen explicación si no es combinando ambas cosas, como en el caso de los agujeros negros.

–Antes has dicho que hemos sido testigos de dos hechos extraordinarios, uno es que se ha parado el tiempo, pero ¿y el otro?

–Desdoblamiento de la realidad.

–No sé si me tomas el pelo o esto se complica cada vez más. ¿Y eso quiere decir que....?

–Adrián, piensa un poco, tú y yo estamos a salvo, no nos ha afectado este fenómeno...

–Es verdad –Ahora la expresión de Adrián se volvió más seria.

–Si te has dado cuenta, en el momento en que se ha activado, tú estabas en contacto con la Pascalina y al mismo tiempo me agarrabas el brazo y eso significa que el tiempo realmente no se ha parado del todo, si no que nos ha introducido en una realidad paralela. Es en esta realidad donde el tiempo sí transcurre.

–¿Eso es posible ?

–Bueno, no tengo otra explicación.

Adrián miró su reloj y se lo señaló a Valeria.

–¿Es por eso que nuestros relojes siguen funcionando?

–Exacto. Por el mismo motivo que este coche sigue avanzando. En la realidad en que tú y yo nos movemos, el tiempo sigue su camino. Imagina un riachuelo. Si colocas un tronco en su trayectoria, lo que ocurrirá es que su fuerza hará que busque una vía de salida y se desvíe, surgiendo espontáneamente una nueva trayectoria. El riachuelo no se detiene, sigue avanzando.

–Pero, ¿qué ocurre con todo lo que está paralizado?

–Al igual que el riachuelo, espera a que todo se active de nuevo. Su camino sigue ahí, latente. Si quitamos el tronco, volverá a fluir por su vía original.

Adrián frunció el ceño al recordar la secuencia en la parte alta de la iglesia vieja. Efectivamente, recordó que justo en el instante en que se activaba la Pascalina, agarró a Valeria del brazo.

Como si leyera su pensamiento, Valeria hizo una última aclaración.

–La Pascalina es el punto de unión de las dos realidades, de las dos trayectorias del agua, por eso se inició una nueva realidad donde estábamos tú y yo.

–Francamente, es increíble. No consigo hacerme a la idea de que esté pasando todo esto. ¿Qué hacemos ahora?

–Buena pregunta. Si queremos volver a nuestro mundo, a nuestra vida, a nuestra realidad, debemos desactivar la Pascalina y creo que....

Valeria se detuvo. Al no oír nada y ver de reojo que Valeria no se movía, temió por un instante que se hubiera quedado también paralizada en el tiempo, dejándole a él solo en aquel mundo de maniquís. Sin embargo, recobró el pulso al ver que Valeria se pasaba la mano por el pelo.

–Valeria. ¿Qué estabas diciendo?

Valeria se giró entonces hacia Adrián y le habló casi en un susurro.

–Adrián, debemos deshacernos de ella y dejarla en un lugar seguro, creo que debemos volver a Yecla en cuanto podamos...

–¿Por qué volver a Yecla?

–Creo que la Pascalina debe quedarse donde estaba.

–En eso coincido contigo –dijo Adrián–. Oculta está mejor. Demasiados riesgos.

Valeria sonrió.

–Tú y tus riesgos.

–Bueno, a lo mejor tú disfrutas mientras te apuntan con una pistola, pero a mí no me gusta.

Valeria, consciente de que Adrián había hecho un gran esfuerzo por no derrumbarse y que gracias a él había resuelto el gran misterio de Galileo, no quiso rebatirle.

–Por cierto...

–¿Qué?

–Tendríamos que hablar también de lo nuestro.

–Adrián, no hay nada de lo nuestro.

–Cuando nos dimos la mano ahí arriba, en la torre de la iglesia, mientras estaba todo paralizado, sentí que, de alguna manera, volvíamos a estar conectados.

Valeria negó con la cabeza. Aquel tema era justamente el que no quería tratar.

–Si tu argumento es que somos diferentes, con toda esta aventura has podido ver que puedo pensar igual que tú, resolviendo enigmas y adentrarme en aventuras.

Los ojos de Valeria empezaron a volverse acuosos. Adrián aún la quería. Pero ¿y ella? ¿Qué sentía por Adrián? Siempre usaba la excusa de incompatibilidad de carácteres, pero bien sabía que por encima de sus emociones estaba su pasión por la Física. En su carrera profesional no encajaba una relación. ¿Y sus sentimientos? ¿Estaban tan congelados como lo estaba ahora el tiempo? ¿Acaso tenía ella su propia Pascalina que le había parado la capacidad de sentir?

–Adrián, ya te lo dije. Somos amigos.

Y el silencio se volvió a apoderar de ellos, cada uno sumido en sus propios pensamientos. Adrián estaba contento por haber entendido un poco mejor a Valeria y ser partícipe de un secreto que solamente compartirían ellos dos, aunque también desolado por ver que no conseguiría hacerle cambiar de opinión respecto a su relación.

Por su parte, Valeria estaba contenta y emocionada porque la lección más importante de su vida, la enseñanza más preciada, la había recibido del gran Galileo. Esto sí que interesará a mis alumnos, pensó.

51

Llegaron a Barcelona. Todo seguía paralizado. Adrián quiso entrar por la Avenida Diagonal para ver mejor cuál era la situación de la ciudad.

Coches y autobuses parados. Bicicletas en perfecto equilibro detenidas en un instante de pedaleo. Las aceras estaban llenas de personas congeladas en el tiempo. Hombres, mujeres, niños con cartera, ancianos, perros,... Detuvo el coche y miró la hora del reloj de la muñeca de un hombre trajeado. Las doce y veintiún minutos. La misma hora. Se acercó a la señora que había al lado, empujando un carrito de la compra. Las doce y veintitrés minutos. Supuso que lo tendría adelantado. Aquellos minutos de diferencia eran lo de menos. El suyo marcaba las tres y treinta y cinco minutos. Y los segundos seguían avanzando.

Bajaron con el coche por la Calle Balmes y llegaron hasta la Plaza Catalunya. Allí detuvo el coche Adrián.

El núcleo del bullicio de Barcelona y de un constante ir y venir de turistas era en aquel instante una fotografía sin vida. Bajaron del coche y se movieron absortos ante aquel espectáculo de maniquís, cada uno con su postura.

–Es alucinante –dijo Valeria.

–Sí. Y terrorífico.

–Tú siempre viendo el lado más negativo.

–No me negarás que lo que provoca la Pascalina es muy peligroso.

–¡Sí, sí, estoy de acuerdo! –exclamó Valeria–. Pero eres incapaz de ver la belleza que rompe las leyes de la física.

Valeria se alejó irritada por esa actitud tan temerosa de Adrián.

–¡Valeria! ¡Valeria! ¡Espera!

Siguió andando hasta llegar al centro de la plaza. Adrián llegó a su altura y se colocó delante de ella.

–Sabes, cuando vi tu mensaje en *Facebook* solicitando ayuda, no necesité creérmelo. ¿Te acuerdas de lo que me dijiste? Todo el mundo pone tonterías y nadie se las cree. Es cierto. Pero no fue cuestión de que te creyera. Lo sentí. Sentí que te pasaba algo.

Algunas palomas, tan típicas de la plaza, se habían detenido en pleno vuelo. Era una secuencia de lo más artística.

–Valeria, siempre he oído de tu boca el argumento de "no encajamos". Aún estoy esperando a que me digas que no me quieres.

Valeria no pudo apartar la mirada intensa de Adrián. Quería decirlo en voz alta para así cerrar de una vez esa carpeta y archivarla. La carpeta de Adrián. Pero no dijo nada. ¿Qué le ocurría? ¿Podía ser que al vivir esa increíble aventura con Adrián hubiese cambiado el concepto que tenía de él y no estuviera tan a la defensiva?

Adrián, aprovechando aquel momento de silencio de Valeria, se acercó a ella y la besó en los labios. Rápidamente ella se echó hacia atrás.

–Lo siento.

–No pasa nada. Pero debemos dejar que pase el tiempo, Adrián.

–Está bien. Pero lo de pasar el tiempo, como no lo hagamos nosotros, malo.

–Cierto.

Se sentaron en el césped, con la fuente detrás suyo, los chorros detenidos en el tiempo.

Valeria decidió realizar una resta. Restar al número que ahora tenía en las casillas y el mismo número y así dejarla a cero. Introdujo la resta de 15,021517 y la operación hizo que la Pascalina ofreciera en las ocho ventanas el número cero.

Cuando la última casilla se puso a cero, como si nada hubiera ocurrido, el movimiento volvió a su cauce. Los coches, las motos y los autobuses emitían sus ruidos. La gente caminaba, conversaba, hablaba por el móvil, etc. Las palomas seguían su trayectoria de vuelo. Todo se movía.

–¿Ya está? –dijo Adrián.

–Parece ser que sí.

–Aún no me lo creo.

–Ni yo. Pero lo hemos vivido.

–¿Cuando volvemos a Yecla?

–Yo esperaría unos días. Demasiada policía, demasiados líos y demasiados asesinatos –Al decir esto último, Valeria no pudo evitar sentir un escalofrío por la gente que había muerto.

–¿Vamos a comer algo?

–Sí.

Se adentraron en el trajín de gente de la calle Pelayo, absorbidos por una marabunta de turistas con cámaras colgadas del cuello. De las tiendas salían más turistas con bolsas llenas de compras. Todo era vida y caos. Todo era movimiento.

–Lo cierto es que se estaba más tranquilo antes.

Valeria sonrió ante el comentario de Adrián.

–Sí, pero más aburrido.

–Eso sí.

Giraron por una calle para adentrarse en la estrecha calle *Tallers* y allí entraron en un restaurante que hacía esquina con la calle *Valldonzella*. Comieron tranquilamente, viendo pasar a la gente, disfrutando de sus expresiones, sus conversaciones.

–Valeria, tendrías que ir a casa de tus padres.

–Sí, es cierto –Un sentimiento de culpabilidad hizo que se sonrojara–. Pobres, deben estar muy preocupados.

–Sí.

–¿Crees que si se realiza de nuevo la operación, volverá a suceder?

–Sí, seguro.

Adrián asintió. Eso confirmaba su opinión de que era mejor ocultarla. Él ya había encontrado su propia Pascalina, Valeria. A él no le importaban mucho los avances de la física, ni nada de la relatividad general, ni cosas cuánticas y aún menos los agujeros negros. Su misión era encontrar la suma y resta que activase el corazón de Valeria.

Con el estómago lleno, volvieron a la plaza. Allí, Valeria vio como en el parabrisas de su coche había una multa.

–Joder, Adrián, ¿cómo es que lo dejaste aquí?

–Me olvidé de él completamente tras activar de nuevo el tiempo.

Los dos rieron. Valeria se ofreció para acercarlo a su casa, pero Adrián desestimó la propuesta.

–Mejor que vayas cuanto antes a ver tus padres.

Se dieron un beso en cada mejilla y acordaron llamarse para concretar el momento en que irían a Yecla.

52

Barcelona, 24 de diciembre, en la actualidad

El Inspector Alonso abrazó a Samuel. Se dieron las típicas palmadas en la espalda.

–Feliz Navidad –dijo Alonso con cierto temblor en la voz.

–Igualmente, Alonso.

–Sabes, pienso que he tenido mucha suerte.

–No le des más vueltas y disfruta de estas fiestas.

Alonso sonrió. Se le veía relajado.

–¿Te han vuelto a llamar?

–Sí. Tengo que explicar de nuevo el asunto.

–¿Por qué?

–Por lo visto, vienen los del FBI a oír nuestra versión de los hechos.

–¿Estás de broma?

La expresión seria del Inspector Ponce, provocó un cierto escalofrío en Alonso.

–Pero, ¿por qué?

–No lo sé. Hay muchas cosas que no me explico y prefiero no saberlas. Bueno, me voy, que me esperan.

Volvieron a darse un abrazo. Alonso salió de la comisaria contento de poder estar con su familia en estas fiestas. La hoja de un puñal casi se lo impide, pensó Samuel. Esperaba que aquel suceso le hiciera cambiar un poco el modo de ver las cosas y que a partir de ahora fuera algo más tolerante.

Un agente joven, recién licenciado, vino a buscar a Samuel.

–Inspector Ponce, reclaman su presencia.

Sin contestar, fue hacia la sala de reuniones donde le habían convocado.

Allí estaba su comisario, el Jefe de la Guardia Civil, el Ministro de Defensa, dos hombres con traje negro y corbata negra, y una mujer joven rubia. Y también, la Inspectora Puche, que le ofreció una sonrisa un tanto forzada.

–¿Qué tal estás?

–Bien.

–¿Sabes de qué va todo esto?

El Inspector Ponce la miró atentamente y respondió con serenidad.

–¿Acaso hemos sabido en algún momento de qué iba todo esto?

El ministro soltó una tos poco natural, dando a entender que dejaran de cuchichear, ya que iba a empezar el interrogatorio.

–Inspector Ponce, Inspectora Puche. Les hemos hecho venir puesto que el FBI ha solicitado oír su historia, porque dicen que el señor Zoe Vega tenía algunos negocios turbios con terroristas de Al–Qaeda. Ella es Lucie, la traductora.

Había en medio de la mesa una botella de agua, vasos de plástico, un termo, una tetera pequeña, sobres de azúcar y cucharillas.

Uno de los hombres empezó a hablar en inglés, de forma muy pausada.

–Inspector Ponce –dijo la traductora–, ¿qué relación había entre las víctimas de las diferentes poblaciones?

–Tal como expliqué, las víctimas de Ronda, Viella, Barcelona y Yecla pertenecían al

mismo grupo de *Facebook*. Dicho grupo se había creado con el fin de unir a personas con la misma inquietud: resolver un antiguo misterio relacionado con Galileo Galilei.

La traductora habló entonces en inglés. Samuel vio como uno de los agentes del FBI asentía.

–¿Supo en algún momento que Zoe Vega estaba detrás de toda la trama?

–No. Nada hizo indicar que tuviera alguna vinculación.

–¿Fueron los asesinatos perpetrados por la misma persona?

–Sí. Bueno, se trataba de dos hermanos gemelos. Al principio, nos despistó mucho el hecho de que el asesinato de Yecla y Barcelona sucediesen a la misma hora y el mismo día, con testigos que daban la misma descripción del asesino. Más tarde, se confirmó que eran gemelos, César y Augusto.

–Explíqueme lo de la chica, Valeria, y el chico

El Inspector Ponce se sirvió un vaso de agua, que bebió de un trago. Respiró hondo y les explicó todo lo relacionado con esas dos personas. La denuncia de Adrián por la desaparición de Valeria, el descubrimiento de que la chica formaba parte del grupo, la vigilancia puesta en el apartamento de Adrián y cómo esto les llevó al Hotel Oriente y lo sucedido allí.

–¿Por qué se fueron a Yecla?

–Todo indicaba que el grupo creía que el misterio estaba oculto allí. No sé muy bien porqué. Las víctimas tenían libros, archivos en el ordenador y videos de Yecla.

Los agentes del FBI intercambiaron algunas palabras e hicieron algunas anotaciones en sus libretas. Uno de los agentes, que llevaba unas gafas de pasta negras, levantó la vista hacia él. Habló en un tono muy serio.

–En su declaración, dice que halló a los culpables gracias a un papel que encontró en su mano. Explíquese.

Samuel miró a la Inspectora Puche. Bebió de nuevo agua.

–Como ya dije, el papel apareció de la nada. Estábamos en la calle, frente a la Basílica. Estábamos coordinando con la inspectora Puche los diferentes controles de la ciudad cuando de repente, apareció una hoja de una libreta en mi mano. En ella ponía: “en lo alto de la torre de la iglesia vieja están heridos los culpables de los asesinatos”.

Notaba la boca seca, de modo que se sirvió otro vaso de agua. Prosiguió explicando cómo acudieron allí varias patrullas.

–Allí encontramos a César, herido en los dos hombros y a Zoe, con un disparo en la rodilla causado por Roberto, el chico que yacía muerto de un balazo en la cabeza. También había un famoso escritor alemán de misterios templarios y cosas de esas. Estaba muerto. Le habían clavado un puñal en el cuello. Desangrado.

–El papel. ¿Lo guardó?

–No. Con todo el caos que hubo en esa torre se debió caer. Luego buscamos por todos los alrededores, pero nada.

–Antes mencionó que el grupo buscaba un misterio de Galileo Galilei. ¿Llegaron a saber qué era?

–Pues no y la verdad, no me interesa. Aquello era un argumento infantil, por no decir sectario. A mí sólo me movía descubrir un asesino y luego, proteger a unos chicos.

–Respecto a Valeria y Adrián. ¿Qué fue de ellos?

–Habían estado en Yecla por las fechas de las fiestas. Luego, antes de que sucediera todo aquello volvieron a Barcelona, ya que a la misma hora que subíamos a la torre, me llamaban de la comisaría de Barcelona para informarme de que había acudido Adrián para anunciar que ya había encontrado a Valeria. La chica estaba junto a él.

–¿Les interrogaron?

–Sí. Cuando regresé, hablé con ellos. Por lo visto estuvieron investigando datos del misterio pero al no encontrar nada, regresaron.

Los agentes del FBI preguntaron más detalles sobre los acusados, los negocios de Zoe Vega, las vidas de César y Augusto, etc. Tras tres horas, la reunión terminó. Todos se dieron la mano y se despidieron.

Los agentes volverían a Estados Unidos con un rompecabezas que construir. Sabían que alguien ocultaba algo, pero no conseguían dar con el mentiroso. Sin embargo, todo era muy ambiguo. Habían acudido a investigar el caso español alertados por el director de la Nasa, que les había anunciado que algo extraño en la dimensión espacio–tiempo había ocurrido. Cuando los servicios de inteligencia quisieron saber más detalles, la Nasa se

limitó a contestar que los radares habían detectado una extraña energía en un lugar llamado Yecla, Murcia. No podían dar más datos de lo sucedido, pues ni ellos entendían qué había sucedido. Fue por eso que el FBI solicitó entrevistar a los inspectores presentes en el caso de Yecla.

El Inspector Ponce y la Inspectora Puche se quedaron solos en la sala. Ella se sirvió un café solo. Se levantó y cerró la puerta, recogiéndose el cabello en una coleta.

–¿Te crees lo de Al–Qaeda?

–No. Pero no pienso averiguar nada.

–¿Por qué no dijiste nada del escrito?

–Porque me parece que es lo que buscaban –Samuel hizo una pausa larga antes de proseguir–. Y era lo que quería ocultar Adrián.

El Inspector Ponce recordaba bien el escrito. Y si no le fallaba la memoria, tan sólo tenía que abrir el cajón de su casa donde guardaba los calcetines, para sacar la hoja de la libreta y leerla.

> En lo alto de la torre de la iglesia vieja están heridos los culpables de los asesinatos.
>
> No se pregunte cómo ha llegado este papel a sus manos. Cuando mire su reloj, serán las 10:08. He sido yo quien lo ha colocado ahí, pero a esa hora estaré en Barcelona.
>
> Todo es muy complicado, pero le aseguro que aquello por lo que han asesinado a tanta gente no volverá a causar problemas.
>
> Adrián.

La Inspectora Puche suspiró. Parecía desconcertada y dolida.

–No entiendo por qué debemos proteger a esos chicos.

–Dile intuición. No sé. Pero creo que han hecho algo más que darnos unos culpables.

El Inspector Ponce se levantó y estiró los brazos hacia arriba.

–Inspectora, con su permiso me voy a casa, me espera mi mujer.

Ella sonrió. Recordaba su desliz al querer besar al inspector y cómo éste la había rechazado.

Al salir a la calle, la noche ya se había apoderado de la ciudad de Barcelona y las luces de Navidad estaban encendidas. La gente iba y venía con bolsas de regalos.

–¿Qué va hacer, inspectora?

–Me quedaré aquí esta noche. Tengo algunos amigos en la ciudad.

–Feliz Navidad.

–Igualmente, Inspector Ponce. Feliz Navidad.

53

Adrián miraba cómo sus sobrinos daban golpes con unas cucharas de madera de la cocina al tronco con una carita pintada y con la barretina en la cabeza. El *caga-tió* era una tradición catalana que consistía en que los niños daban golpes a un tronco cubierto con una manta para que este "cagara" regalos. Luego, se retiraba la manta y aparecían los regalos, como por arte de magia. Un día, un amigo suyo le dijo que habría que estudiar esa tradición desde el psicoanálisis, ya que era una muestra de cómo la sociedad catalana estaba anclada en la fase anal.

Salió de la habitación para oír mejor el teléfono. Estaba llamando a Valeria. Descolgó al cuarto timbre.

–Hola, Adrián.

–Hola. Feliz Navidad, Valeria.

–Feliz Navidad.

–¿Quieres que nos veamos?

–Ya te dije que no podría –Valeria pareció tomarse una pausa–. Adrián, no quieras forzar las cosas.

Adrián oyó los gritos de sus sobrinos de fondo. No quiso forzar más la situación, así que se despidió de Valeria.

–¡Adrián! ¡Ven, que vamos a dar los regalos de los mayores!

Una bufanda y unos guantes fueron el detalle del *caga-tió*. Se sentaron a la mesa para comer la deliciosa sopa de *galets* y luego todo lo que sobra del cocido: carne, pollo, chorizo, patata, cebolla, butifarra blanca y negra, garbanzos y zanahoria.

Cuando por la tarde su estómago intentaba realizar la digestión, recibió la llamada del Inspector Ponce.

–Hola, Adrián.

–Hola, inspector. ¿Todo bien?

–Sí. Tan sólo le llamaba para desearle Feliz Navidad.

–Gracias, inspector. Igualmente.

El silencio imponía un cambio de tema.

–Quería informarle de que hoy han venido del FBI dos agentes a hacerme preguntas sobre el caso.

–¿Del FBI?

–Sí.

–Vaya. ¿Y qué? –La pregunta se le atragantó a Adrián, ya que temía ser detenido por el FBI, llevándoselo en helicóptero.

–Les he dicho lo que sabía. Nada más.

–¿Todo?

–Bueno, a veces hay papeles que se pierden. Pero les conté todo aquello que se puede explicar.

Adrián sonrió. Entendió perfectamente que el Inspector Ponce no había dicho todo lo escrito en la nota. Y también venía a decir que únicamente podía dar explicaciones acerca de ciertas cosas, ya que, referente a otras, era absolutamente incapaz.

–Gracias, inspector.

–Gracias a usted. Soy conocido como el inspector que detuvo a Zoe.

–¿Qué les pasara?

–Tendrán un juicio. Pero todas las evidencias les delatan. Irán a la cárcel.

Se despidieron, deseándose de nuevo felices fiestas. Al colgar, Adrián pensó que tuvo suerte de que el caso lo llevara un hombre tan comprensivo como el Inspector Ponce. Se había conformado con saber lo que debía saber.

El siguiente paso para cerrar aquella historia era esconder la máquina.

La Pascalina era un gran descubrimiento, pero también un arma muy peligrosa. Desconocía cuál era el sistema que podía provocar que el tiempo se detuviera.

La explicación de Valeria en el coche le había resuelto algunas dudas, pero tanta terminología física le había creado un lío en la cabeza que ahora era incapaz de dar una explicación coherente.

Por otro lado, según la Biblia, la única forma de detener el tiempo era mediante Dios, tal como hizo con Josué.

Todo aquello daba igual. Detener el tiempo era violar una ley de la naturaleza y el hombre no podía colocarse por encima de esta.

La primera semana de enero, Valeria y Adrián decidieron ir a Yecla.

Siguieron las noticias atentamente y, cuando la noticia de la detención de Zoe dejó de aparecer en los medios, decidieron que era el mejor momento para volver.

El trayecto fue menos tenso. Parecía que entre Adrián y Valeria se había establecido una relación más cordial. Adrián ya no insistía en volver y Valeria se lo agradecía. Por otra parte, el tiempo le había permitido a Valeria darse cuenta de que Adrián no sólo le había salvado la vida, sino que también había hecho renacer su pasión por la Física.

Ya había oscurecido cuando llegaron a Yecla. Decidieron ir a tomar una cerveza en el pub El Actual. Se sentaron en unos taburetes de la barra.

–¿Ya tienes pensado qué vamos a hacer con ella? –le preguntó Adrián.

–Sí. Se la daremos a alguien.

Adrián arqueó las cejas sorprendido por esas palabras.

–Creía que íbamos a esconderla. Te recuerdo que es muy peligrosa.

–Lo sé, Adríán, lo sé. Pero ya verás como haremos lo correcto.

Salieron del pub y fueron en dirección a la Basílica. Adrián alzó la vista para admirar de nuevo aquella cúpula azul y blanca tan llamativa.

Tenía la sensación de haber vivido todo aquello hacía años y, en cambio, solamente había pasado un mes. El tiempo era tan curioso, pensó. Algo tan cercano nos puede parecer muy lejano.

–Ya está –dijo Valeria, sacando de sus pensamientos a Adrián.

Al ver el edificio, tuvo que reconocer que la idea de Valeria era buena.

–La biblioteca.

–Sí. Creo que Elías nos ayudó mucho a los dos.

–Sí, tienes razón.

Entraron y preguntaron por Elías León. La mujer preguntó cuál era el motivo de la visita.

–Dígale que dos personas le envían recuerdos de Ludovic.

La mujer se quitó las gafas, analizándolos de arriba abajo. Se alejó y al poco rato apareció Elías.

–Vaya, vaya. ¡Qué alegría verles de nuevo!

–Igualmente –dijo Adrián.

–¿Acaso quería consultar algún archivo?

–No –Valeria sonrió–. Es más bien hacerle entrega de un obsequio por su ayuda.

–Vaya, son ustedes muy amables. Bajemos a mi despacho.

Una vez estuvieron sentados, Elías cruzó los brazos sobre su pecho y los miró con curiosidad.

–¿Qué pasó con Ludovic?

–No se sabe. Se escondió en un convento de Barcelona que ahora es un hotel. A partir de ahí, no se sabe nada más. Por suerte, su contacto cumplió con su misión.

–¿El arcabucero número sesenta y uno?

Adrián abrió la boca asombrado de que Elías supiera de qué estaban hablando.

–No se sorprenda. No todos los Celadores se conocen los unos a los otros. Es mejor así.

Valería colocó encima de la mesa una caja rectangular.

–Esto es para usted. Un recuerdo nuestro.

Elías cogió la caja. Abrió la tapa y al instante reconoció el objeto. Sus manos empezaron a temblar y notó un sudor que le recorría la espalda.

–¿Es lo que creo que es?

–Sí –dijo Valeria.

–¿Funciona?

–Sí –Al oír la contestación de Valeria, Elías alzó la vista, mirando una vez a Adrián y otra a la chica.

–¿Qué hace?

–El tiempo como lo entendemos nosotros queda reducido a un simple instante. Nada se mueve, nada gira.

El director de la biblioteca asintió. Entendía perfectamente lo que le decía Valeria.

–Les aseguro que está en buenas manos.

–No lo dudamos.

–Me gustaría que mañana vinieran a ver la procesión que sube al Castillo.

–¿Siguen los festejos? –preguntó atónito Adrián.

–Cada primer sábado de enero. Se disparan arcabuces, pero esta vez, los arcabuceros van sin uniforme.

–Allí estaremos –contestó Valeria.

Eran las once de la mañana cuando en el atrio de la Basílica estaban concentrados los arcabuceros. Tal como le había indicado Elías, no iban vestidos de gala.

Adrián y Valeria siguieron la comitiva en cuanto empezó a andar.

Los arcabuceros iban disparando sus arcabuces, llenando de nuevo Yecla de aquel sonido atronador. El olor de la pólvora empezó a filtrarse entre cada calle.

Adrián recordó la sensación que le había producido esa visión de la Virgen del Castillo envuelta en humo y ese olor fuerte y dulzón que flotaba en el aire.

Subieron todo el camino que llevaba al Santuario del Castillo envueltos en una espesa niebla de pólvora. Los oídos de Adrián ya se habían acostumbrado al ruido del disparo.

De repente, Valeria tiró del brazo de Adrián para reclamar su atención. Le señaló una figura situada al otro lado de la calle. Se trataba de Elías León. En cuanto les vio, les saludó con la mano.

Al llegar arriba, en la explanada enfrente del Santuario, Elías se acercó a ellos.

–¿Qué tal?

–Bien.

–¿Se han fijado que solamente ha subido una escuadra?

–Ah, pues no –dijo Adrián.

–Pues sí, y ¿saben qué escuadra es?

Valeria miró la bandera que llevaba uno de los hombres. Era una bandera azul con estrellas, el sol y la luna. Sus labios dibujaron una amplia sonrisa.

–Los Celadores –dijo

–Exacto.

–Señor Elías, ya… esto, ya… –Adrián no sabía cómo formular la pregunta.

–¿El regalo? ¿Se refiere al regalo?

–Sí.

–Sí, ya lo he guardado.

Adrián y Valeria se miraron. Esperaron unos segundos, pero al ver que Elías no proseguía, fue Valeria quién le hizo la siguiente pregunta.

–¿Puedo preguntarle dónde?

–Bueno, creo que son ustedes las únicas personas autorizadas a hacerme esa pregunta –dijo entre risas Elías–. Como saben, los sesenta y un arcabuceros volvieron a Yecla disparando sus arcabuces dando gracias a la Virgen por haberles protegido. Bueno, trescientos setenta años después, quién mejor que ella para que siga protegiendo… el paso del tiempo.

Elías les miró con una sonrisa amplia y de complicidad.

Valeria entendió perfectamente que Elías había colocado la Pascalina en el interior de

la Virgen.

–¿Pero nadie podrá encontrarlo? No sé, haciendo alguna restauración.

–Seguro que siempre habrá algún Celador cerca, Valeria, seguro.

Al oír aquello, Adrián también comprendió dónde estaba escondida la Pascalina. Tenía que admitir que era un buen sitio. Era mejor así. Él no era ningún héroe ni un aventurero. Y el mundo no estaba preparado para algo tan poderoso. Recordó la conversación que tuvo con Antonio, uno de los amigos de Roberto, en aquella noche que disparó los arcabuces y que tan lejana le parecía ahora.

Antonio le explicó su teoría de que las personas eran como los arcabuces, según la carga que se colocaba, el disparo sería de una forma u otra. Adrián pensó que aquella persona, de nombre Ludovic, que hizo tantos esfuerzos por ocultar la Pascalina, cargó su propio arcabuz de lucha, tesón y riesgo. Sin embargo, ¿qué tipo de pólvora tenía él? Sabía que no era del mismo tipo explosivo que la de Ludovic o de aquel miliciano número sesenta y uno, aunque sí que contenía ciertos elementos de sensatez y valentía.

Adrián miró el reloj de su muñeca. Las doce y veintiún minutos.

Tras la visita de Yecla, Adrián se centró de nuevo en analizar los riesgos en el trabajo. Siguió dando sus formaciones, haciendo las evaluaciones de riesgos, simulacros de emergencia y otras actividades preventivas.

Con Valeria, la relación mejoraba, pero seguía sin hallar la combinación de la Pascalina que escondía su corazón.

Pasado un mes del último viaje a Yecla, estando en casa, el timbre sonó. Un chico de una agencia de transporte estaba enfrente con sobre en la mano.

–¿Adrián Barral?

–Yo mismo.

–Tengo este sobre para usted. Me firma aquí.

Una vez cerró la puerta, abrió el sobre. Venía de Yecla. Era una postal de navidad. En su parte frontal venía un dibujo de los tres reyes magos adorando al niño Jesús. Abrió la postal y leyó el escrito.

Viene con retraso, pero como bien sabe, el tiempo es muy relativo.
Le deseo una Feliz Navidad y próspero año nuevo.
Yecla está en deuda con ustedes, así como toda mi rama genealógica.
Los Celadores respiran tranquilos.
Galileo duerme profundamente.

Elías

León, 61.

Por lo que veía, el director de la biblioteca sabía más de lo que parecía. Adrián sonrió. ¿Rama genealógica? ¿A qué se refería? Recordaba haber leído en algún sitio aquel apellido, pero ahora no lo situaba. Además, estaba el asunto del número. Junto a la firma, había colocado el 61. De repente, la imagen de una carta apareció en su memoria. El apellido era el mismo que en una de las cartas leídas en los archivos de la biblioteca de Yecla. En aquel caso, la firma era de Jerónimo León. ¿Tendría algún parentesco? ¿Y el 61? ¿Sería pariente de aquel arcabucero número sesenta y uno, gracias al cual la Pascalina sobrevivió? No quería saber más de todo aquello. Guardó la postal, descartando encontrar más respuestas. Ya se había hecho suficiente el héroe.

Epílogo

La sala de conferencias estaba llena de gente. Barcelona había organizado las primeras jornadas mundiales de Gravedad Cuántica en la que expertos del todo el mundo informaban a sus colegas de los últimos avances y descubrimientos en la materia.

El ciclo de conferencias que Valeria impartía estaba teniendo un éxito inusual, ya que no era muy frecuente que las salas estuviesen abarrotadas, eso era un lujo reservado a los más grandes como Stephen Hawking, Juan Maldacena o Kip Thorne, entre otros.

El Director del Departamento de Física de la UB no salía de su asombro, no por el éxito de las jornadas, sino por los avances conseguidos por Valeria. En estos últimos meses, su trabajo estaba progresando a ritmo vertiginoso, estaba publicando en las revistas más importantes de física del todo el mundo, había sido invitada a las mejores universidades de todo el mundo y en su correo electrónico era fácil encontrar mensajes de Robert Wald, Steven Weinberg o Alan Guth.

El director del departamento estaba gratamente sorprendido y estaba pensando seriamente en proponer al rectorado de la UB la creación de un departamento nuevo del que Valeria, avalada por sus éxitos académicos, sería la directora. Ese departamento sería un reconocimiento, no solamente a su labor, sino también a su buen hacer, ya que estaba creando una generación de nuevos especialistas en la materia, gracias a los planteamientos y las tesis que estaba formulando. Sus trabajos darían a su vez ocupación para futuros expertos.

Tanto él como todos los asistentes a las conferencias habían observado que Valeria, finalizaba sus exposiciones en Power Point con una última imagen que dejaba congelada en la última transparencia. Se trataba de dos fotografías en las cuales había sobreimpresionado el típico "Muchas gracias a todos por asistir".

Valeria respiró hondo tras hablar durante cincuenta y tres minutos, le sobraron siete minutos del tiempo pactado por la organización. Dio paso al ruego de preguntas. Tuvo que contestar unas cuantas un tanto complicadas, pero por lo general, supo dar respuesta a todas.

Empezó a recoger sus anotaciones, cuando se oyó una voz alzándose entre el murmullo.

–Profesora Valeria, una última pregunta.

Valeria sonrío al oyente y le cedió la palabra para que preguntara.

–Dígame.

–¿Por qué finaliza sus exposiciones con esas dos fotos? He ido a varias conferencias suyas y he observado que siempre las coloca como colofón. A uno lo conozco, pero la otra foto me tiene muy intrigado.

–Verá, Galileo Galilei, al que ustedes conocen bien, es el responsable de todas mis investigaciones y le debo...

–Perdón profesora –insistió el oyente– ¿responsable dice?, creo que no la entiendo...

–Bueno, le puedo asegurar que es muy complicado, quédese con

que... siento una profunda admiración por él. Es la figura que me ha permitido… ¿cómo le diría yo…? Descubrir una nueva faceta de la Física.

–¿Y la otra foto? No alcanzo a entenderla, parece que es… ¿una virgen?

–Sí, no va errado. Es una virgen. Se trata de la Virgen del Castillo de Yecla.

–No me dirá que también es responsable de sus investigaciones.

–No, claro que no, pero esta virgen me inspira, la Virgen de Castillo me inspira...

Viendo que el oyente no hacía más preguntas, concluyó su intervención agradeciéndoles a todos su presencia y cerró el micrófono.

Bajó de la tarima y le sorprendió encontrarse con la persona que menos esperaba hallar en aquel lugar.

–¿Qué haces aquí?

–He venido a oírte explicar cosas que me suenan a chino –le dijo Adrián.

Valeria sonrió.

–Pensaba que para ti todo lo relacionado con la Física era un lío.

–Muy graciosa. He descubierto que mi opinión se fundamentaba en el desconocimiento.

–Uy, me sorprendes.

–Bueno, tengo entendido que fue el propio Galileo que dijo que "conocerse a sí mismo es el mayor saber" –La cara de sorpresa de Valeria merecía ser fotografiada. Le gustaba haberla sorprendido–. Estoy leyendo una biografía suya.

Valeria sintió que el pulso se le aceleraba.

–¿He estado bien? –preguntó para cambiar rápidamente de tema.

–Horrorosa –Adrián sonrió al ver la cara seria de Valeria–. De fábula, como siempre.

–Gracias.

–Oye… –Adrián se detuvo. Iba a dar un paso adelante, sabiendo que aquello podía molestarle–. ¿Te gustaría ir a cenar?

–No sé. Mañana tengo otra conferencia y tengo que pulir algunos detalles.

–Ya.

–Pero supongo que algo tendré que cenar.

Adrián notó un cierto calor en su interior al ver la sonrisa de Valeria. ¿Estaba soñando o había aceptado cenar con él? ¿Estaría cambiando de opinión Valeria?

–¿Seguro? ¿De verdad tienes tiempo?

A Valeria se le escapó una tímida risa ante aquel comentario.

–Tranquilo, tengo tiempo… y si no, ya haremos algo para detenerlo.

Tuvieron que dejar la conversación porque varios oyentes se acercaron a Valeria para felicitarla. Adrián se alejó para no molestarla. Al retirarse, vio como Valeria le guiñaba un ojo.

Animado por aquel gesto coqueto, Adrián recordó una cita del libro de la biografía de Galileo. Según había dicho, "todas las verdades son fáciles de entender una vez descubiertas. El caso es descubrirlas".

Fin

Daniel Jerez Torns, nació en Barcelona a finales del verano de 1975.
Se licenció en Psicología.
www.danieljerez.es

Table of Contents

El arcabucero nº 61
Prólogo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39

40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
Epílogo
Autor